SARA MAHER
EL MAPA DE LAS CONSTELACIONES

SARA MAHER

EL MAPA DE LAS CONSTELACIONES

SARA MAHER
EL MAPA DE LAS CONSTELACIONES

El mapa de las constelaciones

El mapa de las constelaciones

Sara Maher

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Sara Maher 2024

© Entre Libros Editorial LxL 2024

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería (España)

Primera edición: diciembre 2024

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 978-84-19660-65-7

A Angy.

Porque cuando creía estar perdida en el sendero, el universo me regaló una compañera de almas llena de luz y con muchos sueños compartidos.

Aquel que reconoce la verdad del cuerpo puede entonces conocer la verdad del universo.

Proverbio hindú

La única paz que encontrarás en la cima de las montañas es la que tú mismo lleves allí.

Proverbio budista

Índice

Capítulo 1

El día que morí

Capítulo 2

El sentido de la vida

Capítulo 3

Cuarenta segundos

Capítulo 4

Una triste realidad

Capítulo 5

La mujer de la cama

Capítulo 6

Las malditas ausencias

Capítulo 7

Jugando a policías y ladrones

Capítulo 8

La invasión de los ultracuerpos

Capítulo 9

Un futuro alentador

Capítulo 10

Yo soy piscis

Capítulo 11

Un giro inesperado

Capítulo 12

Hombre blanco, joven y encantador

Capítulo 13

El arte del engaño

Capítulo 14

El desencuentro

Capítulo 15

Idas y venidas

Capítulo 16

El espíritu

Capítulo 17

La luna que me acerca a ti

Capítulo 18

El tiempo es relativo

Capítulo 19

Yo no soy tú

Capítulo 20

Mi vida en tus manos

Capítulo 21

La fuerza que acompaña mis días

Capítulo 22

Una carta de amor

Capítulo 23

Las tres patas del gato

Capítulo 24

La garra del león

Capítulo 25

Un día de sonrisas y lágrimas

Capítulo 26

Dos más dos no siempre son cuatro

Capítulo 27

La trampa del viejo sabio

Capítulo 28

Atrápame si puedes

Capítulo 29

Esto no es Alcatraz

Capítulo 30

La balanza no está equilibrada

Capítulo 31

La atracción de los opuestos

Capítulo 32

Intercambio

Capítulo 33

Sobre el tiempo y el espacio

Epílogo

Agradecimientos

Biografía de la autora

Capítulo 1

El día que morí

Me ardían los párpados. Una y otra vez trataba de despegarlos para distinguir un rayo de luz que me anunciara que todavía existía esperanza para mí, pero todo era oscuridad, un negro profundo y abismal donde estaba cayendo sin remedio. Era un resquemor que no llegaba a soportar. Mi cuerpo se hundía en el asfalto como si este se hubiera convertido en una inmensa boca que solo deseaba tragarme. Y yo no lo comprendía. No me merecía ese final. Aquel día no. Sin embargo, percibía una intensa humareda a mi alrededor, la sentía aposentarse en mi piel, penetrar en las fosas nasales y arrasar con mis pulmones. Entonces, no tuve duda alguna. Iba a morir.

Quise llorar; no obstante, mis lágrimas estaban secas. No eran capaces de florecer en ese repentino verano asfixiante que había usurpado a la primavera. Los latidos del corazón se me antojaron lejanos. No me pertenecían y no podía hacer nada para recuperarlos. Se habían escapado para volar sin mí, aunque no tenían alas y se habían olvidado de que yo no quería morir; no podía morir. Un regusto amargo inundó mi boca y escuché las sirenas distantes resonar como un eco desesperado que se abría camino entre el tráfico habitual de cada mañana. Quise agarrarme a ese sonido estridente como si fuera la única bengala que poseía para poder alertar a mis salvadores. Tenían que llegar hasta mí, encontrarme, puesto que yo no los veía.

Oh, Dios, ¡no conseguía abrir los ojos! Ni siquiera sentía las pestañas acariciarlos. Continuaba inmóvil, tendida sobre la carretera y escuchando los lamentos de las personas que, como yo, suplicaban por su vida. Entonces, mientras la mía se apagaba, percibí una lluvia de cenizas caer sobre los muslos que me envolvió en un gris funesto, y una agria realidad me acuchilló con un pensamiento que no me ayudaba en ese momento: quizá no debía vivir. Tal vez no lo merecía, puesto que había pasado un año escaso

desde que yo quise morir.

Dicen que cuando falleces te asaltan una infinidad de imágenes que te recuerdan tu paso por el mundo. El mío no debió ser memorable, pues apenas me reconforté con algunas escenas de mi infancia y los largos veranos en casa de mis abuelos. La mayoría se centraron en una época fatídica en la que estuve luchando demasiado tiempo para aprender a olvidar, a sanar mis heridas y a perdonar.

Sí, asistí a mi boda de nuevo, aunque esa vez yo solo era una mera espectadora. Me vi radiante, feliz y, desde luego, ingenua, muy ingenua. Me definía a mí misma como una romántica empedernida y, aunque mi historia de amor no se equiparaba a los extraordinarios encuentros y desencuentros de las películas, continuaba siendo mía. Me pertenecía.

Había conocido a Alejandro en la universidad. Él estudiaba ingeniería aeronáutica y yo aspiraba a ser una gran economista. Se me daban bien los números y adoraba las matemáticas. Eso me convirtió durante algunos años en la niña rara del colegio, pero yo no me avergonzaba de ello. Mientras mis amigas deseaban ser veterinarias, enfermeras o actrices, yo estaba ansiosa por abrir mi propia empresa, aunque por esa época no tenía claro de qué tipo. Ya lo decidiría cuando fuera mayor, tenía muchos años por delante. ¡Tiempo! Ese tiempo que ahora se evaporaba entre los dedos de mis manos y se diluía en un infinito demasiado grandioso como para que yo perteneciera a él.

Con Alejandro todo fue muy formal. Decidimos ir a vivir juntos cuando terminamos nuestras respectivas carreras y casarnos al encontrar trabajo estable. Tengo que admitir que yo no tenía contrato fijo y que tampoco había abierto mi propia consultoría de finanzas. Sí, no sé en qué momento decidí que mi sueño era fundar mi propia gestoría, pero trabajaba en una y me dedicaba a llevar las cuentas de pequeñas empresas y autónomos y a realizar alguna que otra declaración de la renta cuando llegaba la campaña de la Agencia Tributaria.

¿Era feliz? Lo era. Aunque mi alegría se desbordó en cuanto supe que mi vientre albergaba una pequeña vida, un ser tan minúsculo que dependería de mí durante nueve meses para después formar

parte de mi organizado mundo. Sin embargo, esa felicidad me duró un suspiro: el tiempo que discurre en hacerte a la idea de que alguien dependerá de ti el resto de tu vida hasta aceptarla con la gratitud que se merece. Alejandro me abandonó cuando cumplí los siete meses de embarazo. Se marchó casi sin decir adiós, sin atreverse a mirarme a la cara. Su excusa fue que no estaba preparado para ser padre, para formar una familia, que todavía tenía sueños que cumplir y que su vida corría demasiado deprisa como para saborearla. La mía debió estancarse en ese momento, porque un sudor grueso recorrió todo mi cuerpo y creí desfallecer. Me quedé sin el respiro que me permitía seguir viviendo, sin el apoyo necesario para cuidar de una vida que estaba a punto de llegar, cuando era evidente que ni siquiera era capaz de cuidar de la mía.

Me vi forzada a volver a casa de mis padres con las lágrimas que escupían mis ojos extenuados después del huracán en el que se habían visto envueltos y me sentí de nuevo pequeñita. Volví a ser la niña que nunca se fue del nido ni se atrevió a desafiar a sus padres para restregarles que, aunque era joven, tenía las ideas claras y quería cumplir mis sueños. ¿Qué sueños? ¿Esos que había entregado por amor a otra persona y los había pisoteado sin miramientos?

—Aquí no te faltará de nada, a ninguna de las dos —me aseguró mi madre. Yo sabía que no me mentía, que los dos se encargarían de darnos cobijo y comida, pero, sobre todo, amor, aquel que tanto yo como mi preciosa hija íbamos a necesitar en esos momentos.

Vega fue una brisa estival que volvió a inundarme los ojos de lágrimas y de una felicidad indescriptible, pero, de nuevo, la vida se encargó de recordarme que mi camino no era el de los pétalos de rosa, sino el de las espinas. No me renovaron el contrato de trabajo cuando acabé la maternidad y, además, supe por Raquel, mi inseparable amiga de aventuras y desventuras, que Alejandro en realidad me había dejado por otra con la que se había ido a vivir al mes de terminar nuestro matrimonio. Ahí quise morir una segunda vez. Lo deseé con todas mis fuerzas.

Ahora tal vez el universo había decidido escuchar mis palabras y regalarme lo que con insistencia había ansiado en un momento crucial de mi vida, en ese en el que dejé de ser para convertirme en

los que otros deseaban que fuera: una madre, una luchadora, un ave fénix que resurgía de sus cenizas para vociferarle a Alejandro que se había equivocado, que se arrepentiría de su decisión y que yo se lo demostraría.

La imagen de Vega consiguió transmitirme la calma que necesitaba. No quería presenciar más batallas ni más derrotas, solo verla a ella, sumergirme en sus ojos azules tan grandes como dos océanos y escuchar su risa tan alto que pudiera acallar los quejidos de quienes me acompañaban en ese calvario. Vega, mi Vega, ¿quién se ocuparía de ella?

Ya no sentía dolor, pues también este me había abandonado, y fue cuando supe que el final se acercaba. Quise acariciar mis mejillas, decirme a mí misma que todo saldría bien, pero había olvidado dónde había dejado la mano. No la encontraba. Y aunque estaba segura de que continuaba unida al brazo, no era capaz de moverlo. Entonces mis labios tremaron. No supe discernir si era de frío o de miedo. Debía ser el miedo porque, aunque pensara que ya nada podría hacerme más daño, que mis cartas ya estaban echadas, la verdad era que mi alma no deseaba despedirse tan pronto. Treinta y un años eran insuficientes para que mi vida contara, para que no fuera más que una simple gota en un mar inmenso.

Escuché la voz de mi madre y quise reaccionar a ella, pedirle que me auxiliara, que me ayudara a recoger los pedacitos de mi corazón que debían estar regados en el asfalto, pero ella no me prestaba atención. Hablaba y hablaba como si estuviera bajo los focos de un teatro solitario interpretando su monólogo.

—Vas a llegar tarde a la entrevista. El despertador hace rato que sonó. Sé que no estás entusiasmada y que ser cajera de supermercado no entraba en tus planes, pero es un trabajo y ahora tienes una boca que alimentar. Tu padre y yo no duraremos para siempre, así que no puedes desaprovechar esta oportunidad. Juani me ha asegurado que el puesto es tuyo si lo quieres.

Si mi madre no me hubiera conseguido esa entrevista de trabajo, si me hubiera levantado en cuanto el despertador sonó, no se me habría hecho tan tarde y no estaría allí, tendida en la calle, esperando algo que no parecía llegar nunca. Vega había pasado una

mala noche y mis párpados muertos de cansancio decidieron que ya era suficiente para ellos. Poco a poco se fueron cerrando hasta que el cielo se encendió de repente y, tras un fogonazo y un estruendoso estallido, decidieron dormir para siempre.

—¿Me estás escuchando, Adriana? ¡Es tu vida! Y ya es hora de que luches por ella. Lucha por ella, lucha por ella...

Su voz se fue apagando muy despacio mientras otra desconocida, varonil, se abrió paso en la oscuridad y me susurró con garra:

—Tienes que aguantar un poco más, solo un poco más. ¡Lucha! ¡Lucha!

Después llegó la paz conmigo misma, con los demás, con todos los que una vez decidieron darme su mano y con todos los que me la negaron. Me encontraba acunada por una luz cálida, demasiado acogedora como para creer que era mi enemiga. Me envolví con ella y me recosté. Permití a mi alma ser libre. Era una sensación tan extraordinaria y tan cautivadora que aún me maravillaba cuando lo pensaba. No conseguía recordar cuánto tiempo permanecí ahí, en esa nube dorada repleta de sosiego, aunque en ese lugar los minutos no se cuantificaban ni se enjuiciaban. En mi piel se quedó grabado aquel sentimiento de amor infinito, aquel al que renunciábamos constantemente para encararnos contra nuestras propias luchas banales.

No quise irme de allí. No quería regresar a mi vida sin fundamentos, pero estaba Vega y ella me empujaba una y otra vez a romper esa burbuja de serenidad absoluta, a pesar de que, si regresaba, tendría que enfrentarme a mis demonios, a mi día a día, a unos sueños que se habían deshecho por el camino. Y eso dolía más que cualquier cicatriz en la piel.

Me pesaban mucho los párpados, los cuales continuaban reacios a despertar. No quería que mis ojos vieran en qué me había convertido, no podía asumir que los médicos me soltaran cualquier barbaridad como que ya no podría andar o ni siquiera comer por mí misma. Si volvía, era para ser autosuficiente, para cuidar de Vega. Abrí un ojo con mucha fatiga, luego el otro. Mi visión estaba borrosa y apenas podía enfocar la habitación del hospital. Todo me

pareció tan blanco que mi mirada se resintió por un instante. Me encandilaba. Conseguí llevarme una mano a la cabeza y no me sorprendió que estuviera cubierta con una venda que ocultaba mis cabellos castaños, aunque estos se me antojaron demasiado cortos. «Puede que me los hayan cortado —pensé—. No pasa nada, crecerán pronto».

Deslicé la palma de la mano hacia el rostro en busca de heridas profundas. Tenía un esparadrapo en la barbilla y puede que en la oreja; sin embargo, no me preocupaba. Me desconcertaba tocar los pómulos y no reconocerlos; palpar mi rostro y sentirlo extraño, acariciar la piel e intuirla más seca, más tosca. Quizá habían tenido que intervenirme y hacerme una reconstrucción facial. Sí, debía de ser eso. Recordaba una explosión y cómo mi cuerpo fue lanzado varios metros hacia atrás. Ahogué un quejido. No podía permitirme llorar antes siquiera de escuchar el diagnóstico, a pesar de que el dolor había regresado a mi vida con saña. La cabeza quería estallarme y la fuerte presión en el pecho me impedía respirar con normalidad.

«Es ahora o nunca», me dije.

Y tras unos segundos lacerantes, abrí del todo los ojos. No obstante, no vi a mi madre sentada en una silla ni a mi padre ni a Vega ni a mi amiga Raquel y eso me agitó. Había una mujer preciosa de largos cabellos morenos y labios gruesos hojeando una revista. Parecía cansada. Tenía unas ojeras acusadas y su rostro había sido castigado por un sinfín de lágrimas. En algún lugar recóndito de mi corazón, sentí lástima por ella, a pesar de que no comprendía por qué estaba velando por mí. Por fin, la garganta se atrevió a deshacer los nudos que impedían su funcionamiento normal y quise hablar. No sé si conseguí formular la pregunta de forma correcta o si solo se escucharon balbuceos ininteligibles, porque reaccionó de forma exagerada cuando intervine:

—¿Quién eres?

—Oh, honey[1]. —Se abalanzó sobre mí y me cubrió la cara de besos extraños y repletos de un sentimiento que desconocía.

¿Quién coño era esa mujer?, ¿dónde estaba mi familia?, ¿y por qué

demonios me había hablado en inglés? ¡Yo no sabía inglés! Todos esos pensamientos lograron colapsarme y empujé a la morena de ojos rasgados lejos de mí. Me miró espantada mientras trataba de liberarme de las sábanas sin entender lo que decía. Intentó retenerme, me agarró por los hombros para impedir que me bajara de la cama, pero yo era más fuerte que ella y volví a empujarla.

Entonces gritó. Imaginé que había llamado a los enfermeros o al médico, porque, un par de minutos después, aparecieron dos hombres con batas blancas. Uno de ellos preparaba una jeringa con rapidez, probablemente un tranquilizante, pero yo hacía rato que no les prestaba atención. Al retirar las sábanas, había dejado al descubierto mi torso hasta la cintura. No obstante, no era mi torso. No tenía pechos, sino unos abdominales que marcaban toda mi figura. Observé mis brazos y caí en la cuenta de que eran más gruesos y fornidos. Tenía hematomas decorando una piel que no era mía. ¡Y no comprendía nada! ¿Qué clase de cirugía me habían hecho?, ¿en qué monstruo me habían convertido?

Y chillé. Chillé con todas mis fuerzas hasta que consiguieron inocularme el anestésico e inmovilizarme en la camilla. Volví a dormir y no quise despertar jamás.

Capítulo 2

El sentido de la vida

Si no me hubiera olvidado el móvil en casa, si no hubiera cometido ese simple despiste, mi vida no se habría desmoronado como un castillo de arena construido en la mismísima orilla del mar. Quizá ya lo estaba haciendo y no me había percatado de ello, puesto que mi trabajo era exigente y me requería las veinticuatro horas del día si era necesario. Puede que los cimientos de sus muros no estaban reforzados lo suficiente o que me había arriesgado al edificarla demasiado cerca del agua. Estaba expuesta a las mareas y poco a poco, día tras día, fueron corroyéndola, debilitándola. Y yo no quise darme cuenta.

Me había levantado a las seis de la mañana como todos los días. Desayuné de pie mientras contestaba algunos mensajes y devolvía la llamada a mi compañero, Cliff Richards, un afroamericano cincuentón con un corazón gigantesco. Teníamos que interrogar a un posible testigo de asesinato, aunque este todavía no lo sabía. No contábamos con muchas pistas sobre el suceso, pero de lo que sí estábamos seguros era de que su camioneta estaba aparcada al otro lado de la calle justo en el momento del crimen, sobre las ocho de la tarde. El joven Robert García era repartidor y había abandonado el edificio minutos antes del asesinato. Cliff había organizado una visita a su casa a mediodía.

Antes de salir hacia la comisaría, le planté un beso en la mejilla a mi mujer y cogí en volandas a mis dos hijos, quienes ya estaban quejándose porque ninguno quería ir al colegio. Conduje sin prisas hasta el trabajo, admirando el verdor de los árboles que se arremolinaban junto a la carretera. Eran esbeltos, frondosos y el escondrijo perfecto para cualquier maleante que quisiera ocultarse de los agentes de la ley. Amanecía, y los primeros rayos de sol serpenteaban los gruesos tallos para asegurar la claridad en cada rincón e impregnar el asfalto de centellas doradas. Sonreí para mis adentros. Había crecido con esa estampa primaveral, con el aroma a

pino salvaje y con el frescor que descendía de los montes y engañaba a los turistas, obligándolos a cubrirse de nuevo con sus chaquetas. Bozeman era así: una ciudad coronada por las más bellas montañas y con numerosos senderos que te transportaban a estampas inolvidables donde deseabas perderte y no regresar jamás a la civilización. Y aunque la estación de las flores continuaba siendo fría para los lugareños, después de las nevadas copiosas de un invierno largo e intenso, aquello era el paraíso.

Consulté de nuevo los informes y me leí de forma exhaustiva el que había firmado el forense. Ronald Stevens había sido hallado muerto en su despacho de ocho metros cuadrados, sentado en su silla de escritorio de lujo mientras firmaba unos documentos que al principio no resultaban de interés. Debía conocer a su asesino, puesto que este consiguió acceder a la tercera planta sin ningún problema. La seguridad del edificio no lo consideró peligroso al presentarse ante ellos, así que su aspecto no era el de un borracho ni un drogadicto, sino el de alguien que tendría algún negocio que proponer o cerrar. Sin embargo, las cámaras no habían recogido nada sustancial ni siquiera en la lista de visitantes del edificio, en la cual era obligatorio firmar antes de acceder a los ascensores. No existía ningún nombre que les llamara la atención y eso me dejaba con una extensa lista de personas que investigar.

Me di media vuelta al escuchar unos toquecitos en la puerta y apenas tuve tiempo de responder, puesto que mi jefe, un hombre de casi dos metros de altura y con un bigote espeso que podía recordar a los revolucionarios de Pancho Villa, se plantó en el umbral con cara de malas pulgas. Will Moreno era descendiente de inmigrantes mejicanos. Su semblante serio, a veces intimidante, y su carácter dialogante lo habían convertido en el candidato perfecto para dirigir la comisaría.

—¿Dónde coño te has metido? Llevo llamándote toda la mañana. —Fruncí el entrecejo y lo miré extrañado. Quería comprender su enojo mañanero.

—Solo he salido de aquí para tomarme un café de la máquina. ¿Es que nadie me ha visto entrar en la oficina? —Busqué mi móvil entre todo el papeleo, debajo de la mesa e incluso en los bolsillos de mis vaqueros—. ¡Mierda! Lo he dejado en casa.

—Bien, pues mueve tu precioso trasero ya. Tu presunto testigo se ha despedido del trabajo y creemos que piensa dejar la ciudad. Cliff te está esperando fuera.

No llegamos a tiempo. El muy canalla había metido algo de ropa en una bolsa de deporte y se había largado. Su madre no paraba de llorar y lo excusaba argumentando que el chico no había tenido las mismas oportunidades que el resto de sus compañeros. Tampoco comprendía por qué su hijo actuaba de esa manera, ya que ella lo había educado para que fuese un hombre decente, aunque nosotros habíamos dejado de considerarlo en ese momento un posible testigo para elevarlo a la categoría de sospechoso. Cliff no tardó en avisar al jefe y este en un santiamén había conseguido una orden de busca y captura. Robert García se había convertido en un sujeto peligroso para la policía y para la ciudad entera.

Torcí a la derecha en el cruce que estaba cerca del río. Mi compañero rebuznó por lo bajo.

—¿Adónde quieres ir ahora? Si el cabrón quiere huir, lo hará por la interestatal, no atravesará el monte.

—A mi casa. Tengo que recuperar el móvil. A ese ya lo hemos perdido. Su cama estaba hecha y solo había una taza en el fregadero. Su madre desayunó sola y, aunque es muy probable que no tenga la menor idea del paradero de su hijo, ella tampoco lo detuvo. ¡A saber qué le habrá contado!

Cliff no dijo nada. Llevábamos juntos nueve años, los suficientes como para intuir lo que pensábamos en cada momento con apenas intercambiar una mirada. La suya me decía que tenía razón, que se nos había escapado por no haber respondido a las llamadas madrugadoras de mi jefe. Según Cliff, habían comenzado a las siete y poco de la mañana.

Quería que fuera directamente a la casa de Robert en vez de dirigirme a la comisaría y mi compañero había supuesto que nos encontraríamos allí. Después de esperarme media hora, había decidido llamar a la puerta, pero nadie había respondido. Fue la vecina quien lo alertó de que no había visto al chico en toda la mañana y que su madre había ido al supermercado. Cliff también

me había llamado y, cansado de esperar, había avisado al jefe.

—No tardaré mucho, a no ser que quieras saludar a Jenny.

—Te esperaré en el coche. Ya estoy escuchando los gritos de Moreno desde aquí.

Entré en casa malhumorado y me dirigí al comedor embriagado en un silencio culpable. Yo no creía que un muchacho de veinte años hubiera asesinado de un tajo en la garganta a un empresario de éxito; sin embargo, supuse que, si Robert había visto el rostro del asesino, estaría más preocupado por su seguridad que en acudir a la policía a testificar. Después de todo, era un chico de la calle que había conseguido el trabajo de repartidor seis meses atrás. Robert no confiaba en nosotros. Para él, éramos su problema.

Entonces escuché las risas de mi mujer en la planta de arriba. Estaba tan enfrascado en mis pensamientos que había olvidado que su amiga Linda venía a visitarla hoy. Ni siquiera me había percatado de que tenía aparcado el coche fuera. Subí las escaleras desdibujando la expresión severa para ofrecerles mi mejor sonrisa. No obstante, en cuanto puse un pie en el rellano, mi corazón comenzó a bombear más acelerado. Había un hombre con ellas. Su voz trepaba por mis orejas y se hacía dueño de todo mi ser, haciendo saltar mi alarma interior. ¿Qué estaba sucediendo allí?

En lugar de acelerar el paso, me detuve un instante. Fue un segundo en el que pensé que quizá continuaba abrigado bajo las sábanas de mi cama, obligado a vivir una realidad que no era mía. No podía serlo. Deslicé la puerta entornada del dormitorio sin hacer ruido y la abrí con un nudo que me impedía tragar. Jenny estaba allí. Con otro hombre. Con un desconocido al que ni siquiera presté atención. La miraba a ella, quien se contoneaba sobre él como si fuese una bailarina de barra experta, metódica, demencial, al tiempo que acariciaba sus propios senos, esos que había saboreado yo tantas veces. Y gemía. De sus labios se desprendían suspiros de gozo, esos que me recordaron nuestras noches de pasión. Pero no era yo quien la agarraba por la cintura y la obligaba a volver al colchón para dominarla; no era yo quien besaba su cuello, ansioso, y arremetía contra ella mientras me rogaba que no parase. No era yo.

Pude haber entrado y matado a puñetazos al rubio que estaba poseyendo a mi mujer. Pude haber gritado: «basta», e insultarlos hasta que mi voz terminara rasgada, rota como ya lo estaba mi alma. Sin embargo, me quedé allí, clavado en la puerta con el pecho hundido y el corazón acongojado sin saber cómo reaccionar, cómo detener ese ultraje en mi propia casa, en mi propia cama.

Por fin, ella me miró a los ojos, incrédula, más bien aterrorizada, pues su mirada resbaló de mi rostro y se posó en la pistola reglamentaria. No podía creer que tan siquiera pudiera imaginar que yo podría ser capaz de cometer una salvajada, a pesar de que me sentía humillado, herido hasta el límite de que no sabía si llegaría a recomponerme de eso. La imagen de los dos restregándose desnudos entre las sábanas que nos había regalado mi tía se me quedó grabada a fuego como un tatuaje sanguinolento en mi piel. Para siempre. Para toda la eternidad.

—Josh, por favor, no hagas ninguna locura —me suplicó a la vez que estiraba el brazo, como si pudiera detener las balas de mi cargador.

—La locura la estás cometiendo tú.

Mientras giraba sobre mis talones, atisbé al rubiales saltar de la cama y correr en busca de su ropa con una almohada cubriéndole sus partes íntimas. Me permití reír por lo ridículo que resultaba. Ya había visto su miembro taladrar el cuerpo de mi mujer una y otra vez y ahí no había sentido ningún tipo de recato, aunque Jenny no fuera suya ni hubiera jurado los votos de lealtad delante de un sacerdote.

—Josh, espera. Puedo explicártelo.

—Ya me has hecho un dibujo explícito de tus necesidades. Sobran las palabras.

—No te vayas así. Deja que lo hablemos.

Descendía desnuda los peldaños tras de mí y yo en ningún momento me giré para mirarla, para contemplar ese cuerpo que en tantas ocasiones había deseado, esos ojos castaños en los que me había

perdido infinidad de veces y esos labios por los que había suspirado antes de reunir la fuerza para pedirle que saliera conmigo.

Abrí la puerta de la entrada y la obligué a esconderse al distinguir a Cliff de pie cerca del coche patrulla. Por un instante pensé que se había percatado de lo que sucedía en el interior de la casa y me avergoncé. No sabía por qué ese sentimiento sucio y ultrajante se apoderó de mí, puesto que yo no tenía la culpa de lo que Jenny decidía hacer en sus ratos libres. Pensé que mi matrimonio era una mentira, que estaba viviendo en ella a saber desde hacía cuánto tiempo y que yo había sido el último tonto en enterarse. Cliff llevaba casado más de treinta años. Tenía una familia envidiable a la que habíamos invitado a nuestro enlace. Sé que él me quería como a un hijo y que, como padre, sentiría también suya la tragedia que estaba viviendo en mis carnes.

—Iba a ir ahora mismo a por ti. No te lo vas a creer, pero han visto a Robert en una gasolinera cerca de aquí. —Sonreía de medio lado hasta que contempló mi rostro disgustado. Mi cara debía ser todo un poema y transparente como el rocío del alba—. ¿Te ocurre algo?

—No. Vamos a por ese cabrón.

Me aferré al volante para que no entreviera mis manos temblorosas. No podía someterme ahora a uno de sus interrogatorios paternos.

—¿Seguro que todo va bien? ¿Jenny está bien?

—Sí, estaba en la cocina haciendo uno de esos bizcochos de limón que tanto te gustan.

—Pues ya puede dejarme un trozo. Siempre le digo a mi Mary que los de ella son mejores, pero la verdad es que tu mujer hace una masa más ligera.

Tragué saliva y me concentré en la carretera. Abandoné rápido la pequeña zona residencial donde se encontraba mi casa, a las afueras de la ciudad. Habíamos decidido mudarnos allí en cuanto Jenny se quedó embarazada de nuestro primer hijo, Tom. Fue una inversión astronómica para mi sueldo de policía, ya que su peculiar tienda de antigüedades no estaba dando los frutos que esperábamos, pero era

el sueño de Jenny y eso lo convertía también en el mío. ¿Qué íbamos a hacer ahora? No habíamos terminado de pagar la casa. ¡Joder! ¿Por qué pensaba en la hipoteca ahora? ¡Jenny estaba engañándome!

Parpadeé varias veces y traté de centrarme en las curvas infinitas de la carretera.

—Sé que quieres llegar el primero, pero no hace falta que conduzcas como un temerario.

—Sí, tienes razón. Es que me jode mucho haberme dejado el móvil en casa —afirmé mientras reducía la velocidad.

—Lo atraparemos igualmente. Si no lo hacemos nosotros, lo harán otros. De todas formas, Moreno me ha asegurado que seremos los primeros en interrogarlo. Es nuestro caso.

Asentí de manera automática sin prestar mucha atención a las palabras de mi amigo. Yo quería detener al muchacho. Necesitaba enmendar esa mañana de alguna forma y quise concentrarme en él como si fuera la diana de todos mis dardos envenenados. Sin embargo, no podía. La imagen de Jenny retozando con ese hombre de aspecto imberbe asaltaba mi mente y me forzaba a volar lejos de allí. ¿Por qué no había actuado como un marido cabreado y no le había dado una buena paliza a ese tipo?, ¿por qué me había quedado como un idiota parado ante la puerta para contemplar cómo se amaban sin censuras en mi cama?, ¿por qué?, ¿por qué?

La voz de la emisora me devolvió a la realidad de esa mañana:

—A todas las unidades disponibles, atropello en Gold Avenue a la altura de la iglesia baptista y posible suicido en Bridger Creek cerca del campo de golf.

Otros coches patrullas respondieron a los avisos, nosotros no. Teníamos que llegar hasta la gasolinera que estaba cerca de la interestatal. Pisé el acelerador. No iba a permitir que se me escapara, no podría con otra derrota más ese día.

—¡Cuidaaadooo!

No vi al ciervo ni me di cuenta de que atravesaba la carretera, ajeno a todos mis problemas. Di un volantazo hacia la derecha para esquivarlo y pronto me percaté de que había perdido el control del coche. Caímos por un terraplén que se me antojó eterno mientras mi cuerpo parecía girar como una noria dentro del vehículo. No recuerdo si saltaron los airbags ni si llevaba abrochado el cinturón de seguridad. Debía tenerlo porque, si no, la cabeza ya habría impactado contra el cristal delantero.

Mientras me sumergía en un abismo demasiado oscuro, volví a escuchar las súplicas de Jenny, rogándome para que no me fuera. La vi el día de nuestra boda. Su sonrisa eclipsaba a todos los presentes. Su dulce boca. Su mirada chispeante al pronunciar el: «sí, quiero». Pensé entonces en mis dos hijos y me maldije por haberme dejado el móvil en casa, por mi imprudencia, por un simple despiste. Un error que pagaría muy caro.

No tenía ni idea de cuántas horas llevaba inconsciente en esa cama tan mullida para mi inmenso cuerpo, puede que días. No podía saberlo con seguridad. Abrí los ojos y sentí un extraño escozor en los párpados. La vista me ardía. Quizá por ese motivo solo lograba atisbar nubarrones y me costaba enfocar cualquier objeto de la habitación. Estaba en un hospital, eso era evidente. Presioné los codos contra el colchón para intentar incorporarme, aunque mis fuerzas eran escasas. Entonces distinguí a una señora que se acercaba a mí con una sonrisa afectada y los ojos enrojecidos. Creí que se trataba de una enfermera, y pronto reparé en que no llevaba uniforme.

—¡Mi niña! Estás despierta. Todo va a ir bien.

Arrugué el rostro, contrariado. No comprendía por qué esa mujer me hablaba en español y acariciaba mis cabellos con ternura. Puede que fuera una de las voluntarias del hospital y solo quisiera consolarme, a pesar de que ese momento era demasiado íntimo para mí. Me estaba resultando incómodo. Humedecí mis labios secos con la punta de la lengua y pronto ella se presentó con un vaso de agua. Bebí sin apartar la vista de esa extraña mujer. Por algún singular motivo, me recordaba a mi madre, aunque ella no era tan cariñosa ni efusiva. Decía que el excesivo mimo creaba niños melindrosos e inseguros y el mundo necesitaba hombres fuertes, llenos de

iniciativa que los condujera a un futuro prometedor. Un futuro donde ella veía abogados o médicos, así que el hecho de que me convirtiera en policía truncó sus expectativas conmigo y nuestra relación poco a poco fue más distante.

Le agradecí a la mujer su gesto amable con una leve sonrisa. Me costaba hablar y supuse que el golpe en la cabeza había sido más fuerte de lo que pensaba en un inicio. En ese momento, me acordé de Cliff y quise preguntar por él. Me esforcé en hacerme entender. Con una mímica absurda que no llegué a finalizar le pedí lápiz y papel. Fue ahí cuando caí en la cuenta de que algo no iba bien. Nada bien.

Observé mis dedos largos y esbeltos y mis muñecas estrechas al tiempo que mis ojos ascendían por los brazos. Tenía uno de ellos vendado de arriba abajo, aunque daba igual, pues ya había visto todo lo que tenía que ver. Me descubrí las piernas con horror y salté de la cama ante la mirada atónita de la mujer. La escuché soltar lo que supuse que eran improperios y puede que entre tanto grito llamara a las enfermeras. No me importaba. Tenía que llegar hasta el baño, verme en un espejo y comprobar qué le había sucedido a mi rostro. Sin embargo, no llegué muy lejos. Las piernas comenzaron a flaquearme y tuve que apoyarme en la pared para no caerme de bruces. Mi cuerpo se quedó enterrado en el muro blanco de la pared mientras escuchaba las voces de los sanitarios. Me agarraron con dureza y me forzaron a volver a la cama sin que yo pudiera presentar mucha oposición. Por un momento, pensé que estaba recluido en un psiquiátrico porque aquello no podía ser posible. ¡Simplemente no podía ser! Quizá estaba sufriendo alucinaciones o alguien me estaba gastando una broma de mal gusto.

Porque ese no era yo.

Capítulo 3

Cuarenta segundos

Despegué mis párpados por segunda vez. Con miedo. Con estupor. Tenía que admitir que estaba confusa y, al mismo tiempo, aterrada. No quería repetir esa mala experiencia que se tragó mis ganas de llorar y amplificó mi terror por las terribles consecuencias que tendría que afrontar ahora que era una superviviente. Odiaba esa palabra. De ella se podía deducir que era una persona luchadora, valiente y que había combatido con uñas y dientes para preservar mi último aliento cuando en realidad todo había sido fruto de la suerte.

Curvé mis labios al distinguir a mi madre a mi izquierda, sentada cerca de la cama. Tenía un codo apoyado en el colchón y su cara reposaba en la palma de la mano mientras dormitaba. Ignoraba cuánto tiempo llevaba allí. Desconocía si habían transcurrido horas o días desde que mi vida había saltado por los aires. No lograba asentar la mente y pensar con claridad. Aunque el dolor de cabeza había desaparecido, imaginé que el suero que tenía al otro lado era el responsable. Debía estar repleto de calmantes.

Comencé a mover el dedo índice y a tamborilear sobre las sábanas con la esperanza de llamar la atención de mi madre; sin embargo, ella cabeceaba sin percatarse de lo que ocurría a su alrededor mientras soltaba algún que otro ronroneo. Mi padre siempre le decía que parecía un gato cuando dormía y que no podías molestarla porque no escaparías de su zarpazo. Reí para mis adentros y deslicé los ojos por la habitación. Ahora no me resultaba tan blanca ni tan resplandeciente. Era un cuarto común de un hospital cualquiera. Intuí que tenía una compañera porque la escuché toser, pero la cortina que separaba ambas camas me impedía verla.

Arañé las sábanas hasta que conseguí alcanzar el brazo de mi madre y entonces logré tocarlo con la yema de un dedo. Fue un contacto

breve que me supuso un gran esfuerzo, tanto que mi respiración se agitó y tuve que inspirar más despacio, más profundo, para encontrar la calma de nuevo. Mi madre dio un respingo sobre la silla y sus ojos encendidos como los faros de un coche se posaron sobre mí.

—¡Oh, gracias a Dios! Tienes mejor cara. ¿Te encuentras mejor?, ¿quieres un vaso de agua?

—¿Y Vega? —logré musitar.

—No te preocupes por ella. Está bien. Se ha tomado sus biberones como si nada. Alguna vez me mira como si me estuviera preguntando por ti y yo le digo que pronto vendrás a casa.

Las lágrimas me empañaron la mirada, aunque ninguna de ellas descendió por las mejillas. Apenas recordaba lo ocurrido, solo que su rostro cándido se presentaba una y otra vez ante mí como si fuera mi ángel de la guarda y me susurrara que tenía un hogar al que regresar. Ella se había convertido en mi todo, a pesar de que había necesitado estar postrada en esa cama de hospital para entenderlo.

—Te vas a poner bien, mi niña. Eres fuerte, muy fuerte, recuérdalo.

Observé la venda del brazo derecho. No me había percatado de ella la primera vez que había intentado despertar y una mueca de confusión ocupó gran parte de mi cara. Quise descubrir mi torso, pero mi madre se apresuró a detenerme colocando sus manos sobre las mías.

—No quiero que te asustes. Has sufrido algunas quemaduras, pero el médico ha insistido en que ninguna reviste gravedad. Las del brazo son las peores y tardarán más en sanar. Vas a necesitar curas diarias, pero todo va a mejorar, ya verás. Tienes otra en el cuello, no muy grande, y ocupa parte de tu mentón. Tenemos que dar gracias a Dios. Ni la cabeza ni la cara se han visto afectadas. Por lo demás, tienes algunas magulladuras por todo el cuerpo, producto de la caída. Vas a ponerte bien.

Escudriñé sus ojos marrones para buscar un resquicio de engaño en

ellos, pero sabía que no mentía. Mi madre era incapaz de endulzar la verdad por muy dura que fuera. A veces la excesiva sinceridad podía convertirse en un defecto, sobre todo cuando la acompañabas con algún tipo de juicio.

«Ser madre requiere mucho esfuerzo y dedicación. No es como lo pintan por ahí. Es otro trabajo, así que ya puedes imaginarte lo que supone. Encima el padre de la niña se ha volatilizado y por eso es doble trabajo para ti. Tienes que estar preparada para los llantos, los cólicos, las noches de insomnio y, además, tener buena cara para los demás. No puedes permitir que se compadezcan de ti porque Alejandro te haya dejado. Tienes que seguir adelante sin él», me había soltado al par de horas de dar a luz.

Preocupada, me atreví a gimotear. Yo no era tan valiente. No tenía las fuerzas suficientes para enfrentarme a mi nuevo estado, a esas curas diarias que mencionaba, al dolor, a recuperar la movilidad y, al mismo tiempo, a cuidar de una niña de ocho meses. ¿Por qué me había pasado eso a mí?

—¿Qué fue lo que ocurrió? —le pregunté todavía desconcertada.

Ella titubeó un instante. Se debatía entre hacerme pasar por un mal trago cuando ni siquiera había podido levantarme o encararme con la verdad aunque no estuviera preparada para ella.

—Cuando dejaste a Vega en la guardería y volviste para coger el coche, hubo una explosión en el bar de enfrente. Un escape de gas, según los bomberos. Murieron cuatro personas que estaban dentro y dos que pasaban por allí. —Le temblaba la voz. Quería mantener la compostura delante de mí, pero imaginé que había pasado por momentos de angustia al desconocer qué suerte había corrido yo: si estaba viva o muerta—. La onda expansiva te lanzó varios metros más allá y no te cogió de lleno. Hay otros que... —No pudo continuar.

Un nudo en la garganta le impidió seguir hablando, así que prefirió callar para evitar llorar y desmoronarse ante la que consideraba su niña. Sin embargo, la imaginación rellenaba los huecos que las palabras no hacían y yo pronto evoqué rostros desfigurados, piernas amputadas o espaldas totalmente abrasadas. Un infierno. Unas

llamas gigantescas que lo habían envuelto todo y que habían cambiado la vida de muchas personas para siempre, incluida la mía.

—Tranquila, mamá. Estoy bien. —Ella ahogó una risa melancólica repleta de una felicidad a medias porque otros no lo habían conseguido.

—La primera vez que despertaste me diste un susto de muerte. Querías bajarte de la cama y salir corriendo del hospital.

Fruncí el entrecejo confusa. Me llevé la mano a la cabeza y palpé mis cabellos castaños embrollados, sin ninguna uniformidad y algo más cortos de lo habitual. Debía tener una maraña de nudos poblándolos que me iba a costar desenredar.

—¿Ya me han quitado la venda de la cabeza?

—¿Qué venda, cariño?

Torcí el gesto contrariada y no pude continuar con el interrogatorio, puesto que un séquito de batas blancas irrumpió en la habitación dispuesto a examinarme hasta los pelos de las axilas. Mi madre se despidió con un dulce beso en la mejilla y pensé que en mi mente existían muchas lagunas provocadas tal vez por la medicación.

Por la tarde recibí la visita de mi amiga Raquel. Apareció con un oso de peluche en las manos y una tarjeta en la que me deseaba una pronta recuperación. Gracias a ella supe que llevaba casi una semana recluida en el hospital, medio drogada por todos los analgésicos que incluían en el suero, pero que en unos tres días me darían el alta. Yo no supe si alegrarme o echarme a llorar. No estaba preparada para sobrellevar eso sola y, además, en casa de mis padres donde me recordaba una y otra vez que había fracasado en todo lo que había emprendido, a pesar de que tenía unas ganas enormes de abrazar a mi pequeña.

—¿Ya te han dicho que estuviste cuarenta segundos muerta? ¡Cuarenta segundos! —Su rostro reflejaba un asombro casi eufórico que nadie comprendería excepto yo.

Raquel se definía a sí misma como una persona espiritual, un ser místico

que había nacido en este mundo para realizar una misión importante. En realidad, pensaba que todos los seres humanos teníamos que cumplir esa especie de misión para sentirnos satisfechos con nosotros mismos, aunque ninguno conocía con exactitud en qué consistía esa tan nombrada hazaña que nos haría libres.

Todos los viernes se reunía en un centro con su grupo de meditación, donde, después de una relajación guiada, cada uno exponía sus experiencias y cómo habían alcanzado una calma absoluta. Cuando Alejandro me dejó, ella quiso que yo conectara con el bebé que llevaba dentro y me obligó a asistir a una de sus sesiones grupales. Mientras todos relataban haber visto campos de trigo dorado o cascadas impresionantes y sorteado grandes peñascos, yo me tuve que conformar con atisbar varias centellas de colores en un profundo mapa negro, más bien fueron producidas por el cansancio al mantener tanto tiempo los ojos cerrados. No volví jamás. No quería sentirme más idiota de lo que ya era en ese momento.

Arrugué la nariz y la miré con ojos divertidos.

—Si me vas a preguntar si he visto a angelitos cantando y tocando el arpa, ya te digo que no.

—Pero fueron cuarenta segundos que conectaste con el más allá. Algo debiste sentir —insistió ella sin apartar su mirada de mis pupilas escurridizas.

Me revolví en la cama algo confusa, pues Raquel tenía razón. Había experimentado un sosiego increíble, una paz arrolladora que había insistido en que entornara los párpados. Sin embargo, preferí no contarle nada, al menos en ese momento. Sabía que me sometería a un interrogatorio exhaustivo y no había mucho más que contar. No me tropecé con ningún pariente fallecido ni con un ser de luz que me dijese que tenía que volver porque no había acabado mi misión en la Tierra. Ni túnel ni paraíso ni mi abuela regañándome por lo imprudente que había sido. ¡Nada!

—Me han puesto un orinal para que pueda hacer pipí y lo estoy pasando fatal. No me dejan levantarme al baño todavía. ¿Tú crees que me van a dar el alta? —Cambié el discurso a sabiendas de que

sus arrugas de felicidad se borrarían de un plumazo y surgirían otras más sutiles, más comprensivas.

—Ya verás que sí. Has empezado a comer y en nada dejarán que des unos pasitos por la habitación. Tienes mejor cara.

—Pues no lo sé. Yo todavía no me la he visto. No me han acercado ni un espejo y mi madre insiste en que deje pasar un par de días más. Cuando ella te dice eso, es malo. A lo mejor me he convertido en un monstruo lleno de cicatrices y no quiere que lo sepa hasta que los niños en la calle se pongan a gritar cuando me vean.

—Eres una exagerada. Te han trasquilado un poco los pelos y tienes la zona del cuello enrojecida. Nada más.

—¿Has usado la palabra trasquilar conmigo? ¿No es lo que hacen con las ovejas? —Ahora sí que me estaba preocupando.

Ella se apresuró a sacar un espejito de mano de su bolso y me lo entregó para mantenerme callada. Lo abrí con desconfianza, como si la imagen que iba a contemplar en él no fuera la mía. Respiré aliviada al comprobar que no existían deformidades en mi cara. No obstante, mi pelo sí que había sufrido un atropello. Tenía mechones más largos que otros, sobre todo en el lado izquierdo donde la quemadura del cuello era más evidente. Ya me habían quitado el apósito y la habían dejado al aire libre, pues ahora necesitaba sanar por sí sola. Mis ojos se inundaron de lágrimas. No estaba tan mal. Vega podría reconocer a su madre aunque sus cabellos parecieran un seto mal podado.

—Te ahogas en un vaso de agua —me aseguró.

—El vaso reventó hace tiempo. —Raquel ignoró mis palabras, pues detestaba el victimismo y yo tenía que reconocer que llevaba unos meses lamentándome por todo. La chica de la carcajada fácil se había convertido en una gruñona antipática.

—Venga, ¿qué es lo primero que quieres hacer cuando salgas del hospital? ¿Unas cervecitas?, ¿un cine con palomitas? —Consiguió que mis labios se curvaran y sonriera de medio lado. Sí, había vida ahí fuera detrás de esas cuatro paredes.

—La playa —respondí con seguridad—. Quiero ir a ver el mar, pasear mientras respiro oxígeno y no este olor a desinfectante.

—Eso está hecho.

No abandoné el hospital a los tres días como me había dicho Raquel, sino a la semana, ya que las quemaduras del brazo no mejoraban como debían. Por suerte, en esos siete días más de internamiento pude recibir la visita de mi hija gracias a un permiso especial. Como continuaba con la venda, mi padre la colocó en mi regazo y yo me limité a acariciarla y a besarla como si una guerra que había durado diez años nos hubiera separado. Era nuestro reencuentro después de días de horror y confusión. Era nuestra pequeña victoria.

Al llegar a casa, me sentí extraña. Fui directamente a la habitación que mis padres habían preparado para Vega y para mí y me quedé anclada en el umbral. Observé los pocos libros que había podido llevarme de mi antiguo hogar y la foto que me habían sacado nada más dar a luz. Estaba hecha un asco: sudorosa y extenuada. Los pliegues de mi cara parecían colgarme como los brazos inertes de un espantapájaros, pero se me veía feliz. Después de unos meses terribles donde la oscuridad poblaba mi vida, yo sonreía. Y era una sonrisa verdadera.

Presioné mis labios llevada por unas ganas irremediables de llorar y me acerqué a la cuna donde Vega dormía plácidamente. Era tan bonita, tan pelona y con unos ojos azules tan grandes que me pregunté de quién había heredado esa belleza. Ese color oceánico de su mirada era el de mi abuelo y esa piel de porcelana, de mi madre. Al menos podía sentirme afortunada. Vega no poseía nada de la familia de Alejandro y eso hacía que lo olvidase más rápido, como si nunca hubiera existido y no hubiera necesitado nada de él para crear algo tan hermoso.

—¿Quieres darte una ducha mientras la niña duerme? Después intentaremos que tú le des la crema de calabaza que le he preparado —me preguntó mi madre con una intencionalidad que sonaba más a orden.

Asentí sin darle más pie a las frases encadenadas que podrían surgir

de esa sencilla invitación y abrí una de las gavetas para coger una toalla. Me metí en la bañera con la firme convicción de disimular las lágrimas con el torrente de agua que caía de la ducha, pero no pude llorar. Me esforcé en hacerlo, en desahogarme a solas bajo la intimidad que me proporcionaba el rumor del agua, pero estaba seca por dentro. Algo no iba bien. Lo intuía, aunque era incapaz de discernir de qué se trataba.

Pronto el baño fue cubierto por una nube de vapor que empañó el espejo. Al salir, me esmeré en despejarlo con la toalla. No quería escuchar los reproches de mi madre por atreverme a ducharme con el agua demasiado caliente, a pesar de las evidentes quemaduras del cuerpo. Para mí era una forma de relajarme. Poco a poco empecé a vislumbrar mi rostro en él. «Tengo que sonreír más», me dije. A medida que iba descubriendo las líneas de mis pómulos en el cristal, se me antojaba que esa cara no era la mía. Me detuve un momento, desconcertada y, a la vez, expectante. Me afané en descubrir el rostro que se ocultaba bajo el vaho. No era yo. ¡No era yo! Era otra persona. Un hombre. Había un hombre que parecía mirarme con mis propios ojos. Parecía habérmelos robado.

Entonces grité. Solté un chillido agudo que despertó a mi hija. La escuché llorar mientras los pasos siempre seguros de mi madre titubeaban. No sabía si ocuparse de la niña o irrumpir en el baño, y yo preferí que hiciera lo primero, puesto que el hombre se había desvanecido al oír mis gritos. En su lugar, renacía en el espejo mi rostro desencajado.

La mente me funcionaba a mil revoluciones y se cuestionaba lo que mis ojos habían visto. «Es la medicación, estoy sufriendo alucinaciones —me dije al tiempo que recuperaba el aliento—. O puede que Raquel tenga razón y haya contactado con el más allá en esos cuarenta segundos. Cuarenta segundos de los que no recuerdo nada». Presioné la toalla contra mí para no sentirme desnuda, desprotegida ante lo que estaba viviendo.

«Me he traído algo de allí: un espíritu o un ser que quiere que regrese».

Tragué saliva muy despacio. Estaba asustada, aterrada, a decir verdad.

Capítulo 4

Una triste realidad

Deambulaba con una muleta por toda la sala. Trataba así de ejercitar mi pierna y recuperarme lo más pronto posible para regresar al trabajo cuanto antes. No deseaba estar en casa. El aire estaba demasiado viciado dentro de ella y, cuando salía al porche, recibía el aroma de las flores como si este no me perteneciera. Me resultaba ajeno, extraño, a pesar de que había rodeado mi infancia y me había acompañado en los momentos más felices. Era lo único que había heredado de mi madre: el amor por cultivar plantas y cuidar del jardín. Las flores eran lo que me quedaba de ella. Ahora aquella estampa se me antojaba lejana. Los días se me hacían demasiado largos y las noches eternas, obligado a dormir en la cama donde semanas atrás había encontrado a mi mujer con otro hombre.

Desde el accidente, Jenny se afanó en hacerme la vida más cómoda, en llenarme de esperanza y halagos. Para mí, hablaba su culpabilidad, aunque las únicas palabras que habían brotado de su boca habían sido un sentido: «Lo siento». Ella prefirió creer que mi mutismo era un sonado perdón que llenaba las páginas en blanco que habían nacido entre nosotros. Nuestros capítulos hacía mucho que se habían distanciado y ya no formaban parte del mismo libro. Sin embargo, mi silencio nada tenía que ver con la congoja. Mi mutismo era sinónimo de rabia, de impotencia y de una frustración profunda porque necesitaba de sus cuidados para sobrevivir.

Pude haberla echado de casa, vociferado a los cuatro vientos que su amor ya no significaba nada para mí, haber iniciado los trámites de divorcio y luego tratar de resolver las dudas de nuestros dos hijos pequeños sobre por qué viviríamos en casas diferentes. No obstante, la realidad era que me sentía vulnerable. No podía afrontar todo ese caos en la situación en la que me encontraba en esos momentos. No quería. Así que el silencio se convirtió en mi aliado mientras la dejaba hablar como si nada hubiera ocurrido y su infidelidad no

pesase en mi alma cada vez que la miraba a los ojos. Si mis labios se despegaban, solo saldrían reproches y preguntas que me harían más daño. Necesitaba conocer el porqué y cuánto tiempo llevaba con esa farsa, si siempre se reunía con él en nuestra casa o también se iba a un motel a dar rienda suelta a sus fantasías. «¿Por qué? ¿Por qué?»

Observé por la ventana un coche patrulla aparcar frente a mi casa. Era Cliff. Había salido prácticamente ileso del accidente y yo cada noche daba gracias por ello. No podría vivir si le hubiera sucedido algo grave por mi maldita imprudencia, por dejar que mis pensamientos llenos de amargura sepultaran el asfalto por donde circulaba el coche.

—¿Cómo sigues? —me preguntó nada más entrar.

Yo me encogí de hombros, pues no quería narrarle todas mis miserias en los diez minutos que duraría la visita. Cliff estaba de servicio. Se había reincorporado al cuerpo a los tres días del accidente. Siempre había sido un hombre con un fuerte sentido del deber y eso lo honraba. Contaba con la simpatía y la admiración de los compañeros de la comisaría y su hoja de servicio era intachable. Había aprendido mucho más con él en esos nueve años de compañerismo sincero que en las numerosas prácticas que había realizado en la academia.

—¿Y Jenny? ¿Estás solo en casa?

—Sí, los niños están en el colegio y Jenny ha decidido que ya era hora de abrir la tienda. No podemos permitirnos que esté mucho tiempo cerrada.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que te prepare un sándwich?

—Ya he desayunado y todavía tengo manos.

Me senté en el sofá. Primero apoyé los codos en los reposabrazos y luego dejé caer mi trasero. Estiré la pierna mala y me llevé la mano al muslo aquejado de un dolor punzante. Cliff contempló cómo presionaba los dientes para evitar soltar algún quejido y, tras deleitarme con una mueca consternada, me acompañó, sentándose frente a mí.

—¿Qué demonios te ocurre?

—Solo quiero volver al trabajo. Esta situación es desesperante.

—El trabajo puede esperar. Deja que Jenny te mime y te prepare tus comidas favoritas.

—No puedo más... —Desvié la mirada rápidamente al suelo. No quería que Cliff leyese los puntos suspensivos de aquella frase y descubriese que existía algo más que apretaba el nudo de mi garganta y no me dejaba respirar.

—Pues vas a tener que cultivar tu paciencia. —Cogí fuerzas mientras inspiraba y reuní el valor para mirarlo a la cara.

—Le he pedido a Moreno realizar trabajos de oficina.

—¡Joder, Josh! Pero ¿qué bicho te ha picado? —Cliff se llevó las manos a la cabeza y por primera vez me observó como a un desconocido.

Aparté mi rostro de nuevo y me concentré en uno de los cuadros que Jenny había adquirido en un mercadillo. Nunca le había encontrado el sentido. Estaba lleno de brochazos gruesos amarillos y azules con algunos puntos rojos que luchaban por salir del marco. En su lugar, yo también buscaría la manera de huir de ese condenado lienzo. Esas pinceladas caóticas no aportaban serenidad ni alegría, solo confusión y ganas de salir corriendo. Eso deseaba hacer yo: escapar de toda esa mierda.

—¿Se sabe algo de Robert García? —Mi compañero escudriñó mis ojos para buscar el verdadero motivo por el que había cambiado el tema de conversación. Por un segundo me asusté. Llegué a pensar que lo había descubierto, pero relajó el mentón y hundió la espalda en el sofá.

—Ese pobre diablo no sabe nada. Dejó el paquete en el despacho del asesor del señor Stevens porque este no llegó a contestarle. Probablemente ya estaba muerto. Cuando se enteró de que lo habían asesinado, le entró el pánico y huyó. El chico tenía antecedentes por trapicheo menor cuando estaba en el último curso

del instituto y pensó que lo acorralaríamos hasta hacerlo confesar. —Cliff negó con la cabeza. Estaba tan harto como yo porque en algunos barrios deprimidos se considerase a la policía como el enemigo—. Así que es un callejón sin salida. Solo podemos asegurar que el culpable actuó antes de las ocho que fue la hora en la que Robert declaró haber entregado el paquete.

—¿La familia te ha dado la lista de personas que podrían querer verlo muerto?

—A mí no. Ahora el caso lo lleva Scott y Miller. Cuando necesitan algo, les echo una mano. Nada más. Sé que han estado revisando las cámaras de vigilancia del edificio y las de tráfico que se encuentran en los alrededores. Quien lo hizo se mueve como un fantasma.

Fruncí el ceño meditabundo. Todos los asesinos siempre dejaban alguna pista, por muy pequeña que fuera en la escena del crimen. Sin embargo, ese había pasado desapercibido por la propia seguridad del edificio. No había dejado registro de su entrada en él y, encima, había conseguido acceder a uno de los despachos de una de las personas más influyentes de la ciudad y lo había matado sin que nadie se hubiera dado cuenta.

—¿Y las cuerdas con las que apareció atadas en la silla? ¿Han conseguido sacar algo de ellas?

—Son muy comunes en la región y me atrevería a decir que en todo el país. Ese tipo es muy listo. Lo preparó todo minuciosamente. Es probable que usara guantes y que luego limpiara el lugar. Va a ser difícil dar con él.

—Estás dando por hecho que es un hombre.

—¡Claro! ¿Cuánto pesaba el ricachón?, ¿unos cien kilos? Reducir a un tipo de su tamaño y atarlo en su propia silla no es una tarea fácil. No entiendo por qué no presentó oposición. ¿Por qué no hay signos de defensa en su cuerpo? ¡Ni un rasguño!

—Pudo apuntarlo con una pistola desde el principio.

—Lo sé, también lo he pensado.

Me llevé los dedos a la sien y la presioné con fuerza al tiempo que entornaba los párpados. Volvía a dolerme la cabeza. Era un martilleo que se apoderaba a ratos de mi cerebro, como el pico de un pájaro carpintero aporreando una y otra vez el tronco de un árbol. Incesante. Voraz.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que te traiga un vaso de agua? — Asentí con un débil movimiento de barbilla y observé cómo se dirigía a la cocina con paso apresurado.

Entretanto, yo traté de relajarme. Cerré los ojos y me concentré en la respiración mientras comenzaba una cuenta atrás desde veinte, como si al llegar a cero el dolor pudiera desaparecer. No conseguí ni pronunciar el número doce. El dolor se volvió más agudo y me forzó a abrir los ojos de par en par. Pensé que estaba viviendo una pesadilla.

Mi visión nublada me engañaba, pues aquello no podía ser verdad. Estaba en otro salón más pequeño y con una mesa de madera en el centro. Solo podía distinguir el color caoba de la tabla y apenas lo que se encontraba alrededor. Un murmullo lejano penetró por mis oídos y quise vomitar. No comprendía lo que me estaba sucediendo hasta que la vi a ella: a la señora del hospital. Atisbé su silueta a pocos centímetros de mí cuando posó su mano en mi frente. Sentí el frescor de su piel, su tacto preocupado y lleno de ternura. Aunque me hablaba, su voz retumbaba en la habitación como un eco distorsionado.

Alcé la barbilla para observarla mejor. Tendría unos sesenta años, de estatura media y complexión fuerte. Quise alejar todas esas percepciones de mí, pero mi instinto policial no me dejaba. Tenía que centrarme en ella, en sus facciones redondas y su semblante amable. Contemplé sus ojos marrones exaltados por la angustia y la desesperación. Esa señora estaba sufriendo por mí.

Puede que me desmayara en el sillón. No lo recuerdo. La realidad se confundía con una ilusión extraña, lejana a mi cuerpo pero cercana a mis sensaciones, y temí por mi salud mental. Algo no andaba bien. Entonces escuché la voz de Cliff. Me animaba a abrir los ojos y mirarlo fijamente. Despegué mis párpados muy despacio y me encontré con el dedo índice de mi compañero a un palmo de mi

nariz. Lo movía de derecha a izquierda, obligándome a seguirlo con mi vista.

—Josh, ¿estás bien?

—Sí —logré musitar.

—¿Desde cuándo te están dando estos mareos?, ¿se lo has comentado al médico?, ¿Jenny lo sabe?

¿Por qué había tenido que mencionarla? ¿Por qué había dicho su nombre con un afecto que no se merecía? Estaba viviendo en mi casa porque continuaba siendo la madre de mis hijos y porque, estúpido de mí, jamás se me ocurrió firmar un documento que garantizara la separación de bienes. Quise sincerarme con él en ese momento, pero el orgullo me lo impidió de nuevo. No quería poner mi vida más patas arriba de lo que estaba. Tenía que volver al trabajo y alejarme de ella. Necesitaba pensar lejos de aquellas cuatro paredes que se habían convertido en mi prisión, aunque para ello tuviera que mentirle al médico sobre ese dolor de cabeza. ¡Necesitaba el alta ya!

Capítulo 5

La mujer de la cama

Después de unos días de reclusión en casa, Raquel vino a recogerme para llevarme a la playa, tal y como me había prometido. A mis padres no les hizo mucha gracia, pero yo insistí en llevarme a Vega conmigo, a pesar de que mi brazo no estaba del todo recuperado. Seguía sin poder coger peso y ya había apreciado cómo su masa muscular había disminuido. Además, cualquier mínimo roce encendía mis pupilas y me hacía prensar los dientes para no chillar como una descosida en cualquier lugar. Dolía. Continuaba con esa venda absurda cada vez que salía de casa, pero los médicos ya me habían recomendado que estuviera más tiempo sin ella, al aire libre.

Allí en la playa todo cobraba una dimensión diferente. No existía el dolor ni las noches de insomnio, ni siquiera percibía mi rostro apagado y lleno de incertidumbres por un futuro que no lograba acariciar. Sentada en ese precioso rincón donde el agua del río Júcar se unía en perfecta comunión con el Mar Mediterráneo, me dejé embriagar por ese aire fresco que transportaba la esperanza a mi vida. Ese paraje único que surgía entre los verdes arrozales y las hechizantes olas que golpeaban con suavidad la arena dorada de la playa me hacía vibrar. Lo había hecho desde que era pequeña cuando corría por la orilla con mis dos hermanos agarrados de las manos y tratando de esquivar la suave espuma que siempre conseguía atizar nuestros tobillos. Así era mi tierra, así era Cullera: una ciudad fascinante donde su bahía dorada estaba custodiada por un faro inmaculado que encendió su luz por primera vez en 1858, esa luz que se irradiaba por todo el literal y le otorgaba a la costa un halo mágico.

Decidimos acercarnos un poco más a la orilla, a pesar de que los diecinueve grados primaverales de los que gozábamos no invitaban al baño. A mí no me importó. Estiré la toalla y me senté sobre ella al tiempo que observaba a mi hija enterrar los piececitos en la arena para después sacudirlos con gracia.

—Esto es vida —susurré hipnotizada por el balanceo de las olas.

—Me alegra haberte sacado una sonrisa. —Desvié la mirada hacia el horizonte infinito, tan azul que el cielo se confundía con el mar.

—Sé que ahora mismo no soy la mejor amiga ni la más indicada para acompañarte a una fiesta.

—Has vivido una experiencia traumática. No puedes forzarte y querer recuperarte en tres días. Todo lleva su tiempo. —Palmeó una de mis rodillas con delicadeza y entreví, en las líneas de su rostro, la comprensión que necesitaba en esos momentos.

—Díselo a mis padres. Sé que lo hacen para animarme y para que no me convierta en la típica víctima lastimera, pero a veces no tengo ganas de reír ni de mostrar unos sentimientos que no son míos solo para que ellos se sientan bien.

—Pasa de ellos, de todo el mundo. Ahora tienes que centrarte en ti misma y en sanar tus heridas. Y no me refiero solo a las físicas. —Mi boca se permitió dibujar una mueca de disconformidad.

—Ya, pero estoy siendo tan egoísta que ni siquiera te he preguntado cómo estás, si tu jefa te sigue dando la vara o está más calmada, o si has solucionado tus problemas con Natalia. —Ella soltó un suspiro muy hondo, de esos que te remueven todas las tripas sin conseguir ponerlas en su sitio.

—Natalia y yo hemos llegado a un punto en el que no nos entendemos. No sé lo que le ocurre. Dice que tenemos que ampliar nuestros horizontes, nuestras metas y no conformarnos con lo que hemos construido.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiere una relación abierta.

—¿Abierta? —le pregunté, arqueando mis cejas hasta el infinito.

—Sí, insiste en que conozcamos a otras personas, que experimentemos y que, cuando volvamos a casa, hagamos como si no hubiera pasado nada y el centro de nuestro amor continuara

siendo nosotras. Y a mí me cuesta hacerlo.

—¿Sabes si se está viendo con alguien?

—Eso le he preguntado yo y se ha endemoniado. Te juro que soltaba palabrotas a diestro y siniestro. Parecía haber cometido un sacrilegio con mis palabras. Le faltó escupir espuma por la boca. —No pude evitar reírme al imaginarme a la serena Natalia retorcer el cuello hasta parecer una posesa descontrolada.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —Enganchó su brazo con el mío y se recostó en un hombro.

—No lo sé, Adri. Yo no sé lo que se hace en estos casos cuando amas a una persona y esta te pide que compartamos la cama con varias más. Yo la quiero, pero no deseo perderme a mí misma.

—¡Menudos desastres con patas estamos hechas!

Nos desahogamos con carcajadas, lanzando nuestros pesares al mar y deseando que se los llevara muy lejos, a una zona tan profunda de la que jamás pudieran regresar. Se avecinaban días oscuros para las dos, días que pondrían a prueba nuestra amistad, pero sobre todo nuestra cordura.

Llegué a casa más liberada y, después de darle el biberón a Vega y acunarla hasta dormirla, quise relajarme escuchando música. Me enchufé los auriculares, aunque estaba exhausta y a las dos canciones mis párpados se cerraron después de sufrir varios espasmos. Por eso no recuerdo si estaba soñando o en una especie de vigilia enmascarada por el cansancio extremo, aunque oí unos golpecitos en la puerta que me hicieron dudar de mis capacidades en ese estado.

Abrí un ojo y fue cuando caí en la cuenta de que este me temblaba. Me lo restregué varias veces con los dedos y busqué la cuna de Vega a mi derecha. Mi corazón dio un vuelco al ver que no estaba en el dormitorio y mi mente todavía adormilaba elucubraba teorías en las que mi madre había entrado en la habitación a hurtadillas y se había llevado a mi hija, a saber por qué motivo. Entonces, me giré en la cama hacia la izquierda. Quizá estaba desorientada en el

espacio y mi derecha no era en realidad mi derecha ni mi izquierda era mi izquierda real.

Sin embargo, al hacerlo, me di cuenta de que mi cama individual se había convertido en una doble y que había alguien durmiendo junto a mí. Tragué saliva y parpadeé adrede para alejar esa ilusión engañosa. Era evidente que continuaba soñando, aunque eso incluyera a una mujer de cabellos morenos debajo de mis sábanas. «La conversación con Raquel me ha afectado más de la cuenta y ahora estoy reproduciendo sus miedos en mi cabeza —traté de convencerme a mí misma, ya que era la única explicación racional que lograba encontrar—. Sí, estoy soñando. Eso es todo. Las relaciones abiertas no deberían considerarse una relación como tal si lo que tratas es de enmascarar que ya no sientes lo mismo por el otro».

Quise cerrar los ojos de nuevo, pero la curiosidad brincaba sobre mi pecho como un duende revoltoso preparado para realizar una nueva travesura. Me senté en la cama muy despacio, procurando no hacer mucho ruido. Estiré el cuello hasta que logré apreciar la acentuada barbilla de la mujer. Después, con mucho cuidado, aparté un mechón moreno de su cara y así pude contemplar mejor sus facciones. Fue entonces cuando el sueño se me antojó una pesadilla. ¡Había visto a esa mujer antes! En el hospital. Recordé que me había mirado con lástima y una preocupación exagerada la primera vez que desperté. ¿Por qué se había colado en mi sueño ahora?, ¿quién era?, ¿qué quería de mí?

Percibí que un nudo en la garganta me taponaba la entrada de oxígeno hacia los pulmones y creí desfallecer. Esa misteriosa mujer debía de ser un espíritu. Empecé a considerar en serio que me había traído un batallón de ellos cuando estuve en ese sitio del que solo podía rememorar la calma que me había embriagado. «Puede que Raquel tenga razón y todos experimentemos de diferentes maneras en nuestras carnes la vuelta a la vida una vez que han certificado tu muerte». No, yo no creía en eso. En realidad, nunca me había parado a pensar si podría ser posible, si esas personas que vislumbraban un túnel y después una luz inmensa tenían razón y no se les había nublado el juicio. Puede que no estuviera durmiendo o puede que estuviera sufriendo alucinaciones. No tenía ni idea, pero

esa mujer estaba allí, era real. Real para mí.

De repente, se giró en la cama y buscó una posición más cómoda para continuar durmiendo. Me aparté de ella para evitar que me rozara y observé sus labios cálidos y gruesos y también su nariz respingona. Era guapa para ser una difunta. Todavía mantenía el color de sus mejillas y su pecho se elevaba y descendía con total normalidad. No comprendía aquella locura. Tenía que contárselo a Raquel. Tal vez lograra arrojar algo de luz a lo que me estaba ocurriendo.

Entonces la mujer abrió los ojos y hundió su mirada en los míos. Apenas pude tragar la saliva que tenía en la boca. Estaba aterrada. Yo no quería que se despertara. Quería que abandonara mi cama, mi dormitorio, mi casa.

—¿Te encuentras bien, cariño? —Esa vez no la escuché en inglés. Sus palabras llegaban a mis oídos en un perfecto español. Yo no tenía ni idea de cómo funcionaba el mundo fantasmal, pero tampoco me apetecía descubrirlo—. ¿No puedes dormir?

Negué con la cabeza, amedrentada. Ella se incorporó y se sentó a mi lado, dejando que la fina tira de su camisón cayese sobre su codo. Uno de sus senos quedó al descubierto y no pude evitar ruborizarme. Acarició mi brazo y fue cuando me percaté de que no llevaba la venda. No recordaba habérmela quitado y pensé que la confusión volvía a apoderarse de mí. Quizá sí que estaba en un sueño muy vívido, de esos en los que sientes el vello de la piel erizarse y cómo los músculos se te contraen cuando te sientes indefensa.

No podía apartar la mirada de sus ojos titilantes y llenos de amor. De nuevo creí que ese espíritu se había equivocado de persona. No era yo la destinataria de su afecto, no podía ser yo. Desconocía si alguno de mis antepasados había muerto tan joven de forma natural para aparecer en mi casa con ese aspecto tan relajado. Había escuchado que las personas que morían en circunstancias violentas solían convertirse en espíritus desesperados y que clamaban justicia durante años, pero ella no era de esos. Ella parecía haber llevado una vida tranquila y feliz. Me cogió la mano y comenzó a darle besitos cariñosos, como los que se les da a los niños cuando se caen

y se lastiman. De esa forma lográbamos las madres que dejaran de llorar y quise imaginar que solo quería alejar la pena de mí.

Aunque mis ojos estaban hipnotizados por su rostro cándido y afable, quise posar la mirada en la mano que recibía esos tiernos besos. Y ahí me atraganté. De nuevo, mi mano no era mi mano. Era más grande, con los dedos más gruesos. Llevaba una alianza en uno de ellos y más vello de lo habitual. Ascendí con la vista por el brazo y descubrí el motivo por el que no estaba vendado. No era el mío. Antes había estado tan absorta por las atenciones que recibía de la mujer que no había reparado en ello.

Los ojos se me inundaron de lágrimas que otra vez se negaron a descender por mi rostro. Mis labios tremaban y un ligero hipido brotó de mi garganta.

—¿Quién eres?, ¿cómo te llamas? —le pregunté entre gimoteos que me esforzaba por detener.

Ella se alarmó. Lo supe por las líneas distorsionadas de su semblante apacible que ahora reflejaban el miedo.

—¡Oh, Dios mío! No estás bien. Los médicos dicen que sí, pero esto no es normal. Voy a vestirme, te llevaré al hospital. —Posó la mano en mi frente para comprobar si tenía fiebre. Sin embargo, yo no estaba enferma, a pesar de que un incipiente dolor de cabeza comenzaba a torturarme y a obligarme a mantener los párpados entornados.

—No quiero ir al hospital. Quiero saber tu nombre y por qué estás en mi cama. —Y, aunque tampoco era mi cama, estaba confusa. Ella se derrumbó y sus lágrimas sí que brotaron como un río caudaloso que deseaba secarse. Acarició mis mejillas y escudriñó mis ojos con un amor que llegó a dolerme.

—Mi vida, soy yo. Soy Jenny.

—Jenny —susurré como si fuera una canción de los Beatles—, es un nombre muy bonito.

Poco a poco, la mujer se desvaneció ante mí. Apenas podía apreciar

su rostro mientras se difuminaba con una extraña neblina. Se marchó y un pedazo de mí también se fue con ella, pues tenía una congoja muy grande aposentada en mi alma.

Observé mis manos y comprobé que ya eran las mías, que todo mi cuerpo se había revolucionado con unas hormonas que me alteraban, pero que todo volvía a su lugar. Esa noche no volví a conciliar el sueño. Me quedé tendida sobre el colchón vigilando la cuna de mi hija. No quería que desapareciera de nuevo y, además, seguía con la incertidumbre de si ella se presentaría otra vez en mi casa.

Jenny.

No conocía a nadie con ese nombre.

Capítulo 6

Las malditas ausencias

Me sacudían. Alguien me agarraba por los hombros y me zarandeaba como a un saco de boxeo. Abrí los ojos de forma brusca. Por inercia y para defenderme de mi agresor, mis brazos ejercían de barrera entre los dos, pero una mueca de confusión ocupó mi rostro. Era Jenny. Sus pómulos estaban surcados por sendas autopistas de lágrimas que se precipitaban sobre las sábanas, contagiando su nerviosismo a un aire que a mí me resultaba contaminado.

Ya no apreciaba mi dormitorio como antes. Había sido mancillado, y con él, las partículas de oxígeno que pululaban en su interior. Sujeté sus muñecas y la miré, extrañado. No comprendía por qué se rebelaba contra mí de esa manera tan exaltada. La aparté sin ser brusco y me di cuenta de que estaba sentado en la cama. No recordaba haberme incorporado y haber cruzado las piernas de esa forma tan tonta, pues parecía una niña aguardando su turno de intervención en una fiesta de pijamas. Mi último pensamiento lúcido había sido tumbarme un poco después de comer y esperar a que mis hijos llegaran en el autobús de la escuela sobre las cuatro y cuarto de la tarde.

Fruncí el ceño y miré la hora que marcaba el reloj de mi mesa de noche: eran casi las siete. Me llevé una mano a una de las sienes y, todavía desconcertado, estiré los párpados para enfrentarme a la realidad. ¿Cómo me había dejado dormir tanto?

—¿Qué te ocurre? ¿Es que no tenías otra manera de despertarme? —Atónita, Jenny abrió los ojos de par en par, se bajó de la cama y se endosó los pantalones vaqueros sin apartar la vista de mi rostro.

—Me has dado un susto de muerte. Es mejor que vayamos al hospital.

—No pienso ir a ningún sitio. Eres tú la histérica que ha perdido el control. —Apoyó las rodillas en el colchón y me agarró la cara con

las dos manos.

—Josh, antes me preguntaste quién era y cómo me llamaba. Has debido de tener una especie de amnesia transitoria y es mejor que te valoren. —Arrugué la nariz y la observé como si se hubiera vuelto loca.

—Yo no he hablado contigo hasta ahora. Eres tú la que ha entrado en el dormitorio arrollándolo todo. Vale, sé que me he pasado toda la tarde durmiendo, pero te juro que esa no era mi intención. —Estiré la pierna mala y la masajeé unos segundos para que también ella despertara. No tenía ganas de iniciar una nueva discusión. No con ella. Mis ojos miel la ignoraron e inspeccionaron el resto de la habitación—. Por cierto, ¿y los niños? —suspiró resignada y rebajó el tono alarmista de su voz.

—Están en casa de Mary. Al llegar del trabajo vi que descansabas y no quería que hicieran mucho ruido, así que le pedí que viniera a recogerlos —añadió mientras negaba con la cabeza—. Pensé que sería bueno tener una tarde para los dos solos y me recosté contigo. Creí que podríamos reconectar de nuevo, pero también me dormí. Llevo muchas noches de insomnio en las que no logro alejar algunos pensamientos de la cabeza. —Alcé una ceja para indagar en su rostro las verdaderas intenciones de mi mujer. No me gustó nada que utilizara la palabra «reconectar», pues, aunque no había dejado claro mis propósitos, en la lista de mis prioridades no aparecía nada sobre reconstruir los nuevos cimientos de nuestra relación. Era algo que no me interesaba afrontar en ese momento.

—Será mejor que vayas a buscar a los niños. Deberíamos estar cenando. Mañana tienen colegio. —Bajó la barbilla y, ante mi indiferencia, terminó de vestirse.

—Sé que no estás bien y por eso estoy dejándote tiempo, pero tenemos que hablar de nosotros, de lo que sientes y de lo que siento yo. —Torcí el gesto molesto.

—Lo que sientes tú me lo has dejado ya muy claro.

—No estás nunca en casa. Trabajas más de doce horas al día y a veces, cuando un caso te obsesiona, desapareces en mitad de la

noche sin decir nada.

¿De verdad su manera de reconectar era empezar con reproches? ¿A mí? Me restregué los ojos como si quisiera despertar de nuevo. No quería estar allí, quería desaparecer, alejarme de ella, de su mirada condescendiente y su rostro compasivo.

No era un lisiado. Había sufrido un accidente de tráfico, eso era todo. No me habían pegado un tiro y lanzado en una cuneta para desangrarme durante horas. ¡Por Dios, cuánto deseaba odiarla! Pero no podía. Allí, sentado en la cama, contemplaba su cabello reburujado y cómo se afanaba en atarlo en una coleta sencilla pero eficaz. Ella evitaba mirarme a los ojos directamente y juro que de nuevo me esforcé en odiarla; sin embargo, no lo conseguía. Suspiré, contrariado, pues tampoco podía amarla. ¿Y qué había entre el odio y el amor? Pensé durante unos minutos en la respuesta hasta que la obtuve: la indiferencia. Un amargo suspiro consiguió que se me secara la boca y necesitara un vaso de agua. Indiferencia. A esa mísera palabra había reducido los sentimientos hacia mi mujer.

—No me parece justo— le dije por fin—. Tú querías esta casa y tú querías una tienda de antigüedades, y soy yo el único que paga las facturas porque tu tienda de las narices nos ha endeudado más. ¿Y qué remedio has encontrado para subsanarlo? Echarme la culpa a mí y buscarte un amante.

—No, no, no. Las cosas no han sucedido como tú las cuentas. No todo es blanco o negro.

—En el amor, o quieres a alguien o no lo quieres. Y desde luego no se lo demuestras follando con otro hombre.

Ella frunció los labios, enfadada, y supe que prefirió reprimirse, guardarse su opinión y no soltar una cantidad enorme de improperios que podrían quebrar aún más el frágil vínculo que todavía nos unía. Después de todo, yo era una especie de inválido que necesitaba aún la muleta y, aunque Jenny nunca fue una mujer abnegada, su sentido de la generosidad, o tal vez de arrepentimiento, la obligaba a mantenerse a mi lado hasta que yo me recuperara. Deseaba que eso sucediese más pronto que tarde porque así podría replantearme mi vida, tomar una decisión y

regresar a mi rutina sin que mis pensamientos me achicharraran el cerebro.

Después de una cena en la que me afané por sonreír delante de mis hijos, salí al porche y, en cuanto me senté en el acogedor ratán repleto de cojines, me pregunté desde cuándo me había vuelto tan agrio. No sabía si el motivo había sido descubrir la infidelidad de mi mujer y sufrir un accidente o ya me había convertido en una persona irascible sin que me percatase de ello.

Me recreé en la luna mordida que asomaba tras las montañas con timidez. Pronto sería llena de nuevo, recogería la mitad que le faltaba durante su viaje y brillaría con intensidad. Sí, puede que me sucediera lo mismo que a ella. Había perdido la mitad de mi alma entre los amasijos de hierro del coche. ¿Cuánto había permanecido muerto?, ¿cuarenta segundos? Para mí, una eternidad, un inmenso universo infinito donde soñaba con volar alrededor de las estrellas y convertirme en una de ellas. Tan lejanas a veces. Tan cercanas otras.

Quizá debía completar mi viaje como lo hacía la luna para recoger los pedacitos de alma que se me hicieron añicos por el camino. Así volvería a ser yo: un hombre completo, lleno, pletórico.

Me cubrí con la manta que siempre descansaba en el porche para las noches en las que Jenny y yo decidíamos contemplar el cielo nocturno y envolvernos con su silencio atronador. El universo era una caja de música, vibraba, y nosotros con él. Me dejé dormir imaginando el sonido de los astros en mi mente, buscando esas octavas mágicas que conectaban a los diferentes astros entre sí. Mi padre, gran amante de las estrellas y saxofonista de profesión, me había enseñado que las matemáticas estaban presentes en el día a día, también en la música marcada por compases estrictos donde a cada nota le pertenecía una duración concreta. Lo mismo sucedía allí arriba, en el cosmos. Una estructura que a priori podía resultarnos caótica estaba perfectamente organizada. Los planetas giraban alrededor de una estrella y ese movimiento ya generaba un sonido, uno único que conformaba melodías dentro de una misma galaxia.

Me dormí y soñé con que viajaba de nuevo hacia una estrella lumínica inalcanzable, poderosa aunque benévola. Me sentí

arropado por ella, como ese niño que escuchaba a su padre cada vez que le nombraba una constelación mientras su saxo imaginaba la música que le pertenecía.

Pronto ese cielo protector se desvaneció y parpadeé varias veces para adaptarme a la nueva luz del sol. Me asombré porque en mi regazo se hallaba un bebé que acercaba su boca desesperada al biberón que sujetaba para succionar de él. Me extrañé por ser partícipe de una escena tan paternalista. Pocas fueron las veces en las que pude darles el biberón a mis hijos, ya que siempre estaba envuelto en un caso nuevo, diferente al anterior y que terminaba considerando como especial. Nunca lo eran. Todos resultaban ser iguales, producto de la venganza, de la mezquindad humana o de la ambición.

Observé mejor a ese pequeñito que hacía esfuerzos por chupar el biberón y no quedarse dormido. Tenía los ojos azules. Ninguno de mis hijos los tenía de ese color, por lo que me percaté de que no estaba reviviendo un momento de mi pasado. No conocía a ese bebé y eso me incomodó. ¿A quién estaba sujetando?, ¿de quién era ese niño tan cariñoso?

De pronto, me miró con ojitos asustados y comenzó a llorar. Era un llanto desesperado, lleno de miedo y de desconsuelo. Comprendí su confusión. No era su padre. Imaginé que también él se preguntaba por qué lo estaba suplantando, por qué mis brazos lo sostenían cuando yo era un completo desconocido. Tragué saliva sin saber cómo reaccionar. ¿Debía mecerlo o dejarlo en el suelo para que su verdadero padre lo arrullara? Arrugué el rostro frustrado al no ser capaz de calmar su llanto y, aunque quise cantarle, fui incapaz de emitir sonido alguno. Mis cuerdas vocales estaban bloqueadas y, con ellas, mi último recurso para consolar al pequeño.

—Adriana, ¿qué te ocurre? Dame el biberón y levántate. Tienes que mecerla un poco. Está muy cansada y solo quiere dormir. Si no quiere comer más, no pasa nada, ya lo hará luego.

Alcé mi mirada muy despacio y me tropecé con esos ojos marrones que ya me resultaban familiares. La señora del hospital trataba de darme instrucciones sobre cómo debía actuar con la niña —intuí su sexo por cómo se había referido a ella—, pero yo ya había dejado

de escucharla. En mi cabeza solo se repetía un nombre con insistencia: «Adriana, Adriana». ¿Por qué me había llamado así?, ¿y por qué lograba entenderla si hablaba otro idioma?, ¿quién era yo?

De nuevo, posé mi mirada confusa sobre el bebé que trataba de calmar sin mucho resultado. No buscaba a su padre, sino a su madre. Adriana era su madre y yo estaba usurpando su cuerpo de alguna manera que no lograba comprender. En mis sueños. En mis malditas ausencias. Esa niña, de rostro angelical y sonrisa contagiosa, lo sentía. Intuía que yo no era su madre, tal vez por mi manera de abrazarla o por mi forma de mirarla. Sabía que dentro de ese cuerpo habitaba un alma distinta a la de su madre, una más masculina, quizá más ruda y torpe.

Una nueva pregunta asaltó mi mente hasta lograr perforar mis sentidos: ¿Era todo producto de mis alucinaciones o era aquello real?, ¿de verdad me había convertido en un ladrón de almas?

Me desperté angustiado y tiritando hasta que un escalofrío electrizante sacudió mi espina dorsal y me obligó a cubrirme mejor con la manta. Después me abracé a uno de los cojines como si este pudiera arroparme. No tenía ni idea de lo que le estaba ocurriendo a mi cabeza, pero no quise entrar en pánico. Era evidente que la línea que separaba la realidad del mundo de los sueños se había debilitado, tal vez por el fuerte golpe que había sufrido en una de las sienes durante el accidente y ahora me hacía dudar de mi cordura. No me preocupaba soñar y experimentar sensaciones vívidas, lo que me desconcertaba era que, cuando viajaba a esa otra realidad generada por mis sueños o mis ausencias, siempre era la misma. No variaba. No saltaba de mundo en mundo como cuando nos asaltan terribles pesadillas. Y entonces un nombre volvió a colarse en mis pensamientos convertida en estrella fugaz: Adriana.

Se me congeló el aire de los pulmones y me forcé a buscar en el horizonte una cura que sanara mis desvelos. Despuntaba ya la primera luz del alba y, tras un suspiro, todas mis tinieblas comenzaron a disiparse. La fragancia mentolada de los pinos descendía por las montañas rauda y caprichosa, y yo quise impregnarme de su esencia inspirando con profundidad. Me atreví a levantarme, ignorando la muleta. Conseguí colocarme en una postura vertical algo rígida pero sin necesidad de doblarme. Si

quería recuperar las riendas de mi vida, no podría sostenerme en ella cada vez que me tambaleara. Había llegado el momento de abandonarla, de comenzar a caminar por mí mismo, de avanzar hacia un nuevo futuro por muy incierto que fuera.

Me deslicé por el porche con la mano apoyada en la balaustrada y, al tener la puerta de entrada frente a mí, me solté. Anduve cuatro pasos procurando mantener el equilibrio hasta que alcancé el pomo. Una vez allí, todo fue más fácil. Entré en casa y me ayudé de los diferentes muebles para llegar a la cocina. Las tripas me rugían como las de un lobo feroz en busca de alimento en un duro invierno. La nieve lo poblaba todo mientras él luchaba por sobrevivir en una estampa tan bella como traicionera.

Descubrí a Jenny preparando el desayuno para todos. Al escuchar un leve quejido brotar de mi garganta, se giró y me observó con ojos húmedos. Curvé mis labios en un intento por sonreírle y ella recibió ese gesto como si las puertas del cielo se hubieran abierto. En dos zancadas cubrió la distancia que nos separaba y hundió su cabeza en mi pecho. Me abrazó con un amor que ya había olvidado y había desterrado en un lugar de mi mente donde no pudiera hacerme daño nunca más. Quise apartarla de mí; sin embargo, no pude. Ella había sido mi todo cuando yo no era nada. Rellenó mi vacío con su sonrisa, con sus chistes malos y sus bailes demenciales en los pubs hasta altas horas de la noche.

No quería admitirlo, pero la necesitaba. Necesitaba su calor durante las noches de invierno y su brisa matutina cada mañana cuando el bochorno convertía mi vida en un infierno. Adoraba esa ráfaga de frescura con la que sus susurros acariciaban mis mejillas para que me despertara. La necesitaba porque caminaba entre las llamas más virulentas de un infierno desconocido. Y no, no podía odiarla, aunque tampoco la amaba como el primer día en el que mi corazón comenzó a latir junto al de ella. Continuaba herido y puede que ya fuera hora de que mis lágrimas escondidas se recogiesen e intentara volver a encender la chispa que una vez nos unió, que nos hizo caminar juntos.

Debía hacerlo por mí. Por ella. Por los niños.

No fue hasta cinco días después cuando empecé a temer de nuevo mis ausencias. No me había preocupado por ellas desde el día en el

que decidí dejar la muleta a un lado y, aunque de manera ingenua, pensé que esa decisión me fortalecía y que había alejado de mi mente todas mis debilidades. Lo cierto era que estaba engañándome. Algo extraño me estaba ocurriendo y no era capaz de detenerlo.

Me había incorporado al trabajo con energías renovadas y, a pesar de que no estaba patrullando, ejercía labores administrativas. Eso hizo que pudiera informarme más a fondo sobre el caso del señor Stevens, el cual había llegado a un punto muerto. Mis compañeros, después de interrogar a varios supuestos enemigos de la familia y comprobar que todos contaban con coartadas sólidas, se encontraron con un callejón sin salida. Debían dar marcha atrás y comenzar desde el principio si querían arrojar luz al caso. Yo me había leído los informes forenses, había revisado las cámaras de seguridad del edificio una y otra vez e incluso había escuchado en varias ocasiones los distintos interrogatorios de los trabajadores que se encontraban en ese momento cerca de la planta donde había aparecido muerto el señor Stevens. ¡Y nada!

Su asesino debió ejecutar un plan perfectamente meditado hasta el mínimo detalle para no dejar ninguna pista en la escena del crimen y lograr esfumarse como un fantasma.

Estaba ensimismado organizando el papeleo de otros casos cuando Moreno abrió la puerta de forma brusca y sus ojos severos impactaron contra los míos.

—Quiero que vengas a la sala de reuniones ya. Necesito que estés presente en esto.

Elevé las cejas ante el tono severo del capitán y quise despegar mis labios para formularle una pregunta simple; sin embargo, sus largas piernas ya se habían alejado del despacho. Recogí unos cuantos papeles en un santiamén, me cercioré de que llevaba conmigo mi teléfono móvil y me dirigí tan pronto como pude al cuarto de las condenas, como lo llamábamos allí, ya que en esa sala se decidía qué casos eran asignados a los diferentes agentes todas las malditas mañanas. A veces, mediar entre dos vecinos que discutían porque el perro de uno ladraba demasiado o acudir a un negocio porque un par de críos habían robado algunas chuches era para nosotros un

castigo. Mucho papeleo y poca intervención.

Al entrar, me extrañé de que Will Moreno estuviera acompañado por los agentes Scott y Miller, esos que habían heredado nuestro caso cuando Cliff y yo sufrimos el fatal accidente. Aun así, los saludé con una ligera inclinación de mi barbilla y ocupé el sitio más cercano a mi compañero. Miré a mi alrededor con cierta expectación, ya que no era habitual que se nos convocase a todos a mediodía. La sala estaba repleta.

—¿Qué ocurre? —le pregunté entre dientes a Cliff.

—Lo único que sé es que han encontrado muerta a la congresista Wilmore esta misma mañana en su casa. —Arrugué el entrecejo preocupado. Los homicidios de los políticos levantaban suspicacias entre la población. Los rumores se propagaban como el fuego auspiciado por la gasolina y convertían a la ciudad en un polvorín para que surgiesen disturbios y manifestaciones improvisadas.

—¿No era ella la que estaba luchando por los derechos de los nativos americanos, afroamericanos y latinos en una Montana mayoritariamente blanca? —Cliff asintió apenado.

—Sí, es una gran pérdida para la comunidad.

Por fin, el capitán Moreno carraspeó y acalló todos los murmullos que se extendían por la sala como el zumbido notorio de una colmena de abejas. Entorné los párpados y me concentré en las arrugas de su rostro. Aquel día estaban más marcadas de lo habitual.

—Esta mañana, alrededor de las nueve, una de las trabajadoras de la casa ha encontrado muerta a la congresista Wilmore en su habitación. Miranda López, al ver que no se levantaba como era habitual en ella a las siete de la mañana, decidió tocar a su puerta. Pensó que estaría durmiendo dado que la noche anterior había acudido a una reunión en Helena y regresó tarde. La dejó descansar algo más. Sin embargo, a las nueve, ella y Peter Martin, su chófer, entraron en la habitación después de llamarla varias veces, ya que este debía llevarla al ayuntamiento para una visita formal al alcalde sobre esa hora.

Hizo una pausa en la que pareció que escudriñaba una por una las caras expectantes de los agentes. Yo preferí centrarme en el agente Scott. Se crujía los dedos sin parar mientras procuraba que el flequillo rubio le cubriese parte de su mirada. Algo más estaba sucediendo y mi mente analítica se había puesto en marcha.

—Estamos ante un homicidio y le he prometido al alcalde que cogeríamos al culpable.

Descrucé las piernas desesperado, mientras que la agente Miller se aclaraba la voz. Era evidente que no le resultaba cómodo lo que tenía que comunicarnos.

—La congresista apareció muerta sentada en el tocador de su habitación con las muñecas atadas a este y un tajo en la garganta. —Se armó un revuelo en la sala que logró ralentizar los latidos de mi corazón. Mi visión comenzó a desdoblarse y un incipiente dolor de cabeza regresó para mortificarme—. Todavía es muy pronto para conectarlo con el caso de Ronald Stevens; sin embargo, no podemos pasar por alto las similitudes del homicidio del empresario de hace un mes. Ambas eran personas influyentes de la comunidad, desde luego, con un alto nivel adquisitivo. Las dos fueron encontradas atadas a sus sillas y con un profundo corte en el cuello. Por eso es bueno que mantengamos los ojos bien abiertos y que no comentemos nada de lo que se diga en esta sala. La prensa está haciendo sus propias suposiciones.

Se armó tal corrillo que el capitán Will Moreno tuvo que levantar la voz varias veces para que todos guardáramos silencio y nos animó a alzar la mano si teníamos algo que comentar. El agente más veterano de todos, Andy Stewart, un sexagenario con apenas pelo en la cabeza, no dudó en expresar en voz alta lo que todos temíamos:

—¿Quieres decir que hay un asesino en serie en Bozeman? —preguntó el hombre con el semblante desencajado.

Y no era para menos. No se hablaba en el condado de asesinos en serie desde los años ochenta cuando apresaron al más famoso de ellos: Wayne Nance, también llamado Missoula Mauler. Montana era considerado como uno de los estados más seguros a nivel

nacional. Los turistas se preocupaban más por los ataques de osos o lobos que de ser víctimas de un asalto con violencia mientras transitaban por sus calles. No obstante, Nance había asesinado al menos a seis personas y, aunque este no perpetuó sus crímenes en Bozeman, su apellido todavía resonaba en las paredes de todas las comisarías de Montana. En los años setenta también habían arrestado en Main Street, en el mismísimo corazón de nuestra ciudad, a David Meirhofer, quien había confesado el asesinato de cuatro niños a lo largo del condado de Gallatin.

Incliné el torso hacia adelante para escuchar mejor la respuesta de Moreno.

—Es demasiado pronto para hablar en esos términos —intervino de nuevo el capitán—. Solo pretendía manteneros al corriente, ya que la prensa está especulando con los hechos y en cualquier momento podemos encontrarnos con un titular de lo más sensacionalista. En cuanto recopilemos más información, la iremos comunicando. Eso es todo, salid a patrullar y abrid bien los ojos.

Me llevé una mano a la frente y pronto comencé a presionarla con las yemas de los dedos. Empezaba a dolerme demasiado. Me maldije por haberme dejado las pastillas en el cuartucho donde me habían ubicado de forma provisional e intenté escabullirme antes de que nadie pudiera notar mi ausencia. Por desgracia, fue demasiado tarde. Will Moreno había llegado hasta mí y me requería junto a mi compañero en su despacho.

Seguí sus pisadas inequívocas al tiempo que presionaba mi dentadura con fuerza para mitigar el dolor de cabeza. Observé por el rabillo del ojo que tanto el agente Scott como la agente Miller también habían recibido la invitación del capitán, pues avanzaban por el pasillo con unos semblantes que podían espantar al mismísimo Jack el Destripador si se lo tropezaran de bruces.

Me refugié en la mirada cómplice de Cliff, quien ya había comprendido que no me encontraba bien y trataba de transmitirme su calma. Me enderecé y me prometí a mí mismo aguantar estoicamente hasta que esa nueva reunión terminara.

—Os he convocado aquí a todos, puesto que al inicio eran Richards

y Adams los encargados del caso Stevens. Ellos llegaron los primeros a la escena del crimen y obtuvieron las primeras impresiones —anunció para justificar nuestra presencia a los otros dos. No me gustaba Scott. Siempre lo había considerado un idiota engreído; sin embargo, Miller era efectiva y bastante resolutiva—. Dicho esto, me gustaría que colaboraseis en la medida de lo posible. Las cuerdas con las que se ató a la congresista ya están en el Instituto forense. Como es normal, el alcalde quiere que le demos prioridad a este caso, pero no podemos hacerlo sin considerar el otro.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que no nos está contando? —Cliff se adelantó en formular la pregunta que vagaba por mi mente desde que caminaba cegado por las espaldas anchas del capitán.

—Bueno, los dos se encontraban en la misma postura, rígidos y con la cabeza alta, a pesar del corte en la garganta. Estaban pegados a su asiento como si en ellos se les fuera la vida. El asesino se tomó muchas molestias para mostrarnos qué pensaba de ellos.

A esas alturas de la conversación, yo apenas conseguía escuchar un eco. Las palabras resonaban dentro de mí con tantas voces y tonos que pensé que mi cerebro iba a estallar. Me senté en una de las sillas del despacho del capitán y procuré prestar atención con la importancia que se merecía el caso, pero no pude más. Me agarré al brazal, pues pensé que iba a desmayarme antes de que contara hasta diez. Me sorprendí al distinguir una luz azulada que ocupó toda mi visión. Un extraño mar se abría ante mí para abrazarme y yo no pude hacer más que recibirlo con una cierta congoja que alteró todos mis sentidos.

Habían regresado.

Las malditas ausencias volvían a mí para convertirme en su marioneta de circo.

Capítulo 7

Jugando a policías y ladrones

El mar me mecía con ternura, como a una madre que hacía tiempo que no veía a su hija. Caminaba con los pies descalzos sobre la arena, recibiendo las cosquillas de la espuma blanca en mis tobillos mientras inspiraba su perfume. Atardecía y un suave naranja penetraba en los confines del horizonte para regalarle al mar su calidez. Su abrigo. Por un segundo, volví la vista hacia Raquel, quien me había acompañado en mi capricho repentino de airearme con la brisa marina. La vi apesadumbrada. Apenas había intercambiado un par de frases con ella e intuí que su relación con Natalia la mantenía en un mundo en el que ahora mismo no estaba capacitada para entrar.

Mis propias dudas me aterrorizaban. Mis propios desvelos corrían hasta la mismísima puerta del infierno y amenazaban con dejarme en el umbral, a un paso de las llamas. No quería arder otra vez. No quería cruzar ese portal, luchaba por alejarme de él aunque me costara mi último aliento. Insuflé aire y contemplé los destellos moribundos del ocaso. Todavía había vida en él. Lo percibía. Allí mismo, mientras disfrutaba de la calma que me inspiraba el azul del agua, tomé la decisión de que debía contarle a Raquel mis encuentros con la misteriosa mujer. Ella podría ayudarme a desvelar los secretos escondidos de mi mente, esos que yo misma desconocía y habían aflorado en los cuarenta segundos que estuve muerta.

Quise encaminarme hacia ella con convicción; sin embargo, una centella azulada me lo impidió. Surgió de las profundidades del mar como un monstruo de apariencia bella pero con unas fauces hambrientas, amenazantes. El hermoso azul se fue tornando poco a poco en un rojo escarlata, un rojo que comenzó a cubrir casi en su totalidad mi visión. Di un respingo y eché la cabeza hacia atrás. Luego parpadeé varias veces.

El mar había desaparecido. La playa entera se había desvanecido y ahora me encontraba en un espacio diferente, lejano a mí. Era una especie de despacho en el que observaba unas fotografías que consiguieron alimentar unas terribles náuseas. Traté de aguantar la compostura y desvié la mirada hacia uno de los hombres que estaban en la estancia conmigo. Era inmenso. Una mano suya podría reventarme la cara si descubría que yo era una impostora. ¿Lo era? ¿Mi alma había viajado hasta allí para usurpar el cuerpo de otro?, ¿o estaba dentro de una especie de pesadilla vívida?, ¿otra alucinación?

Apreté los párpados varios segundos para forzarme a despertar, pero lo único que conseguí fue rememorar esas horribles fotografías en mi mente. Sangre. Mucha sangre. En el suelo, en la camisa, alrededor del cuello... ¡Por Dios! ¿Dónde estaba?, ¿por qué me obligaban a ver las fotos de esos muertos? Abrí un ojo con la esperanza de volver a sumergirme en mi mar, pero continuaba en ese sitio horrendo. Despegué el otro y el rostro serio de ese gigante de cabellera morena y bigote amenazante me amedrentó. Tragué saliva varias veces. Sus labios se despegaban una y otra vez, muy despacio. Las palabras que nacían de ellos se fueron hilando hasta conformar frases que empezaban a tener sentido para mí. Comenzaba a escuchar.

—En ambos casos, la cabeza de la víctima fue colocada en esa posición con intencionalidad. —Señaló a la mujer de la foto. Yo evité mirarla—. Lo normal es que después de ese corte profundo, las cabezas colgaran hacia abajo por el efecto de la gravedad; sin embargo, él se tomó la molestia de modificar su postura sin dejar huellas, apoyar la coronilla sobre el respaldo de la silla y casi encajarlo para que las víctimas miraran hacia arriba.

—¿Hacia el cielo?, ¿para suplicar clemencia? —Posé mis ojos vergonzosos por primera vez en el cincuentón regordete que tenía a mi lado. Vestía como los demás: un uniforme azul oscuro algo desabrido para mi gusto, pero que me llevó a pensar, con mucha incomodidad, que estaba entre policías.

Y yo era uno de ellos. Más bien, mi cuerpo lo era.

Con recelo, observé mis brazos grandes, algo musculados para

después reparar en la alianza que lucía el dedo anular de la mano izquierda. Era un aro sencillo y plateado y sentí las ganas irrefrenables de quitármelo para analizarlo mejor. No obstante, escuché el carraspeo del hombre más próximo a mí como si fuera una llamada de atención. Volví a enderezarme y presté atención a la respuesta del que sin duda era el jefe de todo el cotarro.

—No creo que lo hiciera para que las víctimas pidieran perdón por sus pecados. De ser así, los habría puesto de rodillas —afirmó tajante—. Lo hizo para revelar su arrogancia.

—Bueno, si en algo coinciden las personas más cercanas a ellos, es que los dos a veces eran intratables. —Habló la única mujer de uniforme en la sala. Tenía el cabello castaño demasiado corto para mi gusto y con muchas mechas de color platino, aunque con un peinado moderno, desenfadado—. Se comportaban como jefes autoritarios. Ellos ordenaban y los demás cumplían.

—¡Joder! Jamás hubiera pensado eso de la congresista —musitó el cincuentón.

El jefe frunció los labios y se acarició el bigote al tiempo que reflexionaba:

—Lo que voy a decir a continuación no puede salir de este despacho —comunicó en un tono que me pareció más agrio que severo—. Puede que el asesino vuelva a actuar y es evidente que su próxima víctima será otra persona poderosa de la comunidad. Tal vez haya sufrido el despecho de alguna de ellas, la verdad me importa una mierda toda esa psicología barata... ¡Hay que coger a ese cabrón antes de que mate a nadie más y que el alcalde cuelgue mis pelotas de la bandera del ayuntamiento! ¿Estamos de acuerdo?

Todos asintieron menos yo, que todavía no daba crédito a lo que sucedía dentro de esas cuatro paredes. Arqueé las cejas y por el rabillo del ojo miré la foto del hombre maniatado y con la barbilla ligeramente dirigida hacia el techo. No tenía la menor idea de quién era ni de qué había hecho para terminar de esa manera: con la corbata empapada de sangre y sus elegantes pantalones mojados, puede que por sus propios orines.

—Sé que no estás al cien por cien, Adams, pero me gustaría que te dedicaras en exclusiva junto a Richards al caso Stevens. —El gigante indagó en mis ojos, los cuales debían parecer dos náufragos tratando de orientarse en el extenso océano, porque me escudriñaba como si no terminara de reconocerme—. Miller y Scott continuarán con el de la congresista y quiero que cualquier pista, avance o hasta lo que desayunaron esa mañana las víctimas se ponga en común en este despacho.

Torcí la boca algo intimidada no solo por sus palabras, sino por su porte recto y ese bigote siniestro que bien se merecía unas tijeras. De nuevo, fue el señor regordete, Richards, así lo había llamado el jefe, quien me sacó de mi ensimismamiento con un codazo directo a mi costado.

—Sí, claro. Cuente conmigo, señor —respondí como si estuviera en el servicio militar y él fuese mi sargento.

El capitán frunció el ceño, confuso. Puede que me hubiera pasado llamándolo señor, pero yo no tenía ni idea de cómo dirigirme a él ahí, donde demonios me encontrara. Además, al escuchar por primera vez mi voz, varonil y algo grave, mis músculos se contrajeron de nuevo y un repelús se aposentó en mi nuca. Supe que esa no era yo. Debía acabar con ese mal sueño, si no, terminaría conmigo.

—Bien, ha pasado alrededor de un mes entre un crimen y otro —comenzó a hablar el rubiales al que llamaban Scott—. El señor Stevens fue asesinado el veinte de marzo y la congresista Wilmore hoy mismo, el diecinueve de abril, así que estamos ante una persona meticulosa, organizada y que se toma su tiempo para escoger a sus víctimas.

—Hemos pensado que tal vez las fechas no sean aleatorias —aseveró Miller con la nariz arrugada—. Un mes, menos un día entre uno y otro. Sé que puede ser una teoría descabellada, pero quizá esté planeando el siguiente asesinato para el dieciocho de junio, como una cuenta atrás. —La mujer se encogió de hombros y ese gesto no le gustó nada al jefe. La miró con desdén y después le señaló las fotografías que continuaban esparcidas sobre la mesa.

—No podemos hacer suposiciones ni elucubraciones sin ninguna base. Ahora mismo, ese tiparraco puede estar ahí fuera vigilando a su próxima víctima y puede que actúe cuando mejor le venga en gana, cuando tenga la ocasión y la oportunidad para hacerlo. Olvídate de cuentas atrás y analiza los hechos.

—Bueno, pero los asesinos en serie suelen ser metódicos y... —trató de defenderse ella y él la interrumpió:

—O locos que responden a un impulso, aunque estos crímenes parecen estar organizados al milímetro. Tenemos que trabajar con pistas.

En ese momento en el que ellos debatían si estaban ante un demente o un maníaco controlador, yo cerré los ojos y recé por volver a casa, por despertarme en mi cama junto a Vega. Aquello estaba durando demasiado para que mi mente pudiera procesarlo con objetividad. Ya estaba hartándome de estar allí y unas ganas tremendas de llorar amenazaron con irrumpir en cualquier momento en la escena y quebrar la cordura que me quedaba. No quería jugar a policías y ladrones, no quería llevar una pistola en un cinturón que me apretaba demasiado y, para colmo, empezaba a tener ganas de ir al baño. No quería hacer pipí como un hombre. No quería bajarme la bragueta y agarrarme el miembro como quien sujeta una regadera para rociar el jardín.

Me iba a dar un infarto. Mis ojos comenzaron a cuajarse y con ellos la hombría que debía tener ese tal Adams al que estaba encarnando. Me sorbí los primeros mocos, me mordí el labio inferior con insistencia e intenté relajarme concentrándome en las personas que sabía que me querían. Vinieron a mi mente mis padres, mis hermanos y mi preciosa Vega. Tenía que sentirme afortunada por tenerlos a todos y, sin embargo, era incapaz de quitarme de encima ese manto de desdicha que me cubría desde hacía algún tiempo.

De pronto, pensé en mi amiga Raquel, solitaria, sentada sobre la arena y quise imaginar que ella repararía en mi ausencia. Recordé su cumpleaños: el veinte de marzo. Aries. Lo habíamos celebrado a lo grande dos días antes de mi fatal encuentro con la muerte. Su piso estaba repleto de compañeros de trabajo y amistades comunes que tenía con Natalia. Ella quiso liarme con uno de los oficinistas de

su empresa, pero yo me negué a hablar con él. Odiaba las citas forzadas, pues era de las que pensaban que, si existía una chispa, había que dejarla explotar con naturalidad. Me enfadé con Raquel por ponerme en ese aprieto, aunque no tardé ni dos segundos en perdonarla. Ella me había repetido que nuestra amistad era inquebrantable y que, ocurriera lo que ocurriera, siempre, a pesar de las circunstancias, estaría para mí, como si fuera una premonición de lo que estaba a punto de suceder. Entonces reparé en una estúpida coincidencia que no sé por qué demonios quise verbalizar:

—Perdone, señor capitán o jefe o como acostumbre a llamarlo, ¿dice que a ese hombre lo mataron el veinte de marzo? —Él asintió confuso con el bigote apuntándome directamente al entrecejo—. ¿Y la señora esa, política remilgada, esta mañana? —Volvió a asentir, esa vez sin tanta paciencia. Cogí aire y atisbé una gota gruesa de sudor en la frente de ese tal Richards—. Bueno, puede que no sea nada, pero las fechas coinciden con los cambios de los signos zodiacales. El veinte de marzo el sol entró en Aries y Tauro lo hizo hoy mismo, el diecinueve de abril.

Todos me miraron ojipláticos, como si me hubiera vuelto loca y no los culpaba. No sé en qué momento había decidido tener vela en ese entierro cuando yo ni siquiera era un agente de la ley. No era policía y ya estaba cansándome de llevar ese uniforme que estaba ocasionándome urticaria.

El jefe chasqueó la lengua y me acribilló con la mirada. Yo di gracias a Dios por que no llevara una pistola en cada una de sus pupilas, si no, ya estaría muerta.

—¿Cómo demonios sabes eso, Adams? ¿Desde cuándo te interesan los horóscopos y toda esa mierda?

—Bueno, mi amiga Raquel, quiero decir, una amiga de la familia...

—¡Es Jenny! —intervino Richards visiblemente aireado—. A veces se reúne con mi mujer y lee ese tipo de cosas en las revistas.

El capitán barra jefe entornó los párpados e inspiró, haciéndonos partícipes de su sonora toma de oxígeno. Creí que después de eso

emitiría un chillido fantasmal con el cual yo saldría volando literalmente del despacho, en cambio, apoyó las yemas de los dedos en la mesa y volvió a mirarme como si algo en mí lo perturbase.

—Aries y Tauro. ¿Estás sugiriendo que nos enfrentamos a una especie de asesino del Zodíaco? Ya existió uno de esos en los años sesenta, pero no actuaba de esta manera ni seguía patrones astrológicos si no recuerdo mal. Enviaba cartas cifradas a periódicos con acertijos varios. Fue él mismo el que se autodenominó Zodiac Killer. No sé, Adams, todo esto es una locura.

Pude atisbar en su mirada que ese hombre me estimaba o más bien tenía en cuenta todo lo que saliera de la boca del policía al que estaba suplantando. Entreabrí los labios para pronunciarme, pero, por fortuna, Miller, quien no paraba de teclear en su móvil, se me adelantó:

—Puede que Adams tenga razón. Es una teoría absurda, pero he comprobado las fechas de nacimiento de ambas víctimas en sus respectivos informes. Ronald Stevens hubiera cumplido cincuenta y nueve años el pasado treinta de marzo, por lo que su signo zodiacal es Aries, y el cumpleaños de la congresista Wilmore hubiera sido en unas semanas, el catorce de mayo. Es Tauro.

El bronceado natural del capitán se desvaneció en un santiamén y creo que hasta su bigote perdió su fuerza gravitatoria. Yo no había hablado de cumpleaños, sino de la entrada del sol en los diferentes signos zodiacales y que ambos asesinatos coincidían con esas fechas, pero la agente Miller había apuntado más allá y ahora todos me miraban como si fuera una experta. No tenía ni idea, pero Raquel sí. Era ella la que me hablaba de constelaciones y que todas ellas custodiaban un mapa codicioso que podría revelarnos nuestro destino. ¡Idioteces!

—Adams, ¿cuál es el siguiente horóscopo?, ¿qué le sigue a Tauro?

—Géminis. —Tragué saliva ante la pregunta del jefe y, de pronto, imaginé que él no era el único que había palidecido. Yo misma tenía que estar más blanca que el papel, pues la cabeza comenzaba a darme vueltas y las náuseas amenazaban con decorar la alfombra del despacho con el bocadillo de pollo que había merendado.

—¿Y cuándo comienza Géminis?

—Pues no lo sé. Depende de cada año, pero suelen ser por las mismas fechas, uno o dos días arriba o abajo. Basta con consultar en Google.

—El veinte de mayo —afirmó triunfante la mujer de ojos más azules que los de mi hija.

—Bien, tenemos algo para empezar aunque no sea mucho. Esto es solo una suposición, pero no descartemos la posibilidad de que nuestra próxima víctima sea una persona de alto poder adquisitivo y géminis. Si es así, podríamos tachar de la lista a mucha gente e intentar reducirla aún más y, según esta teoría, tendríamos un mes escaso para dar con el paradero de ese cabrón. —El jefe se sorbió la nariz, hinchando sus fosas nasales—. Nada de lo que hemos hablado aquí puede salir de esta sala. La prensa no puede enterarse, no puede cundir el pánico. Y como alguno de vosotros se le ocurra pronunciar la palabra zodíaco, juro que no serán mis huevos los que cuelguen del ayuntamiento. Esto también va por ti, Miller. Y ahora, a trabajar.

—Menos mal que yo soy leo —susurró Scott al tiempo que se apresuraba a abrir la puerta.

—Tampoco eres ningún ricachón ni tienes mucho intelecto —ironizó el cincuentón al que llamaban Richards.

Me adelanté a sus pasos y corrí hacia el baño. No lo soportaba más. El maldito dolor de cabeza revoloteaba como un duendecillo travieso, el cual se divertía pinchándome con una aguja las sienes. Abrí el grifo del lavabo y me eché agua en la cara. Tenía que despejarme, aliviar el malestar, y fue entonces cuando, al elevar mi barbilla, vi mi rostro en el espejo. No era la primera vez que lo contemplaba. Ya lo había hecho en el baño de mi casa. Ese hombre, ese que se suponía que era un fantasma no lo era. Estaba vivo. Vivo en mí. Y no comprendía cómo eso podía ser posible.

Observé sus labios finos aunque bien delineados. Temblaban. Supuse que ese ligero tremor lo ocasionaban mis nervios. Tenía los ojos miel y unas graciosas manchas verdes salpicaban ambos iris. Su

cabello castaño claro, no tan corto, caía sobre la frente como una suave cascada. Era guapo. Demasiado. Sonreí ante mi pensamiento atrevido y dos hoyuelos se dibujaron en las mejillas, ampliando aún más la extensión de su boca. Me fijé en su divertida nariz. No era tosca ni aguileña, sino algo respingona y jugué con ella a moverla de un lado a otro como si así pudiera acariciar sus pómulos sobresalientes.

—Josh, ¿estás bien? —Richards irrumpió en el baño y me miró como a un loco—. ¿Te ha vuelto a ocurrir? Soy yo, Cliff. Sabes que puedes confiar en mí. —Abrí los ojos de par en par y pensé que mi compañero tal vez supiera algo más—. Me refiero a lo de los mareos. Ya te dije que no estabas listo para volver, pero puede que tengas razón con esa mierda de los horóscopos. ¿Desde cuándo eres aficionado a la astrología? Que yo sepa te gusta la astronomía y una vez me dejaste clara la gran diferencia entre ambas.

Abrí la boca para opinar que, aunque no fuera una ciencia, tal vez deberíamos tenerla más en consideración. ¡Joder! Estaba en el cuerpo de un hombre atractivo, de unos treinta y tantos, con una cinturilla de infarto y el culo prieto jugando a policías y ladrones. No podíamos pensar con mentes tan obtusas, pero me callé. Las náuseas se convirtieron en vómito y tuve la suficiente pericia como para introducir la cabeza en el váter antes de ocasionar un desastre nuclear.

—Voy a llevarte a casa. Si quieres, no le diré nada a Moreno, pero tienes que descansar y le diré a Jenny que te lleve a un médico decente.

¡Jenny! Ese nombre lo había pronunciado antes y no tuve que ser muy inteligente para deducir que la mujer morena de mis sueños, esa que intentaba ayudarme, era su mujer. La mujer de Josh Adams.

Ya sabía el nombre del policía al que, de alguna manera, estaba poseyendo. Ahora tenía que descubrir quién demonios era ese tipo y por qué me había convertido en él.

De repente, una luz resplandeciente sacudió mis sentidos. El dolor de cabeza comenzó a disminuir y una lejana penumbra apareció dibujada en mi nuevo horizonte.

Volvía a casa. Y sonreí. Sonreí con tantas ganas que me importó una mierda si ese tal Richards pensaba que estaba drogada. Me daba igual. Yo solo quería regresar.

Capítulo 8

La invasión de los ultracuerpos

Un turquesa centelleante borboteaba por las venas y arterias de mi cuerpo. Me escocían los ojos, llameaban como si no me pertenecieran. Me acostumbré a la nueva luz del ocaso y a contemplar un mar inmenso, un mar que no visitaba desde que era un niño cuando mis padres nos llevaron a mis hermanas y a mí a las playas de Santa Mónica. Sin embargo, aquel océano se me antojaba diferente, lejano a mis recuerdos. Observé mis pies descalzos sobre la arena, pequeños, mojados por el agua y supe que volvía a ser ella, a ser Adriana.

Entonces, una pregunta se infiltró en mi mente de forma casi obligada: ¿Estaría ella en el mío? Este pensamiento fugaz logró que mi respiración se cortara y mis músculos se contrajeran. Si yo no podía controlar esos viajes, si me sentía un extraño en la piel de otra persona sin saber cómo actuar ni cómo defenderme, ¿cómo lograría ella sobrevivir en el cuerpo de un policía? No tendría ni idea de cómo desenfundar un arma si se encontraba en peligro o de actuar con un talante de indiferencia cuando viera su primer cadáver.

Solté un quejido amargo. El brazo derecho me quemaba. Por primera vez, lo examiné con rigor, a pesar de que lo había visto anteriormente vendado. Ahora estaba libre de gasas y esparadrapos y pude contemplar la quemadura que latía sobre la piel. Parecía estar viva. Había dejado atrás mi dolor de cabeza para volver a sentirme vulnerable con esa herida lacerante, esa que no me pertenecía, esa que era de ella.

Me dejé caer sobre la arena, vencido por una fuerza sobrenatural que no lograba comprender. ¿Por qué?, ¿por qué me estaba ocurriendo eso a mí? Dirigí la mirada hacia las primeras estrellas que luchaban por despuntar en un atardecer colorido, hacia el vasto universo, y pensé que existían tantas preguntas sin responder para

el ser humano que terminé aceptando que éramos insignificantes dentro de un infinito misterioso, como solía decirme mi padre.

—Creo que deberíamos regresar a casa. —Me giré muy despacio y descubrí a una mujer de cabellos rubios y ojos oscuros. No la había visto nunca. Supuse que debía ser amiga de Adriana. Me miraba con cariño, a pesar de que de sus pupilas se desprendía una amargura desconocida para mí.

—¿Y dónde está mi casa? —Elevé la barbilla de nuevo, buscando esa respuesta que se me había escapado y que ya volaba alto, muy cerca de la luna. Ella se sentó a mi lado sin importarle que su falda vaporosa terminara empapada por unas olas que ya nos cubrían los tobillos.

—Siempre te he dicho que tu hogar está donde se encuentra tu corazón.

—Ese es el problema. No tengo ni idea de dónde se ha metido mi corazón. Lo he perdido en el camino. —La mujer esbozó una sonrisa y asintió con levedad.

—Tu corazón está con Vega. Ahora ella son tus latidos hasta que recuperes los tuyos. —Agaché la cabeza y me presioné los labios con fuerza. Vega debía ser la niña pequeña, la hija de Adriana. La observé de reojo sin que ella se percatara de que estaba estudiándola. También parecía un peregrino sin brújula en busca de un camino sin piedras que le permitiera avanzar sin mucha dificultad.

—¿Y dónde están los tuyos? Tus latidos. Aquí tampoco están. —Me atreví a cuestionarla.

Lanzó un suspiro al mar y este se desvaneció entre el rumor de las olas. No sé por qué quise entablar una conversación con ella y menos por qué me aventuraba a conocerla más, ya que no me interesaba su vida. Solo deseaba volver a casa y terminar con esa pesadilla de una vez, pero algo muy dentro de mí me arrastraba a comprenderla, a consolarla de alguna manera.

—No puedo jugar al juego de Natalia. No quiero hacerlo, pero

tampoco quiero dejarla. Dime, ¿cómo puedo perdonar una infidelidad, ya sea consentida o no?

Arrugué el entrecejo algo desconfiado. ¿Por qué me hablaba de infidelidad?, ¿por qué había utilizado justo esa palabra? Era imposible que ella conociera mi situación, que supiera lo que me había ocurrido con Jenny. Sin embargo, esa pregunta me había quebrado de nuevo. Había atravesado mi pecho con un puñal lleno de dientes dispuestos a absorber el oxígeno de mis pulmones. Escudriñé sus ojos tibios, algo alterados, a la espera de una respuesta que me negaba a darle. De pronto, me vi reflejado en su desazón.

—No puedes. —Mi propia respuesta consiguió desconcertarme. Ahora que había decidido darle una oportunidad a Jenny, me sorprendió hablar con una franqueza que provenía de lo más hondo de mis entrañas—. Puedes fingir que lo haces y que todo está bien, pero cada vez que llegue tarde a casa sin ningún motivo, cada vez que te diga que se irá de fiesta con sus amigos, desconfiarás —reflexioné sobre mí mismo y sobre mis propios problemas con Jenny—. Y así no se puede vivir. O matas esas ansias de saber si lo que te dice es verdad o mentira, o tienes que apartarte de su vida, dejarla ir para que tú también puedas avanzar. —Dio un respingo y me miró como si no me conociese y mis palabras fueran decenas de aguijones dispuestos a sabotear su vida. Se levantó aireada, sacudió su falda mojada, intentando, en vano, secarla y entornó los párpados, afectada.

—¿Tu consejo es que deje a Natalia? —me preguntó con cierta inocencia.

—¿Para qué luchar por lo que ya está perdido? Has dicho que no puedes entrar en su juego y no sé qué juego es ese, pero no te fuerces a hacer algo que no quieres hacer. —Se llevó las manos a la cabeza y, de repente, empezó a gimotear. Sus lágrimas saladas se sumergieron en los charcos pequeños que las olas habían formado cerca de la orilla. Se fundían con ellos y las volvía invisibles, a pesar de que continuaban existiendo.

—¿Por qué estás tan arisca?, ¿por qué te comportas como si mi problema no te importase? —me reprochó con razón, pues yo no

era su amigo ni deseaba serlo—. Tú sabes lo que quiere Natalia. ¡Te lo conté! Sé que nunca te ha caído bien, pero siempre me has dicho que luchara por ella y que, si la quería, valía la pena...

—Discúlpame si para ti he sido demasiado sincero. No pretendía ofenderte. Yo también tengo mis problemas. —Enterré mi rostro entre las rodillas sin darme cuenta de que en su idioma había usado el género masculino al dirigirme a ella de forma natural.

—¿Sincero? Querrás decir sincera. —Ignoró mi lapsus mientras cerraba los puños con violencia y contenía sus labios para que su furia contenida estallara en ellos—. Y sí, conozco de sobra tus problemas. Tu marido te dejó, eres madre soltera y no tienes trabajo. Quieres abandonar la casa de tus padres y volver a ser independiente. Casi lo logras, pero entonces, ¡boom!, todo te explotó en la cara. —Cerró la boca de inmediato avergonzada por su ataque de sinceridad—. Perdona, he sido muy cruel. Ha sonado mal, muy mal. —Me miró y buscó una complicidad en mis ojos con la que yo no podía obsequiarla.

—Esos no son mis problemas.

Sacudió la cabeza sin comprenderme. Quiso decir algo, pues observé que sus labios se despegaban de nuevo, pero los cerró sin darle tiempo a que sus pensamientos cobraran vida en ellos. Guardó silencio y se limitó a observarme al tiempo que me exigía una explicación que no estaba dispuesto a darle. Abandoné la arena húmeda sin importarme que los pantalones de tela que llevaba puestos estuvieran sucios y mojados.

Mi mirada regresó al horizonte para contemplar que los últimos rayos de sol se desvanecían en el agua y quise alejarme de esa estampa cargada de incertidumbre. El día dejaba paso a la noche, llena de sombras y de misterios sin resolver. Me pregunté si habría alguien más en el mundo viviendo esa misma pesadilla, si solo Adriana y yo habíamos sido elegidos, por algún motivo que se me hacía difícil de comprender, o éramos más y estábamos presenciando, con un mutismo obligado, una especie de invasión de cuerpos ajenos porque alguien había liberado una toxina capaz de rasgar la tela fina que cubría el mundo de las almas.

Solté una carcajada que desconcertó a la amiga de Adriana, pues no era una persona creyente. Me enfrentaba todos los días a delincuentes comunes, a traficantes que se llenaban los bolsillos con drogas modernas como el fentanilo, que dejaban un reguero de muertes por todo el país y, de vez en cuando, a algún que otro asesinato. Después de todo, vivía en Montana, el estado más seguro del país, así que no podía comprender que, si existía un Dios, ¿cómo era capaz de permitir ese sufrimiento? ¡Joder! Tampoco me había cuestionado la existencia de las almas dentro de los cuerpos. Para mí, ese asunto no era relevante. Nos moríamos y nos encerraban en un ataúd para que nuestros familiares nos recordaran al llevarnos flores o nos incineraban, según nuestros gustos. Pero ¿almas?

¿Qué me había ocurrido durante el accidente de tráfico?, ¿dónde demonios había ido en esos cuarenta segundos en los que los médicos me aseguraron que había estado muerto?

De reojo, observé a la mujer de cabello corto recogérselo en una especie de coleta que ni siquiera le caía sobre la nuca. Me sonrió de medio lado, a pesar de que no había sido muy amable con ella.

—Se hace tarde y Vega estará esperando a su madre. No puedes abandonarla ahora, aunque tu vida sea un completo desastre. Ella no se lo merece.

Me subí al vehículo sin rechistar. Después de todo, no tenía adónde ir, adónde huir, tan solo debía contar los minutos hasta que pudiera regresar de nuevo a mi vida. Y aunque no me sentía cómodo cuidando de un bebé extraño ni siendo examinado por unos padres desconocidos y con los que apenas había intercambiado algún que otro monosílabo, era consciente de que la vida de Adriana se merecía respeto. Mientras fuera ella, debía comportarme. Hasta ese momento no lo estaba haciendo bien.

«Adriana».

Su nombre cobró vida en mi mente como un susurro transportado por el viento, como una cálida brisa que conseguía alejar mis problemas. No me gustaba ser ella; no obstante, algo me arrastraba a conocerla, a indagar en sus sueños y en sus decepciones. De pronto, caí en la cuenta de que jamás había contemplado el rostro

de la persona que usurpaba. Había reparado en sus manos delicadas, sus piernas tersas con las magulladuras y en el color rosa que coloreaba las uñas de sus pies, pero nunca había examinado su cara.

Me atreví a mirarme en el espejo lateral del coche, ese que tenía a mi derecha. Atisbé parte de su piel blanca y una rojez que cubría una zona no tan extensa del cuello. Bajé la ventanilla y desplacé el espejo con mis manos hasta que conseguí mirarme a los ojos. Tenían un color avellana que me recordó a los enigmáticos montes de Bozeman. Eran de un marrón claro cerca de las pupilas que poco a poco iba dejando paso a un verde transparente en la periferia. Se me encogió el estómago al verme reflejado en ellos, porque yo era ella, y mis sentimientos escondidos afloraban en ambos iris de Adriana como si una vez hubiera habitado en ellos. Sus cabellos castaños caían con desparpajo sobre su espalda, creando ondulaciones casi perfectas en todo el recorrido y aún más en las que rozaban sus pechos. No tenía un rostro hermoso, pero, sin duda, era bonito. Tierno. Afable.

—Sé que es muy raro lo que voy a pedirte y puedes negarte si quieres. —La mujer me miró por el rabillo del ojo con recelo a la espera de que continuara—. Tienes que memorizar una frase y repetírmela mañana por la mañana en cuanto nos veamos. O mejor, podrías coger el teléfono cuando te levantes y llamarme. ¿Podrías hacer eso por mí? —La amiga de Adriana se revolvió en el asiento del conductor y frunció los labios antes de asentir.

—¿Qué frase?

—Dile... dime —corregí con rapidez— que Josh Adams se encuentra en la misma situación, que tuvo un accidente de tráfico y está igual de perdido, que tenemos que encontrar una solución a lo que está ocurriendo.

—¿Quién es Josh Adams?, ¿y por qué necesitas que te lo recuerde?

—Eso es lo de menos. Solo tienes que prometerme que lo harás. —Arqueó las cejas todavía sorprendida y negó con la cabeza.

—¿Y por qué no lo escribes en tu diario? No entiendo tu

comportamiento. Estás muy rara y yo no tengo ahora mismo la capacidad de aguantar tus chorradas. No sé a qué juego estás jugando o si tratas de ponerme a prueba, pero, Adriana, he intentado ser comprensiva contigo porque sé que no es fácil sobrellevar todo esto. A veces pienso que solo estás pensando en ti misma —bufó sin apartar la vista de la carretera y me alegré por ello. No quería sufrir otro accidente y mucho menos en el cuerpo de otra persona—. Yo también tengo mis problemas. Son cinco años, Adriana. Cinco años que llevo con Natalia combatiendo a los cortos de miras y nuestras propias inseguridades. Yo también estoy cayendo en un abismo y tú no pareces darte cuenta.

Le dio un manotazo al volante y de nuevo observé sus lágrimas asomar por esos ojos oscuros cargados de amargura. No podía darle el consuelo que necesitaba, ya que estaba librando mi propia batalla. Quería recuperar mi vida, aunque en ese momento ni siquiera sabía dónde la había dejado. Apreté los labios con firmeza y me concentré en la carretera mientras una de mis manos se aferraba al salpicadero del coche. No volvió a dirigirme la palabra, ni siquiera me miró por el rabillo del ojo. Se lo agradecí. Tenía que buscar una forma de comunicarme con Adriana en la que no comprometiese a nadie más. Su amiga había mencionado un diario y era muy probable que todos los días hiciese algunas anotaciones. Podría intentarlo por ahí.

Entré en casa con la apresurada idea de buscarlo cuando me topé con sus padres en el salón. Estaban disgustados y me observaban con los rostros cargados de desaprobación. Contemplé a la niña que estaba en los brazos de la mujer y poco a poco un profundo desasosiego me atravesó el pecho. Esa pequeña necesitaba a su madre. Creía que yo lo era y me sonreía aguardando a que mi boca pronunciara su nombre. Pero no lo hice. Me quedé anclado en el suelo, cabizbajo, mientras pensaba en mis propios hijos: Tom y Luke. Los echaba de menos. Apenas había pasado tiempo con ellos desde el accidente, puede que porque no me encontraba capacitado para atenderlos o quizá porque estaba siendo egoísta.

Tal vez Jenny tenía razón y hacía meses que me había subido a mi propio barco sin esperarlos a ellos.

—Esto no es propio de ti —rasgó el silencio el hombre—. Tú

siempre has sido responsable y una persona que no descuida sus obligaciones. Sé que este período es muy difícil para ti, pero Vega es tu hija.

—Sé que estás pasando por un estrés postraumático, por lo que creemos que necesitas ir a un psicólogo. Tienes ausencias, olvidos y a veces parece que no eres tú. Tu padre tiene razón: una madre jamás se olvida de su hija. —Se acercó a mí con prudencia y me obligó a coger a la niña en brazos—. Tienes que darle el biberón y acunarla.

Durante unos escasos segundos, mis ojos se fundieron en los suyos, más vivaces, más sinceros. Sin embargo, ese instante de conexión se perdió en cuanto su sonrisa se apagó y rompió a llorar desconsolada. Vega lo sabía. Sabía que yo no era Adriana, que no era su madre. La aparté de mí estirando los brazos y sus piernecitas comenzaron a patalear cargadas de un temor que solo yo podía comprender. Más rápida que una bala, la mujer me la arrebató con el rostro desencajado.

—Pero ¡¿qué demonios te ocurre?! —me gritó.

—No tengo tiempo para esto —le respondí a sabiendas de que mi aguijón iba directo al corazón.

Entré en la habitación de Adriana sin darles más explicaciones y apoyé la espalda en la madera unos segundos mientras trataba de recuperar el aliento. Ellos jamás lo entenderían. Me detuve un momento ante la cuna de Vega y me mordí el labio inferior con saña. Necesitaba con urgencia recuperar mi cuerpo, no solo por mí, sino también por la niña. No se merecía perder a su madre cuando su padre ni siquiera existía para ella.

Rebusqué en los cajones. De fondo, escuchaba las voces de los padres de Adriana quejarse una y otra vez de mi comportamiento. Así había averiguado que se llamaban Antonio y Milagros: entre cruces de frases desesperadas y algún que otro reproche hasta que Vega se tranquilizó y sus gimoteos se silenciaron.

Encontré el diario en un cajón donde Adriana guardaba algunas fotos y una medallita en la que se mostraba a la Virgen con el niño

Jesús en brazos. Sus memorias estaban escritas en páginas rosas que me resultaron de lo más cursis. De hecho, el grabado del unicornio volando entre las nubes ya me había dado la pista de que lo poseía desde que era una niña. Antes de leerlo, lo hojeé, pues esperaba hallar en él algo que de alguna manera me conectara con ella, que me revelara que existía algo entre nosotros que nos vinculaba desde lo más profundo de nuestro ser. Maravillado, lo encontré. Me dejé caer en el colchón mientras leía las dos palabras que había subrayado varias veces en las últimas páginas: cuarenta segundos.

Habíamos muerto el mismo día y, aunque la hora no encajaba, tenía la intuición de que lo haría en un futuro. Veintidós de marzo. Cuarenta segundos habían permanecido nuestras almas fuera de nuestro cuerpo, cuarenta segundos en los que pudo haber sucedido cualquier cosa y que mi cerebro era incapaz de dilucidar o procesar.

Arranqué una de las hojas vacías del diario y busqué un bolígrafo desesperado. Cuando lo tuve entre mis dedos, le escribí unas frases y dejé la nota en el tocador, bajo la figurilla de un hada sentada sobre la luna, con la esperanza de que cuando regresara, la leyese.

Me llamo Josh Adams y he estado ocupando tu cuerpo. Tenemos que encontrar la manera de comunicarnos y solucionar nuestro problemilla. Por favor, mientras seas yo, no hagas nada de lo que me pueda arrepentir.

Te apunto mi número de móvil por si quieres escribirme: 406 515 2248.

Capítulo 9

Un futuro alentador

Vega reía mientras jugaba con ella en la cama. Los dos dientecillos superiores asomaban cada vez que su boca se ampliaba para mostrarme la alegría y manifestarme que continuara con las pedorretas en su barriga. La había echado de menos. Tanto que, en cuanto volví a ser yo misma, la busqué desesperada y la abracé como si nos hubiera separado una galaxia entera.

Necesitaba olvidar aquellas fotos horrendas de personas degolladas y con la sangre salpicándoles la ropa. No quería regresar allí. No podría soportarlo de nuevo. Si el universo pretendía darme una lección, lo había conseguido. Existían vidas que eran peores que la mía, por mucho que detestara haber vuelto a casa con mis padres y enfrentarme a la búsqueda de un trabajo nuevo para ganarme la vida. Quería quedarme con Vega y regalarle un futuro lleno de esperanza, lleno de luces, no uno donde asesinos en serie campaban a sus anchas en cualquier ciudad y las sombras se convertían en el día a día de una persona sin sueños. Lo había comprendido. Nunca debí quejarme por todas las injusticias que el destino me había preparado. Jamás debí desear mi muerte cuando todavía no había llegado mi hora, porque a veces los deseos se convierten en una realidad amarga.

Miré al techo como si fuera el cielo y le supliqué que no me castigara arrastrándome a ese lugar, a esa existencia llena de crímenes y de horrores, a pesar de que Josh contara con su propio salvavidas: su familia. Tenía una mujer hermosa y comprensiva y dos hijos que seguramente serían maravillosos. Mi vida estaba allí, entre los míos, y aunque no era la que había deseado para mí misma, continuaba siendo la mía, con sus aciertos y sus errores, con sus desgracias y su fortuna.

Le envié unos cuantos mensajes a Raquel, deseosa de contarle mi experiencia, ansiosa por confesarle que tenía razón, que había algo

más ahí fuera y que esos cuarenta segundos me habían puesto una prueba de vida que había superado con sobresaliente. Bueno, con notable. Tampoco quería exagerar. Sin embargo, no obtuve respuesta a ninguno de ellos. Pensé en llamarla, pero sabía que a esa hora debía estar preparándose para ir al trabajo y lo dejé pasar, sobre todo porque mi madre decidió irrumpir en la habitación con cara de malas pulgas y los puños bien colocados en la cintura.

—¿Estás de mejor humor? —me preguntó con ironía.

—Sí —respondí sin saber a qué se refería.

—Bien, porque he hablado con el Doctor Olivares y me ha recomendado a un psiquiatra fabuloso para que vayas a visitarlo. —Soltó una exhalación repleta de malestar mientras yo mantenía los ojos bien abiertos—. Sé que estás pasando por una época traumática y que el accidente puede dejarte secuelas cerebrales o psicológicas o lo que sea. Me da igual. Sabes de sobra que tu padre y yo te hemos apoyado desde el minuto uno, desde que el idiota de tu marido decidió dejarte embarazada y largarse con otra. Sin embargo, en esta casa hay normas y no vamos a permitir que te la saltes a la torera.

—No sé de lo que estás hablando. Puede que no haya sido yo misma estas últimas semanas, pero soy consciente de todo lo que papá y tú habéis hecho por mí. Dicho esto, no voy a ir a ver a ningún loquero. Estoy intentando recuperar mi vida a mi manera y te prometo que lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

—No es suficiente.

—No me puedes forzar a hacer algo que no quiero.

—Si nos hubieras hecho caso, te habrías concentrado más en los estudios y no en irte de fiesta con ese pagafantas. Habrías esperado a tener un trabajo estable antes de quedarte embarazada y jugar a las casitas. —Percibí que mi cara se saltaba el naranja del semáforo e iba directamente al rojo. Estaba encendida.

—¡Si no te hubiera hecho caso, no habría ido a esa maldita entrevista para cajera de supermercado y mi vida no habría saltado

por los aires!

Contuvo la respiración. Lo supe porque su pecho había dejado de subir y bajar como si estuviera en una montaña rusa descontrolada. A mi madre estaba a punto de darle un síncope. Tenía la mandíbula desencajada y los ojos cuajados. Me había comportado como la villana del cuento al lanzarle un dardo envenenado, a sabiendas de que le destrozaría el alma y a pesar de que, en ese momento, me sentía como la hija más horrible del mundo. De mis labios no nació una disculpa. Ella me había provocado y yo me había defendido.

Se giró y cerró la puerta muy despacio, llevándose su dolor con ella y yo me refugié en la carita de Vega que continuaba regalándome su mirada iluminada.

Me recosté de nuevo con mi niña y no tardé en sumar dos más dos: la pesadumbre de mi madre la había ocasionado Josh y me maldije por mi poca mano izquierda. Puede que él hubiese agujereado su corazón y yo, en vez de repararlo, se lo había partido en dos. «¡Maldito seas, Josh!». No tenía ningún derecho a poner mi vida patas arriba, sobre todo cuando yo había procurado no perder la compostura ante esas fotos, interactuar lo más mínimo con su familia y compañeros de trabajo y no achicarme ante su jefe bigotudo, pero era evidente que todo eso a él le había importado una mierda.

Pensé en Raquel. Mi viaje había comenzado cuando estaba con ella en la playa y volví a comprobar el móvil para ver que ninguno de mis mensajes había obtenido respuesta. Ahora estaba segura de que Josh la había molestado con alguna impertinencia y eso me enfadó muchísimo. Bastantes problemas cargaba a mis espaldas para que él me añadiera unos cuantos más.

Me duché, me vestí y puse a Vega en el carrito, dispuesta a dar un paseo con ella. La llevé al parque y quise disfrutar de su compañía; sin embargo, mis pensamientos estaban muy lejos de allí. Tenía que buscar ayuda, encontrar a alguien que pudiera asesorarme sobre cómo podía manejar esa pesadilla. Por mucho que rebuscara en mi mente, solo existía una persona que comprendería esa locura: Raquel. Ella se movía mejor en aquel mundo desconocido. Tal vez podía recomendarme algún experto en almas descontroladas que

viajaban para experimentar cosas nuevas en otros cuerpos, si es que ese tipo de especialista existía.

Me presenté en el trabajo de mi amiga, a sabiendas de que me costaría una reprimenda. Nunca me había permitido una libertad como esa, sobre todo porque en su oficina eran unos estirados enchaquetados más preocupados por el estado de la bolsa que por la salud de uno de sus compañeros, a quien le había dado un infarto meses atrás. Raquel trabajaba en una empresa de análisis de estados financieros. Era asesora a grandes niveles y su cartera de clientes contaba con altos cargos dentro de la Comunidad Valenciana.

No comprendía cómo llegaba a apasionarle su trabajo si su lema fundamental era: cultiva primero tu espíritu. Pero ella tenía la facilidad de separar esos dos aspectos de su vida de una manera tajante sin que pudiera afectarla.

—¿Qué haces aquí? —me soltó en cuanto me vio en la sala de espera con Vega.

—No respondías a mis mensajes. Y es urgente —le contesté mientras examinaba su traje y chaqueta de un gris perlado. Las faldas con volantes las dejaba para ocasiones más personales.

—No puedes presentarte aquí sin una cita previa. Hasta Natalia conoce las normas.

—Solo he venido para que me des el teléfono de uno de tus asesores espirituales —le rogué en voz baja—. Estoy metida en un buen lío. —Ella sacudió la cabeza y se restregó la nariz con el dedo índice. Le costaba asimilar lo que le había pedido.

—No, no, no. Esto no funciona así. Ayer me heriste con tus comentarios sin corazón y ahora no puedes venir a pedirme ayuda.

Solté un suspiro resignado, ya que había corroborado mis sospechas.

—Ayer no era yo misma y la culpa la tienen esos cuarenta segundos —susurré para que la recepcionista no pudiera escucharnos—. Tenías razón. Me ocurrió algo.

Ella me miró alarmada, con los ojos fuera de las órbitas y la mandíbula desencajada. Entonces percibí que su curiosidad se iba acrecentando a cada segundo que transcurría.

—Me queda media hora para mi descanso. Podemos comer juntas en un restaurante que hay al final de la calle. Hacen unos arroces increíbles y Vega puede tomarse una crema de verduras.

Asentí, disimulando una sonrisa triunfante. Había conseguido captar la atención de mi amiga con solo una frase, sin necesidad de muchos adornos. Ahora necesitaba que me creyese, que confiase en mí, aunque le resultara la historia más absurda que hubiese escuchado.

El restaurante era un poco refinado para mí, con manteles blancos adornando las mesas y un centro de flores en cada una de ellas. Las copas estaban boca abajo para evitar que los bordes se ensuciaran antes de que llegaran los clientes y los cubiertos parecían dispuestos en un orden bien calculado. Raquel debió interpretar mi cara de espanto, pues se ofreció a pagar la cuenta. Después de todo, era una madre soltera de baja porque uno de mis brazos continuaba lesionado.

Mientras ingería su arroz con verduras, Raquel cabeceaba de vez en cuando para asegurarme de que me prestaba atención. No me interrumpió. Alguna que otra vez me mostraba una mueca cargada de confusión y otras se pellizcaba la barbilla, nerviosa. Comencé mi relato narrándole todas las sensaciones extrañas que me asaltaron cuando estuve tendida en el asfalto, después, cómo me sentí arropada por una luz cálida, para terminar explicándole mis ausencias. Desde la primera vez que desperté en el hospital, ya sabía que algo no andaba bien.

Hice una pausa para darle un par de bocados a mi arroz de marisco al tiempo que me aseguraba de que Vega continuaba durmiendo en el carrito. Le había dado de comer antes de iniciar la historia que me había llevado a entrar desesperada en su oficina. Raquel fue paciente, a pesar de que, de vez en cuando, controlaba la hora en su móvil.

—Y vi a un hombre en el espejo cuando salí de la ducha. Pensé que

era un fantasma que me pedía ayuda, pero no.

—Josh Adams —afirmó ella tajante—. Tu espíritu. Se llama así, ¿no? —Arrugué el entrecejo. Mi cucharada de arroz se quedó a mitad de camino, sin llegar a mi boca. ¿Cómo conocía su nombre?

—¿Cómo lo sabes?

—Tu amigo es bastante indiscreto y muy antipático. Ayer en la playa me miraba como si fuera estúpida cuando el que se comportaba como un tonto era él. —Se limpió la boca con la servilleta—. Ahora entiendo por qué se asombró al verse las uñas pintadas de rosa. Pensé que te habías arrepentido de pintártelas de ese color, pero había algo extraño en tu mirada, su mirada, quiero decir. —Resoplé algo molesta y apoyé los hombros en el respaldo de la silla.

—¿Se comportó mal contigo?

—Me dijo que debería dejar a Natalia. Estuve toda la noche sin dormir analizando palabra tras palabra lo que supuestamente me habías sugerido.

—Pero ¿cómo se permite aconsejarte tal cosa? Es una decisión muy personal que debes tomar tú. ¿Cómo no te diste cuenta? Sabes que yo jamás te diría algo así.

—Eso mismo pensé yo. Eres una persona políticamente correcta, pero preferí imaginar que, después de la experiencia traumática que sufriste, te habías desinhibido y te había dado por soltar lo que pensabas. —Abrí los ojos de par en par mientras ella se excusaba abriendo los brazos—: ¡Perdona! Es más lógico esto que pensar que estabas poseída. —Incliné mi torso hacia adelante y le cogí la mano para sellar la paz en una guerra que yo no había comenzado.

—Entonces, ¿me crees?

—Sin duda alguna —afirmó sin que se le arrugaran las comisuras de los labios—, pero tienes que darme más información sobre ese tipo, de lo que ves cuando te metes en su piel.

—¡Oh, no, no! Casi tengo que ir al baño y abrirme la bragueta

para... Ya sabes... Hacer pipí.

Ella soltó una carcajada que logró que los camareros y algunos clientes de las mesas más cercanas nos miraran molestos.

—Y de todo este asunto lo único que te preocupa es tener que sujetarle el miembro para orinar. Amiga, tienes un problema mayor.

Me despedí de Raquel con un alivio que alejó las tensiones matutinas que me había provocado mi madre y me dirigí a casa con la firme promesa de que me recogería después de trabajar para acompañarme a visitar a una vidente o algo parecido. No quise preguntarle más sobre ese asunto porque sabía a ciencia cierta que, si me contaba una cosa más sobre sus métodos, me negaría a ir. Continuaba sin creer en todas esas chorradas, a pesar de que yo misma había estado atrapada en el cuerpo de un policía creído y maleducado horas antes. No obstante, necesitaba ayuda urgente.

Paseé por las calles del centro de Cullera mientras me encaminaba a casa empujando el carrito de Vega. La primavera hacía resplandecer las palmeras datileras, especialmente a las araucarias gemelas que se elevaban cuarenta metros sobre el suelo y presumían de su majestuosidad y su complicidad en la plaza del mercado. Las flores coloridas vibraban exaltadas desprendiendo sus diferentes fragancias. Inspiré profundo y ese nuevo oxígeno me inundó de esperanza. Puede que mi aceptación de todo lo acontecido frenara esas ausencias. Quizá todo había terminado porque ya era consciente de que mi felicidad la debía seguir construyendo yo, nadie más.

No quise discutir con mis padres al llegar a casa. Simplemente les pedí paciencia y añadí que estaba tratando de solucionar mis cambios de humor. Les mentí diciéndoles que ya tenía cita con un especialista esa misma tarde y que no debían preocuparse. Ellos aceptaron quedarse con Vega, a quien deposité en la cuna sin ningún esfuerzo. Era una dormilona sin parangón hasta el punto de que a veces le tenía envidia por la facilidad para conciliar el sueño. Le di un beso en la frente y, al girarme, reparé en el papel rosa que había sobre el tocador, debajo de una de mis figuritas.

Un nudo enorme se me formó en la boca del estómago ya que esa

hoja pertenecía a mi diario, lo que significaba que alguien la había arrancado y había husmeado en él. Noté cómo una ola de calor me subía por la garganta y se me encendían las mejillas. Aquel ultraje no podía consentirlo y murmuré con desprecio su nombre: Josh Adams.

Me apresuré en leer lo que había escrito y creo que una humareda gris salió de mis orejas e ignoré el teléfono que me había indicado y todo lo demás.

Me llamo Josh Adams y he estado ocupando tu cuerpo. Tenemos que encontrar la manera de comunicarnos y solucionar nuestro problemilla. Por favor, mientras seas yo, no hagas nada de lo que me pueda arrepentir. Te apunto mi número de móvil por si quieres escribirme: 406 515 2248.

¿Cómo se atrevía a amenazarme de esa manera? Yo no había enfurecido a sus padres ni había molestado a su mejor amiga. Eso ya era el colmo. Con rabia, cogí un bolígrafo muy dispuesta y le respondí a su nota debajo de sus propias palabras:

Claro, pongamos unas normas: ni se te ocurra tratar mal a mis padres ni dar consejitos a mis amigas. No me compliques más la vida.

Después de escribir la última palabra, inspiré hondo, arrugué el papel en mi mano y lo tiré a la basura.

Cuando Raquel pasó a recogerme, obvié a posta mencionarle que Josh muy probablemente se había leído mi diario de arriba abajo y que me había dejado un mensajito que podría haberse ahorrado. Encima se había atrevido a dejarme un número de teléfono que no tenía ni pies ni cabeza y al que no estaba dispuesta a escribirle, pese a que estuviera deseando saber qué nos ocurría. Estaba muy

enfadada y el miedo a lo desconocido me podía. Yo había tratado con el respeto que se merecía a su mujer y a sus compañeros de trabajo y, aunque todavía no conocía a sus hijos, me constaba que tenía dos. Oh, Dios, ¡Vega! Esperaba que ese energúmeno de metro noventa no le hubiera puesto las manos encima a mi pequeña. La pobre se había debido sentir indefensa.

Después de unos minutos conduciendo, Raquel consiguió aparcamiento y casi me empujó a entrar en un diminuto establecimiento donde un letrero, que destacaba la palabra Médium, colgaba orgulloso de la fachada del edificio. Sí, debía admitir que tuve reparo en cruzar el umbral hacia lo desconocido o más bien hacia una farsante que aseguraba leer las cartas del tarot.

Tragué saliva varias veces mientras un tic nervioso atacaba uno de mis párpados y lo hacía temblar. No estaba preparada para eso. Había sido idea mía, sí, pero, si una meditación guiada me agobió hasta tal punto de cortarme la circulación sanguínea y salir huyendo como un ratón cuando ve al gato, ¿qué pasaría con una lectura del futuro? No era eso lo que tenía en mente cuando le rogué ayuda a mi amiga. Yo tan solo buscaba respuestas.

Me sorprendí mucho cuando una señora de unos sesenta años, tan gruesa como los troncos de los robles y una sonrisa tan afable que me recordó a la de Papá Noel, nos recibió y nos animó a pasar al cuartucho de atrás. Tenía el cabello liso muy cuidado, a pesar de habérselo teñido con un color zanahoria que no le hacía justicia a sus facciones redondas y sonrosadas. No vestía de una manera estrafalaria tal y como había supuesto, sino que un blusón holgado cubría gran parte de sus pantalones de tela fina.

Nos pidió que nos acomodáramos alrededor de una mesa ovalada y con un mantel florido. Ella se colocó frente a nosotras y saludó a Raquel con naturalidad. De ahí deduje que mi amiga no era la primera vez que iba a una de sus sesiones y que, tal vez, esa señora que se hacía llamar Dalia era integrante del grupo de meditación de los viernes al que Raquel estaba tan unida.

—Bueno, tú me dirás en qué puedo ayudarte. —Escudriñó en mis ojos avellana mientras barajaba el mazo de cartas.

—¿No se supone que usted ya sabe por lo que estoy aquí? —la reté todavía no muy convencida de que ella pudiera ayudarme. La médium soltó una risotada que Raquel decidió acompañar estirando sus labios y dejando ver parte de su dentadura perfecta.

—No me trates de usted, que no soy tan mayor. Pensé que querías ir al grano y preguntarme por algo en concreto, pero, si prefieres, puedo hacerte una tirada general.

—Sí, creo que será mejor. —Me crucé de brazos y piernas para tener una postura defensiva que ni yo misma lograba entender, pues había sido yo la que había insistido en acudir a algún tipo de guía espiritual.

—Deberías ser más concreta e ir al momento de la explosión —me sugirió mi amiga.

—No le des pistas —le dije entre dientes. Los ojos saltones de Dalia saltaban de la una a la otra mientras tratábamos de ponernos de acuerdo.

—Puede remontarse hasta tu matrimonio fallido y eso no nos conviene.

—¡Que no le des pistas! Se trata de mi futuro y no de mi pasado. No me interesa nada que tenga que ver con Alejandro.

—¿Y bien? —nos interrumpió ella, preocupada porque estábamos haciéndole perder un tiempo muy valioso.

—Estuvo cuarenta segundos muerta —soltó Raquel sin mirarme.

—¡Oh, vaya! No me digáis nada más. —Dalia nos mostró una mueca que me fue difícil de interpretar. Ignoraba si me estaba compadeciendo o, de alguna manera retorcida, si celebraba mi experiencia.

Suspiré contrariada a la vez que la vidente me pedía que cortase el mazo de la baraja. Para mí, ya contaba con suficiente información para inventarse toda una vida de desgracias y augurarme un futuro alentador, como hacían todos los estafadores. Dinero tirado, eso pensé. Y no podía negar que me dolía mucho en el bolsillo, pues

contaba nada más que con unos pocos ahorros.

Con incomodidad y mucha reticencia, observé cómo desplegaba una serie de cartas sobre la mesa y las colocaba sin algún sentido para mí. Unas a los lados, otras arriba y otras abajo. Ella hablaba de arcanos mayores y yo me entretuve contando las cartas seleccionadas, las cuales había dado la vuelta muy despacio. Trece. No era supersticiosa, pero ese número consiguió que me enderezara en la silla y observara mejor la cara de la vidente mientras un escalofrío extraño me recorría la espina dorsal.

Parecía absorta contemplando las figuras que aparecían en ellas, tanto que no parpadeaba y eso era ya una ardua tarea. Me centré en sus largas pestañas para acechar cualquier movimiento que hiciera con ellas. De improviso, entrecerró tanto los ojos que ya no supe distinguir si se encontraban en reposo o vibraban a tal velocidad que era incapaz de percibir su actividad, así que desplacé mi mirada hacia su boca. Era pequeña, aunque tenía unos labios terriblemente gruesos. Llegué a plantearme si eran naturales o si se había puesto bótox, sobre todo en el superior, el cual brincaba de vez en cuando como si quisiera hablar por sí solo.

—Tenías que morir para renacer de tus propias cenizas. Era crucial para que encontrases tu destino. —Di un respingo en el asiento al percibir que su tono de voz delicado se había transformado en uno más profundo y serio—. En ese momento, todas tus inseguridades desaparecieron y gozaste de una claridad absoluta, una que pocos consiguen alcanzar. Te habías perdido en el camino y lo peor es que luchabas contra ti misma. Necesitabas ver y se te concedió ese deseo. El lazo que tienes con tu hija es inquebrantable, pues nació del amor y ella es hija de las estrellas, de su luz.

—Estás diciéndome que por mucho que haya hecho o cambiado, ¿tenía que pasar por esa calle sí o sí?

—Tu espíritu necesitaba respuestas que no se encontraban en este mundo. Si no hubiera sido la explosión, habría sido otra cosa: un accidente en la bañera de tu casa, un empujón por las escaleras... ¿Quién sabe?

—Bueno, has deducido que yo soy una de las víctimas de la

explosión de hace apenas mes y medio porque Raquel lo ha mencionado antes. Eso es evidente, pero ¿qué tengo que aprender?

—Eso solo puedes saberlo tú. Te dieron la oportunidad de conocer las respuestas y, al regresar a tu cuerpo, las olvidaste. —Solté un suspiro cansino y, de reojo, le eché una mirada asesina a mi amiga. Sí, Dalia era una gran vidente, capaz de embrollarte con frases sin sentido con tal de no responder de forma directa a las preguntas. Iba a levantarme cuando ella rozó la palma de mi mano y me invitó a permanecer unos minutos más en la silla. Accedí por educación, ya que volvía a desplegar otras cartas sobre la mesa después de haber recogido las anteriores. Inspiré hondo y la obsequié con una sonrisa fingida.

—Hay un hombre. Alguien que ha sido y será siempre importante para ti. —Presioné los labios con fuerza para evitar soltar un bufido. Tocaba el turno de hablar de Alejandro y mi relación fallida. Raquel se lo había dejado caer, así que, como quería largarme de allí lo más rápido posible, asentí sin darle mayor relevancia—. Ostenta un cargo de autoridad.

—Sí, es director de un banco. —Dalia me reprochó mi intervención frunciendo los labios con desaprobación.

—Tiene el pelo castaño claro y unos ojos que resplandecen con la luz del amanecer. Aunque vuestra comunicación se ve entorpecida por momentos, las cartas hablan de un claro acercamiento. —Arqueé las cejas desconcertada. Mi relación con Alejandro era nula, de hecho, lo había denunciado porque no estaba pasándome la manutención de Vega. No concebía en mi mente que quisiera entablar un diálogo conmigo en este período, a no ser que se hubiera enterado de mi accidente—. La niña es muy importante para él, es su reconciliación con el universo.

—¿Estás segura, Dalia? —le preguntó Raquel al tiempo que sacudía la cabeza—. Ese cabrón jamás se ha preocupado por su hija. No entiendo qué interés puede tener ahora en ella.

—Yo no estoy hablando del padre de la niña —sentenció la vidente muy tranquila—. La carta del mundo me dice que este hombre viene del extranjero y que ha entablado una conexión especial

contigo, un vínculo que se creó fuera de nuestro espacio-tiempo. Él también murió y necesita perdonarse a sí mismo para luego perdonar a los demás. —Me agarré a la mesa para no caerme desplomada en el suelo, porque en ese instante en el que la vidente señalaba una de las cartas donde aparecía un hombre sentado con un cetro en la mano derecha, yo solo podía ver el rostro de Josh.

—¿Qué carta es esa?

—Es el emperador y me cuenta que es un hombre determinante y con ciertas dotes de liderazgo que Júpiter subraya. Está ligado a ti, que apareces a su lado representada con la carta de la emperatriz. Este hombre siempre ha tenido las ideas claras, pero, en cuanto han aparecido los nubarrones en su vida, camina como pollo sin cabeza y actúa de manera impulsiva, incluso a veces algo inmadura, como le dicta Aries. —Parpadeé varias veces porque me había perdido en su discurso.

—Disculpa, ¿qué tiene que ver Aries en todo esto?

—Cada carta del tarot tiene asociado un planeta y un signo astrológico. El emperador es aries.

Ojiplática, examiné con más detenimiento la figura masculina del emperador. Estaba sentado sobre lo que parecía un trono y en su mano derecha sujetaba una esfera transparente que podía representar al mundo en el que vivimos. No sé por qué en ese instante mi mente atrajo una de las fotografías de los espantosos crímenes que había visto en la comisaría. Era el del hombre atado de pies y manos a su silla, la silla desde la que gobernaba su empresa, su mundo. No supe cómo hice esa relación tan banal. Puede que, como Dalia había mencionado a Aries, de alguna manera mi memoria me llevó a ese recuerdo horrible: el del empresario con la garganta seccionada.

Tragué saliva muy despacio y posé mi mirada en la carta que estaba a su lado: la emperatriz. También aparecía sentada sobre unos cojines rojos y con una corona en la cabeza que le otorgaban cierta distinción. Era poderosa y, aunque desconocía su significado, la asocié con la mujer asesinada, la congresista. Despegué los labios sin ser muy consciente de la pregunta que iba a realizarle a la

vidente y que, de alguna manera, iba a cambiar mi vida.

—¿Qué horóscopo representa a la emperatriz?

—Bueno, aquí muchos expertos difieren. Algunos la asocian con Libra y otros se atreven a enlazarla con Géminis, pero la Emperatriz tiene un claro significado de lo femenino y la fertilidad. Por lo tanto, su planeta indiscutible es Venus, que es el regente de Tauro, así que, si me preguntas a mí, te diré que Tauro, sin lugar a duda.

Me quedé petrificada en la silla y sin poder respirar. No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que conseguí tomar mi primera bocanada de aire. El maldito asesino del zodíaco puede que no se guiara por los signos astrológicos, sino por las cartas del tarot. Esa conclusión hizo que entrara en un estado de nerviosismo peor que cuando Alejandro me comunicó que no estaba hecho para ser padre. Si mi corazón continuaba latiendo, yo no lo escuchaba. Si la sangre seguía circulando por mis venas, ni la percibía. Ni siquiera sentía el dolor continuo del brazo, el cual llegaba a ser desquiciante de vez en cuando.

—¿Qué te ocurre? —Mi amiga me devolvió al mundo real, lejos de mis pensamientos que se acumulaban como los granos de arena, deseosos de hacer una montaña.

—¿Y qué carta representa al signo de Géminis?

—Los enamorados, pero esa no te ha salido en la tirada.

—¡Joder! ¡Mierda! ¿Puedo verla? —Ella la extrajo de la baraja y la colocó en la mesa mientras estudiaba mi reacción. Sin embargo, preferí que no hiciera una lectura transparente de mi rostro y traté de mantenerlo imperturbable.

—El amor llegará a tu vida cuando tenga que llegar —me soltó la vidente, algo confundida por mi malestar.

Le sonreí mientras observaba a los dos amantes bajo el brillo de un sol radiante y protegidos por el manto púrpura de un ángel. Había un árbol detrás de la mujer, lleno de vida y con cinco manzanas relucientes. Torcí la boca en un gesto indescriptible para mí. Me

había equivocado en mis deducciones al asegurar que ese supuesto asesino en serie buscaba a víctimas que tuviesen relación con los signos astrológicos. En parte, la tenía, pero su principal motivación era el tarot. En la carta de los enamorados no había silla que les garantizase el poder ni un mundo que se abriese a sus pies. Eran dos jóvenes amantes en medio de la naturaleza que se deleitaban con su amor.

Me levanté agobiada y dejé caer la silla hacia atrás. Escapé de ese lugar que conseguía oprimir mi pecho y busqué la salida, desesperada. En cuanto estuve en el exterior, miré hacia el cielo como si pudiera ayudarme y mis súplicas fueran escuchadas por alguien allí arriba. Tenía que volver a ser Josh por un día, tenía que avisarlos de que el asesino no solo quería acabar con la vida de los ricachones y de los más pudientes. Su objetivo era ahora Géminis, dos personas enamoradas cualesquiera, sencillas sin grandes fortunas ni una posición trascendente en la vida. En ese momento, me lo imaginé fotografiando a parejas que transitaban por la calle cogidos de la mano o que se despedían con un beso apasionado antes de que cada uno volviera a su casa.

Debía regresar a la comisaría.

Debía volver a ser Josh una vez más.

Y tendrían que escucharme.

Capítulo 10

Yo soy piscis

Regresé a mi vida y no me sorprendió descubrir a Cliff conduciendo mientras mi cuerpo estaba repantingado en el asiento del copiloto. Mi compañero se había comprometido a llevarme a casa cuando termináramos el turno, a pesar de que él continuaba patrullando las calles y yo me dedicaba al papeleo diario. Suspiré como si hubiera aterrizado de una ensoñación y me apoyé en la ventanilla del coche. Estaba exhausto y empezaba a comprender que la mayor parte de mis energías se consumían con mis ausencias.

No le presté atención al tráfico ni a la cantidad de semáforos que trataban de manera infructuosa despejar las colas que se producían en Main Street a ciertas horas del día. Quise recrearme en el horizonte, en la belleza de las montañas que circundaban nuestro valle y en la paz que se respiraba en ellas, esa que me había abandonado en los últimos meses y que luchaba por recuperar. Pensé entonces en el mar que había dejado atrás y un sentimiento similar a la nostalgia me envolvió. No supe encontrar el motivo, pues yo había nacido allí, en Bozeman, alejado de mares y océanos, de cangrejos y gaviotas. Mi vida transcurría entre rodeos, música country y una naturaleza apoteósica capaz de quitar el hipo a cualquiera.

Pero ese mar lejano había abierto una brecha en mí, una que no deseaba y no podía permitirme. La vida de Adriana era un completo desastre como sucedía con la mía en esos momentos tan perturbadores. Sí, había leído su diario desde que había sido una adolescente enamorada de su mejor amigo hasta que había terminado sin trabajo en casa de sus padres con una niña recién nacida. No la conocía de nada; no obstante, algo me decía que no se merecía tantas calamidades. Al contrario que ella, mi vida siempre fue bastante organizada: terminé los estudios, entré en el cuerpo de policía, conocí a Jenny y decidimos ser padres. Había comprado la casa de mis sueños y allí nos habíamos instalado antes de que naciera Tom, a las afueras de la ciudad, rodeado de hermosos pinos

y con un cielo tan cercano que parecía que podía tocar las estrellas. Sí, la diosa de la Fortuna me había tocado con la varita mágica. Lo tenía todo. Todo. Hasta el día que abrí los ojos y me di cuenta de que estaba viviendo una mentira.

—¿Vas a contarme de una vez cómo se te ocurrió esa teoría de los signos del zodíaco? —Cliff mantenía la vista al frente. Como siempre, priorizaba la prudencia a cualquier pensamiento que pudiera ofuscarlo y retirar los ojos de la carretera. Me enderecé en el asiento y me atreví a mirarlo con un rostro que reflejaba mi confusión. Demasiado transparente quizá—. ¿Ya te has olvidado del asunto? Pues te recuerdo que Moreno se lo ha tomado muy en serio.

Me masajeé las mejillas con las palmas de las manos y quise formularle una pregunta que no levantara sospechas sobre la situación en la que me encontraba. Cliff era un hombre pragmático aunque religioso y estaba seguro de que su fe le permitía abrazar ciertos hechos sin discutirlos, sobre todo si tenían que ver con milagros y personas santas. Sin embargo, no creía que fuera capaz de aceptar que mi espíritu había decidido viajar a un país hispano hablante para vivir en las carnes de una mujer desconocida. Además, yo no entendía el español, por lo que me era imposible individuar el acento, podría ser colombiano, argentino, peruano... En mis oídos todo sonaba igual.

—¿Crees que podría ser posible? Quiero decir, ¿que esa teoría fuera verdad? —escupí las palabras muy despacio, masticándolas antes de que tomaran forma.

—Bueno, la congresista era tauro y el señor Stevens, aries. Por lo visto, es verdad que los dos han sido asesinados en sus respectivos cambios astrológicos. —Abrí los ojos de par en par y Cliff advirtió mi asombro—. No me mires así, yo no entiendo nada de esta mierda. Tú sugeriste lo de las fechas: el veinte de marzo y el diecinueve de abril. Así que, suponiendo que todo esto sea verdad, el veinte de mayo se cometerá el siguiente asesinato, pero no significa que esta teoría no me resulte descabellada. ¡Es una locura! Si los medios de comunicación se enteran... tendremos a todas las personas géminis aterrorizadas durante un mes sin saber a ciencia cierta si es así.

Solté un resoplido que no le pasó desapercibido a mi compañero e intenté arreglarlo encogiéndome de hombros:

—A mí también me cuesta digerirlo. Ya sabes que yo no creo en esas chorradas, pero hay personas ahí fuera que se lo toman muy en serio.

—Por eso me sorprendió que hicieras aquel comentario. Cuando paramos en cualquier bar para tomarnos el café de la mañana, siempre te saltas esa página del periódico soltando una risita y llamando crédulos a los que lo abren precisamente por ahí para consultar su horóscopo.

Chasqueé la lengua al tiempo que mis neuronas se ponían a trabajar para inventar una excusa verosímil que me sacara de ese atolladero. Ya había imaginado que Adriana era la culpable de todo ese embrollo. Su boca había hablado demasiado y ahora me encontraba en un aprieto con todo el departamento. No entré a valorar su teoría. No había tenido tiempo de estudiarla, pero hablar de un asesino del horóscopo con solo dos muertos sobre la mesa era muy arriesgado incluso para mí, que solía escupir mis deducciones a Cliff sin filtro alguno.

—Bueno, cada vez que voy a Helena, mi hermana Allison me suelta un rollo sobre las constelaciones. Ya de pequeña insistía en que debía encontrar un signo afín al mío para que mi relación fuera duradera. ¡Chorradas! —Él soltó una carcajada que relajó el ambiente.

—¿Y cuáles son tus signos afines? —me preguntó sin parar de reír.

—¿De verdad crees que me acuerdo? Aunque la escuchaba, no memorizaba todo lo que ella me contaba. Por eso es mejor que seamos cautos con este tema. Buscaré libros especializados en signos zodiacales o lo haré en la red.

—Me consuela que todavía tenemos un mes para ponernos al día y que tú tienes treinta días para que tu pierna esté en perfectas condiciones. No quiero estar en la calle solo corriendo detrás de un asesino en serie. Ese novato en prácticas que me han puesto para que me sienta más seguro me obliga a tener ojos hasta en la nuca.

—Oye, yo también fui tu novato.

—Sí, pero siempre supe que había algo diferente en ti. Pasión. Instinto. Llámalo como quieras. Tienes madera de policía aunque ni tu padre ni tu abuelo lo hayan sido. Y sé qué tú lo sientes.

No volví a abrir la boca hasta que llegué a casa y me despedí de él con un sincero: «Gracias». Cliff se convirtió en un padre para mí desde que perdí al mío a los pocos meses de convertirme en un verdadero policía por un infarto, como me comunicaron los médicos. A mí me costó aceptar que un padre podía morirse antes de cumplir cincuenta años, porque yo me lo había imaginado corriendo detrás de sus nietos con setenta y cinco, festejando Acción de Gracias con la familia entera y abriendo los regalos navideños con ellos. No tuve nada de eso. Mi madre se distanció de sus hijos después de su muerte y nunca se preocupó de felicitar los cumpleaños de sus nietos. Vivía en su rancho a pocos kilómetros de mi casa. Tenía empleados que se ocupaban de los caballos y de las vacas y apenas transitaba por la ciudad. No le interesaba. ¡Joder! Ni siquiera había venido a visitarme después del accidente de tráfico. Tan solo había llamado a Jenny para exagerar su falso interés sobre mi estado.

Alcé la barbilla y observé con un nudo en el estómago mi casa. Ya no la sentía mía, era un huésped más que entraba a dormir cuando la noche caía y escapaba a hurtadillas con la luz del alba. Todos los fines de semana que dediqué a su arreglo, a crear un hogar para que mi esperado hijo estuviera arropado entre nubes de algodón, todo mi esfuerzo había quedado olvidado entre las paredes. Yo mismo lo había enterrado entre los muros blancos para no sentir dolor, el dolor de la traición. Incluso esta regresaba en mis sueños para recordarme que era una marioneta y que los hilos no los movía yo, sino una fuerza superior que me había colocado en una nueva casilla próxima al infierno.

Subí los peldaños del porche y, cabizbajo, entré en el salón. Me desabroché los primeros botones de la camisa del uniforme y apenas tuve tiempo de reaccionar cuando reparé en que Jenny se colgaba de mi cuello y apoyaba la cabeza en mi pecho.

—Estaba preocupada por ti. He oído lo del asesinato de la

congresista. ¡Es horrible! Estaba luchando por los derechos de las mujeres y de la minoría étnicas. ¿Quién querría acabar con su vida?

Suspiré y dejé descansar la barbilla sobre su coronilla. Entrecerré los ojos para buscar esa calma que se resistía a aparecer en los momentos más delicados cuando el perfume floral de sus cabellos morenos impactó en mí. Tragué saliva y me deleité unos segundos en enroscar un mechón entre mis dedos. Necesitaba creer que todavía existía una posibilidad para nosotros.

—Sabes de sobra que estoy haciendo trabajos de oficina. Yo no llevo el caso de la congresista. —No le mentí, pues mi misión era centrarme en buscar más pistas sobre la muerte del empresario, aunque ambos casos estuvieran supuestamente relacionados.

—Dos asesinatos en menos de un mes —Sollozó con amargura—. ¿Qué demonios le pasa a esta ciudad?

Humedecí mis labios casi por instinto. La conocía de sobra. Sabía lo que quería. Jenny despegó los talones del suelo y buscó mi boca con atino para reconfortarse, para olvidar que no solo nosotros sangrábamos, también lo hacía nuestra ciudad. Me besó y yo la dejé hacer porque necesitaba consuelo, ansiaba sentirme deseado, pero, sobre todo, anhelaba el calor de su piel. Mientras su lengua jugaba con la mía a enroscarse como una serpiente dispuesta a tentarme, ella terminó de desabrocharme los botones de la camisa hasta que llegó al cinturón. Allí sus dedos se entretuvieron con la hebilla, a sabiendas de que así se acrecentaban aún más mis ganas. Después, utilizó su boca para desprenderse del cinto en un ritual que consiguió que mi torrente sanguíneo enloqueciera. Me conocía. Conocía mis puntos débiles y cómo crear una respuesta rápida en el interior de mis pantalones. Me los bajé con torpeza. Todavía no me encontraba al cien por cien y ciertos movimientos se convertían en una dolorosa fatiga.

—¿Dónde están los niños? —susurré.

—Jugando en el patio trasero —me respondió con el aliento entrecortado antes de volver a fundir su boca con la mía.

Me obligó a sentarme en el sofá y yo no rechisté. Ella colocó sus

nalgas entre mis muslos con mucho cuidado, teniendo en cuenta que la cicatriz que partía del interior de mi pierna izquierda y casi llegaba a la rodilla seguía viva. Se levantó el vestido y pude apreciar que no tenía bragas. Las había condenado a deslizarse por sus piernas mientras todavía permanecíamos de pie. Tenía que admitir que era una mujer habilidosa, que no había ningún punto de su cuerpo que no emanase una sensualidad arrolladora y, cuando esta afloraba, nadie podía resistirse a su encanto.

—Pueden entrar en cualquier momento —le comenté entre dientes.

—Les dije que los avisaba para la cena. Están entretenidos jugando al baloncesto.

Mientras hundía la cabeza entre sus pechos, comencé con unos empujes suaves, como a ella le gustaba. Jenny me mordisqueaba la oreja al tiempo que su cuerpo ascendía y descendía. Quise verla y apreciar su rostro arrebatado por ese momento, así que alcé la barbilla para contemplar su cara de gozo y no me defraudó. Sus ojos bailaban al son de los propios movimientos y, cuando los entrecerraba, apretaba los dientes para no soltar un gemido que pudiera alertar a los niños. Después, estiró el cuello hacia atrás y su melena salvaje casi tocó su cintura. Percibí la energía apasionada golpear cada músculo de mi cuerpo. Me constreñía a contraerlos para luego excarcelarlos de la prisión en la que me encontraba y sentirme de nuevo yo. Indomable. Libre.

Escudriñé sus ojos oscuros buscando impurezas en ellos. No sé por qué lo hice. No sé por qué quise romper ese instante de complicidad.

—¿Qué horóscopo eres? —Se echó a reír y me obligó a tumbarme en el sillón de forma juguetona.

—¿A qué viene esa pregunta? Ya sabes de sobra que soy sagitario —me respondió al tiempo que se tendía sobre mi cuerpo y volvía abrazarme—. Quiero más. No quiero que pares.

Aumenté el ritmo de mis embestidas y, durante unos minutos, me centré en hacerla disfrutar. Reprimía sus gemidos con esfuerzo para que los enanos no la escuchasen mientras se restregaba contra mí

con un ímpetu que no había visto jamás. Al menos no conmigo. Deseché ese pensamiento y saboreé uno de sus pechos con una devoción que me sorprendió. Sí, yo también quería llegar al final. No obstante, mis pensamientos erráticos frenaban mis impulsos para satisfacer el deseo.

—¿Y los niños? —Arrugó la frente sin comprender—. ¿Qué signos son?

—Acuario y capricornio. ¿A qué viene ese interés repentino por la astrología? —Jenny se incorporó sobre mis muslos y decidió llevar las riendas cabalgando como una amazona experimentada, guiándome por lugares que jamás había visitado, apartando todas las malezas que se interponían en nuestro camino.

Estaba desatada. Era como un viento huracanado dispuesto a arrasarlo todo, incluido a mí. Apretó las rodillas contra mi pelvis y sus galopadas fueron más frenéticas. Me tragué un quejido y observé sus labios gruesos torcerse de una manera dantesca. Iba a llegar a la meta, pero me había dejado atrás. Sus pupilas centelleaban con una furia que llegaba a cubrir la cuenca de sus ojos y las uñas se enterraban en mi carne obviando el dolor que todavía sentía mi piel. Me estaba arañando y el brazo me ardía. Me quemaba demasiado. ¡Joder! Ese rostro enajenado ya lo había visto antes, pero no conmigo, sino con el otro hombre, el rubio. Ese fatídico día. En nuestra propia cama. Una ráfaga de impotencia me inundó en esos segundos en los que ella alcanzaba su objetivo y se masajeaba los senos con lujuria. ¿Dónde estaba mi Jenny?

Sacudí la cabeza mientras ella se regocijaba en su propia victoria y comenzaba a ralentizar sus movimientos. No, eso no podía estar pasándome. No ahora. Entorné los párpados para concentrarme en la fecha de mi nacimiento: el cinco de marzo. Me restregué los ojos sin contemplaciones. Ya no tenía ni idea de quién era yo y para qué demonios había venido al mundo. Me vino a la mente mi hermana Allison, quien no era una experta en astrología; sin embargo, sí le gustaba leer cualquier chorrada que apareciese en las revistas sobre los horóscopos cuando era una niña. Siempre me echaba en cara que yo no me convertiría en un hombre de acción porque lo decía mi signo. Estaba destinado a buscar un ideal que llenase mi vida, pero decía que me rendiría en el camino. «Aquí dice que tiendes a

poner a tu amante en un pedestal», me soltó un día.

—Yo soy piscis —murmuré mientras Jenny se aproximaba a mí y me regalaba un último beso. Un beso que me supo a consolación.

Me quedé tendido en el sofá unos minutos más con la mano en la frente y mis pensamientos muy lejos de allí. Ella se levantó y se apresuró en vestirse de nuevo con un silencio frío y desalmado.

—¿Ahora es cuando sales a hurtadillas del motel para que nadie te vea? —Su sonrisa de satisfacción se apagó de repente y me atravesó con su mirada afilada.

—Pero ¿qué bicho te ha picado? Pensaba que lo habíamos pasado bien.

—Ni siquiera te has dado cuenta...

—¿De qué?

Me levanté con mucho cuidado y comencé a vestirme mientras ignoraba su presencia. No tenía ganas de discutir. Me aburría. Me hartaba tener que defender mi punto de vista una y otra vez. Ella era la infiel, no yo. Puede que en los últimos meses estuviera más centrado en el trabajo y fuera más pasivo, pero eso no le daba derecho a mentirme.

Me abrochaba los pantalones cuando los dos niños entraron por la puerta principal y se abalanzaron sobre mí.

—¡Papá, ya has llegado! ¿Vienes con nosotros a jugar?

—Cuidado, que a papá le duele todavía y no puede hacer muchos esfuerzos —se atrevió a decir Jenny cuando ni ella misma lo había tenido.

—Está bien, pero no prometo encestar alguna canasta porque ya sabéis que todavía tengo el brazo mal. —Mi querida mujer abrió los ojos de par en par y me miró extrañada.

—¿El brazo?, ¿no era la pierna?

Entonces doblé el codo y lo observé un instante. Estaba en perfectas condiciones porque no era el mío el que continuaba enrojecido y con alguna llaga a tener en consideración, era el de Adriana. Sin embargo, había percibido un ligero escozor cuando Jenny me había acariciado. Un ardor indescriptible, a pesar de que me encontraba en mi cuerpo.

—Sí, es verdad. El brazo lo tengo bien, pero no puedo correr mucho detrás de la pelota. —Los animé a salir y juntos nos dirigimos al patio trasero. Allí les había colocado una pequeña canasta que todos los años elevaba unos centímetros más, dado a que ellos crecían a pasos agigantados.

Mientras el ocaso se cernía sobre nosotros y ellos competían contra mí para ganar el improvisado partido, caí en la cuenta de que hacía tiempo que no disfrutaba de sus risas y su complicidad. Era verdad, el trabajo se había llevado parte de mi vida. Me había arrastrado a un abismo peligroso, un abismo donde había perdido la fe en el ser humano, pues había comprendido, interrogatorio tras interrogatorio, que todos mentían o al menos ocultaban una parte de sí mismos que se negaban a mostrar por miedo a las represalias o por proteger a algún que otro indeseable.

Ya no podía volver atrás y recuperar esa parte de mí que se había perdido en la espesura, solo podía mirar hacia adelante, hacia un futuro tan incierto que lograba hacerme tambalear por completo porque no tenía ni idea de qué esperar de él.

Lancé la pelota, convencido de que iba a encestar de nuevo; sin embargo, esta hizo un giro extraño, una oscilación que la empujó a salir de su órbita, y de pronto, la pelota ya no era una pelota cualquiera. Mi afición a la astronomía me llevó a imaginarla como si fuera un astro dentro del intrincado universo, y mi instinto policial me susurró que debía hacerle caso a ese pálpito que conseguía hacerme temblar todo el cuerpo.

Se mostró ante mí como un astro dentro de una galaxia compleja donde decenas de planetas giraban sobre una estrella. Luego, esa estrella se transformó en constelaciones que yo había estudiado con mi padre cuando era un niño. Me había enseñado a distinguirlas a través de un telescopio que me había regalado cuando tenía nueve

años. En mi mente, estaba dentro del mismo universo. Distinguí a Géminis y a su estrella más brillante, Pólux. A su lado, como si se dieran la mano se encontraba Cástor.

Parpadeé varias veces para abandonar esa ensoñación a la que me habían llevado mis propios pensamientos. Mis corazonadas rara vez erraban, y me habían llevado a contemplar a Géminis en todo su esplendor. ¡Joder! Si Adriana tenía razón con su descabellada teoría de los horóscopos, tal y como me había comentado Cliff en el coche patrulla, si ese asesino se guiaba por las constelaciones, teníamos un serio problema.

—Son dos. Son gemelos —musité al volver en mí—. El asesino va a matar a dos personas.

Capítulo 11

Un giro inesperado

Me ahogaba. Mi pecho se había contraído hasta tal punto que el aire no entraba en mis pulmones. Tosí varias veces y me llevé la mano a la garganta. No encontraba la forma de despejarme la tráquea. Caminé varios metros sin reparar en que varias personas me miraban como si fuera una demente, así que pude imaginar mi rostro encendido y desesperado al huir del local. No estaba loca. Estaba más cuerda que nunca. Todo lo que Dalia me había contado, todas mis deducciones escalofriantes, cobraban un extraño sentido dentro de mí.

Elevé la mirada al cielo buscando amparo; sin embargo, un manto de nubes negras lo cubría. Parecía que el tiempo acompañaba a mis pensamientos. Algo funesto iba a ocurrir y no podía hacer nada porque estaba en el cuerpo equivocado, en el mío. Doblé la esquina en una calle estrecha, algo escondida, y vomité sobre las bolsas de basura que ya no cabían en el contenedor.

Estaba desarmada, petrificada ante los nuevos hallazgos, pero, sobre todo, ante la idea de que no llegaría a tiempo para advertirlos.

—¿Estás bien? —Los brazos de Raquel me agarraron por la cintura y me ayudaron a incorporarme.

—Tengo que volver.

—¿Adónde? —Me ofreció un pañuelo de papel y yo me limpié la boca como pude. Luego, rebusqué en mi bolso hasta encontrar un caramelo que eliminara el mal sabor que me había quedado.

—Está en algún sitio que hablan inglés. Lo sé por el idioma que hablaron la primera vez que estuve allí. Tengo que ir a esa comisaría, presentarme allí y buscarlo. Están dando palos de ciego por mi culpa. Bueno, no es toda mía. Yo solo apunté a las fechas que me resultaron significativas y después se tomaron conclusiones

que podrían ser erróneas. —Inspiré para darme un respiro por mis propios pensamientos—. Tengo que ir allí. Tengo que dar con él. —Raquel me observaba boquiabierta y trataba de descifrar mi verborrea.

—Vale, supongamos que ese pueblo se encuentra en Inglaterra. ¿Cómo coño piensas llegar hasta allí? No tienes dinero y es un país muy grande para recorrerlo de cabo a rabo y tropezarte con alguien a quien no conoces.

—Se llama Josh Adams y es policía.

—Aunque lo busquemos por internet, ¿sabes cuántos Josh Adams podemos encontrarnos en las redes? ¡Miles! Con suerte unos cientos. Y luego están los que usan Instagram y no Facebook o los que prefieren el Twitter al TikTok. Eso si no ha accedido con algún sobrenombre. ¡Es buscar una aguja en un pajar!

Mi cerebro estaba trabajando a más de cien revoluciones por hora. Intentaba buscar una solución al nuevo problema que se me presentaba. Entonces, recordé su nota.

—Vale, me ha dejado escrito un número de teléfono. Puedo intentar buscarlo en la papelera aunque creo que no me ha puesto el prefijo del país... —De pronto, caí en algo que no se me había ocurrido pensar hasta ahora—. ¡Oh, mierda! Conseguí leer su mensaje escrito porque, de alguna manera que todavía no llego a comprender, cuando él es yo, habla y escribe en español. Igual que cuando yo soy él, voy sobrada con el inglés, aunque si lo llamo o le mando un mensaje, no me va a entender y yo tampoco a él.

—¡¿Perdona?! ¿Cuándo pensabas decirme que Josh te ha escrito?, ¿en serio te ha dejado su número de teléfono?, ¡¿y has tirado la nota?!

—Estaba enfadada por lo que había puesto. Pero ¿me estás escuchando? De nada sirve tener su móvil.

—Eso es una absurdez. Lo primero que tendríamos que hacer es averiguar a qué país pertenece el número y, una vez que tengamos el prefijo, usamos el Google Translate. Es eso o buscar a alguien que

conozca el idioma. —Se encogió de hombros y negó con la cabeza, pues las ideas se le habían terminado—. Ahora ¿piensas decirme qué es eso tan urgente que tienes que contarle y qué te ha puesto en la nota?

Con los ojos humedecidos, me sorbí la nariz para evitar que las lágrimas se estrellaran contra el asfalto. De nuevo, me impedía llorar. Y aunque esa vez era la impotencia la que me empujaba a descargar todo mi enfado, no pude. Miré a mi amiga, desconsolada, mientras ella me animaba a hablar realizando movimientos circulares con una de las manos.

—Dos personas van a morir en menos de un mes. Tú no lo entiendes. No puedo quedarme quieta.

—Explícame eso porque no sé de qué estás hablando. De principio a fin y esta vez no dejes ni un detalle atrás.

Se lo conté todo: la nota de Josh, las fotografías que había visto, los dos casos que parecían estar relacionados y cómo había llegado a la conclusión de que, tal vez, el asesino no estuviera escogiendo sus víctimas al azar, sino por sus signos zodiacales.

—Pero me equivoqué. Sus signos no son lo más importante. Es el maldito tarot. Géminis representa a dos jóvenes enamorados y ellos creen que la próxima víctima es un acaudalado y poderoso hombre o una rica mujer nacida bajo el signo de Géminis. Y eso es lo de menos.

Raquel se mordió las uñas de manera superficial pero con ahínco. Eso era bueno, lo hacía cada vez que su cerebro se ponía en funcionamiento. Estaba buscando un plan para evitar que esos asesinatos se produjeran.

—Bien, lo primero que vamos a hacer es ir a comprar libros de astrología y del tarot. Vas a tener que instruirte en estas artes dudosas para tu mente estrecha aunque no te guste, porque lo importante es que el asesino cree en ellas. Te prometo que en cuanto llegue a casa me pongo con ese número de teléfono. A ver si el bendito Google nos arroja algo de luz sobre el lugar al que estás viajando.

—¿Cómo piensas hacerlo?

Chasqueó la lengua para hacerse la interesante.

—Tengo algunos truquitos. Si lo del móvil no funciona, miraré en las redes sociales. Buscaré comisarías donde hayan publicado fotos de sus cenas, entrega de premios o cosas que incluyan los nombres de los agentes que aparezcan en ellas. Algo encontraré sobre Josh Adams. Después ya nos buscaremos la vida para llamar a la policía por teléfono y dejarles un mensaje anónimo que los ponga sobre la pista, ¿de acuerdo? Ya solucionaremos lo del idioma, porque mi inglés es raquítico, pero el tuyo es peor. Como te dije, hallaremos a alguien que lo hable mejor que nosotras. —Solté una exhalación más relajada, aunque seguía pareciéndome que ese nuevo plan tenía más agujeros que un coladero.

—Y mientras lo localizas, ¿qué hago?

—Estudiar los astros, cuidar de tu hija y esperar a que antes de que yo pueda encontrar una pista sobre su paradero, tú vuelvas a tener un viaje de esos. Ya me entiendes. —Alargó la mano hacia arriba y sus dedos se movieron como si iniciasen un vuelo.

Negué con la cabeza. Estaba convencida de que esos intercambios ya habían terminado. El mensaje del universo era claro: tenía que apreciar la vida tal y como era y no volver a desear morir jamás.

—No creo que eso vuelva a suceder.

—Tú, no. Yo, sí —aseveró de forma tajante. Arrugué el entrecejo desconcertada y aguardé a que me explicara esa afirmación, pero no lo hizo.

Tiró de mi brazo y me arrastró calle arriba hasta que llegamos al coche. Condujo en silencio unos minutos mientras yo no apartaba los ojos del parabrisas. Había comenzado a llover. Era una lluvia fina e inocente, propia de los días de primavera en los que el sol luchaba también por querer regentar el cielo.

—No pienso que esos viajes tuyos hayan terminado porque Dalia habló de un vínculo estrecho creado en el más allá. De alguna

manera sobrenatural estáis condenados a ayudaros mutuamente, puede que incluso a salvaros. ¿Quién sabe? Unos regresan con un ángel de la guarda, poderoso y con una luz que podría cegarte, y tú has vuelto con Josh.

—Sabes que no creo en esas boberías. Sé que tú sí y siempre he respetado tu forma de pensar, pero no me imagino a un señor Destino tramando todo este jaleo para que yo aprenda una lección. Lo siento, no me lo creo —le dije.

—Pues, para no creer, mira lo que te ha tocado vivir.

Regresé a casa con una pila de libros que se me antojaron infumables. Iba a tardar meses en leérmelos y sacar conclusiones claras. No había tanto tiempo. Para ser exactos, tenía tres semanas y tres días. Nada más. Al cruzar el salón, mi padre me observó con el rostro arrugado, a lo que yo le respondí que iba a retomar los estudios. Entré en mi habitación y solté todo en la cama como si ardiera en mis brazos. Negaría ante un juzgado que había comprado esos libros y mucho menos admitiría que me había atrevido a leerlos y considerarlos una ciencia.

Contemplé un instante a mi dormilona, quien ni siquiera había reparado en mi ausencia cuando decidí hacer una excursión al centro. Estaba segura de que me había olido nada más entrar, pues se restregaba los ojos y hacía los primeros movimientos antes de despertarse. La cogí en mis brazos y llegué a la cocina mientras la mataba a besos.

—Así que conoces a Josh —le susurré con una sonrisa divertida—. Por lo visto, es un poco gruñón y algo desagradecido, pero no es mala persona. No puede serlo si le han dado una segunda oportunidad, como a mí. Y te prometo que voy a aprovecharla. La tía Raquel está convencida de que él regresará y no quiero que te asustes si eso sucede, porque mamá siempre va a estar a tu lado. —Le estampé otro beso en la frente en el mismo instante en el que la preparaba para engullir la compota, tras sentarla en la trona y sin prestarme mucha atención. Insistí para que me escuchara o para que al menos percibiera la suavidad de mis palabras, de mis inflexiones y sobre todo de mis caricias. Me había centrado en mi amargura, en mis problemas y había oído a alguien decir que los

bebés eran capaces de sentir el malestar de la madre—. Sé que he sido egoísta y que, solo por un segundo, quise quedarme en esa especie de cielo que me ofrecían, pero tú viniste a verme, tú me decías que no podía dejarte sola y por eso estoy aquí. Por ti y por nadie más.

Escupió adrede parte de la última cucharada de compota y se echó a reír, consciente de que había hecho una travesura. La aupé y le di unas vueltas mientras yo giraba sobre mí misma. Después, la puse en el suelo porque sabía que había llegado el momento de la detective Vega. Ella gateaba y, al mismo tiempo, inspeccionaba toda la sala, recuperando los enormes bloques de lego que había dejado esparcidos por el pavimento el día anterior.

Me asomé a la ventana y mi mirada se perdió entre los espesos nubarrones que le habían ganado la batalla al sol. Deseé que, con la primera estrella de la noche, pudiera viajar de nuevo a esa desconocida ciudad y advertirlos del peligro que se acercaba. Me sentí tan abrumada al descubrir que estaba en la piel de un policía que no me fijé en ciertos detalles, los cuales ahora se me antojaban indispensables: carteles, matrículas de coche, otros nombres que pudiera rastrear o el simple paisaje que se escondía detrás de una cristalera. ¿Había montañas o mar?, ¿veía una ciudad con sus fábricas grises o un pueblo donde el verde salpicaba cada esquina?

Me froté los brazos cuando un escalofrío me sobrevino. Comenzó a dolerme la cabeza y, aunque al principio pensé que estaba a punto de iniciar otro viaje, pronto comprendí que era solo el cansancio del día. Mis fuerzas continuaban debilitadas, me encontraba desgastada, como si un camión me hubiera pasado por encima del cuerpo, pero no había sido eso, sino una explosión. A pesar de que los gritos de los otros pidiendo auxilio eran un eco que resonaban en mi mente de vez en cuando y me devolvían a aquel fatídico día, yo parecía estar navegando muy lejos de allí, a kilómetros de la costa. Me esforzaba en huir de ella para que la tormenta desatada en la tierra no me alcanzase y nada pudiera herirme. Sin embargo, mi alma ya estaba hecha trizas antes de partir.

En los días posteriores, intenté adaptarme a mi rutina diaria,

aunque las sesiones de rehabilitación me resultaban pesadas y duras. Tenía que esforzarme en recuperar la fuerza del brazo y, para ello, mi monitor Javi Blanco me obligó a comenzar con el trabajo de pesas. No lo negaba, sufría. No obstante, quería aguantar estoicamente delante de un hombre musculado y atractivo y no hundirme en el primer asalto. La verdad era que no conseguía ni mantenerme en pie en los primeros treinta segundos dentro del cuadrilátero.

Javi era paciente, resuelto y, al contrario de lo que se podía desprender de su apellido, lucía un bronceado de infarto. Si yo hubiera sido la de antes, la chica de hace unos años, se escucharían mis suspiros por todo el pabellón de rehabilitación y todos podrían apreciar mi cara de tonta cada vez que él me hablaba; sin embargo, había cambiado. Algo en esos cuarenta segundos había freído mi sistema de flirteo, pues me era imposible mirarlo a los ojos y sentir cualquier cosa que no fuera vergüenza por cómo estaba ejecutando los ejercicios. Deseé que él me mirase de otra forma y me animara a despertar esa parte romántica de mí, pero Javi no dejaba de ser un profesional y yo, su alumna poco despierta de las once de la mañana, como rezaba en el tablón.

Al menos había hecho buenas migas con dos pupilos más: Eduardo, un joven entusiasta cuatro años menor que yo y que siempre me regalaba un: «Buenos días, bonita», o un: «Hasta luego, preciosa» y Miriam, una señora ya jubilada, viuda y otra de las víctimas de la explosión. Aunque al principio ella mostró interés en conocer mi historia que resumí en cuatro frases, pronto, dejamos de hablar sobre ese día. Era evidente que a las dos continuaba haciéndonos daño recordar el incidente, ya que habíamos sido de las afortunadas supervivientes que no seguían postradas en ninguna cama. A Miriam la habían operado de la cadera, pues la onda expansiva la lanzó sobre el capó de un coche y la caída fue tremenda. A veces, mientras las dos nos ejercitábamos con nuestros respectivos monitores, cruzábamos una mirada cómplice, de esas que hablaban más sin necesidad de separar los labios, de esas que contenían dolor e impotencia y, a la vez, esperanza y ánimo.

Tengo que admitir que, cuando anoté el incomprensible número de móvil en mi agenda, tras recuperar la nota de la papelera de mi

habitación, me olvidé de ella y pasó a quedar enterrada bajo las brochas de maquillaje y las decenas de cajitas donde guardaba la bisutería. Mi madre me regañaba por no poner en orden la habitación, pero yo me había enfrascado en la lectura de los libros que había comprado mientras Vega dormía. Cogía apuntes, subrayaba los párrafos más destacados e intentaba memorizar qué signo zodiacal estaba asociado con cada uno de los arcanos mayores del tarot. Pronto comprendí que veintidós arcanos no podían encajar a la perfección con doce horóscopos y que, a veces, dependiendo de la lectura que se hiciese de las casas astrológicas y los planetas regentes, un signo zodiacal podía servir a varias cartas.

Intentaba rellenar mi cerebro con teorías alocadas sobre predicciones e iba tachando en el calendario que tenía justo al lado del espejo las noches que se esfumaban ante mí con una impotencia que llegaba a resquebrajarme. Pasaron los días entre sesiones de rehabilitación y absurdos apuntes sin sentido para una mente racional como la mía, hasta que mis manos temblaron cuando una cruz enterró el siguiente número del almanaque. El día veinte de mayo se acercaba, y Raquel no había conseguido identificar la comisaría ni localizar a ningún Josh Adams con un jugoso perfil ni yo había vuelto a padecer ninguna ausencia. También el número de teléfono había resultado ser un fiasco. La web nos remitía a páginas de la Seguridad Social, a procedimientos abiertos en el Ministerio de Justicia e incluso a mediciones de terrenos realizados por España. Después de todo, no éramos unas buenas detectives.

Con el pijama todavía puesto y una castaña ridícula coronando mi cabeza, solté el lápiz, desesperanzada. No iba a llegar a tiempo. No tenía forma alguna de pasarle la información a Josh, y dos jóvenes iban a morir por ello.

Capítulo 12

Hombre blanco, joven y encantador

Entré en el despacho de Moreno sin esperar a que me diera permiso. No había pegado ojo durante la noche, ya que había estado leyendo todo lo que encontré en la red sobre constelaciones y signos zodiacales. Cada vez que rememoraba el momento en el que las estrellas se agrupaban en esa visión reveladora para tomar la forma de Géminis, más me convencía de que los gemelos tenían mucha relevancia en el caso.

Durante el trayecto, Cliff había escuchado con paciencia mis argumentos. De vez en cuando, cabeceaba para señalarme que era una teoría plausible, aunque no teníamos nada sólido a lo que agarrarnos. Esa mañana, el aire puro de Bozeman se me antojó viciado, ni siquiera los pinos que se amontonaban en la carretera con un cierto orden eran capaces de alejar esa sensación de polución repentina. A pesar de que nos quedaban tres semanas por delante antes de que el asesino volviera atacar, tenía la sensación de que él nos llevaba una ventaja abrumadora.

—Esta vez ese miserable no escogerá a una persona, sino a dos —afirmé antes de que me preguntara por qué me había presentado en su despacho.

Moreno dejó los folios que tenía en su mano sobre la mesa y me miró con severidad. Frunció los labios, ofuscado, sin relajar los músculos de la cara.

—¿Por qué estás tan seguro de eso?

—Bueno, aunque no lo creas, he hecho un cursillo acelerado sobre horóscopos y sus formas de representación. El signo de Géminis es bastante evidente, ya que simboliza la relación de dos hermanos opuestos entre sí, gemelos para ser más exactos.

—Entonces, ¿piensas que las dos víctimas podrían ser dos hermanos

que gocen de cierta reputación en la comunidad?

—No sé si ese tipo es muy exhaustivo en sus métodos y escogerá a dos hermanos o simplemente se conformará con dos personas. Estamos trabajando con hipótesis, nada más. —El capitán ronroneó como un gato malhumorado y crispado, pues los avances en el caso eran nulos. Todo eran teorías descabelladas que nacían de las mentes de sus agentes sin ningún fundamento. Me torpedeó con los ojos nublados y, con los brazos en jarra, lanzó una exhalación cargada de frustración.

—He llamado a una experta en perfiles psicológicos. Ha venido desde Helena para echarnos una mano con todo esto. Todavía no tenemos la confirmación de que estemos ante un asesino en serie, pues, tal y como ella me ha recalcado mientras me tomaba el café, dos víctimas son insuficientes para elaborar un perfil. Aun así, ha hecho el esfuerzo de presentarse a las seis de la mañana —me dijo con cierto retintín—, poner patas arriba el despacho que te había asignado durante tu recuperación y hacer garabatos en la pizarra digital que el señor alcalde nos ha comprado.

Alcé una ceja al detectar la ironía con la que hablaba de la especialista y deduje que debía estar muy preocupado si había recurrido a una persona ajena a la comisaría. Claro que habían muerto dos peces gordos y no dos chicos de barrios marginales, así que supuse que tenía que aguantar las continuas llamadas del alcalde y la de los jefazos del condado de Gallatin, además de la de todos los empresarios, políticos y artistas de la ciudad con cierta reputación. O, mejor dicho, de cualquiera que tuviera una cuenta bancaria de seis cifras, pese a que la supuesta noticia de un asesino en serie no había trascendido. Sin embargo, eso no dejaba de inquietar a los más ricos, quienes sabían que dos personas importantes de la ciudad habían sido asesinadas en apenas un mes. Hablaban de mafias, de negocios oscuros e incluso de asesinos a sueldo.

Acompañé a Moreno al trastero que habían reformado para que tuviese un lugar desde el que trabajar y me sorprendí al descubrir que tanto la agente Miller como el agente Scott ya se encontraban allí. Cliff se apresuró a adelantarnos con una taza de café en la mano para entrar justo antes que nosotros. Al principio no reparé

en la especialista hasta que mis ojos distinguieron a una señora de unos sesenta años sentada en mi silla. Le colgaban los pies. Era una mujer demasiado menuda para tenerla en consideración, aunque pronto me di cuenta de mi error. Repasaba unos apuntes al tiempo que nos examinaba por encima de sus gafas de pasta gruesa. Tenía una castaña pegada a la coronilla atornillada con un sinfín de trabas y de sus orejas diminutas caían dos aros dorados tan grandes que podían ser usados como pulseras.

—Buenos días. Soy la doctora Tricia Cameron, psicóloga criminalista doctorada por la Universidad de Harvard y asesora de la policía del estado de Montana cuando se requieren mis servicios. —Nos entregó a cada uno de nosotros un dosier mientras se presentaba—. Ahí tienen un currículo de todos los casos en los que he participado, además de los cursos de posgrado que he realizado en los últimos años. Ya le he pedido al capitán Moreno que me hiciese un breve resumen de la situación y he estado analizando las fotos que me suministró para empezar a trabajar. —Hizo una pausa. Nos examinó sin ningún tipo de reparo y tuve la sensación de que el equipo que había escogido Moreno no le resultaba de su agrado. Tras un incómodo carraspeo, la doctora centró su mirada en los apuntes—. Bien, ya le he comentado a vuestro capitán que sin pruebas más tangibles que unas fechas y la posición de las víctimas mirando hacia el techo cuando las encontraron no podemos alegar oficialmente que estamos ante un asesino múltiple.

—También tenemos que ambos eran influyentes en la ciudad y que fueron degollados en sus propias sillas —decidió intervenir Sandra algo molesta porque la especialista no tomara en consideración nuestros hallazgos.

—No me ha dejado terminar, agente Miller. —Abandonó el asiento tras un salto y pude comprobar que la doctora Cameron apenas alcanzaba el metro y medio—. He dicho oficialmente. Tras un estudio preliminar que apenas he hecho en hora y media, casi puedo certificar que las dos muertes fueron provocadas por el mismo hombre. No puedo asegurarlo al cien por cien, pues necesito avalar mis deducciones con pruebas sólidas.

—Entonces, ¿estamos ante un asesino en serie? —le preguntó Scott con pies de plomo. Ella se rascó el puente de la nariz y volvió a

observarnos como si fuéramos memos.

—No lo estaremos de forma oficial hasta que hay una tercera víctima. En cualquier caso, no me gusta ese término, prefiero que utilicen el de asesino múltiple. Pero sí, es muy probable. Y antes de que me interrumpáis de nuevo, ya puedo comunicarles que buscamos a un hombre blanco de entre veinticinco y treinta y cinco años, metódico, detallista y con un profundo conocimiento en astrología. No es un necio ni ningún marginado. Puede que haya ido a la universidad y, si no completó sus estudios, le faltó poco para hacerlo. Es evidente que tuvo algún problema con la autoridad o con el poder en años anteriores. Tal vez lo hayan rechazado en un trabajo importante para el que él se consideraba sumamente preparado o puede que algún millonario lo haya ninguneado de cierta manera. De ahí que quiera demostrarles que, a pesar de no tener el estatus social de las víctimas, él es más poderoso.

Cliff encajó los pulgares en su cinturón, tiró de sus pantalones hacia arriba y dijo:

—¿Por qué ha descartado a los afroamericanos, latinos o amerindios a la primera? ¿Cómo está tan segura de que se trata de un hombre blanco?

—No lo digo yo, lo dice la historia. Los grandes asesinos múltiples son jóvenes blancos con una mente tan retorcida como brillante: Ted Bundy; Jeffrey Dahmer, apodado el caníbal de Milwaukee; David Berkowitz; BTK, el estrangulador de Boston o, si nos remontamos atrás en el tiempo, Jack el Destripador. Todos tenían algo en común: eran jóvenes blancos, de aspecto agradable y encantador y que contaban con una sonrisa con la que conseguían que, a priori, sus víctimas no desconfiaran de ellos. No podemos olvidar que de alguna manera buscaban la fama, el reconocimiento que alguien les negó en el pasado. —Hizo una pausa en la que aprovechó para dar varios sorbos a su vaso de agua y acribillarnos de nuevo con su excéntrica mirada—. Por supuesto que hay mujeres que entran en esta categoría y también afroamericanos como es el caso de Samuel Little, quien fue arrestado en un refugio para indigentes en Louisville después de que el FBI lo relacionara con sesenta asesinatos cometidos durante un cuarto de siglo. Él después confesó haber participado en al menos noventa y tres crímenes en diecinueve estados. Es el asesino más prolífico de toda la historia de nuestro país y

no era blanco.

Resoplé después de escuchar con atención su discurso. Estaba asqueado y enojado. No comprendía cómo existían criminales que podían campar a sus anchas en nuestro territorio sin levantar sospechas de los vecinos ni de sus compañeros de trabajo o de su propia familia. ¡Veinticinco años matando! Y nadie había hecho nada.

—Piensen que los avances tecnológicos nos han ayudado mucho a darles caza. —La doctora Cameron pareció leer mis pensamientos y retomó la palabra—. El ADN ha resultado ser una de las armas más infalibles que tenemos contra ellos, ya que muchos suelen limpiar la escena del crimen de una manera casi magistral, y digo casi porque contamos con el semen en el caso de que haya habido penetración, rastro de pelos, de piel o uñas si se ha dado una lucha previa... Aunque ellos traten de llevar a cabo un sueño escenificado en su mente durante semanas o meses, no existe la perfección absoluta y siempre terminan cometiendo un error, pues su sueño puede toparse con una víctima aguerrida o con un testigo imprevisible.

Durante unos segundos bastante incómodos, el silencio se apoderó de ese improvisado despacho. Cabía sitio para la esperanza, pero, según la especialista, tendría que ver más con un descuido del asesino que por una actuación brillante de la policía. Me sumí en un desasosiego catastrófico y percibí que el estado de ánimo de mis compañeros tampoco era el ideal. Cabizbajo y con un sabor amargo en la boca, quise romper el hielo que se había instalado en la atmósfera y la lanza por el trabajo que hacíamos.

—¿Cree posible que la próxima vez busque dos víctimas en lugar de una?, ¿sería capaz de ello? —La mujer se quitó las gafas y limpió los cristales con un pañuelo de tela al tiempo que fruncía el ceño, meditabunda.

—Si entra dentro de sus esquemas, por supuesto. Sin duda alguna. Ellos se ciñen a su propio patrón. ¿Por qué cree eso, Adams?

—Géminis simboliza a dos hermanos. —Ella asintió con levedad.

—¿Usted fue el que encontró la conexión entre las fechas? Es muy

interesante. ¿Qué lo condujo hasta ahí? —Me acaricié el mentón unos segundos y después lo presioné hasta sentir la mandíbula tensa dentro de mi boca.

No había sido yo, sino Adriana. En ese momento, pensé que no estaríamos en ese punto si no fuera por ella, por su ingenio o por su conocimiento de los signos zodiacales. No había tenido mucho tiempo para conocerla, pero se había arriesgado a soltar esa teoría delante de mis compañeros, los cuales tenían mucha más experiencia que ella arrinconando a ladrones o a los traficantes de la zona.

Torcí el gesto y caí en la cuenta de que no tenía una respuesta que pudiera satisfacer el ego de una psicóloga tan reputada. Tampoco podía elaborar una excusa que le resultara convincente en medio minuto, así que me encogí de hombros y solté la primera palabra que me vino a la mente:

—Casualidad.

—Una casualidad muy acertada —añadió ella sin apartar su juicioso rostro de mí.

Antes de que pudiera rechistar, Johnny, el asistente y secretario para todo, abrió la puerta tras unos golpes suaves en la madera y se dirigió al capitán. Le entregó una carpeta después de disculparse por su irrupción y añadir que se trataba de algo urgente. Moreno la abrió de inmediato y pronto aprecié esas pequeñas arrugas que se le arremolinaban en el entrecejo, señal de que no le gustaba lo que estaba leyendo. Suspiré para mis adentros, convencido de que el día podía empeorar.

—Es del laboratorio —anunció con semblante afectado—. Las cuerdas analizadas en el crimen del empresario coinciden con las del caso de la congresista. Era lo que nos temíamos. —Arrugó el rostro y buscó serenidad en mi mirada, algo que en ese instante no podía ofrecerle—. El problema es que son muy comunes y las venden en muchos establecimientos del país. No podemos seguir esta pista. Nos llevaría meses obtener algún resultado. Aun así, designaré a una pareja para que les haga unas cuantas preguntas a los vendedores de la ciudad. A vosotros os quiero en los escenarios

principales.

Me cuadré como si fuese un soldado al que su general le dictaba órdenes específicas. Yo tampoco quería perder el tiempo investigando el origen de una cuerda que podía haberse comprado seis meses atrás. Había que revisar muchas facturas, muchos pedidos y dejarte la vista en archivadores poco organizados. Apenas existían ya negocios que anotaran al día las ventas. Nadie se iba a molestar en escribir que Fulanito se había llevado cinco metros de cuerda blanca trenzada y de medio grosor, así que lo apoyé en su decisión:

—Creo que sería más interesante interrogar a los propietarios de establecimientos que vendan libros de astrología u otros artículos de interés como pueden ser: amuletos de horóscopos, colgantes o interesados en conocer su carta astral.

—¿Dónde has aprendido todo eso? —Los ojos azulados de Sandra me miraron con cierta fascinación.

—Anoche hice un curso acelerado sobre este tema. —Le mostré una sonrisa socarrona.

—Hay algo más —nos interrumpió el jefe—. También le pedí a Johnny que investigara en los archivos otros asesinatos sin resolver de la zona y que cotejara las fechas por si habían sucedido durante un cambio astrológico. No halló nada. Sin embargo, encontró un informe a medias que realizó el agente Cooper en esta misma comisaría en la que afirma que una vidente quiso denunciar el caso de una posible desaparición de un ranchero a manos del asesino de los horóscopos. El informe tiene fecha de hace cuatro años y la vidente no dejó su nombre. En ese momento, Cooper pensó que era una de esas visionarias que buscaban notoriedad y, aunque dudó si abrir un informe o no, decidió que era mejor hacerlo por si alguien presentaba una denuncia posterior sobre un ranchero desaparecido.

—No recuerdo el caso de ningún ranchero por esa época —musité mientras me frotaba la barbilla.

—No desapareció nadie, pero esta vidente mencionó a un asesino del Zodíaco, así que tal vez demos con una víctima anterior. ¿Podría

ser posible, Doctora Cameron?

—Por supuesto, su instinto homicida se ha estado labrando durante años. Suelen practicar con animales, pero puede que pasara a la acción años atrás.

Por fin salimos a la calle y pude recuperar mi asiento en el coche patrulla, aunque fuera el del copiloto. Nos acercamos al barrio más fascinante de la ciudad: el Downtown, una zona que los turistas no desaprovechaban en sus largos paseos, ya que contaba con una gran cantidad de tiendas, galerías de arte, pubs y los restaurantes mejor valorados del condado. Era imposible no sentirse atraído por los sonidos que vibraban en cada rincón, por el ambiente cultural que se respiraba en las calles y por esa energía mística que nos había llevado a Jenny y a mí en numerosas ocasiones a recorrer los pubs mientras degustábamos las famosas patatas con salsa y una cerveza bien fresca.

Entramos en varias tiendas esotéricas y una librería especializada en temas new age donde, además de consultar varios libros sobre ocultismo o sanación de la mente, se podía tomar un té en una de sus tres mesas con una decoración retro. Hicimos las mismas preguntas en todos los locales: si se habían topado con algún individuo extraño, si conocían a los clientes habituales, si alguno de estos había cambiado su comportamiento en las últimas semanas o si les habían hecho un pedido fuera de lo normal. No sacamos nada en claro.

Si nuestro individuo frecuentaba aquellos sitios, debía hacerlo desde hacía mucho tiempo y jamás levantaría sospecha entre los distintos dependientes. Llevaría una vida estructurada, puede que solitaria o tal vez con un grupo de amigos reducido con los que comentar su conexión con el cosmos, además de charlar sobre cómo conseguir una transformación de la vida espiritual conjugando la libertad personal con un destino marcado por las constelaciones.

Los días transcurrieron lentos entre interrogatorios banales y la búsqueda de pistas o detalles ínfimos que hubiéramos dejado pasar en las escenas de los crímenes. Sin embargo, en algo tenía razón la doctora Tricia Cameron y es que el asesino era tan meticuloso que no había dejado ni una huella a la que agarrarnos. Volví a repasar informes, a leer libros sobre astrología, a interesarme por el tipo de personas que buscaban una respuesta a su amargada vida

adentrándose en esa misteriosa cultura.

Y así me olvidé de ella. Adriana se había convertido en una sombra de mi pasado que apenas había dejado huella en mi alma. Ya no la sentía en mi piel ni en mis respiraciones cada vez que suspiraba. Se había ido y yo había regresado con más vigor, con más ganas de comerme el mundo y de ignorar a mi mujer. Este asesino múltiple me había dado la excusa perfecta para encerrarme en el dormitorio con el portátil o para ausentarme sin dar muchas explicaciones. Adriana desapareció y, al hacerlo, no me di cuenta de que se había llevado una parte de mí con ella, esa que apreciaba la vida y también mis sueños atrapados en una botella de cristal, pero, sobre todo, las ansias por descubrir quién era yo.

Tres días restaban para el veinte de mayo, tres días en los que de nuevo cambiaría mi destino.

Capítulo 13

El arte del engaño

Ese día me levanté como cualquier otro. La rutina diaria se había vuelto a colar como cada mañana sin mucho entusiasmo: rehabilitación, inscribirme en algunos cursos para desempleados que no requirieran la asistencia al cien por cien en las clases y muchos paseos con Vega. No me disgustaba tener unas costumbres predecibles en la vida, pues era lo que los médicos continuaban aconsejándome antes de que me dieran el alta oficial: reposo y tranquilidad emocional. Eso me llevaba a tomarme un café cada mañana con mis nuevos amigos, Miriam y Eduardo, y con los que intentaba echarme unas risas sin preocuparme por un futuro desalentador. Sin embargo, sentía que me faltaba esa chispa para poder endosarme los vaqueros y salir a la calle con ánimos renovados.

Me faltaba algo. No, me faltaba alguien.

Josh.

Ya no lo veía en mis sueños ni me sobresaltaba cuando lo descubría detrás del espejo. En cierto modo, me encontraba afligida porque yo había tenido razón y no mi amiga. No volvería a estar en su piel, ya que había aprendido la lección del universo, la cual me había hecho viajar por horizontes desconocidos e irracionales y que me había conducido a la certeza de que mi vida no solo era mía. Existía alguien fuera de esa tierra que manejaba los hilos de nuestro destino y nos conducía por caminos estrellados. En lugar de sentirme emocionada con ese hallazgo, estaba desconcertada. De alguna manera, mi realidad se confundía con una especie de fantasía donde todo podía ser posible. Todo.

Poco a poco, fui abandonando la investigación de los asesinatos, a pesar de que me habían suscitado un interés casi mágico porque, durante unas horas, me había calzado los zapatos de un policía. Y

ya eso era una locura que mi cerebro había intentado digerir. No obstante, guardé los libros que me había comprado en una de las gavetas de la cómoda junto a mi diario mancillado, pues todo había vuelto a una normalidad en la que tampoco me sentía cómoda.

No debería ser así. Se trataba de mi vida, pero algo se había roto dentro de mí. Ya ni siquiera me apetecía escribir las páginas de mi diario ni saturarlo con garabatos insustanciales que no significaban nada. Nada. Por mucho que me esforzara, me costaba rellenar ese hueco indomable que se agudizaba sobre todo por la noche cuando la oscuridad comenzaba su reinado y caía en la cuenta de que la culpa la tenía Josh. Él se había llevado esa parte de mí que ahora echaba de menos, pero tuve que rendirme ante las evidencias. No me quedaban más opciones. Además, Raquel había terminado de fulminar mis esperanzas al contarme que su búsqueda había sido infructuosa.

—Después de pasarme horas mirando perfiles en las redes y estudiando los miles de fotografías de agentes británicos que existen en Internet, se me ocurrió que estábamos enfocando mal el asunto —me comunicó mientras nos tomábamos un café mañanero—. ¿Y qué hice? Me centré en los crímenes. Si han escandalizado a toda una ciudad, deberían salir en el periódico, ¿no? —Asentí con una tremenda curiosidad—. Pues resulta que no están. No están buscando a ningún asesino en serie en ningún país: ni Australia ni Canadá ni Estados Unidos. ¡No hay nada! Y te juro que me he estrujado el cerebro. —Resoplé desesperada y aparté la taza de mis labios temblorosos.

—Eso es porque el capitán dijo que la prensa no podía saber nada. Los están tratando como dos homicidios corrientes sin ninguna relación entre ellos, así que no encontrarás ninguna pista al respecto.

—¿Y no pudiste retener los nombres de las víctimas? Así al menos podría empezar por algo más sólido, porque, amiga, siento decírtelo, pero esto es una tarea imposible.

Negué con la cabeza y, mientras lo hacía, supe que la misión que había comenzado semanas atrás había terminado. No conseguiría avisarlos a tiempo, no detendría los crímenes y toda mi

investigación caería en mi propio olvido con el paso de los años. Yo no era policía y no podía jugar a serlo. Le di carpetazo a toda la historia y traté de concentrarme en mi vida, en seguir adelante con una niña que todavía no había cumplido el año y con unas lesiones que me dificultaban la reinserción en el mundo laboral. Tenía que reinventarme, y rápido, aunque mis propias limitaciones volvieron a marcarme un ritmo más lento, unos días más tranquilos, como deseaban los médicos y mis padres. Los días que se me escapaban de las manos de nuevo.

Sin embargo, esa tarde, al mirarme en el espejo, tuve la certeza de que después de todo no sería un día más. Lo vi reflejado en mis pupilas, donde vi una especie de destello que centelleaba para advertirme de que algo estaba a punto de ocurrir. De reojo, observé el calendario que fielmente había estado tachando cada noche antes de acostarme. Dos días. Solo dos días. Y una punzada en el estómago me sobrecogió.

Quise llamar a Raquel, pero no pude hacerlo, no llegué a tiempo. Había dejado el móvil en la mesa del comedor y, cuando tuve la intención de recuperarlo, un dolor de cabeza repentino me nubló la vista. Comencé a ver doble y poco a poco los muebles de la estancia se fueron difuminando. Intenté advertir a mi madre, pronunciar su nombre, gritar auxilio; sin embargo, también mis cuerdas vocales decidieron abandonarme. Tanteé con mis manos el sofá de la sala y deambulé unos metros más. Después, todo fue oscuridad.

Unas tinieblas desconcertantes me abrazaron como si me estuvieran esperando, aguardando mi regreso. Me provocaron arcadas y un horrendo malestar. Buscaba una luz en ese infinito océano gris, pero quizá estaba demasiado lejos de ella. Había caído al suelo. Mi cara había sentido el golpe en la barbilla y aunque percibía lejano el dolor, estaba presente de algún modo. Tal vez por eso no encontraba el haz de luz que debía guiarme en ese viaje. Puede que el porrazo hubiera sido tan fuerte que permanecía inconsciente en el comedor a la espera de que alguien me encontrase sin poder caminar hacia ese foco blanco, sin lograr correr hacia la esperanza mientras la luz se distanciaba aún más de mí.

Cuando pensaba que estaba perdida y que era una náufraga de mis propios pensamientos, la alarma cansina de un despertador

consiguió sobresaltarme. Di un respingo. Abrí los ojos de par en par y comprobé la hora: las seis y media de la mañana. Con ese traqueteo insoportable en mi cerebro, me senté en el borde del colchón algo confusa. No tenía ni idea de quién me había llevado a la cama ni de cuánto tiempo había permanecido inconsciente.

Me llevé la mano a la barbilla y descubrí sorprendida que no había rastro de ninguna herida reciente. Con los ojos aún desenfocados, examiné el pantalón del pijama gris oscuro que cubría mis piernas. No, no eran mis piernas. Me palpé el rostro y suspiré de forma entusiasta. Volvía a ser él. Volvía a ser Josh.

Debía sentirme agradecida por haberme dado esa oportunidad para redimirme, para liberarme de la carga que se había aposentado en mis hombros y que era incapaz de soltar; sin embargo, descubrí que estaba aterrada. No tenía ni idea de cómo llegar hasta el jefe y soltarle mi nueva teoría sin que terminase creyendo que tenía que encerrarme en un psiquiátrico. Inspiré hondo con la intención de aniquilar el boicot que estaba haciéndome a mí misma. «Soy fuerte. Yo pedí volver a ser Josh al menos por un día hasta que pudiera alertarlos sobre las intenciones del asesino», me repetí con convicción.

Ya no era Adriana, sino Josh. Mis inseguridades habían volado desde que mi cuerpo se quedó atrás en las tinieblas. Ahora no podía dudar. Tenía que pensar como él aunque fuese un estirado con una familia ejemplar y una casa que solo podría disfrutar en mis sueños, pero, si algo tenía a su favor, es que era una persona determinante y que jamás se rendiría aunque el viento le soplara en contra.

Unos brazos me rodearon por la espalda y pronto sentí unos besos tiernos en el cuello. Jenny. La habría despertado en mi arranque desesperado por comprender cómo había llegado hasta allí, aunque mi pregunta tenía una fácil respuesta: otra ausencia. Ella me sujetó la barbilla y me forzó a girar la cabeza. Durante unos segundos, mis ojos impactaron con los suyos, unos segundos en los que el corazón se me aceleró y el estómago se me encogió. Sabía lo que quería. Lo había olfateado en su mirada anhelante y en sus labios carnosos que se abrían muy despacio mientras se acercaban a los míos.

Me besó.

Y yo no supe cómo reaccionar, pues ella esperaba a su marido, a su amante en las noches frías. Pero yo no era Josh. No podía serlo de esa manera. No obstante, mi boca había caído en su trampa y se movía para dejarle hueco a su lengua, una que se me antojó suave y otras veces, indómita. Había cerrado los ojos para que no escudriñara en ellos y descubriera a una impostora. De pronto, se me ocurrió que quizá Josh había confiado en su mujer y le había desvelado nuestro secreto, tal y como yo había hecho con Raquel. Puede que Jenny conociera nuestra historia. Tal vez así ella podría ayudarme a moverme como él en su ambiente, con sus amigos, con sus compañeros policías. Ella podría ser mi anclaje en su mundo.

Me retiré muy despacio, a pesar de que las ansias de Jenny no parecían haberse saciado. Ella deslizó la mano dentro del pantalón y la agarré por la muñeca antes de que continuara.

—Pensé que te gustaría. Te pasas en el trabajo horas y horas. Creí que querrías relajarte un poco.

—Sí, sí, ya sabes que me gusta —admití con torpeza—, pero ahora no soy yo del todo, ¿entiendes? —Entrecerré los párpados e indagué en sus pupilas para ver si había captado el mensaje. Arrugó la nariz y se dio media vuelta.

—Últimamente no eres tú nunca. No consigo comprenderte. A veces me miras con deseo como has hecho ahora. —Me ruboricé tanto que hundí mi rostro en el pecho. Estaba segura de que no la había mirado de esa manera, más bien con desconcierto y algo de miedo —. Y otras lo haces con desprecio, como si ya no me quisieras. No puedo jugar a tu juego y no me vale la excusa del trabajo. Sí, me has repetido hasta la saciedad que tienes que resolver los dos asesinatos, pero, joder, no eres el único policía en esa mierda de comisaría. Moreno no debería abusar tanto de ti.

No sabía cómo solucionar ese enfado repentino. Yo no pretendía molestarla ni rechazarla de esa manera algo cruel, pero, Dios, yo no era Josh y por mucho que su mujer fuera una de las más deseables que había visto en mi vida, no me imaginaba acostándome con ella. No podía. Era traicionarlo a él, traicionarla a ella y traicionarme a mí misma.

—No te pongas así. Es verdad que puedo comportarme como un estúpido y no medir ni mis palabras ni mis actos, pero estoy sobrepasado con este caso. Es más complicado de lo que parece y está llevándome a unos límites en los que a veces yo no soy yo —le volví a remarcar.

—¿A qué te refieres? —Jenny me analizó con los ojos, con ese tono color chocolate que podría hacer marear a cualquiera mientras fruncía los labios. Era evidente que Josh no le había revelado nuestra maldición, nuestro maldito cambio de almas y, aunque no comprendía sus motivos, ya que parecía ser una mujer comprensiva y generosa, tenía que respetar su decisión.

—Mañana seré otra persona. Puede que esta tarde cuando vuelva a casa ya lo sea y entonces estaré preparado para hablar.

Esbozó una ligera sonrisa repleta de esperanza que pronto me contagió. Mi cuerpo se relajó, incluso mi mandíbula que parecía una barra de hierro recién sacada del horno se derritió. Compartí su optimismo y me felicité por haber calmado el ambiente. Lo menos que deseaba cuando Josh regresara a su cuerpo era que tuviera que enfrentarse a una pequeña pelea doméstica causada por absurdos malentendidos. Al menos intentaba cuidar de sus relaciones, él, en su último viaje, había conseguido irritar a mi mejor amiga y discutir con mis padres.

Jenny volvió a acercarse a mí como una linda gatita que busca mimos. Juntó sus labios con los míos, y esa vez acepté su beso sin que los pensamientos turbios me torpedearan. Debía hacerlo para no levantar sospechas y no crear una grieta inútil en su matrimonio.

—Mmm, puede que me guste ese nuevo tú —me confesó entre dientes—. Nunca me habías besado de esa manera y te ruego que no dejes de hacerlo. Prepárate, que Cliff no tardará en llegar. —Me levanté para poner distancia y me propinó una nalgada, la cual consiguió que me vistiera a una velocidad vertiginosa con la ropa que Josh debió dejar en la silla de la coqueta la noche anterior.

Inspiré hasta absorber el aire de la tierra al salir de la casa, después de que el sabor de su boca continuara pululando por mis labios y me dirigí hacia el vehículo de mi compañero. Había comenzado bien la mañana,

ya que conseguí apaciguar los ánimos de Jenny y me despedí de los dos niños pequeños que tenía el matrimonio. Ninguno se dio cuenta de que en realidad no era su padre, es más, se habían mostrado más que receptivos cuando yo misma les había preparado un desayuno para llevar con dos buenos bocadillos de tortilla francesa con queso y jamón. Estaban encantados.

Si había podido aparentar ser un padre de familia, también podría fingir ser un policía preparado y trabajador. Había hecho bien los deberes. Ese tal Moreno se quedaría fascinado con mis averiguaciones, hasta su bigote saltaría de alegría. Podía hacerlo. Estaba segura.

Cliff alzó una ceja cuando mis dedos comenzaron a repiquetear en el salpicadero del coche. No estaba acostumbrada a manejar un cuerpo tan enorme en el que las piernas parecían estar encajadas en el asiento y me obligaban a revolverme de vez en cuando para buscar una mejor posición.

—¿Estás nervioso?

—Un poquito. Quedan apenas horas para el veinte de mayo y ¿qué hemos descubierto? —Lo miré de reojo con la esperanza de que me hiciera un resumen antes de que irrumpiera en el despacho del capitán y le soltara un discursito. Sin embargo, él no mordió el anzuelo, sino que me observó como si estuviera drogada o algo parecido.

—¿Es una pregunta retórica o me lo estás preguntando de verdad?

—Bueno, ya sabes que este caso me tiene desvelado y que le estoy dedicando muchas horas.

—Como todos en la oficina. ¿Qué bicho te ha picado hoy? ¿Es que tienes nueva información?

—Puede ser. —Arqueó las cejas hasta que las vi desaparecer en su frente y mimetizarse entre el poco pelo que tenía.

—¿Y cuál se supone que es?

—Ah, bueno... Pensaba contárselo primero a Moreno, ya sabes.

—No, no sé. Soy tu compañero. —Se paseó la lengua por toda la cavidad bucal para manifestar su malestar. Aguardó a que respondiera, pero no supe cómo salir de ese atolladero. ¿No se suponía que no debía saltarme la cadena de mando?—. ¿Has discutido con Jenny? —Abrí los ojos de par en par cuando me sonaron todas las alarmas internas.

—No, no, para nada. ¿Por qué dices eso?

—¿En serio? Ni Mary ni yo nos chupamos el dedo. Sabemos que está ocurriendo algo, pero esperaba que mi amigo, al que invito casi todos los domingos a casa cuando no nos toca patrulla, me lo contara cuando estuviera preparado. Y ya veo que ni tus indagaciones quieres compartirlas conmigo. Ya sé que en el accidente saliste peor parado que yo y que la paciencia es una virtud indiscutible; sin embargo, todos esos cambios de humor que he estado soportando van minando mi confianza. ¿Me entiendes? —Asentí muy rápido como cuando mi profesor de matemáticas me regañaba y me hacía ver dónde había cometido el error fatal en la ecuación, que solía ser justo en el paso previo a resolverla.

No podía sosegar su curiosidad respecto a Jenny, ya que ni yo misma sabía si algo extraño estaba ocurriendo en el matrimonio. A mí no me lo parecía, pero sí que podía confiarle algunas averiguaciones a las que había llegado sobre el asesino en serie. Puede que Cliff fuera mi primera prueba de fuego antes de exponerle mis conclusiones a Moreno.

Tomé aire hasta casi atragantarme y lo miré a los ojos para que no dudara de mi sinceridad, a pesar de que él los mantenía en la carretera.

—Puede que el asesino no mate solo en base a los cambios astrológicos ni a los signos zodiacales de las víctimas.

Dio un frenazo al constatar que casi se salta un semáforo en rojo y me torpedeó con los ojos desorbitados.

—¡Por el amor de Dios! Fuiste tú el que lanzó la teoría de los horóscopos y por eso hemos estado interrogando a gente muy rara que se creen los nuevos gurús de esta era. ¿Y ahora me vienes

conque quizá te equivocaste?

—No, no. —Negué con ambas manos en un aspaviento desesperado —. Las fechas son claves en el caso, pero no escoge a sus víctimas por su horóscopo.

—Eso lo sabemos. Elige a personas influyentes por no sé qué trauma del pasado. Ya escuchaste a la doctora Cameron.

—Ese es el problema, que no tienen por qué ser personas poderosas. Puede ser cualquiera. Creo que también está utilizando el tarot para recrear esas escenas. —La mandíbula se le desencajó de mala manera. Parecía uno de esos muñecos que usaban los ventrílocuos cuando abrían tanto la boca que llegabas a verles la maquinaria interna. Yo pude atisbar la campanilla en la garganta de Cliff y no me resultó nada agradable.

—¡¿El tarot?! ¿Te has vuelto loco?, ¿de dónde te has sacado esa gilipollez de repente? Ninguno de los expertos en astrología que hemos consultado ha mencionado el tarot. Si le cuentas esta tontería a Moreno, te echa del cuerpo. —Tragué saliva muy despacio.

—¿No me recalcaste antes que éramos compañeros?, ¿esto funciona con las buenas y con las malas o solo con las buenas? Estoy pidiéndote que me escuches.

Entonces me prestó una atención que no me pareció fingida. Cliff no dijo ni una palabra durante mi extensa intervención sobre cómo se relacionaba el tarot con los horóscopos. Le dije algunas mentirijillas como que, consultando un libro en la web, me fijé en el emperador y en la emperatriz. Ambos representaban a personas importantes: el primero, más inclinado a lo material; la segunda, tratando de buscar el equilibrio entre lo espiritual y lo material, probablemente más enfocada a lo social, es decir, a la mujer. Él no me interrumpió. Cuando aparcó el coche cerca de la comisaría, no abrió la puerta y se quedó dentro esperando a que yo terminara mi relato.

Palideció cuando le conté la relación existente entre el signo de Géminis y la carta de los enamorados. Se le escapó un carraspeo que desvelaba su irritación.

—¡Estamos bien jodidos! Si tienes razón con todo esto, pasado mañana morirá una pareja, no unos hermanos ricachones como nos habías hecho ver.

—Lo sé. —Aunque no tenía ni idea de a qué hermanos ricachones se refería.

—¿Sabes cuántas parejas de enamorados hay en la ciudad? Todos los días una relación se rompe y otra nueva nace. No podemos vigilarlos a todos.

—También lo sé.

—A Moreno no le va a gustar nada esto.

Antes de entrar, elevé la barbilla para enfocar el cartel de la comisaría donde figuraba el nombre de la ciudad. Pero al hacerlo, me mareé. Comencé a ver doble y me detuve un segundo, pues pensé que mi viaje de vuelta estaba a punto de suceder. Pero no fue así. Cuando escuché que Cliff me llamaba desde el interior, me recompuse, me planché la camisa del uniforme con la mano, corrí hasta alcanzarlo y enfilé los pasos hacia el despacho del capitán. Cliff rebuznaba delante de mí y, de vez en cuando, soltaba una maldición sin atreverse a mirarme a la cara. Ya intuía que Moreno era un hueso duro de roer. Lo supe desde el primer día que lo vi: alto como un rascacielos, con unas espaldas que podrían ser del tamaño de un armario y ese jodido bigote que enmascaraba una mandíbula prominente repleta de unos dientes afilados dispuestos a devorarte en cuanto te despistabas. Nada tenía que ver con mi improvisado compañero, que más bien tenía un rostro afable enmarcado en una cara redonda. Cliff era más bajo que yo, bueno, que Josh, y con una barriga que trataba de disimular apretándose el cinturón al máximo. No quería imaginármelo corriendo detrás de un ladrón porque me entraban ganas de reír, pero mi estúpido pensamiento fue más rápido que mi razón y tuve que ocultar media sonrisa detrás de la palma de una mano.

Cuando el jefe nos dio el permiso para entrar, nos recordó que la primera reunión comenzaba en quince minutos en otra estancia. Cliff argumentó que se trataba de algo urgente y este torció el gesto para mostrarnos su disconformidad, o tal vez su preocupación. La

verdad era que no sabía por dónde comenzar. Si todo había fluido con el compañero de Josh con naturalidad, ante Moreno mis piernas empezaron a temblar y lo que era peor: mi lengua se trababa de mala manera.

—Géminis... Ah... Géminis son dos amantes... No... ¿Hermanos? Hermanos...

Cliff tuvo que ayudarme a exponer mi teoría mientras el capitán me observaba con cara de malas pulgas. Tenía el entrecejo arrugado, al igual que la nariz, y su bigote había dejado de moverse como un buldog cuando fijaba su presa. Estaba tenso y demasiado rígido para articular palabra. Su mirada se me antojó más fiera que de costumbre.

—Adams, ¿de dónde te has sacado toda esta sarta de patrañas? —Se levantó de la silla y se acercó a mí. Pensé que iba a morir.

—De Internet, señor.

—¿Y desde cuándo la red es fiable? ¿Sabes contra cuántas teorías conspiratorias y paranoicas tiene que luchar el departamento de Estado cada día? —Negué con la cabeza, amedrantada por su proximidad. Josh era un hombre alto, atlético por lo que había podido comprobar, con unos abdominales marcados y un pecho en el que podían recostarse tres cabezas. No debería sentirme intimidada de aquella forma; no obstante, había algo en Moreno que me hacía empequeñecer.

—Si no existe nada tangible, no puedo permitirme el lujo de mover a todos los coches patrullas de las zonas residenciales y enviarlos a vigilar toda la ciudad.

—Bueno, los ricos ya cuentan con su propio servicio de seguridad, además de alarmas y cámaras —le repliqué con voz bajita. El hombre ni se inmutó con lo que acababa de decir. Se colocó las manos en la cintura y giró la cabeza hacia mi compañero sin pestañear.

—¿Tú estás de acuerdo con esa teoría? —Miró a Cliff con esos ojos cargados de munición. Este no se achantó.

—Tampoco es tan descabellado pensar que, si el asesino sigue unas pautas guiándose por los astros, lo haga también consultando el tarot.

—¡Joder! ¡Me cago en la leche! ¿Sabéis lo que estáis haciendo?, ¿lo sabéis de verdad? ¡Treinta y seis horas! Ese es el tiempo que nos queda y todavía no hemos averiguado nada de nuestro asesino. Hemos detenido a sospechosos a la desesperada y los hemos devuelto a las calles. Hemos interrogado a decenas de posibles testigos que no han visto nada relevante. El alcalde ha reforzado a su equipo de guardaespaldas y lo he tenido que tranquilizar diciéndole: «No se preocupe, usted no es géminis». ¿Sabéis cómo suena eso viniendo de un capitán condecorado de la policía?

—Lo sabemos, capitán, pero puede que tengamos que considerar la teoría de Adams. Después de todo, cualquier ciudadano podría estar en peligro, no solo los peces gordos.

—¿No podemos imponer un toque de queda desde mañana hasta que pase el peligro? —pregunté sin tener idea de los recursos con los que contaba la policía.

—¿Con qué excusa? No puedo prohibir a todos los géminis que salgan a la calle. A la congresista la mataron en su casa.

—No tienen por qué ser géminis —añadí. Él me acribilló con la mirada—. Estamos casi seguros de que se trata de dos personas. Puede que ambas no tengan que cumplir ese requisito. —Sus pómulos se hincharon hasta enrojecer sus mejillas. Todo él parecía un farolillo rojo dispuesto a explotar en cualquier momento, el cual no tardó en llegar:

—¡Fuera de aquí y no quiero veros en todo el día! Os quiero patrullando las calles y buscando a ese indeseable. Ya me encargaré yo de hablar con Scott y Miller.

Nos giramos hacia la salida, seguidos de Will, quien dio un tremendo portazo a mi espalda y, con cara de no haber roto un plato, busqué apoyo en Cliff. Este empezó a caminar con paso acelerado, mirando al frente.

—Espero que no te equivoques con esto. Hoy me he jugado el cuello por ti ahí dentro.

Encadené varios suspiros mientras las ideas incendiarias se arremolinaban en mi mente como hojillas afiladas. Deseaba equivocarme porque así el número potencial de víctimas aumentaría y, aunque no fuera policía, sabía de sobra que era imposible vigilar cada calle, cada rincón de la ciudad y, sobre todo, cada casa. Sin embargo, algo muy dentro de mí me aseguraba que tenía razón y que ya había cumplido con mi misión alertando al capitán.

Deseé entonces regresar a casa con Vega. Ignoraba lo que estaba ocurriendo allí, después de que me desvaneciera mientras intentaba alcanzar el móvil. Seguro que mis padres estaban preocupados y, además, que el grosero de Josh estuviera ahora en mi cuerpo solo podía tensionar más el ambiente.

Pero no me fui. Pasó una hora y otra y yo continuaba atrapada en el cuerpo enorme del policía mientras patrullábamos, hacíamos preguntas a algunos dueños de una avenida atestada de gente y acudíamos a varios avisos intrascendentes. Dejé que Cliff hiciera el trabajo sucio, pues yo no estaba preparada para actuar ni en altercados familiares ni con una panda de niñatos que había robado en una licorería.

Fue cuando nos presentamos en un motel de aspecto deplorable cuando la vi en el aparcamiento. Jenny estaba allí. Llevaba una gabardina negra anudada a la cintura que ocultaba su vestido. Estaba apoyada en la puerta de un coche con las manos en los bolsillos. Pensé en saludarla. Cliff ya había entrado en la recepción del edificio y yo me quedé plantada en la puerta decidiendo si debía ir a hablar con ella o continuar actuando como un policía.

Quise anotar mentalmente el nombre del motel, pero, otra vez, un ligero mareo hizo que me sujetara a una vieja farola.

En ese momento, un hombre rubio con cierto atractivo se acercó a ella. Jenny se fundió en un abrazo que duró demasiado para tratarse de un compañero de trabajo o de un amigo de la familia. Después, lo besó. Lo hizo con los mismos labios con los que me

había besado esa misma mañana y, aunque no fuera mi mujer, sentí el látigo de la traición enredarse en mi cuello y apretarme con fuerza hasta dejarme sin respiración. Me quedé clavada en el umbral sin saber cómo reaccionar, pues no se trataba de mi matrimonio. El mío ya había fracasado por una mentira imperdonable y, a pesar de que no conocía a Josh, hice mío su dolor.

Llegué a la casa antes del atardecer y los niños me recibieron exaltados mientras yo trataba de recomponerme ante ella. Jenny observaba la escena desde los pies de las escaleras y sonreía al ver cómo les seguía el juego a los pequeños y terminaba tumbada en el sofá con ellos encima. Quise llorar por ellos, pero no me lo permití. No podía. Mis lágrimas se secaron el día en el que Vega nació y nunca me concedí ese momento, ni siquiera en ese cuerpo que no era mío.

—Niños, venga, a preparar la mesa en lo que papá se da una ducha. Hoy ha trabajado mucho y está muy cansado. —Ellos corrieron hacia la cocina y Jenny se colgó a mi cuello con ojos anhelantes. Al rozar mis labios, yo giré la cabeza en un acto reflejo.

—Me prometiste que, al entrar por la puerta, serías tú de nuevo. —No estaba enfadada. Pronunció esa frase en un tono suave, melódico, y no me quedó más remedio que sujetarla por las muñecas y apartarla de mí.

—¿Y quién eres tú? —le solté con desprecio.

Dolida, subí las escaleras y llegué hasta el baño. Contemplé la ducha durante minutos interminables mientras me preguntaba por qué continuaba en la casa. Ya tenía que haberme ido. Me miré en el espejo y observé el rostro de Josh, abatido y sin ganas de luchar. Solo que ese estado de ánimo no era el suyo, sino el mío. Los labios finos perfectamente delineados parecían desdibujados, ni siquiera había rastro de esa ligera eme que se le formaba en el superior cuando se unían. Josh no poseía unas facciones marcadas ni angulosas, más bien discretas, pero, en ese instante, se me antojaron rígidas. Solo la barbilla ejecutaba el patrón de una figura geométrica: un trapecio. El resto de sus líneas eran sutiles. Examiné los ojos color miel, tan tiernos y desgastados como un juguete viejo.

Había un destello en ellos y quise pensar que todavía existía esperanza para él, para su vida.

Después, me di la vuelta y encaré la ducha. Estaba demasiado sudada como para obviar el tufillo que salía de las axilas, así que me desnudé sin reparar mucho en su cuerpo y abrí el grifo.

Ya me las había tenido que ingeniar para ir al baño sin tener que mirar su miembro. Lo había sujetado como la manguera cuando regaba las flores y pensaba en el jardín hermoso que tenía mi abuela frente a la casa para ignorarlo. Había sido la fórmula que había conseguido distraerme del mal trago. Tanteaba la cremallera, la bajaba, buscaba su cosa y apuntaba directamente al váter.

Y ahora mientras el agua recorría su cuerpo y yo lo enjabonaba con delicadeza, mis dedos repararon con más atención en la cicatriz que cruzaba su muslo. La palpé con mucho cuidado, con una delicadeza que ni siquiera le dedicaba a mi brazo. Los dos éramos las víctimas de un destino cruel que había decidido que nuestras almas se cruzaran en el camino y que jugaba con ambos al escondite, porque ya no sabía dónde me encontraba ni quién me estaba buscando ni hacia dónde me dirigía.

Y, entonces, caí en la cuenta de algo que no me había parado a pensar hasta ese instante. Cuando había intentado leer el nombre de la comisaría, no pude hacerlo. Lo había achacado al hecho de que de un minuto a otro regresaría a mi cuerpo. Pero no sucedió.

Pensé en el tiempo que había estado en las calles con Cliff. En ningún momento, conseguí leer los carteles de la carretera ni los nombres de las tiendas. Estaban borrosos. Aparecían ante mí con las letras difuminadas, y pensé que había sido fruto del cansancio o del estrés. Incluso en el motel me volví a sentir mareada, después de intentar descubrir el nombre del establecimiento.

Y supuse que el maldito destino confabulaba para ponérmelo más difícil, como si los acontecimientos tuvieran que seguir un patrón estructurado y preciso que yo desconocía.

Apenas le había quitado el champú a los cabellos cuando regresó el martilleo de la cabeza. Entré en pánico, pues sabía lo que vendría a

continuación. «Ahora no, por favor, por favor. Dame tiempo para vestirme».

De nuevo, todo fue oscuridad.

Capítulo 14

El desencuentro

No podía estar ocurriendo otra vez, no cuando hacía casi un mes que ya no sufría las condenadas ausencias. Por eso me cogió desprevenido. Estaba en la cama mientras soñaba con una invasión alienígena y así, cuando la nave extraterrestre me arrastraba hacia ella con un enorme foco azulado, me agarré a la almohada como a un chaleco salvavidas y arañé la sábana que cubría el colchón con la esperanza de no ser abducido. Sin embargo, los aliens no me estaban secuestrando. Todo era producto de una maldita ausencia que había conseguido embrollarme. Mi imaginación se había desatado con las garras de una realidad de la cual no conseguía escapar.

Inspiré con resignación al descubrirme con una minúscula bata de hospital tendido en una camilla. De reojo, distinguí a la madre de Adriana, quien, con ojos húmedos y un semblante lleno de congoja, sujetaba mi mano con fuerza. No le dije nada. Fingí que dormía. No tenía ni idea de cómo Adriana había terminado allí y deseé regresar a mi cuerpo lo más rápido posible. Quizá esa ausencia durase media hora, tal vez una, así que podría permanecer allí tumbado sin moverme y sin llamar la atención hasta que terminara la pesadilla.

A falta de los supuestos dos días para que el asesino volviera a actuar, tenía muchos asuntos que resolver en la oficina: continuar con los perfiles, esperar al nuevo informe del forense que Moreno había solicitado tras rogárselo yo mismo, ya que tenía la sospecha de que antes de que les rajara la garganta, los había dejado inmovilizados al no existir signos de lucha en ninguno de ellos. Nada. No se habían defendido, así que quise que en el laboratorio buscaran restos de sustancias que pudieran haberse pasado por alto en el primer análisis. Para mí era fundamental ese resultado, porque nos ayudaría a buscar a personas que tuviesen receta de algún medicamento en concreto o que tuvieran acceso a plantas que pudieran albergar ese efecto somnífero en las personas.

Pero no era yo quien estaba en la comisaría esa mañana, sino Adriana, y no llamaría con insistencia al forense para que se diera prisa en elaborar un informe más exhaustivo de ambas víctimas al conectar sus crímenes. De nada me servía que la cuerda fuera la misma, existían millones de ellas por todo el país y sabía de sobra que tenía que encontrar algo más.

Pensé en la doctora Cameron. Ella había repetido que no se podía considerar un asesino como múltiple hasta que al menos hubiera tres víctimas relacionadas con el mismo autor. Dentro de dos días no habría tres, sino cuatro.

De modo instintivo, me llevé la mano a la barbilla y me alarmé al contar tres puntos en ella. «¿Qué demonios te ha ocurrido, Adriana?, ¿por qué estás en un hospital?». Ese gesto iluminó el rostro de Milagros, quien no tardó ni un minuto en llamar a un médico.

—Se ha despertado —la oí decir.

De pronto, tenía a mi alrededor a tres personas con bata, una de ellas con una linterna que dirigió a mis pupilas sin advertirme. Cerré los ojos para que no me encandilara e hice un aspaviento tosco. Necesitaba que todos se alejaran y me dejaran espacio.

—Adriana, soy la doctora Martínez, neuróloga del hospital. Por lo visto te has caído en casa y necesito valorarte para comprobar que no existe una lesión grave en la cabeza.

Obedecí a todas sus instrucciones sin rechistar. No me quedaba más remedio que hacerlo, pues no tenía escapatoria posible, no hasta que regresara a ser yo mismo. Moví los ojos de arriba a abajo, de izquierda a derecha, permití que me manipulara el cuello y que controlara mi fuerza haciéndome apretar su mano.

Me encontraba bien. De vez en cuando, me dolía el brazo, pero imaginé que había vuelto a lesionarse en esa caída que había mencionado la doctora. La barbilla apenas me molestaba, solo lo hacía cuando abría la boca demasiado o fingía masticar, e imaginé que todo ese caos estaba relacionado con la aparición de la ausencia imprevista para ambos y que Adriana no había sabido controlar.

Debía ser una mujer frágil y quizá se encontraba en un estado de susceptibilidad alto tras todo lo que había padecido en año y medio. Su diario ya me había contado que se trataba de una chica sensible y devastada por un sinfín de sentimientos que no lograba superar. Odiaba estar atrapado en un cuerpo con esas características, demasiado vulnerable y delicado.

—Ahora necesito que me respondas a unas cuantas preguntas de control. ¿Cómo te llamas?

—Adriana. —Suspiré resignado. Lo que menos quería ahora es que me sometieran a un ridículo examen.

—¿Tus apellidos?

Arqueé las cejas con duda y me concentré en la primera página de su diario. En ella, había subrayado su nombre completo con un verde que me había recordado a los pinos que podía ver desde el porche de mi casa.

—Adriana Serrano Acosta. —Me felicité a mí mismo por haber superado la pregunta sin casi pestañear y miré a Milagros con orgullo. La mujer respiraba más tranquila.

—¿Cuántos años tienes?

Vale, no tenía ni idea. Me había mirado en el espejo en varias ocasiones, pero nunca me había cuestionado su edad. Siempre estaba más preocupado en salir airoso del lío en el que me encontraba y no hurgar en detalles que ni me interesaban. Aun así, sabía que la respuesta también estaba en su diario. Solo conseguí recordar que había nacido un día ocho, pero ni el mes ni el año. Fruncí los labios algo confundido. A pesar de las ojeras, las pequeñas arrugas de la expresión en la comisura de los labios y en el límite donde sus pestañas se juntaban, más fruto del cansancio que por signos evidentes de vejez, era una mujer joven. Puede que incluso rondara la treintena.

—Treinta y...

—Uno. —Milagros completó mi respuesta algo nerviosa—. Cumple

los treinta y dos en pocos meses.

—Necesito que responda ella —le recriminó la neuróloga con buenas palabras—. Quiero constatar que su pérdida de consciencia no está causada por otros factores. ¿Qué día es hoy?

—Dieciocho de mayo. —Lo estaba haciendo bien y no pude reprimir una pequeña sonrisa de satisfacción.

—¿Y me puedes decir el día de tu cumpleaños?

—Sí —me apresuré a contestar—. El ocho... —Pensé con rapidez. La madre de Adriana había dicho que le quedaban pocos meses para cumplir. Estábamos en mayo, así que podía descartar junio y julio y también noviembre y diciembre, que todavía estaban alejados en el calendario. Tenía que arriesgarme con alguno de los tres meses que quedaban en medio—: de septiembre.

—De octubre —me corrigió la mujer.

—Sí, el ocho de octubre. Es que son dos meses que confundo mucho. Septiembre, octubre, el otoño, el comienzo del año escolar... —Solté una risilla nerviosa avergonzado. Yo, que no tendía a ruborizarme, percibí un cierto calor en las mejillas. La doctora frunció el ceño y escudriñó en mis ojos como si tuviera la certeza de que le estaba ocultando algo. No iba desencaminada. Le mentía en todo. Ni siquiera me llamaba Adriana.

—Está bien. ¿Recuerdas cómo te caíste?, ¿tropezaste o fue por un desmayo?

Esa respuesta la conocía de sobra, ya que en muchas ocasiones había asistido a personas que se habían desvanecido en casa o en el trabajo antes de que llegara la ambulancia. Un tropiezo era considerado un accidente fortuito, por lo tanto, tus sentidos no estaban atrofiados, pero un desmayo previo antes de una caída podía producirse por una bajada de azúcar, tensión o algo más grave.

—Creo que me golpeé con la pata de una silla y luego me caí. —Volví a mentirle sin tapujos. La hora que tenía que transcurrir

dentro de ese cuerpo quería pasarla sin agobios. Desde luego, no podía citarle a la doctora nada de las ausencias, pues tampoco me gustaba la idea de que viniera a valorarme un psiquiatra.

—Bueno, te tendremos dos horas más en observación y después te daremos el alta. Si se repite el episodio, vente sin dudar al hospital, ya que tendríamos que hacerte un escáner para ver cómo está funcionando tu cerebro. Mientras tanto, continúa con el ibuprofeno cuando te duela el brazo. También va a ayudarte con el golpe de la barbilla, ¿de acuerdo? —Asentí de forma mecánica y rogué para recuperar mi vida antes de esas dos horas que me había puesto de límite—. Y a la madre le digo que no se preocupe tanto y que es mejor que aguarde en la sala de espera para no colapsar más las urgencias.

Milagros me observó con unos ojos agrandados que me demostraban el afecto que sentía por su hija y los labios aún temblorosos. Me acarició la melena castaña hasta que la palma de su mano se posó en uno de mis pómulos.

—Descansa ahora, mi niña. Yo tengo que irme a casa a cuidar de Vega. Tu padre vendrá a recogerte. —Me miró como si esperara algo de mí que no conseguía averiguar y entonces verbalizó su preocupación—: ¿No piensas preguntarme por Vega? —Me revolví en la camilla y carraspeé sin que ella se diera cuenta.

—Sí, sí, claro. ¿Cómo está? No te había preguntado por ella porque sé que siempre está bien en tus manos —me justifiqué como un patán.

Pareció pensar su respuesta, y al final me dijo algo que no tenía nada que ver:

—Ya te he dicho millones de veces que, si lo necesitas, puedo hacerme cargo de ella para que tú cojas aire. Estás muy estresada y sé que la rehabilitación está siendo más dura de lo que imaginabas.

Me dio un beso en la frente, abandonó el habitáculo y enfiló por el largo pasillo en el que decenas de camillas se agolpaban. La vi irse con un sentimiento contradictorio, pues, a pesar de que no era mi madre, despertaba en mí una ligera ternura que no lograba

descifrar. Después, quise adormentarme para que la espera no me resultara angustiosa; sin embargo, los quejidos y lamentos de otros pacientes me lo impidieron. Las agujas del reloj parecían no avanzar y estuve a punto de darme a la fuga cuando me comunicaron que mis papeles ya estaban listos.

Tragué saliva desconcertado. Esa ausencia estaba durando más de la cuenta y era consciente de que estaba en un hospital de brazos cruzados, observando los minutos darse un paseo por mi vida, pero no tenía ni idea de lo que Adriana estaría haciendo. Se me aceleró el corazón y temí por ella. Yo había logrado pasar el examen de la neuróloga; no obstante, dudaba mucho de que ella consiguiera salir airosa ante el escrutinio de mis compañeros, de Moreno o incluso de Jenny. ¡Oh, Jenny! A pesar de nuestro distanciamiento, me conocía de sobra. La descubriría antes de que llegara a salir por la puerta.

Al marcharme, me topé con una noche oscura, demasiado fría para encontrarme en un país del sur del continente, en otro hemisferio, aunque allí debería ser otoño. No era la imagen que tenía de países como Argentina, Perú o Brasil, pero siempre podía haberme equivocado y no encontrarme en Sudamérica. Después de todo, pocas veces había viajado fuera de Montana y, cuando lo había hecho, siempre fue para visitar otro estado de mi propio país. ¡Joder! ¿Qué sabía yo de países que no fueran el mío? Adoraba la astronomía y la localización exacta de los planetas, pero odiaba la geografía, y era incapaz de situar las capitales de la mayoría de los países en un jodido mapa. Así que todo eso me resultaba una aventura doble.

La brisa azotaba la piel de mi cara con saña mientras esperaba a que el padre de Adriana viniera a recogerme. Recordaba vagamente su rostro, pues lo había visto una vez. En las anteriores ausencias, siempre había estado presente la madre y nunca el padre, así que miraba de un lado a otro desesperado, aguardando a que alguien me hiciera señas. Con los brazos cruzados por debajo del pecho, trataba de resguardarme de las ráfagas de viento que soplaban sin ninguna dirección aparente. A veces las notaba en mi espalda y otras en los brazos, pero las que más me fastidiaban eran las que me golpeaban la cara sin compasión.

De pronto, en la lejanía, distinguí una mano que me saludaba y me

instaba a cruzar la calle. La reconocí de inmediato. Se trataba de la amiga deprimente de Adriana y, aunque un completo desinterés se instaló en mi cuerpo, corrí tras ella hasta introducirme en el coche. Tendría que aguantarla el tiempo que durara el trayecto hasta la casa y de nuevo volví a preguntarme por qué tardaba tanto en regresar a mi piel.

Le agradecí que viniera a por mí y sellé mis labios con cierta impertinencia hasta que ella me obligó a abrirlos.

—Tu padre me llamó para que viniera a recogerte —me informó tras varios minutos de silencio—. Estás muy callada, ¿te ha ocurrido algo? —No le respondí. Giré la cabeza hacia la ventanilla y busqué la luna. Seguía sin saber a ciencia cierta cuántas horas había pasado dentro del hospital. Ya era de noche y eso significaba que quedaban menos horas para que Géminis comenzara su reinado—. ¿Piensas permanecer en silencio todo el viaje o crees que puedes contarme cómo te has hecho esa brecha en la barbilla?

—Tropecé con la pata de una silla y me caí. —De reojo, observé que ella asentía como si su cerebro estuviera cavilando alguna teoría a la que yo no tenía acceso. Mantuvo la vista en la carretera y las manos bien fijas en el volante.

—¿Eso fue todo?

—Sí. —Arrugué la frente desconfiado mientras la mujer continuaba con ese movimiento ligero de barbilla hacia arriba y abajo.

—¿Josh? —Mi nombre sonó dentro del vehículo como el golpe de efecto de un trapecista después de un redoble de tambor.

Sacudí la cabeza varias veces como si así mis oídos obtuvieran la credibilidad que mi cerebro no les estaba otorgando. Había escuchado a sus labios pronunciar mi nombre y eso no podía ser posible. Los latidos del corazón se me dispararon. Creí que este echaría a correr dejándome a mí atrás, sentado en ese coche utilitario y de dimensiones ridículas. Giré la cabeza muy despacio hacia ella con torpeza y sin atinar a mirarla directamente a los ojos.

—¿Qué... qué has dicho? —le pregunté envuelto en un miedo

impropio de mí.

—Que no eres Adriana, eres Josh. Lo noto por tu malhumor y por cómo me has mirado nada más entrar en el coche. Si fueras ella, ya estarías hablando por los codos y contándome qué te había ocurrido. Soy su mejor amiga, ¿sabes? No tiene filtros conmigo. Y en cuanto has dicho lo del tropiezo, he llegado a la conclusión de que habéis sufrido otro viaje de esos y que ella no está aquí.

Me encogí en el asiento del copiloto al tiempo que un sinfín de pensamientos sin sentido se aglomeraban en mi mente con el único pretexto de acobardarme y obligarme a entablar una conversación con ella.

—¿Lo sabes?, ¿te lo ha contado?

—¿Es que tú no se lo has dicho a nadie?, ¿ni a tu mujer?, ¿la morenaza esa que Adriana dice que está de muerte?

—¿Qué? —No sé si estaba más molesto por el hecho de que se entrometiera en mis asuntos y me preguntara por qué no había hablado con Jenny, o porque la había calificado de morenaza.

La miré, exigiendo una explicación. Sin embargo, ella se limitó a sonreír de medio lado para después fruncir los labios de forma sugerente, diría incluso que encantadora, pero conmigo eso no funcionaba. No me interesaba su amistad ni nada que pudiera ofrecerme.

—Es mejor que te desahogues con alguien. Se te hace más llevadero.

—Tú no tienes ni idea de cómo es mi vida.

—Bueno, sé que tienes dos hijos, que eres policía y que eres más testarudo que un toro bravo.

—Eso no te da derecho a juzgarme. No me conoces. —Ella soltó un suspiro cansino y no dudó en mostrarme su rostro desilusionado.

—De momento no me has dado a conocer tu mejor versión, solo la parte agria y poco sensible.

—Perdona si estoy más preocupado en averiguar si existen unas palabras mágicas que me devuelvan a mi vida. Yo no quiero estar aquí. Yo no pedí ser ella. —Raquel se paseó la lengua por todos sus dientes y jugó a hacerse la interesante.

—¿Y lo has hecho?, ¿has encontrado esa fórmula mágica? —La miré, sorprendido. No comprendía por qué me hacía semejante pregunta.

—Por supuesto que no. Si la hubiera conseguido, no estaría hablando ahora contigo.

—Claro. Tanto Adriana como tú podríais controlar estos viajes, pero no podéis y existe una razón para ello. Todavía no terminái s de conectar del todo con vuestro vínculo y cada uno va por su lado. Cuando dejéis de quejaros y aceptar lo que os está ocurriendo, llegará el control. —Aparcó al final de una calle estrecha sin apagar el motor y me indicó que podía bajarme.

—No puedes dejarme aquí ahora que ya sabes que no soy ella.

—Tienes una hija a la que querer y unos padres que están preocupados por ti. Estoy segura de que Adriana está velando por tus intereses para que tu vida no se derrumbe y mantenerla a flote para cuando regreses. Además, ella tenía que volver a ser tú. Hemos averiguado algo importante sobre el asesino y debía comunicárselo a tu jefe del bigote estrafalario. —Creí sentir que mi mandíbula inferior tocaba mi pecho. ¿De qué demonios estaba hablando ahora? La odié porque le encantaba hacerse la enigmática y jugar conmigo al gato y al ratón. No tenía tiempo para sus sucios anzuelos ni para sus trampas.

—¿A qué te refieres?

—Ha seguido con el caso y ha descubierto una conexión entre la astrología y el tarot. Tu asesino no va a matar a un poderoso géminis, va a cargarse a una pareja de enamorados.

—¿Cómo... cómo está tan segura de eso? —Conseguí escupir de forma atropellada. Ella estiró el cuello y miró por fuera de la ventanilla.

—Tu padre ha bajado a recogerte.

—No, no, no. Tenías que haber empezado por ahí y no soltarme un discursito sobre lo antipático que te resulto. ¡Hay vidas en juego!

—Sí, ahora mismo la mía si no me presento en casa antes de medianoche. No quiero más problemas con Natalia.

La observé, atónito, hasta que se atrevió a bajar del coche y abrirme ella misma la puerta. ¿De verdad me dejaba allí tirado porque su relación peligraba?, ¿y me llamaba a mí egoísta y poco sensible? En menos de cuarenta y ocho horas morirían dos inocentes a manos de un psicópata carente de empatía y con un narcisismo propio de los emperadores romanos y a ella le preocupaba su novia.

—Por cierto, ¿podrías darme el prefijo de tu tel...?

No le dio tiempo a continuar porque Antonio, el padre de Adriana, me tendió la mano para asistirme y evitar que me cayera. A pesar de que no necesitaba su ayuda, acepté su oferta después de recibir una mirada reprobatoria de Raquel.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Estoy bien —le respondí sin prestarle mucha atención, ya que mis ojos se centraron en la amiga de Adriana, a quien le devolví su recriminación con creces. Ella me respondió con una mirada por encima del hombro y, al pasar junto a mí para entrar de nuevo en el coche, me dedicó unas últimas palabras que me produjeron un escalofrío:

—Mira en el diario de Adriana. Ya hablaremos en otro momento, espero.

Entré en la casa como un vendaval desatado. El estómago me rugía más que el de un león hambriento, pero decliné la oferta de Milagros para que me calentase las sobras de la cena en el microondas. No quise ser maleducado con ella, pues insistía en que tenía que estar desfallecida después de esas horas interminables en el hospital. Tenía razón; sin embargo, me urgía conocer todos los detalles que Adriana hubiera descubierto sobre los asesinatos. Debía

saberlo todo antes de regresar a mi cuerpo, antes de que el reloj marcara la medianoche, porque eso suponía que ya sería diecinueve de mayo y apenas quedaría un día para que él volviera a atacar.

—Gracias... mamá, por todo lo que haces —le dije algo apurado—. Estoy muy cansada y solo quiero acostarme.

—Claro, Vega duerme desde hace dos horas. Lo que voy a hacer es prepararte un sándwich en un minuto y llevártelo a la habitación para que puedas descansar.

—Vale, a eso no voy a decirte que no.

Abrí la puerta del dormitorio con cuidado y encendí la luz de la mesita de noche. Atisbé entonces un pijama perfectamente doblado en la cama y dibujé una mueca de desagrado en mi rostro angelical. No tenía intenciones de cambiarme de nuevo. Ya me había llevado largos minutos abrocharme el sujetador en el hospital y me preguntaba cómo Adriana lo conseguía, pues el brazo continuaba doliéndome. No iba a pasar de nuevo por ese mal trago, ya que me hacía sentir un inútil y un completo idiota, que parecía que jamás le había quitado el sujetador a una chica. Además no me encontraba nada cómodo manipulando unos senos que no eran míos y que tenía la sensación de estar violentando de alguna manera.

No quise entretenerme más y, tras insuflar una bocanada de aire, comencé a rebuscar en las gavetas de la cómoda. Allí había encontrado por primera vez el diario y me sorprendió localizarlo debajo de una montaña de libros de astrología, horóscopos e incluso de un tarot. «¿Qué demonios has estado haciendo, Adriana? No es bueno meterse en los asuntos de los demás».

Consulté sus notas de forma rápida. Había llenado las páginas de su diario con notas de colores donde escribía las conclusiones a las que iba llegando. Al principio, todo me resultó caótico y desorganizado hasta que poco a poco fui entendiendo que dentro de su desorden existía cierto método. Había asignado a cada horóscopo un planeta regente y a partir de este, una o dos cartas del tarot, según correspondía, con una serie de casas astrológicas que ni siquiera sabía que existían dentro de ese mundo. A su lado, había anotado la fecha en las que el sol entraba en cada uno de los horóscopos y

quise grabar todo en mi memoria.

Constaté que la constelación de Géminis estaba representada por los enamorados y busqué lo que ella denominaba el arcano mayor número seis dentro de la baraja. Sí, parecía aludir a una pareja. Géminis hablaba de la dualidad del yo, de los gemelos como había supuesto, pero también del noviazgo o el matrimonio si relacionábamos a Mercurio con la maldita carta del tarot.

Resoplé consternado. ¿Por qué había llegado Adriana a la conclusión de que el tarot era importante?, ¿por qué no pensar que mataría a dos hermanos y ya está? Entonces, busqué las cartas que correspondían a Aries y Tauro y, aunque no vi una conexión inicial con las víctimas al principio, me quedé paralizado al seguir leyendo y comprobar cómo ella había establecido un vínculo con la personalidad que supuestamente poseían el emperador y la emperatriz con el empresario y la congresista. ¡Allí podía haber algo! Aunque no dejaba de ser otra teoría demencial sin fundamentos claros.

Otra más.

No podía descartarla, desde luego, pero tampoco darle una prioridad absoluta. Si algo tenía claro era que, si Adriana llevaba razón y el asesino ya había localizado una pareja a la que someter a su horrenda tortura, la policía no podría hacer nada. Yo no podría hacer nada. Después de todo, los políticos, filántropos adinerados y empresarios habían doblado su seguridad desde el primer asesinato; sin embargo, la gente corriente de Bozeman caminaba por sus calles ignorando que podrían ser las víctimas de un loco homicida. No habíamos advertido a la población, fuesen del signo astrológico que fuesen, de que existía un loco matando a personas según su horóscopo, porque nadie quería que se desatara el pánico en la ciudad. No podíamos hablar de un asesino en serie, pero quizá hubiéramos podido matizar que andaba un maníaco suelto, peligroso y armado hasta los dientes y así el alcalde podría autorizar un toque de queda.

Golpeé la cómoda con el puño, repleto de una profunda irritación. Fue tan sentida que algunas de las figurillas con las que Adriana decoraba el mueble cayeron como si fueran víctimas de un

francotirador. Me examiné en el espejo. El rostro dulce y casi inocente de ella parecía observarme desde algún lugar que desconocía. La mirada seguía siendo mía, pero no lo eran esos ojos avellanados llenos de una fragilidad aparente que no se correspondían con la realidad. Tal vez me había equivocado en mi juicio. Puede que Adriana no fuera una niña llorona que se victimizaba por todo. Quizá estaba tratando de buscar su lugar en el mundo como hacía yo en ese momento. Ella era una mujer valiente. Me lo decía su nariz respingona y algo mandona. Sus labios ovalados me susurraban que ya no se dejaba achantar por nadie. Me acaricié la barbilla y deseé que no le quedara cicatriz alguna. No se merecía heredar una marca derivada de nuestras ausencias. Ya tenía muchas otras que rasgaban su alma: la traición, el desengaño, la soledad.

Entonces me percaté de la existencia de un pequeño papel doblado debajo de las alas de una mariposa que había caído tras mi golpe. Era la nota que yo mismo le había dejado a Adriana un mes atrás y me sorprendió descubrir que todavía la guardaba. La cogí entre mis dedos, me senté en el borde de la cama y la desplegué con cuidado. ¡Me había respondido!

Claro, pongamos unas normas: ni se te ocurra tratar mal a mis padres ni dar consejitos a mis amigas. No me compliques más la vida.

¿Complicarle yo la vida? Era ella la que estaba jugando a policía y ladrones sin contar conmigo. Era ella la que se había metido de lleno en un caso que no le pertenecía y en el que arriesgaba mi vida. ¡Mi cuerpo! ¿Qué pasaría si recibía un disparo y muriese en el acto?, ¿regresaría yo a un cadáver?, ¿o me quedaría atrapado en su piel para siempre? Ese último pensamiento consiguió paralizarme por completo y tuve que inspirar hondo para relajarme. En realidad, ninguno de los dos teníamos ni idea de cómo funcionaba ese dichoso vínculo que Raquel había mencionado.

Volví a leer su nota y la rabia se fue apoderando de mí despacio, sin

que apenas me percatara de ella, hasta que mis labios estallaron y comenzaron a pronunciar palabras malsonantes a destajo.

Busqué un bolígrafo y le respondí sin filtros a sus reproches.

Eres tú la que no solo arriesgas mi vida, sino la de Cliff cuando sales de patrulla con él. Tú no eres policía. Tú no eres yo. Y no tienes ni zorra idea de cómo manejar un arma. Vas a terminar matándonos a los dos.

En ese preciso momento, sentí que una fuerza me absorbía y supe que estaba a punto de regresar a mi vida. Miré el reloj. Faltaban unos minutos para las tres de la mañana, ya era diecinueve de mayo, al menos donde yo me encontraba. De pronto, arrugué el rostro y me castigué a mí mismo por no haberle preguntado a nadie en qué país estaba o en qué ciudad. ¡Qué estúpido había sido! Podía haberle preguntado a Raquel en cuanto supe que conocía nuestros viajes, pero estaba tan enfadado con ella que, en lugar de preguntarle cuestiones verdaderamente importantes, preferí alimentar mi orgullo y enfrascarme en una discusión sin sentido. ¡Joder, mierda! Después me quedé tan absorto leyendo las notas de Adriana sobre el caso que había obviado lo elemental. Seguía sin tener ni idea de hacia dónde me dirigía cada vez que viajaba.

Entonces vi el calendario que Adriana tenía colgado en un pequeño tablón de madera. Con una letra minúscula, estaba impresa una dirección. Me levanté rápido y me coloqué frente a él, pero fue demasiado tarde. Mi visión comenzaba a ser borrosa y un extraño túnel me invitaba a navegar por él, a buscar la luz, la salida de ese mundo. No pude hacer nada más que dejarme llevar para regresar a mi vida.

Capítulo 15

Idas y venidas

Lo primero que vieron mis ojos fue la pared de mi dormitorio, concretamente el calendario que había colgado desde que había empezado el año. Era uno de esos de publicidad que te regalaban las tiendas cuando llegaba la Navidad y que no solían ser muy vistosos ni muy elegantes. Sin embargo, ese que me había entregado la librería después de unas compras en las que sobre todo había libros de autoayuda me había gustado. Cada mes representaba el mundo imaginario de un autor. Ante mí tenía el dedicado al mes de mayo: Alicia en el país de las maravillas de Lewis Carroll, donde se ilustraba a la protagonista cayendo en un hoyo junto con un conejo blanco que sujetaba su monóculo con ahínco y un montón de libros abiertos.

Yo era como Alicia. Cada vez que viajaba, caía en un agujero que me alejaba más de mi realidad. ¿O quizá ese nuevo mundo se estaba convirtiendo poco a poco en mi nuevo presente? Lo ignoraba. Chasqueé la lengua y examiné con lupa el calendario. No tenía ni idea de por qué había aparecido ante él, así que supuse que Josh se encontraría allí segundos antes porque algo había llamado su atención. Observé el círculo rojo con el que yo misma había rodeado el número veinte. Era lo más destacado del calendario después de la preciosa imagen de Alicia. Sin embargo, el policía ya conocía que el siguiente crimen se cometería en esa fecha. Él mismo le había hablado a Moreno de la posibilidad de que esta vez el asesino eligiera a dos víctimas, a dos hermanos. No andaba muy desencaminado.

Entonces, si no estaba repasando los días marcados en el calendario, ¿qué demonios estaba haciendo allí? Torcí el gesto, muy cansada, y valoré la posibilidad de que tal vez el agujero succionador lo hubiera pillado por sorpresa cuando se encontraba delante de él, como a mí, que me había sobresaltado con el cuerpo enjabonado en mitad de la ducha. Menos mal que no podría ver su cara de espanto al aparecer enrollado con una toalla y todavía mojado. Me parecía

estar escuchando sus interminables injurias sobre mi persona.

Giré la cabeza y descubrí mis libros sobre astrología regados en la cama junto con mis notas y... mi diario. Josh había vuelto a rebuscar entre mis cosas y, aunque podía comprender su motivación, me molestó que no tuviera ningún respeto por la intimidad de las personas, especialmente la mía. Los ordené al tiempo que repasaba mis propios apuntes y deseé que él pudiera atrapar al asesino antes de que volviera a matar. Después de todo, eso era lo importante. Una por una introduje las cartas del tarot de Marsella que me había comprado en su cajita, no para hacer una lectura con ellas, porque no tenía ni idea de cómo hacer semejante cosa, sino para analizarlas al milímetro. Fue entonces cuando distinguí la hoja rosada debajo del libro explicativo sobre cómo hacer una buena lectura de cartas.

Josh había escrito en él.

Lo leí con mucha intriga y pronto una oleada de enojo encendió mi rostro. ¿Cómo se permitía hablarme de esa manera después de lo que había hecho por él? ¡¿Que no me entrometiera en su caso?! Yo nunca quise hacerlo. Me vi forzada a ello cuando desperté siendo un policía. ¿Que estaba poniendo en peligro su vida? ¡Y él la mía! Me creaba malentendidos y enemigos por donde pasaba.

—No me lo puedo creer. A ver si te enteras, capullo. Yo te he puesto sobre la pista del asesino del tarot. Fui yo la que averiguó lo de los signos zodiacales y las fechas posibles en las que actuaría. Vale, fue todo producto de una casualidad increíble, pero lo hice. —Pataleé como una niña caprichosa y le di un puntapié a la pata de la cama —. Y ahora he avisado a tu jefe y a tus compañeros de la posibilidad de que sea el tarot lo que lo mueva a cometer sus crímenes. Si no fuera por mí, no habrías llegado tan lejos en tu investigación.

Cogí un bolígrafo y le escribí un par de frases para que escarmentara sin saber si algún día llegaría a leerlas. No tenía derecho a hablarme de esa manera después de lo que había hecho por él. Y pensar que incluso me había dado lástima porque su preciosa mujer estaba siéndole infiel y parecía no darse cuenta. ¡Joder! Llegué a empatizar con él. Yo había pasado por una

situación similar, aunque en ese momento ignorara que había cuernos de por medio. Alejandro me había abandonado sin más.

Ni se te ocurra volver a hablarme de esa manera cuando te has aprovechado de mi investigación. No pagues conmigo tu frustración ni rebusques entre mis cosas para luego colgarte la medallita. Y que te quede claro que no soy una temeraria. Aunque te resulte extraño, valoro mi vida por encima de todo y eso incluye la tuya.

Me dejé caer sobre la cama sin tener idea de la hora que era. Sin cambiarme de ropa, me dormí, exhausta por todo lo que había experimentado ese día, por todos los estados emocionales por los que había transitado: la desesperación, la traición, el enojo. Eran demasiadas curvas imprevistas en esa montaña rusa en la que se había convertido mi vida. Aferrada a la almohada, pensé que aún existía esperanza para que los dos pudiéramos seguir adelante con esta locura, para que en un momento determinado abrazáramos nuestra nueva condición. Estaba segura, como me repetía Raquel, de que, solo cuando nos aceptáramos tal y como éramos, nuestros destinos volverían a separarse y cada uno podría tomar las riendas de su vida de nuevo.

El día veinte de mayo fue un suplicio para mí. Necesitaba saber qué estaba ocurriendo en la vida de Josh y si había conseguido evitar los dos crímenes. Mi profunda ansiedad me llevó a navegar durante horas en la red para comprobar si habían detenido a un asesino en serie en cualquier parte del mundo o si, por el contrario, habían aparecido los dos cuerpos mancillados de unos jóvenes enamorados en alguna ciudad del planeta. No quise salir de casa. Me dediqué todo el día a hacer de madre de Vega y a esperar histérica una respuesta en Internet, lo cual no se produjo.

No comprendía nada.

No entendía cómo los medios de comunicación no hacían eco de una noticia tan importante, aunque se tratase de un suceso extranjero.

—¿Sabes cuántos asesinatos se cometen en el mundo a diario? ¡Demasiados! —Raquel había ido a visitarme dada mi negativa a tomarme un café con ella después de su trabajo—. La prensa solo nos cuenta una parte de ellos. Es imposible que nos informen de todos. Seguro que habrá salido en algún medio local de un pueblo pequeño perdido de la mano de Dios.

Fruncí el ceño meditabunda.

—Recuérdame por qué no le preguntaste a Josh de dónde era.

—¡Lo siento! Ese tío es imbécil e intratable. Te juro qué pensé hacerlo, imaginé que en cuanto supiera que yo era conocedora de lo que estaba sucediendo, se abriría a mí y... no sé, que podríamos charlar tranquilamente. Pero le mencioné a su mujer, se enfureció y una cosa llevó a la otra, me desesperé y lo dejé tirado en tu casa. Es un completo idiota. Aunque intenté preguntarle por el prefijo de su teléfono, antes de que llegara tu padre. No me dio tiempo.

—Lo sé. —Lancé un largo suspiro contrariada. A pesar de comportarse como un arrogante y un ser poco sociable con mis conocidos, le había cogido cariño. No quería que le ocurriese nada por perseguir a traficantes y locos homicidas.

—¿Qué te pasa? —Raquel advirtió la extraña melancolía que me asaltó en ese momento.

—Nada. Creo que la vida de Josh, por alguna razón inexplicable, está empezando a formar parte de la mía. ¿Te suena raro?

—No, no, qué va. Eres él de vez en cuando. Es normal que te sientas así. —Mientras ella se repantigaba en el sofá y Vega gateaba por toda la sala, yo me apresuré en servir la infusión de Rooibos Paradise aromatizado con trocitos de coco y frambuesa que había preparado para ambas. A pesar de que un sol primaveral irrumpía por las ventanas con ferocidad, quise buscar el calor que necesitaba en la taza y la rodeé con las manos. El frío desértico había desplazado a mi espíritu y lo había condenado a vagar en solitario entre inmensas dunas de arena mientras aguardaba por unas noticias que no llegaban.

—Bueno, ¿cómo voy a averiguar si el asesino ha vuelto a matar?

—No lo vas a saber hasta que vuelvas a ser él. —Bajó la barbilla y con el dedo índice comenzó a golpearla con suavidad—. ¿No viste nada que te llamara la atención mientras recorrías las calles? ¡Por Dios! Tiene que haber carteles colgados en los edificios públicos o en la misma puerta de la comisaría mencionando el nombre de la ciudad que estás pisando.

—¡Lo intenté! Te juro que lo intenté, pero no conseguía leer un jodido cartel. Cada vez que trataba de hacerlo la visión se me volvía borrosa.

—¿En serio?, ¿por qué?

—No lo sé. Eres tú la experta en estos temas.

—Bueno, podría ser porque tu espíritu no esté abierto a toda la información que existe a tu alrededor. Imagino que lo irás aprendiendo a medida que los viajes sean más frecuentes. Es una habilidad que podrías desarrollar con el tiempo, cuando domines mejor la técnica. —Frunció los labios, meditabunda—. Sé que es un ejemplo tonto, pero existen personas que son capaces de leer en sueños y otros cuando lo intentan, solo ven letras borrosas.

—O sea, que yo no puedo leer nada, y Josh sí que puede husmear en mi diario.

—Antes que nada, tu diario está escrito de tu puño y letra, como las estúpidas notitas que os dejáis. Un cartel ajeno a ti es diferente. Pero esto depende de la capacidad de aprendizaje de cada uno. Quizá, Josh en esto te lleve la delantera.

—No me vaciles, por favor.

—De todos modos, digo yo que habrás visto algo que llamase tu atención.

Sacudí la cabeza y forcé mi mente a recordar paso a paso todo lo que había hecho mientras estaba en el cuerpo de Josh. Aunque traté enfocar los letreros sin ningún éxito, sí que era capaz de leer los informes escritos por él, pero cuando los leía, ¿lo hacía en español,

o era capaz de interiorizar tanto el idioma que para mí no existía la diferencia entre los dos? Cuando me expresaba, ¿mis labios reproducían en inglés mis pensamientos, en español o al estar dentro de Josh todo se conjugaba de manera natural? Le trasladé todas estas cuestiones a Raquel y ella se limitó a responderme con una frase que desbarató en un momento todas mis ideas:

—Las almas hablan todas las lenguas. —Soltó con una seguridad aplastante mientras le daba sorbos al la infusión. Mi cara tuvo que ser un poema porque se dignó a explicarme mejor su teoría—: Cuando nacemos, después de un aprendizaje, comenzamos a hablar el idioma de nuestros padres por imitación. Sin embargo, antes de hacerlo, mientras estamos en ese más allá, nos comunicamos con las demás almas de una manera más auténtica porque somos energía. Tú sabes que Dalia es una vidente. —Asentí sin saber muy bien adónde quería llegar—. ¿Y tú crees que habla todos los idiomas del mundo?, ¿o piensas que solo recibe mensajes de los fantasmas españoles? Los espíritus sean de donde sean pueden comunicarse sin necesidad de un traductor. De la misma manera, en el mundo de los sueños donde tu alma es más libre, no suele haber barreras lingüísticas. Si alguien te habla en otra lengua, tu cerebro lo traduce de manera automática. Algo similar está sucediendo cuando tú eres Josh.

—O puede que, en ese momento, como soy Josh, hablo su idioma y ya, puesto que estoy utilizando su cerebro que sabe inglés —contradije, no muy convencida de su razonamiento.

Suspiré resignada y, con los brazos en jarra, caminé por toda la estancia. Continuaba hecha un lío y me estrujé las neuronas para recordar algo, lo que fuera que me acercara más a Josh.

Entonces mi memoria regresó a esos momentos donde patrullaba con Cliff mientras una brisa fresca azotaba mi rostro sin descanso y recordé que, al circular por una gran avenida atestada de gente y tráfico, había distinguido varias banderas a ambos lados. ¡Eso era! ¡Lo tenía! Era incapaz de leer el nombre de una tienda o de una calle, pero sí que podía distinguir los colores de cualquier objeto y, desde luego, los de una bandera.

—¡Banderas! —exclamé muy excitada por el hallazgo.

—¿Qué?

—Había muchas banderas en edificios y casas. No me di cuenta de ello porque estaba más preocupada porque me tomaran en serio y porque después vi a Jenny... —Me detuve en el relato. Había sentido esa traición como mía. Todavía parte de esa pesadumbre navegaba en mi corazón como un náufrago despojado de su última esperanza—. Eran banderas de los Estados Unidos, así que ya tenemos el país. —Ella extendió los brazos y colocó las palmas de las manos hacia arriba. Contábamos con una pista.

—Bien, ahora solo tenemos que descubrir a cuál de los cincuenta estados estás viajando, pero ya podemos enviarle un mensajito a Josh porque tenemos su número de teléfono completo. —Saltó victoriosa del sofá e hizo uno de esos bailecitos ridículos que hacen los jugadores de fútbol cuando marcan un gol. De pronto, se detuvo y me miró con cara de no haber roto un plato—. Tengo que confesarte algo. No quiero que te enfades conmigo ni me des un sermón. Ya he mandado unos cuantos mensajes aleatorios escogiendo los prefijos de los países a los que pensaba que podías estar viajando.

—¡¿Qué?!

—No te preocupes. No ha respondido a ninguno. La gente pensará que se trata de un gancho para que caigas en alguna estafa. Ahora está muy de moda.

—¿Y se puede saber qué le has escrito? —pregunté alterada.

—Hi, my name is Adriana[2]. Esto lo sé decir y pensé que el verdadero Josh lo comprendería. ¡Lo siento! Tenía que habértelo contado, pero es que tú eres demasiado precavida y, a veces, hay que lanzarse un poco. Intentarlo. Y si no sale, pues no sale. —Chasqueó la lengua y me miró de forma pícara—. ¿Sabes qué? Que lo voy a llamar por teléfono ahora mismo. ¡El prefijo de Estados Unidos es 01! —exclamó victoriosa.

—¡Ni se te ocurra! —Corrí detrás de ella por todo el salón sin éxito, pues Raquel ya había tecleado su número y esperaba la respuesta—. ¡Dios mío! ¿Qué has hecho? Si no sabes inglés. Esto va a ser un desastre.

Me llevé las manos a la cabeza y tragué saliva contando los segundos en los que esperaba a que Josh contestara a la llamada, mientras observaba cómo el rostro de Raquel reflejaba confusión.

—No funciona —dijo apartándose el aparato de la oreja

—¿Cómo va a ser posible eso? —Le arrebaté el móvil y yo misma escuché una serie de chasquidos y pitidos que me perforaron el oído —. ¿Qué es esto?

—Podemos volver a intentarlo, pero es evidente que el idiota de Josh te ha escrito mal el número.

—Esto no tiene solución. Es otra batalla perdida.

Me dejé caer en el sofá, solté la taza sobre la mesa y entrelacé los brazos por debajo de mis pechos con una pizca de derrotismo. No descubriría nada nuevo hasta que no volviera a ser él, a estar en su piel y compartir sentimientos que llegaban a agobiarme porque no sabía cómo comportarme delante de su mujer en caso de que volviera a verla. Quizá debía ignorar lo que había visto y continuar como si nada hubiera ocurrido o encararme con ella y decirle cuatro cosas bien dichas. Me había besado esa misma mañana, o mejor dicho a Josh, y después se había reunido con su amante como si aquel beso no hubiese significado nada para ella. Cero. Nulidad absoluta. Podía continuar fingiendo ante unos niños que adoraban a sus padres, podía jugar con ellos y contarles un cuento mientras los arropaba por las noches. Podía hacerlo por su bien y porque a mí no me correspondía esa charla con Jenny. Josh tenía razón en algo: no podía entrometerme en asuntos que pudieran perjudicarlo. Era su maldita decisión.

A finales de mayo, las ausencias comenzaron a ser más frecuentes, aunque menos duraderas. La primera me sobresaltó de noche mientras dormía abrazada a Vega. La niña no había tenido un buen día, ya que los cólicos la estaban matando, así que decidí mantenerla a mi lado. Era la manera de calmarla: cogerle la manita y arroparla con mi cuerpo. Eso para mí suponía dormir con un ojo abierto.

Como de costumbre, ese viaje no programado me avisó segundos antes de que aconteciera y pronto me encontré en el salón de Josh con unos niños que me suplicaban jugar. Ni corta ni perezosa lancé a Tom en el sofá y comencé a hacerles cosquillas mientras Luke se montaba sobre mi espalda y se colgaba a mi cuello para ayudar a su hermano. De reojo, miré a través de la ventana y observé el extraño ocaso que nos ofrecían las montañas. No era delicado, más bien brusco, como si la noche hubiera decidido caer sobre todos nosotros a plomo para silenciarnos, para evitar que pudiéramos expresarnos.

Oí la voz de Jenny desde la cocina e imaginé que preparaba la cena. Pensé que tendría tiempo de charlar con ella, de sacarle información sobre los crímenes antes de regresar a casa. Necesitaba conocer qué había sucedido el veinte de mayo; sin embargo, me equivoqué. Antes de que pudiera poner un pie en el suelo, había vuelto con Vega. La observé un instante y, tras comprobar que se encontraba bien, dibujé círculos en su frente, ya que esto la tranquilizaba mucho y, de alguna manera, me calmaba también a mí.

Entonces lancé la mirada hacia el tablón donde había fotos de Vega en sus diferentes etapas y donde se encontraba el calendario. Había un papel pinchado con una chincheta que yo no había colocado allí. Encendí la linterna del móvil y me acerqué para leer lo que había escrito en él. Supuse que, en los escasos minutos con los que Josh había contado mientras era yo, se había afanado en responder a mi última nota.

No vuelvas a besar a mi mujer.

No había escrito nada más, aunque no era necesario. Aquello sonaba a amenaza y fue el principio de un intercambio de palabras poco amistosas.

En esos viajes efímeros en los que apenas teníamos tiempo para sentirnos cómodos en la piel del otro, no pude recabar información sobre lo que más deseaba: los asesinatos. A veces, las ausencias

duraban diez minutos, otras, cinco, y algunas, apenas un suspiro en los que treinta segundos no contaban ni para hacerme a la idea de que había cambiado de cuerpo. Habíamos entrado en una vorágine de multitud de intercambios donde ninguno era capaz de controlar nada. Aparecía sentada en la comisaría mientras se llevaba a cabo una reunión informativa, me encontraba delante de una Jenny con malas pulgas que esperaba con impaciencia una respuesta mía, me presentaba en mitad de un partidillo de baloncesto con los niños y, una o dos veces, me manifesté mientras Josh se enjabonaba su grandioso cuerpo con un gel de nueces de macadamia. Aquello consiguió desquiciarme. Siempre intentaba llegar hasta un bolígrafo para devolverle el balón que él me enviaba al tejado sin miramientos. Si apenas tuve tiempo en husmear en el caso del asesino del tarot, menos lo tuve para averiguar el nombre de la ciudad que hacía de mi segundo hogar en esos intensos días de finales de mayo y principios de junio, ni nada que me identificara dónde viajaba.

Aprendí que era mejor llevar en el bolsillo una pequeña libreta con un bolígrafo y Josh imitó mi comportamiento. Así aproveché para dejarle en sus pantalones mi respuesta a su amenaza.

Yo no tengo la culpa de que ella se haya abalanzado sobre mí. Tal vez si le dedicaras un poco más de atención, no te encontrarías en esta situación.

Y al día siguiente, en cuanto se produjo otra ausencia, obtuve mi contestación.

Yo no he querido liarme con el chico que lleva tu rehabilitación a pesar de su insistencia, porque es una decisión que tienes que tomar tú.

Para mi pesar, esos viajes tan continuos e imprevisibles que a veces se convertían en visitas esporádicas de hasta dos o tres veces al día, comenzaron a pasarme factura. Eran tan vertiginosos que terminaba vomitando en cuanto regresaba y mis padres pensaron que tenía algún tipo de virus intestinal.

¿En serio?, ¿Javi? A mí jamás se me ha insinuado. Además, no estoy hablando de un extraño, se trata de Jenny. Y es muy insistente.

Sé cómo es Jenny, pero, si insistes en joderme la vida, no dudaré en liarme con el primero que encuentre.

Oh, no te atreverás. No te imagino con otro hombre, aunque te encuentres en el cuerpo de una mujer. No me hagas reír.

No me pongas a prueba. Después de todo, soy un tipo arrogante

y que detesta perder.

El nueve de junio desperté sentada en una roca húmeda frente a un río con las aguas demasiado transparentes para ser verdad. Miré a mi alrededor y me sentí inmersa en una postal de cuento. La vegetación acariciaba la orilla sin complejo, incluido los pinos de tallo fino, los cuales protegían con celo cualquier intromisión en aquel paraje de ensueño. Inspiré para mis adentros, saboreando cada bocanada de aire, cada partícula de oxígeno que penetraba en mis pulmones y me inundaba de una paz inaudita.

Aunque estaba en el cuerpo de Josh, allí me sentí yo misma, embebida de una madre naturaleza que no conocía límites. Ignoraba por qué el policía había viajado hasta allí, pero sinceramente no me importaba, me había regalado un día dichoso

en medio de la nada. Sola. Sin nadie que perturbara mis pensamientos. A sabiendas de que él regresaría en breve, me quedé allí sentada, observando el discurrir de las aguas y del sonido armonioso de ese paraje. Estaba siendo partícipe de ese trocito de cielo en la tierra y quise conjugarme con todos los seres vivos que habitaban en ese lugar. Cerré los ojos y me dejé llevar por su canto apacible unos minutos más.

Después busqué el bolígrafo y las hojas arrancadas de una libreta que Josh llevaba dentro de uno de los bolsillos. Era nuestro medio de comunicación, arcaico, sí, pero efectivo. Desenrollé uno de los papeles mientras me preguntaba cómo un policía tan metódico podía ser un completo desorganizado. Yo había escogido un cuaderno de notas diminuto. No era gran cosa, pero al menos podía leer sus pensamientos de manera estructurada. Retomé el interés que había perdido en ponerme en contacto con él. Estaba tan enojada con Josh por la manera en la que me había tratado, que ni siquiera le había comentado que había intentado llamarlo. En esos momentos de lucha, me daba igual. Me importaba un carajo lo que le estuviera ocurriendo a su vida. No obstante, allí, sentada en ese oasis de paz, volví a ser consciente de lo que realmente nos convenía. Teníamos que caminar juntos de la mano, si queríamos salir del túnel oscuro que estábamos recorriendo.

Te he llamado y enviado algunos mensajes por wasap, pero, o no te llegan, o me has escrito mal tu número de teléfono. Hacemos las paces ¿y te dejo el mío?

Me respondió tres días después a pesar de que, durante ese período de tiempo, habíamos realizado cuatro viajes más. Me enfadó muchísimo no tener noticias de él, ya que me había acostumbrado a sus dardos envenenados y esa vez le había propuesto una tregua. No llegué a comprender su mutismo. También porque le había ofrecido mi número de teléfono con educación. No me había lanzado a anotárselo como habría hecho Raquel desde el primer día porque yo no era así. En cierto modo, me había dolido su silencio. Las siguientes ausencias no fueron tan significativas como esa en la que

había podido visitar aquel lugar inolvidable y el cual podía intuir detrás de las montañas que contemplaba desde el porche de la casa.

Vale. Tienes razón. Alcemos la bandera blanca por un tiempo. Estoy cansado de que mi vida sea una discusión eterna.

PD: No me ha llegado ningún mensaje tuyo.

Deduje que esas palabras no solo estaban dirigidas a mi comportamiento infantil, sino también a la relación con Jenny, la cual iba de mal en peor. Puede que por esa razón decidiera no responderme de inmediato. Aun así no quise interrogarlo, pues Josh era muy celoso con su intimidad y su mujer era su punto débil, como para mí lo era mi hija.

¿Va todo bien en el trabajo? Mañana Vega tiene cita con el pediatra.

Ya te habrás dado cuenta de que está un pelín más irritable y es porque le están saliendo los colmillos. Te advierto por si de repente decides pasearte

en medio de la consulta.

Aunque me moría de ganas por preguntarle si por fin habían atrapado al asesino del tarot, no quise romper el frágil clima de cordialidad que habíamos establecido. Necesitaba ganarme su confianza, esa que su mujer había traicionado de la noche a la mañana quebrándole el alma y abocándolo a un abismo donde todas sus inseguridades habían aflorado. Por mi propia experiencia, conocía que la confianza se fraguaba poco a poco, con actos sinceros y no con promesas que podía llevarse el viento cuando quisiera.

Gracias por avisarme. Sí, ya me ha tocado cantarle, bailar con ella y hacerla reír con mis caras divertidas. Respecto al trabajo, quería comentarte al...

Cuando vi el rayón al final de la frase, supe que su tiempo siendo yo había finalizado. Resoplé muy frustrada y releí su mensaje hasta que me cansé de hacerlo. Josh quería decirme algo importante, lo intuía. En una de mis ausencias, había aparecido en el coche patrulla junto a Cliff. Apenas tuve tiempo de intercambiar unas palabras con él; sin embargo, su rostro sombrío y preocupado me había dejado caer que algo no andaba bien. No pude hacer más que suposiciones funestas, las cuales mi gran imaginación alimentaba pensando que tal vez se había topado con una gran conspiración dentro de la policía o que quizá Josh no había pasado las pruebas médicas definitivas, aunque su pierna se desplazaba como si no contara con esa tremenda cicatriz.

Y entonces fue cuando vi el calendario. Estábamos a trece de junio, a unos días de que el sol entrase en Cáncer y ahí tuve la certeza de que no habían localizado al asesino en serie y de que volvían a estar a ciegas.

De nuevo, un silencio cósmico se adueñó de nuestras vidas. Esas ausencias frenéticas y reiteradas finalizaron y, con ellas, nuestra comunicación diaria. Por mucho que maldije al universo, no pude volver a conectar con él por más que lo intenté. Probé con la meditación porque decían que, en ese momento de calma interior, tu alma era capaz de viajar a otros planos, así que me tumbaba en la cama y me centraba en un punto fijo del techo, muy cerca de la lámpara para provocarme una ausencia mientras me sumergía en la luz de la bombilla. Sin embargo, mis recursos caseros no funcionaron y percibí cómo mi espíritu abandonaba la lucha, se retiraba por la puerta de atrás sin grandes ovaciones y, en ese momento, caí en la cuenta de que echaba de menos a Josh.

Fueron tres días de desconcierto y llenos de enojo. Quise focalizar mi energía en mi rehabilitación, en que pronto recibiría el alta por

el que podía lanzarme de nuevo al mundo laboral y en agradecer mis cafés de media mañana con Miriam y Eduardo. Para mí, esos ratitos de ocio se habían convertido en una rutina indispensable al terminar la sesión. Además, busqué señales que me convencieran de que podía gustarle a Javi, mi rehabilitador, tal y como me había comentado Josh. Después de todo, el joven animoso con sonrisa de anuncio no estaba tan mal, pero no las encontré.

«¡Eres increíble, señor policía! Me has hecho creer que tenía un admirador de verdad», me reí de mí misma al pensar que podría llamar la atención de un hombre con un cuerpo tan flexible como una pastilla de goma mientras yo era incapaz de coordinar dos movimientos seguidos.

Una noche, mientras me afanaba en repetir los ejercicios de rehabilitación en pijama, sucedió lo impensable. Comencé a padecer los mismos síntomas que sufría cuando me sobrevenía una ausencia: mareo, visión doble y dolor de cabeza. No obstante, al viajar, mi corazón se detuvo en seco. No estaba en el cuerpo de Josh porque lo veía en el salón de su casa con Jenny. Por la expresión de su rostro, discutían y, aunque no podía escucharlos, debía ser una pelea acalorada, pues ella no dejaba de hacer aspavientos con los brazos y acusarlo con la mandíbula apretada.

Con un miedo justificado, quise avanzar hacia el interior de la estancia y abandonar mi posición cerca de la puerta. Fue en ese momento, al mirar mis piernas para ordenarles que caminaran, cuando caí en la cuenta de que no eran corpóreas. Podía ver a través de ellas. Eran traslúcidas, emitían unos destellos dorados que consiguieron aumentar mi pavor, porque no había ni carne ni huesos. ¡Por Dios, era un fantasma!

Desesperada, lo miré, buscando auxilio. Estaba perdida en medio del salón, convertida en un cúmulo de energía sin armazón y no tenía ni idea de a quién más acudir. Él era el único que podía ayudarme a volver a mi estado natural. Él comprendería mi situación, a pesar de que era nueva para los dos. Sin embargo, Josh estaba centrado en esquivar las flechas de su mujer y no miraba hacia mi posición.

Me entraron unas enormes ganas de llorar sin tener idea si en mi

nueva condición eso podría ser posible. Producto de mi desesperación, lo llamé para obtener su atención. No me importaba que Jenny me descubriera, no me interesaba si eso provocaba otro motivo de discusión entre los dos. ¡Estaba angustiada!

—Josh.

Capítulo 16

El espíritu

La vi.

Giré la cabeza al escuchar mi nombre volar por la sala, como un susurro que explotaba en los labios de una amante misteriosa e impregnaba cada rincón con su fragancia secreta y vaporosa. Vi a Adriana. Me quedé unos segundos anclado al pavimento cuando la distinguí bajo el dintel de la puerta en una forma que consiguió sobrecogerme. Era un espíritu envuelto en un halo áureo y casi mágico. Las centellas que componían su silueta apenas me dejaban entrever su rostro, pero debajo de ese manto místico descubrí los ojos compasivos de Adriana. Tan tiernos. Tan delicados.

No quise transmitirle mi terror, ya que desconocía cómo había aterrizado en mi casa siendo un fantasma. Aunque al principio casi me ahogo con mi propia saliva al pensar que quizá había muerto en su país, pronto deseché esa idea. Si le hubiera ocurrido algo, lo sabría. Estaba seguro de ello. De alguna manera inconcebible para mi mente racional, percibiría que parte de mi alma se iría con ella y eso no había ocurrido. La sentía viva en mi piel, arañando cada terminación nerviosa, acariciando cada célula, pese a que no estaba habitando mi cuerpo.

Apenas mantuvimos nuestra mirada una milésima de segundo, pues desapareció antes de que pudiera acercarme a ella. Con el corazón temblando y el alma encogida, llegué hasta el lugar exacto donde la había vislumbrado y miré a mi alrededor. Ya no estaba. Se había ido. Sin embargo, había dejado tras de sí una estela palpable, la cual rociaba con su perfume afrutado la estancia. Bebí de él e inspiré hondo, olvidándome de que Jenny me observaba con extrañeza.

—¿Qué haces? —Abandoné mi ensoñación y examiné a la mujer que tenía delante visiblemente molesta por mi actitud.

Con los brazos cruzados y en una clara postura defensiva, su rostro me pareció más oscuro que nunca. Quizá era porque se le habían marcado todas las arrugas de la cara para evidenciar su malestar o porque no hallaba ningún atisbo de luz en su mirada. Fuera por lo que fuese, la mujer con la que me había casado ya no se encontraba allí a mi lado como siempre había hecho.

—He creído ver una sombra detrás de la puerta —bisbiseé, restándole importancia.

Enarcó las cejas, sorprendida, y volvió a enseñarme las notas que había descubierto en los bolsillos de mis pantalones cuando se disponía a poner una lavadora.

—¿Me vas a explicar de una vez qué significa esto?

—¿Es que ahora te vas a poner celosa?

—¡Oh, por favor, Josh! Están escritas de tu letra y puño. Si pensabas que podrías engañarme haciéndome creer que tenías un amante para vengarte, siento decirte que tu plan es desastroso.

—Y entonces ¿para qué me preguntas por ellas? —Se humedeció los labios con desespero y miró al techo como si implorara al cielo.

—Porque tengo miedo a que no estés en tus cabales. Esto no es normal. Actúas como un loco desesperado. ¿Te escribes notitas donde te haces preguntas a ti mismo y hablas de una niña llamada..., ¿Vega? ¿Quién es esa Vega?, ¿qué clase de nombre es ese?

—No acabas de decirme que no te crees que tenga una amante. Olvida el asunto. No te incumbe. —Soltó una exhalación cansina y arrugó todos los papeles formando una pequeña bola.

Presioné los puños, lastimado por el atropello que estaba cometiendo, pues en esa pelota fabricada con las notas de Adriana se encontraba parte de quién era en esos momentos. La parte de mí que, aunque molesto por el caos en el que me había empujado el destino, me mantenía vivo y me permitía soñar. Ella las estrujó entre sus manos como si no significaran nada y fue en ese momento

cuando caí en la cuenta de que para mí lo era todo.

—Me incumbe porque soy tu mujer, tenemos dos hijos preciosos y no debemos tener secretos entre nosotros si queremos que esto funcione. —Solté una carcajada amarga.

—¿Eso lo pensaste cuando decidiste tener una aventura en nuestra cama con ese rubiales o lo piensas ahora porque te conviene?

—No, no... no te entiendo. Hay días que pareces otra persona más amable, más comprensiva y otros en los que te vuelves un gruñón insoportable. Ya no sé con quién estoy tratando.

—Yo sigo siendo yo —me reafirmé sin titubear—. Eres tú la que está irreconocible.

Desistió y subió escaleras arriba mientras soltaba improperios por una boca que una vez amé con locura, pero por la que había dejado de suspirar. Era un infierno prolongar lo evidente. Al principio, muy dentro de mí, deseaba una reconciliación para que ese castillo de arena no terminara ahogado por las olas del mar. Quise perdonarla, atraerla de nuevo a mi vida, aunque quizá ella también tenía sus motivos y no eran del todo desacertados. Yo había cambiado. Me había puesto una armadura de hierro para soportar los embistes de la traición y sostenía un escudo en mi mano para evitar que nadie traspasase esos límites peligrosos donde mi fragilidad quedaba expuesta. Estaba roto y destrozado por dentro. No concebía otra manera de sobrevivir sin un blindaje que me protegiera de las agresiones exteriores.

Jenny era incapaz de comprender que me había transformado en alguien irascible y demasiado cauteloso para evitar que nadie volviera a herirme, para que nadie recitase conjuros de amor en mis oídos con falsos propósitos. No quería caer más en su trampa ni en la de otro que se disfrazara con una máscara de bondad y de buenas intenciones.

Inspiré profundo hasta tragarme mis pensamientos funestos y volví a inspeccionar la estancia con la absurda esperanza de encontrarme con ella. No comprendía por qué la había echado de menos en esos tres días en los que no nos habíamos intercambiado ningún

mensaje, en los que me limité a ser Josh y no viajar hasta los confines del mundo para envolverme en su piel, para ser un yo libre. Eso era lo que el destino me había regalado: libertad, porque, a pesar de que Adriana tenía sus obligaciones, yo decidía si quería cumplirlas o no.

Cabizbajo, me senté en el sofá y desparramé las cartas del tarot que me vi obligado a comprar después de los acontecimientos del veinte de mayo. Era hora de ponerme a trabajar aunque no estuviera en la comisaría. Tenía que repasar todos los datos que había recopilado hasta ahora, que no eran pocos.

Recordé una de las ausencias que había sufrido. Había regresado al porche de mi casa y me encontré sentado en el ratán contemplando un ocaso demasiado encendido y vibrante para que no me desconcertara y consiguiera erizarme los vellos de la nuca. Busqué el móvil en mis pantalones y, con el ceño fruncido, descubrí que todavía era dieciocho de mayo en Montana. No supe si alegrarme o maldecirme porque apenas quedaban unas cinco horas para la medianoche, solo un día para atrapar a ese asesino escurridizo. Me levanté y me llevé las manos a la cabeza. Tenía que llamar a Cliff y averiguar qué había hecho Adriana mientras era yo. Sin embargo, antes mi excesiva curiosidad me llevó a consultar en Internet los diferentes husos horarios en la esfera terrestre.

Recordaba haber visto el despertador de la mesa de noche de Adriana. Marcaban las tres de la mañana cuando estaba revisando toda la información que había recopilado. Ocho horas. Esa era la distancia que nos separaba. Unas malditas y largas ocho horas. No eran imposibles de sortear pero sí difíciles de justificar, así que podía descartar cualquier país del continente americano de inmediato, pues esa anchura me situaba en el continente europeo y sobre algunos países africanos. Entonces, miré al cielo y me reí del mismísimo destino. Había querido engañarme. Pero yo había alcanzado un pequeña victoria que significaba un gran paso para mí: España. Este era el país al que viajaba cuando me sobrevenía una ausencia.

—Y yo que apenas había salido de Montana. —Me reí para mis adentros mientras seleccionaba el número de mi compañero en el teléfono. Esperé cuatro tonos antes de que se decidiera a responder

—. Dime que hoy no he hecho ninguna tontería.

—¿A qué viene eso? Sabes perfectamente lo que has hecho, a no ser que sufras amnesia. —Cliff se calló, aguardando a que desmintiera esa última posibilidad. Al ver que yo permanecía impasible, continuó—: Has puesto a Moreno muy nervioso. Sin decir que a Nick Scott casi le da un síncope. Le has arruinado la cita que tenía con esa chica misteriosa, aunque todos sepamos que sale con la novata de recepción y ahora tiene que hacer horas extras con la agente Miller. ¡Joder! Yo no puedo ni comerme el estofado que Mary me ha preparado. Me he puesto a buscar en las redes sociales parejas de jóvenes donde al menos uno de ellos sea géminis. ¿Sabes cuántos hay en Bozeman?

—Pero dime la verdad, ¿crees que puede ser posible esta teoría?

—No lo sé, Josh. Solo sé que los ricos están bien protegidos por sus guardaespaldas, pero la gente de a pie no lo está. —Soltó un resoplido por el cual pude percibir su aliento desesperado—. Estoy elaborando una lista de posibles víctimas, aunque sé de buena tinta que no hay tantos efectivos para cubrirlos a todos.

—Voy a coger mi coche y a dar una vuelta por la ciudad. Podría estar por ahí vigilando a sus siguientes objetivos.

—¡Estás loco! Todavía no puedes conducir. Además, no tenemos ni idea de dónde va a atacar y ya hay compañeros haciendo su trabajo. Moreno ha conseguido que el alcalde le dé el permiso para poner un toque de queda a partir de esta medianoche hasta las seis de la mañana del día veintiuno. Pero ¿quién nos dice que no va a actuar después de las siete de la mañana? A Stevens lo mataron entre las seis y las ocho de la tarde y a la congresista Williams, en la madrugada. No tiene un horario fijo. Lo hace cuando tiene la oportunidad.

—Tienes razón. —Me pellizqué los labios con ansia. No tratábamos con un vampiro que se ocultase en las horas de luz para luego cometer sus fechorías resguardado por la noche. Este asesino vigilaba a sus presas hasta que estas le dieran una oportunidad—. El día no nos garantiza seguridad.

—No hagas nada de lo que puedas arrepentirte. Si te ven conduciendo, a Moreno no le quedará más remedio que suspenderte. —Escuché un suspiro cansino al otro lado del aparato —. Si quieres hacer algo, elabora listas, estudia perfiles... Esto también forma parte del trabajo.

Colgué con un desánimo palpable en todos los músculos que reforzaban mi esqueleto. No me quedó más remedio que quedarme sentado y contemplar cómo la noche fría caía sobre las montañas, envolviéndolas en un halo fantasmagórico. Me froté las manos para alejar esa gélida intuición que perforaba mis sentidos y conté los minutos hasta que la medianoche se convirtió en una realidad de la que no podíamos escapar. Había comenzado la cuenta atrás.

Me fui a la cama convencido de que en cualquier momento una llamada de teléfono me sobresaltaría en mitad de la noche. Sin embargo, eso no sucedió ni la noche del día diecinueve ni la del veinte. El día de la fecha fatídica transcurrió con una tranquilidad pasmosa, la cual alimentó nuestras esperanzas de que tal vez nunca había existido un asesino múltiple que actuaba cada vez que el sol comenzaba a transitar por un signo zodiacal diferente. Puede que tanto Adriana como yo hubiéramos errado en nuestras cavilaciones y, aunque una extraña alegría comenzaba a inundar los rincones de la comisaría, en mí también lo hizo cierta desilusión. ¿Cómo me había dejado llevar por un arrebato casi visceral de una mujer que ni siquiera era policía?, ¿cómo me había dejado convencer por todas sus teorías descabelladas sin apenas cuestionarlas? Por culpa de ellas había arrastrado a todo un cuerpo de policía.

Aun así, estuvimos trabajando en el caso del empresario hasta bien entrada la noche. Ya contábamos con el nombre de la posible droga que pudieron suministrarle tanto al hombre como a la congresista: burundanga o la droga zombi. Esa sustancia alcaloide se hallaba en plantas como la belladona, la mandrágora, la escopolia o las trompetas del ángel, y era fácil de adquirir en Internet a precio de risa. Anulaba la voluntad y la capacidad de reacción y actuaba sobre la víctima en cuestión de minutos. Podía ser inoculada, ingerida o incluso inhalada. Ronald Stevens era un fumador nato, así que le confiscamos los cajetines de cigarrillos que nunca llegó a usar sin muchas esperanzas, ya que la burundanga era casi

indetectable, pues desaparecía del organismo en apenas veinticuatro horas. Por suerte, se podían encontrar hallazgos de esta sustancia en una muestra de orina después de dos días. Habíamos abierto otro canal de investigación del que se encargaban Scott y Miller.

Mientras tanto, nosotros le seguíamos la pista a un antiguo empleado cabreado por su despido y que había lanzado acusaciones serias contra su jefe un año antes. Su mujer lo había dejado tras dedicarse a beberse su autoestima en bares y ahora había regresado a casa de sus padres con el rabo entre las piernas.

—No voy a negar que no me alegro de su muerte. Era un cabrón mentiroso que me arruinó la vida, pero yo no me lo cargué. —Andy Evans nos recibió con aspecto desaliñado y un aliento alcohol que provocó que mantuviera la respiración mientras le daba la mano y me presentaba—. Me acusó de desviar fondos de la empresa y apropiarme de ellos usando varios paraísos fiscales. Siempre he sido un economista serio y jamás me he permitido coger ni medio centavo que no fuera mío.

—Y entonces, ¿qué supone usted qué ocurrió? Todas las pruebas apuntaban a su persona.

Cliff aceptó su invitación para sentarse después de ese comentario y lo hizo frente a él. Mi amigo quería crear un ambiente distendido donde el sospechoso desembuchara sin necesidad de llamar a un abogado. En cambio, yo preferí quedarme de pie, en silencio, observando cada gesto, cada inflexión de sus frases.

—¡Oh, por Dios! Alguien pudo jaquear mi código de seguridad y manejarlo como se le antojase y así dejaba pruebas incriminatorias por el camino para acusarme. ¿Cree que soy tan idiota para no borrar las huellas de mi propio delito?, ¿para usar mi ordenador? ¡Por favor, me licencié el primero de mi clase! —Cliff le seguía la corriente y asintió al tiempo que le sonreía con complicidad.

—¿Y quién cree que lo hizo?, ¿quién lo odiaba tanto para hacerle esta faena?

—Pudo haber sido cualquiera con un grado de acceso semejante o

superior al mío. Pensé en Rose McAdams y también en Cris Murray, pero no lo sé a ciencia cierta. Son dos capullos integrales. ¿De verdad creéis que he sido yo el que se ha cargado al viejo? —Rio como un demente—. Sí que andáis despistados si habéis tocado en la puerta de mi casa, o mejor dicho, la de mis padres. Me he convertido en un parásito de la sociedad y ninguna empresa me quiere porque me han colgado la etiqueta de ladrón. Si yo hubiera robado ese dinero, no me habría quedado en Bozeman, estaría en algún paraíso soleado bebiéndome toda esa supuesta fortuna.

El hombre era un aspirante a borracho, pero tenía razón en algo: él no había matado al empresario que estaba dándole de comer. Ya nos había demostrado que era un completo idiota que se había creído que un título certificado por una de las mejores universidades del país le abriría las puertas del cielo. Probablemente, su sueño fue mudarse a Nueva York y codearse con los tiburones de Wall Street, pero, como a muchos, la realidad lo había noqueado y se había conformado con un trabajo decente para una gran empresa en su ciudad natal. Al menos nos había facilitado el nombre de dos personas a las que teníamos que interrogar.

No fue hasta horas después que descubrimos que se trataba de otro callejón sin salida. Los tres se culpaban los unos a los otros como cucarachas desesperadas por salir del agua primero. Lo único que sacamos en claro es que se había producido una brecha de seguridad y ni siquiera podíamos relacionarlo con el motivo del asesinato, aunque tampoco descartarlo.

Ese veinte de mayo, al igual que otros compañeros, estuve patrullando las calles en busca de algo que me llamase la atención, pues era como encontrar la dichosa aguja en el pajar. A las once y media de la noche decidí que ya era hora de regresar a casa y que podría asumir mi derrota con felicidad al día siguiente. Nadie había muerto. Nuestro asesino en serie no existía, simplemente teníamos dos casos de homicidios que tenían en común la cuerda con la que los habían atado de pies y manos, una cuerda ordinaria en todo el país y usual en los hogares.

Me despedí de los agentes que habían doblado turno y me encaminé hacia la salida. Cliff me esperaba en la puerta cuando escuché a Cooper, el responsable de la centralita, gritar como un poseso:

—¡Tenemos un caso sobre dos chavales desaparecidos!

En ese momento supe que jamás los encontraríamos con vida.

Recordé el infierno que vivimos durante los dos días siguientes. Muchos voluntarios se unieron a las partidas de búsqueda, no solo por la ciudad y los alrededores, ya que, en la tarde del veintiuno de mayo, decidimos ampliar el radio y adentrarnos en rutas que solían frecuentar los senderistas. Andrea Sawyer y Tim Hughes habían ido al cine como de costumbre el domingo por la tarde y jamás regresaron al campus universitario. Eran una pareja de veinteañeros, buenos estudiantes y no constaba que se hubieran visto envueltos en ningún altercado, según nos contó el rector. La voz de alarma la había dado el padre de Andrea, quien había quedado con ella sobre las nueve para recogerla y que así la chica pudiera pasar unos días con su familia en Big Sky.

El hombre, tras llamarla al móvil en numerosas ocasiones y ante la falta de respuesta, decidió llamar a la policía. Si hubiera contactado con nosotros otro día cualquiera, le habríamos dicho que era demasiado pronto para presentar una denuncia por desaparición, que Andrea podía haberse fugado con su novio o que quizá se había entretenido en algún pub y no le había devuelto la llamada. Pero era veinte de mayo y Joe Sawyer, un afroamericano regente de una ferretería en Bozeman, mencionaba a una pareja desaparecida. No nos fue difícil constatar que Andrea Sawyer era géminis, ya que su padre insistía en que regresaba a casa para celebrar el cumpleaños de su hija ese mismo domingo. Unos minutos después, Moreno me comunicó que Tim Hughes también lo era, pues había nacido un dieciocho de junio.

Me pasé horas repasando mentalmente todo lo que podía recordar de mi visita a la casa de Adriana: las notas, las frases subrayadas, los símbolos de los horóscopos, los planetas... Entonces reparé en la imagen de la carta de los enamorados. La busqué en Google y la examiné a fondo. Tanto el emperador como la emperatriz aparecían sentados en sus tronos, en lugares que podrían asociarse a sitios cerrados. Por otra parte, los amantes estaban disfrutando de su amor en un campo abierto, al aire libre. Había un paisaje montañoso detrás y, tal y como había apuntado Adriana en su diario, existía un manzanero detrás de la joven enamorada. ¡La manzana como símbolo del pecado!

Intercepté a la agente Miller en el pasillo antes de que se presentara en el despacho de Moreno y la miré fijamente a los ojos. Ella había nacido en Bozeman como yo. No se había mudado aquí como otros agentes de la comisaría. Había crecido a las afueras en un rancho donde los animales vivían con cierta libertad, por lo que conocía a los granjeros y agricultores de la zona como buena chica de campo.

—¿Dónde podemos encontrar árboles frutales en Bozeman? Si son manzaneros, mejor.

—¿Es que quieres comprar manzanas con la que nos está cayendo encima?

—No, las manzanas son la clave. —Le mostré la carta que ella tomó entre sus manos.

Arqueó las cejas, patidifusa, incluso me pareció apreciar un atisbo de consternación en sus ojos azules.

—Hay una granja en las afueras muy famosa. Presume de tener una gran variedad de tipos de manzanas. Nueve, si no recuerdo mal. Está en el valle de Gallatin. Se llama Rocky Creek.

—Tenemos que ir allí.

—Pero existen más terrenos donde se cultivan manzanas. Este es solo el más conocido. —Se encogió de hombros sin saber muy bien por cuál empezar a enumerar. Le arrebaté la carta del tarot de las manos y giré sobre mis talones.

—Pues apúntalos todos y dile a Moreno que mande una patrulla a cada uno de ellos. Yo salgo ya para Rocky Creek.

Ahora repasaba mis apuntes sobre lo que había encontrado en esa granja aquel fatídico día, a pesar de que era mi retina la que había inmortalizado ese momento. Los dos jóvenes tumbados bajo un manzanero con una venda en los ojos y con la garganta cercenada. Desnudos. Vulnerables. Uno frente al otro y agarrados de la mano. La sangre alimentaba las raíces del árbol mientras los primeros gusanos se paseaban por sus cuerpos. A Andrea le había hecho un

tajo limpio, en cambio, a Tim la marca del cuello parecía una carretera con baches y sin terminar, como si el asesino hubiera interrumpido su proceso de repente. Puede que escuchara algo o que viera a alguien que lo hiciese dudar de lo que estaba haciendo.

Cliff no soportó esa imagen y se tapó la boca con un pañuelo de tela. Se dio la vuelta para olvidar que el amor puede terminar a veces en tragedia, sobre todo cuando había levantado la envidia del asesino y los había colocado en su punto de mira por el simple hecho de haber nacido bajo un signo astrológico concreto: Géminis.

Ya podíamos alertar a la población y comunicar a los habitantes de Bozeman que existía un asesino múltiple y que no hacía distinciones entre ricos y pobres, como se solía decir. A decir verdad, el único pobre de espíritu era el monstruo que estaba cometiendo esos asesinatos.

Decidí regresar al presente, apartar los recuerdos y recoger mis notas de la mesa para volver a meterlas en la carpeta. No quería que los niños se asustasen si hurgaban entre mis papeles y se tropezaban con imágenes que eran desagradables incluso para un adulto. Ya estaban bastante atemorizados por lo que la prensa había publicado esos días: «Un asesino anda entre nosotros». Lo habían bautizado como el asesino del tarot, tal y como había sugerido Adriana sin que ella todavía lo supiese. Solté una risita cómplice al pensar en todos los dolores de cabeza que me habían provocado sus cavilaciones y me tumbé en el sillón mientras sujetaba la carta de la luna. Yo mismo había anotado en el reverso lo que pude recordar después de mi visita al piso de Adriana:

Cáncer. 21 de junio.

Me dormí con ella en la mano mientras me estrujaba el cerebro al preguntarme una y otra vez cómo se las ingeniaría el asesino para bajar la luna del cielo y abrirla en canal con un cuchillo afilado. En

la imagen de esa carta no había ningún personaje que pudiera servirme de referencia ni que me proporcionara una pista sobre su próximo crimen, solo dos perros aullándole al astro.

Cubierto con una manta diminuta, me revolví varias veces en el sillón buscando la posición más cómoda para dormir, la cual se trataba de encoger las piernas y acurrucarme contra el respaldo con cuidado de no caer al suelo. No me apetecía compartir la cama con Jenny. En las últimas noches mis propias sábanas me resultaban frías y solitarias, a pesar de que ella ocupaba la otra parte del colchón. Nuestra relación transitaba por la estación invernal y había decidido poner mis sentimientos en hibernación. No quise pensar en ella y desvié mi atención hacia Adriana. Había aparecido en mi casa como un espíritu errante y eso me desconcertaba demasiado. ¿Qué le habría ocurrido?, ¿cómo había conseguido cruzar todo un océano sin necesidad de usar mi piel?

Apenas tuve tiempo para reflexionar sobre esa cuestión, pues, de pronto, me encontré en su habitación, sentado al borde de su cama, contemplando su silueta bajo las sábanas mientras ella dormía plácidamente. Los cabellos le abrigaban parte de la espalda y el rostro descansaba sobre una de sus manos en la almohada.

Presioné los párpados con la misma intensidad con la que un niño se cubre la cara para jugar al escondite. Aquello no podía ser posible y, sin embargo, lo era. Esa vez, yo era el espíritu.

Capítulo 17

La luna que me acerca a ti

Abrí los ojos casi por inercia. Había alguien sentado en mi cama. Percibía su peso en el colchón, su aliento sobre mi nuca y su energía rozarme la piel sin llegar a tocarla. Pensé que de nuevo había viajado a los Estados Unidos, a la casa de Josh, y que quien se deleitaba observándome mientras dormía era Jenny.

No obstante, aprecié la luz del alba acariciar la ventana de mi habitación y colmar de inocencia los cabellos lacios y cortos de Vega. Mi niña, mi ángel. Si ella estaba junto a mí, no había experimentado otra ausencia. Continuaba en mi cama bajo las sábanas calientes. Me temí lo peor. Contuve la respiración al tiempo que me giraba y mis ojos se inundaron de lágrimas al verlo sentado a mi lado, unas que decidieron no caer, sino que mantenían húmedas mis pupilas para serenar la emoción que me había embriagado al descubrirlo.

Josh.

Había conseguido realizar la misma hazaña que yo horas antes y había aparecido ante mí como un fantasma que velaba por mis sueños. No me asusté. Me limité a contemplar su fulgurante silueta mientras me incorporaba y apoyaba los hombros en el cabecero de la cama. Las veces que contemplé sus ojos miel en el espejo no llegaron a sobrecogerme como esa madrugada mágica. Su mirada tierna impactaba en mi rostro, presumiendo ser la estela de un cometa, la cual permitía que sus centellas se esparcieran por cada rincón del universo que atravesaba. No me pareció tan fiero ni tan antipático. Ante mí estaba desnudo, porque era su esencia más profunda la que había decidido presentarse en casa. Se había desprendido de su cuerpo y su alma era bella, sin ataduras, sin remordimientos ni frustraciones. Era sencillamente él.

Un recuerdo fugaz cruzó por mi mente y me estremecí al revivirlo

esa segunda vez. La vidente tenía razón. Ya lo había conocido en ese más allá del que no quería regresar en un principio. Su espíritu se había acercado a mí y me había cogido de la mano, puede que para consolarme o tal vez para buscar un alivio que no hallaba, pero nuestros dedos se habían entrelazado al tiempo que escuchábamos una voz lejana susurrarnos:

—Aquí donde el tiempo y el espacio no existen, os habéis conocido, en un lugar en donde la lógica humana no puede acceder. Pero ahora debéis regresar para completar vuestra misión de vida.

Di un respingo al refrescar mi memoria y él quiso tranquilizarme colocando la mano sobre mi muslo. Ese primer contacto consiguió que un escalofrío me bañara de pies a cabeza. Pude percibir su fuerza, su coraje y, al mismo tiempo, su calma. Después, quiso hablarme, pero el sonido de sus palabras no llegaba a mis oídos.

—No logro escucharte —le dije. Contuve un suspiro. Su presencia me embriagaba, pero también me hacía sentir tan diminuta ante la grandeza que estaba aconteciendo y que hacía que mi corazón brincaba enternecido.

Josh lo intentó de nuevo y esa vez percibí un leve susurro morir antes de acariciar mi piel. Me desesperé. Tenía tantas preguntas que hacerle, tantas dudas que resolver que mi ansia por conocer todas las respuestas me pudo. Solté un gritito de impaciencia y me acerqué aún más a él. Alcé la palma de mi mano y lo insté a que colocara la suya frente a la mía. Las centellas que conformaban su espíritu fluyeron hacia mi mano y, tras rebotar en ella, regresaron al punto de origen. Muy despacio, levanté la otra mano y él se apresuró a repetir la misma acción. Ahora el chorro de energía que se había establecido entre los dos era más potente, más raudo. Sentía su ímpetu, su deseo de establecer contacto conmigo. Su fulgor aumentaba con cada chispa candente que le devolvía tras rozar mis manos y entonces atisbé sus facciones tras la luz que desprendía. Josh estaba tan sorprendido como yo. Sus pómulos más relajados que el color vibrante de sus ojos rodeaban a unos labios que tremaban con una agitación desmesurada y que se esforzaban en estallar intentando formar una palabra comprensible para mí.

Le sonreí. Quise que supiera que estaba allí para él, para

acompañarlo en ese momento tan extraordinario como desconcertante.

—No te voy a abandonar hasta que vuelvas a casa.

—Adriana —consiguió pronunciar con un tono de voz tan dulce que todos mis músculos se tensaron al mismo tiempo.

—Sí, estoy aquí —me reafirmé con emoción. Nos estábamos comunicando. Por primera vez, había escuchado su voz desde fuera sin que resonara en su enorme caja torácica cuando yo ocupaba su ser.

—La luna.

—¿Qué?

—¿Quién es la luna? —Sacudí la cabeza al no comprender a qué se refería. Pronto caí en la cuenta de que apenas quedaban dos días para que el sol iniciara su viaje por Cáncer y eso solo podía significar una cosa.

—¿Han muerto los enamorados? —le pregunté.

Él asintió con una solemnidad que quebró mi entereza en aquel preciso momento. Si me preguntaba por la luna era porque todavía no habían detenido al culpable. Una extraña sensación de frustración se apoderó de mí. Brinqué de la cama al suelo y abrí la gaveta donde guardaba todas las notas. Josh trataba de adelantarse al asesino y localizar a la víctima de la luna antes que él, aunque fuera una tarea casi imposible. En primer lugar, porque en una ciudad habría centenares o incluso miles de personas que habrían nacido bajo el signo de Cáncer y, en segundo lugar, porque la imagen de la luna no era una persona en sí misma, sino una representación alegórica de nuestras inseguridades.

—Escúchame bien. La carta de la luna simboliza el subconsciente y nuestros miedos interiores. A veces, son las sombras que se esconden tras la luz de la noche, y aunque en algunas culturas la luna es representada por una deidad masculina, en la mayoría y sobre todo en la nuestra, simboliza el poder femenino —le comencé

a explicar mientras rebuscaba entre mis papeles—. Raquel me ha ayudado con todo esto... Ya sabes..., por si volvía a ser tú. Visitamos a Dalia que es una vidente que sabe mucho sobre las cartas del tarot y nos orientó sobre cómo buscar a la luna.

—Adriana... Tiempo. —Sentí su respiración detrás de mí, me erguí de forma brusca y me di la vuelta sin considerar que podría arrollarlo con mis movimientos incontrolados.

Pero no lo hice. Sus manos consiguieron detenerme antes de que mi cabeza impactara contra su pecho y de nuevo percibí la calidez de su espíritu. Elevé la mirada y distinguí una leve sonrisa en sus labios. Agitada, me llevé una mano a la frente. Tiempo. No teníamos mucho.

—Tienes razón. Puedes irte en cualquier momento. —Me di prisa y localicé entre las páginas de mi diario la ficha que había creado sobre la carta de la luna y el signo de Cáncer—. ¡Aquí está la triple diosa de la luna! En el mundo griego estas tres deidades eran Artemisa, diosa virgen de la caza y que se asocia con la luna creciente; Selene, la madre y la luna llena, y Hécate, relacionada con la luna menguante y la vejez. No sé si esto puede ayudarte en algo, porque la víctima podría ser una joven, una madre o una anciana. De lo que estoy segura es de que se trata de una mujer.

Atisbé cómo las centellas de uno de sus dedos señalaban el calendario que colgaba cerca del espejo y pronto lo comprendí. Me planté ante él y busqué la fecha fatídica mientras examinaba el dibujo de la luna en esa semana.

—Cuarto menguante —anuncié satisfecha—. ¡Bien visto! ¿Cómo no me había dado cuenta? Qué estúpida. Eso significa que tenemos que buscar a una anciana cuyo signo astrológico sea Cáncer. No nos reduce mucho el campo, lo siento.

De pronto, la puerta del dormitorio se abrió y observé a mi madre asomar la cabeza al interior. Me cuadré y mis ojos se agrandaron mientras aguardaban un grito agudo al descubrir que había un fantasma a mi lado.

—¿Con quién hablas a estas horas? Nos has despertado a tu padre y

a mí y, de milagro, Vega sigue roncando. Cuelga ese teléfono y dile a quien te haya llamado que no son horas decentes para hablar con nadie, a no ser que sea algún asunto urgente.

En cuanto cerró, me giré avergonzada hacia Josh, pero él ya había desaparecido. Bajé la barbilla con desilusión. Esperaba compartir con él las sensaciones que nos ocasionaban esas experiencias, desahogarme, contarle lo que había implicado para mí despertar en un cuerpo que no era el mío a miles de kilómetros de casa, confesarle que hacía apenas unos minutos lo había recordado. Sí, lo había conocido en esa especie de más allá en el que me había sumergido cuarenta segundos que para mí contaron como una vida. Una vida diferente y lejana.

Me recosté de nuevo, aunque no pude volver a conciliar el sueño. Me abracé a la almohada e imaginé a Josh despertando dentro de su cuerpo con esa emoción tan contradictoria como extraordinaria. Cuando yo regresé, tuve que tocar mis brazos y piernas varias veces para cerciorarme de que no me faltaba ningún miembro, que estaba completa, que volvía a ser yo. Sentí un alivio inmenso y, al mismo tiempo, un gozo que jamás había experimentado.

—Un astral —me explicó Raquel por teléfono mientras me dirigía al centro de rehabilitación—. Normalmente ocurren cuando estás dormida y la mayoría de las personas no recuerdan que hacen esta clase de viajes. Tú, amiga mía, estás rompiendo todas las reglas del juego. No solo porque consigues viajar despierta, sino porque Josh percibe tu presencia como tú la de él.

—¿Y eso no debería suceder así?

—Es muy raro porque los dos estáis en planos diferentes. Cuando viajaste sin tu cuerpo, tú estabas en el mundo invisible para el ojo humano y él, en nuestro plano. Eso hace que la comunicación sea muy complicada. Es como cuando hay un grupo de personas en una casa encantada y solo una consigue ver al fantasma. Lo ve porque es más sensible que el resto, o sea, nació con un don. Pero estamos seguras de que tú, y me la juego a que también Josh, no posees ningún regalo visionario, así que, en vuestro caso, creo que tiene

que ver con el hecho de que los dos moristeis el mismo día y establecisteis contacto con el más allá.

Solté un resoplido quejoso y me detuve ante un semáforo en rojo.

—Genial. Ahora me tengo que preocupar por no abandonar mi cuerpo cuando esté cruzando un paso de peatones.

—No seas tan dramática. El espíritu sabe lo que hace.

Entré en el pabellón de los lisiados —como yo misma lo había bautizado—, y saludé a Miriam y Eduardo, quienes ya estaban con sus respectivos rehabilitadores. Llegaba tarde. Al final, el madrugar no me había sentado tan bien. En cuanto Vega se despertó decidí abandonar mi colchón calentito, prepararle el biberón de la mañana y jugar un ratito con ella, a pesar de que yo no había desayunado. Me rugían las tripas y, en lugar de calmarlas, me tumbé en el sillón con ella hasta que mi madre me obligó a vestirme y comerme dos tostadas rancias.

La verdad era que con todo lo que estaba sucediendo mis ganas de acudir a rehabilitación eran nulas, así que cuando Javi me comunicó que apenas me quedaban dos sesiones para finalizar mi tortura, salté de alegría. Ya casi podía estirar el brazo por completo, incluso llevarlo hacia la espalda y tocar mi omóplato sin experimentar un dolor crujiente que me hiciera maldecir mi mala suerte. Me abracé a él como una colegiala a la que le habían subido la nota por el buen comportamiento y los presentes en la sala me miraron como si hubiera enloquecido.

Después, como de costumbre, me tomé mi riguroso café con Miriam y Eduardo mientras charlábamos sobre asuntos poco trascendentales: nuestras terapias, nuestra mejoría y nuestras ganas por volver a ser nosotros mismos. Yo más bien asentía, porque, aunque ellos estaban sumergidos en una monotonía angustiosa y que podía comprender, mi espíritu se dedicaba a hacer travesuras, recorrer otro país y despertar en mí inquietudes que jamás pensé que pudieran habitar en mi interior.

Al despedirme de ellos e iniciar mi camino a pie directo a casa, Eduardo me interceptó en los primeros metros y me obligó a

detenerme.

—Quería decirte que estoy muy contento porque en nada terminas la rehabilitación. En cambio, a mí creo que me quedarán algunas semanas más.

Me había contado cómo había sido su accidente de moto y que, gracias al casco, no murió en el acto en una tarde lluviosa y con la carretera resbaladiza. Un coche se había saltado el ceda al paso y lo había arrollado. Lo lanzó varios metros más allá. Eduardo se había fracturado la tibia y el peroné, y uno de sus codos había necesitado de varias cirugías.

—Bueno, al menos ya puedes caminar sin muletas.

—Sí, es verdad —me confirmó con una risita nerviosa—. Yo... quería saber si te gustaría tomarte un café fuera de aquí, alguna tarde cuando te venga bien... conmigo —tartamudeó.

Eso me llevó a pensar que no se trataba de una cita inocente entre amigos y no pude evitar ponerme nerviosa. Me sonrojé. No, para ser sincera me puse como un tomate. No quería herir sus sentimientos ni rechazar su oferta a la ligera, pero mi cabeza no estaba donde debía estar.

—Oh... ah, sí, claro. En cuanto me den el alta pienso celebrarlo con el doble de cafeína y varios sobres de azúcar. Podemos invitar a Miriam por si le apetece venir. —No supe cómo excusarme. Estaba tan ensimismada en mis problemas místicos que no lo vi llegar: ni sus intenciones ni sus anhelos ni nada que no perteneciera al mundo de Josh.

«Josh».

Solté un leve suspiro que me sorprendió a mí misma y dejé a Eduardo allí plantado con un pretexto tan poco creíble que hasta un niño desconfiaría de él. Aceleré el paso y me obligué a no volver la vista atrás aunque me doliera, aunque en ese momento sintiera su dolor como mío. Me avergonzaba de cómo me había comportado y de no haber sido capaz de enfrentarme a la situación con más entereza, pero la realidad era que yo no sentía nada por él. Puede

que cariño por la amistad que habíamos creado en un ambiente tan desapacible como frustrante en algunas ocasiones. Nada más. Mi corazón estaba vacío y era incapaz de llenarlo de nuevo.

O podría ser que no.

Mis pensamientos me llevaron de nuevo a Josh y a la insólita calidez que había experimentado al encontrarme a su lado. Sacudí la cabeza, azorada. Josh era un espejismo, un fantasma, un ser que, aunque real, vivía en otro continente y estaba casado con una preciosa mujer. Y sí, Jenny estaba siéndole infiel; sin embargo, algo en mi interior me chillaba que él deseaba perdonarla por sus hijos, por él.

Volví a suspirar de forma tonta y me centré en el hombre que había dejado plantado unos metros atrás. Eduardo era un joven con un gran sentido del humor, de esos que son capaces de arrancarte una sonrisa al ofrecerte una rosa que se había sacado de la manga. Era incluso atractivo y me pregunté entonces qué demonios me ocurría, qué fallo neuronal existía en mi cerebro, pues era incapaz de sentir algo por personas como él, galantes y buenas. ¿Por qué siempre tenía que danzar mi corazón cuando me tropezaba con tipos que iban de sobrados y que parecían haberse tragado el palo de la escoba? Alejandro era uno de ellos: orgulloso, fresco, consciente de sus atributos y que sabía aprovecharse del encanto que desprendía. Un rompecorazones. Y ni mencionar al capullo de Toni, un exnovio presuntuoso y nada empático, quien se jactaba de sus conquistas como si fueran trofeos. Yo me negué a admitir que no sería una de sus copas más o que, al menos a mí, me expondría en una vitrina diferente, especial. ¡Qué tonta había sido!

Y qué tonta continuaba siendo al imaginar que un policía arrogante y ya no tan antipático pudiera pensar en una mujer que vivía a miles de kilómetros de él con una niña pequeña y unos padres sobreprotectores. ¡Vamos, yo era todo un partidazo!

Me reí de mí misma y esas carcajadas se convirtieron en lágrimas frustradas. Estaba harta de negarme a regar mis mejillas y a humedecer mis labios. Tenía que aprender a vivir en mi realidad, en mi día a día, aunque no dejaba de preguntarme por qué el destino me había traído su perfume desde tan lejos y por qué se empeñaba

en unirme a él como si de verdad formara parte de mi vida. Si de algo estaba segura era que un día esa conexión, por muy espiritual que fuera, desaparecería y yo tendría que aprender a vivir sin mis ausencias, sin él.

Capítulo 18

El tiempo es relativo

Desde la ventanilla del coche patrulla, observé la luna con recelo, pues no me parecía que fuese a desaparecer en apenas una semana. Tenía la impresión de que no menguaba, sino que crecía. Fruncí los labios algo desconcertado e hice tamborilear los dedos sobre el salpicadero. Algo no me cuadraba. Juraría que la luna dibujada en el calendario era menguante, pero ahora no lo podía asegurar, incluso ella la había rodeado con un círculo rojo. No obstante, viajar hasta la casa de Adriana en forma de espíritu solitario me había confundido. Además, los números no se encontraban en la misma posición que los calendarios de mi país y eso me trastocó mucho. Me hizo pensar en las diferentes culturas del mundo y en su manera de contar el tiempo. Los chinos iban más de dos mil años por delante de nosotros y los hindúes casi unos ochenta años por detrás. Donde yo vivía, las semanas comenzaban a contarse desde el domingo, y tenía la impresión que el de Adriana no. Pero encima, el calendario con el que contaba en el despacho era vertical, los números del mes se deslizaban hacia abajo, lo que me complicaba el hacer un paralelismo con las fechas que había visto en su casa.

Igualmente, emergieron muchas emociones indescriptibles que consiguieron colapsar mis sentidos, sobre todo porque estos parecían quedar anulados en ese plano. Sin embargo, estaba seguro de que, en ausencia de los otros, existía algo más intuitivo, un sentido desconocido para mí, pero que en cierta manera me resultaba familiar y me empujaba una y otra vez hacia ella. Necesitaba acariciarla, sentirla cerca de mí, beber de su luz como ella hacía de la mía. Esa extraña conexión que se había establecido entre nosotros era como la mismísima atracción entre los astros, como el magnetismo que existía entre la luna y la tierra. Ninguno podía vivir sin el otro, a pesar de que la luna no siempre era visible para todos los habitantes del planeta, al igual que ella tampoco lo era para mí. Cambiaba de forma dependiendo de la perspectiva con la que se la observara y ahora, contemplándola desde la ventanilla

del coche, se me antojaba más cercana, más colosal y, aun así, igual de misteriosa.

—¿Crees que la luna está menguando? —Cliff me miró con extrañeza y su garganta emitió un sonido incomprensible—. Bueno, he expuesto mi teoría delante del grupo y todos parecieron aceptarla, incluso Scott que siempre es más reticente a escuchar las opiniones de los otros.

—Esa que ves ahí no es una luna que esté disminuyendo su tamaño, de hecho, tuvimos luna nueva la semana pasada. Me extraña para lo exhaustivo que eres que no te hayas dado cuenta. Estamos en cuarto creciente, así que la posibilidad de que la víctima sea una joven es más cercana, pero ya escuchaste a Moreno: lo único que podemos asegurar es que la persona escogida será cáncer y que todos los nacidos bajo este signo están en sobre aviso. —Soltó una larga exhalación al tiempo que blasfemaba por lo bajo—. ¿Sabes qué signo es Mary? —Negué con la cabeza—. Cáncer. Nació un veinticinco de junio, así que entenderás que me importe una mierda tus cavilaciones sobre las diosas de la luna. Me preocupa mi mujer y que mañana por la noche, en vez de quedarme en casa con ella, tengo que salir contigo a patrullar para buscar a un asesino que es más listo que nosotros.

—Lo siento mucho. Soy un desmemoriado con las fechas de los cumpleaños.

—No, no es eso. Estás distraído, en tu mundo. A veces me pareces un completo extraño. Vas por tu cuenta y no me dices nada. No me gusta enterarme de tus teorías al mismo tiempo que el equipo, como esta mañana cuando soltaste lo de la luna y que el crimen se produciría por la noche porque está reflejado en la estampa esa de Marsella, como lo llames, ese tarot del que ahora no te despegas —dijo molesto mientras hinchaba sus fosas nasales—. Ya no me cuentas tus cosas y te juro que quise pensar que te habías obsesionado con este caso porque necesitabas agarrarte a algo en tu recuperación. Tuvimos un accidente muy chungo y entiendo que para ti ha sido más difícil; sin embargo... —Me miró con condescendencia y me hizo sentir incómodo—, chaval, no sé qué te ocurre, pero esto no tiene que ver con el accidente, hay algo más. Sé que...

—Jenny me ha sido infiel —le solté sin dejar que acabara la frase. No sé por qué lo hice, tal vez para darle algo que le hiciera recuperar la confianza en mí, algo verdadero y tangible, aunque en mi interior yo supiera que Jenny no era la causante de mis despistes. Era Adriana—. En realidad, no sé si su aventura amorosa ha terminado o no, pero desde que saltó a la prensa lo del asesino en serie, va a trabajar por las mañanas a la tienda y vuelve a casa para quedarse con los niños. Prefiere pagarle a la empleada más horas y cuidar de Tom y Luke. Tiene miedo, como todos, como tu Mary.

No fue pena lo que atisbé en sus ojos marrones, sino una profunda conmoción que lo llevó a aparcar el vehículo y mirar hacia el frente sin un objetivo concreto mientras se aferraba al volante como si fuera su chaleco salvavidas.

—¿Por qué?, ¿por qué ha hecho algo así?

Era consciente de que tanto Mary como él adoraban a Jenny, la habían acogido como una hija en cuanto se la había presentado una tarde de abril lluviosa de hacía ya nueve años. Nuestras visitas a su casa fueron cada vez más frecuentes, sobre todo cuando sus hijos mayores volaron del nido y se establecieron uno en Helena y otro en Missoula. Solo su hija menor, Charlotte, había preferido quedarse en Bozeman para impartir clases en la universidad. Aunque me llevaba diez años, Charlotte era como una hermana para mí y sus hijos, mis sobrinos. Nos habíamos convertido en parte de su familia, en esa que yo añoraba desde que era un niño y que mi madre no pudo nunca regalarme. Siempre imaginé que la muerte de mi padre la había trastornado y transformado en una persona ermitaña y poco apegada a sus hijos y nietos.

—No lo sé. Tampoco me interesan demasiado sus explicaciones —le respondí sin guardarme mis pensamientos—. Si yo me hubiera sentido como ella dice, primero hubiera tratado de buscar un diálogo y no me habría arrojado a los brazos del primero que pasara.

—Jenny. ¡Nuestra Jenny! —exclamó en un tono que revelaba su congoja—. ¿Por qué no me lo has contado antes?

—Porque estaba avergonzado y pensaba que, de alguna manera, ibas a juzgarme. No lo sé, quizá me habrías recriminado el no pasar demasiado tiempo con ella o me habrías pedido que la perdonara y que intentara reconciliarme porque la familia es lo primero, como tú siempre me dices.

—Yo no puedo obligarte a hacer algo así, porque ni siquiera sé lo que haría si fuera Mary la que estuviera con otra persona. Puede que le preguntara si está enamorada de él o si solo ha sido una aventura sin importancia y después...

—Ella quiere que lo intentemos.

—¿Y tú?

—No lo sé. Mi orgullo está demasiado herido para pensar en esto. Prefiero centrarme en el caso y... —Mis labios se sellaron. Quería hablarle de Adriana, del extraño vínculo que me condenaba a ir y venir y volar fuera de mi cuerpo, pero no pude—: y encerrar a ese demente de una vez por todas.

—Lo vamos a coger, Josh. Te juro por mi vida que ese cabrón va a pagar por todo lo que está haciendo.

Desvié la mirada hacia el cielo y volví a contemplar la luna con una cercanía que consiguió sobrecogerme. Creciente. Me había equivocado; sin embargo, mis compañeros ya lo habían tenido en cuenta y, aunque imaginaran que una muchacha podría morir en cuanto el sol se pusiera al día siguiente, seguirían velando por todos aquellos que habían nacido bajo el signo de Cáncer.

Cuando el último rayo de sol se desvaneció entre las montañas el veinte de junio, un extraño desasosiego se apoderó de mí. Quedaban apenas horas para que entrase la medianoche y se decretase el estado de caza. Desde la ventana de mi despacho, observé cómo el sol se esfumaba de manera silenciosa, como si fuera un fantasma del que nadie habría reparado en su presencia, pero que auguraba un presagio funesto sobre todos nosotros, uno repleto de sangre.

Dejé mi taza de café sobre la mesa y volví a repasar la carpeta que había creado sobre el asesino. Si la doctora Cameron tenía razón, la mayoría de los asesinos en serie provenían de hogares rotos con un padre ausente y una madre a la que culpaban de sus males. No lo afirmaba ella, lo corroboraban los numerosos estudios que se habían publicado en los últimos años: hombre blanco de entre veinticinco y treinta y cinco años que sentía el rechazo como una forma de agresión violenta.

Había repasado la lista de las personas que la empresa del señor Stevens había despedido desde años atrás. Era demasiado extensa para tratarse de una filial de unos doscientos empleados. Incluso me atrevería a decir que el pobre señor Stevens nada tenía que ver con los despidos de aquellos que desempeñaban labores de oficinistas o de limpieza. Él se encargaba de los peces gordos; sin embargo, no había nada en ellos que fuera relevante, ya que la mayoría había encontrado trabajo en otras ciudades fuera del estado de Montana. Aun así, los habíamos interrogado a todos, uno por uno, descartando al posible criminal de una lista que se me antojaba interminable. Lo mismo habían hecho Scott y Miller con los allegados a la congresista, en especial se centraron en aquellos que le guardaban cierto rencor. Nada. Estaba harto de darme de bruces contra muros demasiado altos para mí. No obstante, tenía la absurda sensación de que la clave estaba delante de mis narices y no era capaz de verla.

Contemplé la luna creciente con un recelo que me hizo desconfiar hasta de mí mismo. Ese malnacido ya se encontraría en las calles vigilando a su presa como un depredador despiadado sin alma y sin una consciencia que le susurrara que lo que estaba haciendo era una aberración. Perpetuaba un ritual que para él era de vital importancia. Volví a pensar que el sujeto debía ser un apasionado del esoterismo y que se había instruido en él para llevar a cabo su venganza, pero ¿qué venganza exactamente? ¿Quién lo había tratado tan mal para terminar comportándose como un monstruo? Otros asesinos múltiples escogían a sus víctimas porque tenían un cierto parecido con la persona que les había hecho daño, pero, en ese caso, el patrón no era el mismo y variaba en función de las cartas del tarot y de las constelaciones.

—¿Tienes un momento? —Sandra Miller asomó la cabeza tras la puerta y accedió a mi despacho en cuanto asentí—. Scott y yo nos estamos preparando para salir, pero quería comentarte algo antes.

—¿De qué se trata? —Ella miró de reojo la carpeta que segundos antes había lanzado sobre la mesa.

—Puede ser una tontería, pero, cuando me preguntaste sobre los manzaneros en la zona, estabas seguro de que el asesino dejaría a sus víctimas allí porque en la carta que me mostraste nos planteaba un escenario muy diverso a los anteriores, uno en el exterior. —Entrecerré los ojos con curiosidad y aguardé a que continuara—. Ahora es verdad que tenemos una luna con lo que parece un perro y un lobo también en el exterior. Es evidente que el asesino querrá escenificar su crimen fuera, bajo su cobijo. Pero ¿y si la luna también fuera un lugar? —Arqueé las cejas y quise adelantarme a sus conclusiones.

—¿Te refieres a que haga referencia a una calle, una montaña o un local?

—Hay varias tiendas y pubs que contienen esta palabra en sus nombres. —Sacó una libreta de la chaqueta de su bolsillo y comenzó a enumerarlas al tiempo que las señalaba con su dedo índice—. Tenemos el Blue Moon, el Moonlight, The Moon and the Cat, la...

—La Media Luna. —Tragué saliva mientras pronunciaba el nombre de la tienda de antigüedades de Jenny. Siempre me había parecido un apelativo ridículo para un negocio que se dedicaba a vender artículos antiguos o de coleccionistas.

—No se lo he comentado a Moreno porque quería tener tu opinión primero. Me ha sorprendido mucho esta faceta tuya tan enigmática. —Torcí el gesto a la par que colocaba las manos en la cintura.

—Sandra —la llamé por su nombre y ella dio un respingo. Estaba acostumbrada a que en el trabajo usaran su apellido como el de la mayoría, pero, en ese momento, quise acercarme a ella y agradecerle la confianza que había depositado en mí—. Creo que puedes tener razón. Deberías hablar con el capitán y pedirle que refuerce esos lugares con más efectivos.

Me cargué al hombro mi chaqueta y, tras recoger mis apuntes, me dispuse a salir.

—¿Y tú adónde vas?

—La Media Luna es el negocio de mi mujer. Dile a Moreno que Cliff y yo nos encargaremos de su vigilancia.

Arrastré a mi compañero hasta el coche patrulla cuando aún no se había terminado el bocadillo de atún que Mary le había preparado para la cena. Como buena esposa, había intentado que su marido comiera más ensaladas y verduras cocinadas, pero Cliff se resistía a hacerlo y terminaba en una hamburguesería pidiéndose algo para llevar mientras le regalaba su comida sana al primer vagabundo que pasaba por allí. No fue hasta que perdió una docena de táperes cuando Mary cayó en la cuenta de que esos súbitos extravíos no eran culpa de las persecuciones policiales, sino de su reticencia a saborear espárragos con tomate durante los turnos más largos.

—¿Qué ocurre? Nos queda una hora antes de salir.

—Nos vamos antes. Tenemos que vigilar la Media Luna. —Él dio un respingo y puso los ojos en blanco.

—¿Es que Jenny ha quedado allí con su amante?, ¿quieres matarlo a tiros?

—No seas tonto. Tengo la extraña sensación de que vamos a encontrarnos con nuestro asesino por los alrededores. —Entró en el vehículo sin rechistar y yo le conté todas las sospechas de la agente Miller, desde nuestra primera conversación sobre los manzaneros hasta su conclusión de que la luna nos indicaba también un lugar. No era una pista sólida, pero, en ese caso donde el asesino presumía de su conocimiento sobre las ciencias ocultas, ¿cuál lo era? Minutos después, mientras nos dirigíamos al lugar, recibí un audio de Jenny que consiguió erizarme los vellos de la nuca. Algo no andaba bien.

—Josh, me ha llamado la seguridad del local. Por lo visto, ha saltado la alarma de la tienda y han enviado a un coche de la policía a mirar. Algún adolescente le ha lanzado una piedra al escaparate y ha salido corriendo. He dejado a los niños con Mary. No te preocupes, me llevará

poco tiempo y estaré en casa antes de medianoche.

Cliff pisó el acelerador y encendió la sirena sin titubeos. No me preguntó. No era necesario. Él también había intuido el peligro que se desprendía de ese mensaje y unas repentinas náuseas comenzaron a aflorar en la boca de mi estómago. Me agarré al salpicadero mientras mis ojos observaban una luna que simulaba ser una uña afilada dispuesta a cercenar la garganta de su adversario. No aparté la vista de ella durante todo el recorrido hasta que se convirtió en un recuerdo borroso, el cual mi mente no era capaz de absorber. La luna daba paso a un alba siniestro, llena de sombras e incertidumbres. Solo pude rezar.

Capítulo 19

Yo no soy tú

Examiné la vidriera de un escaparate roto con asombro a la vez que un agente de policía se dirigía a mí con paso rápido. Reparé en su físico desgarbado y su cara salpicada por algunos granos, los cuales me anunciaban que no hacía mucho tiempo que había dejado la pubertad.

—No hay nadie dentro, señor. Está despejado. Los ladrones no suelen actuar de esta manera. No lanzan una piedra para luego no llevarse nada. Ha debido de ser algún mocoso con ganas de gastar una broma. No la hemos tocado. Estábamos esperando a que llegara usted.

Me resguardé las manos dentro de los bolsillos de la gruesa chaqueta y asomé la cabeza hacia el interior de la tienda para observar a la causante de todo ese estropicio. La piedra estaba allí. No obstante, no llegaba a comprender qué estaba haciendo yo en ese preciso instante. Imaginé que Josh había acudido a ese negocio tras una llamada en la que lo alertaban sobre la posibilidad de que se estuviera cometiendo un robo.

Me acuclillé para observar mejor a la culpable del delito mientras los agentes terminaban de inspeccionar el local. Tenía un tamaño considerable. Incluso en la mano de Josh, la piedra sobresalía por algunos puntos. Entonces arrugué el entrecejo, desconfiada. Había una pequeña nota incrustada en uno de los laterales y mi curiosidad me llevó a despegarla y desdoblarla para conocer su contenido, a pesar de que era consciente de que mi lectura selectiva podía impedir que lo hiciera.

Pero de pronto, las letras comenzaron a bailar delante de mis ojos y a formar frases legibles que consiguieron perturbarme:

Agente Adams, estoy más cerca de lo que imaginas y, a la vez, tan lejos que podría recorrer la luna varias veces y nunca nos veríamos, aunque sintamos que caminamos por el mismo universo.

Con el corazón desbocado, esbocé una mueca de consternación mientras mis ojos enloquecidos se movían de un lado a otro buscando a la persona que había escrito esa nota. Sabía que era él. Sabía que estaba observándome desde algún punto, ya que eran muchos los curiosos que se habían acercado al lugar tras escuchar las sirenas de la policía. Estaba allí, oculto entre el gentío y probablemente con una sonrisa socarrona pegada a su cara. Josh no estaba persiguiendo a un ladrón. Había llegado hasta allí, pues imaginaba que nuestro asesino del tarot estaba cerca, demasiado cerca para no percibirlo y demasiado lejos para verlo.

Tragué saliva y fue cuando vi a Jenny correr hacia mí con el rostro desencajado. La policía la había dejado atravesar el cordón que se esforzaban por mantener a duras penas. Ella no había tardado un segundo en emprender una carrera que la llevó a mis brazos. Se colgó en mi cuello, desamparada, aterrada, como si una sombra la hubiera estado persiguiendo durante todo el camino hasta llegar a mí. La abracé con espanto, pues desconocía por qué se había acercado al lugar. Cliff se acercó a mí y me arrebató la nota de la mano.

Muy despacio, la separé de mi cuerpo mientras le acariciaba los cabellos sedosos.

—¿Han robado algo? —me preguntó con los ojos húmedos—. He pasado mucho miedo mientras conducía hacia aquí. No quería dejar a los niños solos precisamente esta noche, pero...

—Está bien. No pasa nada —musité. Y fue cuando comprendí que esa tienda era su pequeño negocio de antigüedades y que no había sido casualidad que el asesino la hubiera escogido entre muchas otras.

Alcé la barbilla y distinguí un pequeño cartel que había colgado en la repisa situado detrás de la caja registradora: «La Media Luna, tu

lugar para hacer un viaje en el tiempo».

Entonces, sonreí para mis adentros, y no porque en la tienda de Jenny se vendieran antigüedades y artículos de coleccionista, sino porque conseguía leer todo lo que había a mi alrededor: los precios, los nombres de algunos objetos a los que Jenny había querido darles un trato más especial, y el maldito anuncio de un perfume que había en la enorme valla de enfrente y que vislumbraba desde el escaparate roto.

Suspiré aliviada, y disimulé una sonrisa cargada de orgullo porque no era el momento de ponerme a saltar de alegría. Había conseguido un triunfo y eso significaba que estaba avanzando, no sabía hacia dónde, pero lo estaba haciendo. Puede que mi espíritu por fin hubiese adquirido la habilidad de obtener más información y desarrollar la capacidad de leer, tal y como había sugerido Raquel.

Por el rabillo del ojo observé a un agente más experimentado y larguirucho que el anterior, quien se acercaba hacia nosotros con semblante serio. Me giré para recibirlo y ni corta ni perezosa examiné el escudo del uniforme que lucía reluciente en su persona. Y, ¡tachán! Apreció con claridad el nombre de la ciudad a la que viajaba, donde además aparecía una montaña nevada y, a sus pies, un río tan azul como el cielo rodeado de vegetación: ¡Bozeman!

El hombre carraspeó al sentirse incómodo por mi inspección, y deslicé la mirada hacia sus ojos amedrantados. Él esquivó mi indiscreción y se dirigió a Jenny:

—Señora, va a tener que hacer un inventario de cada uno de los artículos que hay en su tienda, pero ya le puedo decir que no han tocado la caja registradora.

—Sí, sí, por supuesto. Guardo en el trastero una copia de todo lo que se encuentra en el negocio. Tengo los albaranes allí en un archivador. —Jenny se encaminó hacia la parte de atrás muy seguida por el agente de rostro imperturbable mientras yo insuflaba un aire contradictorio, feliz por mi logro, y a la vez, quebrada, rota por la angustia y abrumada por mis conclusiones.

Cliff chasqueó la lengua e introdujo con esmero el papel en una de esas bolsas plásticas para preservar las pruebas.

—Tenemos que llevar esto a analizar. Si este mensaje es del asesino, tienes un serio problema.

—Es de él —aseveré con un tono agrio.

De pronto, escuchamos el grito desgarrador de Jenny desde el trastero y no dudé en correr hacia el lugar. El habitáculo estaba a oscuras. Alguien había apagado la luz. Al encenderla, descubrí al agente larguirucho tumbado en el pavimento frotándose la cabeza y deduje que alguien lo había golpeado. A ella la encontré cerca de la puerta trasera, semidesfallecida sobre unas cajas de cartón. Tras comprobar que se encontraba bien, salí fuera, donde atisbé la sombra de una persona moverse en el callejón. No dudé en adentrarme en él con la mano pegada a la cartuchera. Tenía una pistola, aunque no sabía cómo utilizarla. Sin embargo, mi mente algo aturdida por la situación pensó que con ella podría amedrentar a cualquiera sin tener que apretar el gatillo. Solo tendría que apuntar.

Trágico error.

Cuando llevaba unos dos minutos interminables corriendo por callejuelas malolientes detrás de un fantasma que se había evaporado, el sospechoso salió de la nada como por arte de magia y se abalanzó sobre mí. Caí al suelo como un triste muñeco de trapo. Supuse entonces que me había esperado en una de las intersecciones y no había dudado en enfrentarse a mí sin tener en consideración las dimensiones de Josh.

Josh. Si hubiera estado él en su cuerpo, no habría cometido ese error de novata. Forcejeé unos segundos con el atacante. Apenas pude vislumbrar su rostro, ya que un gorro de lana negro cubría gran parte de su frente y la cabellera. Me inmovilizó, apretando sus piernas contra mis caderas y me abofeteó sin piedad como si fuera una inocente damisela pidiendo auxilio.

La escasa luz de la luna me impedía individuar su figura, a pesar de que sentía el peso sobre mi cuerpo. Me resistí, pataleé, luché contra

él con uñas y dientes hasta que me arrebató el arma y me apuntó con ella. La muerte volvió a desfilar ante mí como un jinete solitario, harto de las negligencias de los seres humanos, quienes no se atrevían a pronunciar su nombre por miedo a ser los siguientes en su lista.

Pensé en Vega, en Josh y en lo estúpida que había sido al iniciar una persecución tras un asesino escurridizo, porque, si yo moría, él no tendría un cuerpo al que regresar. Me rendí, presa del pánico y de mis propias decisiones que me habían llevado a ese momento. Elevé una mirada de súplica hacia el agresor; sin embargo, como respuesta obtuve la victoria en sus ojos crueles y despiadados.

—Hola, cariño.

Me asestó un golpe en la cabeza con la culata del arma y todo fue oscuridad.

Capítulo 20

Mi vida en tus manos

Desperté de una ensoñación que se me antojaba de cuento pese al tremendo dolor de cabeza que me comprimía el cerebro. Me había desvanecido en el instante en el que nos acercábamos a la Media Luna y juro que maldije a los cuatro vientos por ello, grité como un corsario enfurecido y peleé por regresar a la tienda de mi mujer, pues intuía que ocurriría algo que lamentaríamos.

Sin embargo, cuando observé los ojitos de Vega mirarme desde la cuna, reprimí la rabia y esbocé una gran sonrisa. No podía luchar contra el destino que me había marcado el mismísimo universo. Debía confiar en que, dentro de ese descomunal plan que había organizado para Adriana y para mí, cuidaría de nosotros. Si no, ¿qué sentido tenía haber vuelto a nuestras vidas después de sentir el calor de la muerte? Ninguno. La cogí entre mis brazos y jugué a zarandearla como si de un avión se tratara. Ya no lloraba cuando me veía. De alguna manera se había acostumbrado a mi presencia dentro del cuerpo de su madre y, en lugar de ello, reía a carcajadas.

Yo también disfrutaba de esos momentos en el que era capaz de ser libre, sin grandes ataduras ni grandes responsabilidades. Aunque yo la acompañaba en su viaje por un océano vasto y profundo y me divertía imaginando que navegaba con ella esquivando tempestades, mi mente se empecinaba en regalarme imágenes de lo que podría estar ocurriendo en mi ciudad. ¿Y si ese malnacido le hacía daño a Jenny?, ¿y si la había atraído hacia su propia tienda para luego asesinarla? No, no, eso no podía ser. Jenny no era cáncer, sino sagitario. El asesino dentro de su retorcido mapa de crímenes ejecutaba sus impulsos violentos con sumo detalle y con una planificación que rozaba lo enfermizo.

Abrí los ojos y me pareció distinguir a Jenny saliendo de la habitación que en un principio me negué a reconocer. ¿Dónde me encontraba ahora? No, aquello no podía ser posible, me negaba a

admitir que de nuevo terminara en un maldito hospital. ¿Qué demonios había sucedido en mi ausencia? Me froté la cara con las manos porque necesitaba ver mejor lo que estaba ocurriendo allí. Cuando me las aparté, me topé con la mirada preocupada de Moreno. Eso no podría ser bueno. Se había desplazado hasta la clínica para verme y él jamás abandonaba la comisaría a no ser que el asunto fuera grave.

En cuanto quise incorporarme, un médico me apuntó con su linterna y otra vez me vi obligado a seguir la luz de un lado a otro sin poder objetar nada. Al menos en esa ocasión me encontraba en mi cuerpo. A falta de noticias, recé para que Adriana no se hubiera desmayado y estampado mi cabeza sobre el asfalto, pues así me sentía. La presión que me forzaba a cerrar los ojos de vez en cuando provenía del lado izquierdo, cerca de la sien. Un zumbido agudo me impedía escuchar con claridad. Sí, estaba casi seguro de que Adriana no había podido controlar el viaje y había terminado cayéndose antes de poder dirigirse a la tienda.

—¿Estás bien? —me preguntó Moreno en cuanto los sanitarios abandonaron la habitación.

Había permanecido en silencio observando cada movimiento que hacían tanto médicos como enfermeros. Parecía que estaba acostumbrado a esa clase de situaciones. Sin embargo, el tembleque de su pierna derecha lo delataba. Estaba impaciente y nervioso, más bien turbado.

—Sí, aunque no entiendo muy bien qué estoy haciendo aquí. ¿Dónde está Jenny? —En realidad, estaba preguntándole si se encontraba bien y si no le había sucedido nada cuando llegó a la tienda.

—Le he dicho que bajara a tomarse un café. Ella también necesita despejarse, ya que lleva unas cuantas horas esperando a que el bello durmiente de su marido recobre la consciencia. —Inspiró tan hondo que incluso yo escuché el sonido del aire penetrar por sus fosas nasales—. ¿Pudiste verlo? —Tragué saliva muy despacio, tanto que temí atragantarme con ella.

—Ahora mismo no recuerdo nada de lo que sucedió anoche —

confesé, desconcertado por semejante pregunta.

Él masculló por lo bajo y frunció los labios, apesadumbrado.

—Bien, creemos que la nota que encontraste en la tienda era del asesino. Estamos analizándola con detalle por si ha cometido algún descuido y ha dejado huellas en ella. También la está examinando un experto en caligrafía. Cuanto más datos tengamos sobre él, mucho mejor. —Moreno se atusó el bigote y se humedeció los labios antes de continuar—: Has llamado su atención, Adams. Ya he puesto un coche patrulla para que vigile tu casa noche y día.

—¡Joder! —Aparté las sábanas de mi cuerpo y quise levantarme—. ¿Y los niños?

—Jenny lo está organizando todo para que se los lleven tus suegros durante el verano, al menos hasta que cojamos a ese psicópata. —Me apresuré a vestirme delante de él, no sin antes arrancarme la vía que me habían puesto en el brazo. Moreno no me detuvo. Se limitaba a observarme como si ya hubiera previsto que eso sucedería.

—¿Cómo ha llegado hasta mí? La prensa no ha publicado los nombres de los agentes que llevamos la investigación. ¿Por qué yo?, ¿por qué a mí? No soy el único que trabaja en el caso y no me digas que han sido mis ideas las que nos han puesto sobre su pista, también la agente Miller ha colaborado mucho. Si no fuera por ella, no me hubiera presentado en la Media Luna. —El capitán lanzó un resoplido cansino, tal vez harto de mi palabrería.

—Deberías volver a la cama. De todas maneras, el médico ha dicho que te daría el alta en breve.

—No pienso quedarme acostado mientras ese demente amenaza a mi familia.

—Lo sé. No esperaba menos de ti. —Con los brazos en jarra, Moreno se presionó los labios hasta convertirlos en una delgada línea rosácea—. A lo mejor, tras lo ocurrido anoche, podrías cogerte unos días libres y estar con tu mujer. Jenny está muy asustada.

—No, no. Le diré que se marche a casa de sus padres también. No voy a abandonar el caso —anuncié tajante.

—Y yo no quiero que lo hagas, pero ahora puedes seguir investigando desde casa. Te pasaré los informes que necesites y te mantendré al día con los avances que tengamos. Ese cabrón no va a salir de su agujero en un mes. —Elevé la barbilla muy despacio y escudriñé en su mirada nublada.

—¿Qué quieres decir?

—Encontramos a una chica asesinada, una indigente de apenas veinticinco años a dos manzanas al norte de la tienda de tu mujer, cerca del Blue Moon. Muchos efectivos acudieron a la llamada de Cliff cuando te encontró en la calle tendido y sin sentido. Él aseguraba que te habías topado con el asesino y comenzamos a rastrear la zona. Sin embargo, en lugar de huir después del encontronazo que tuvo contigo, conservó la sangre fría y fue a por esa pobre muchacha.

Me dejé caer sobre el colchón con los pantalones sin terminar de subirme la cremallera. Todo el esfuerzo que habíamos hecho había sido en vano. A pesar de los llamamientos a la población para que extremara las precauciones ese día, él había conseguido a su víctima perfecta: una joven vagabunda que no había considerado ir al albergue esa noche.

—¿Cómo supo que era cáncer? Esa mujer no tendría ni documentación.

—Estamos seguros de que entabló conversación con él semanas atrás. Algunos testigos hablan de un hombre misterioso que en varias ocasiones le donaba comida. Pudo preguntarle su fecha de nacimiento. Tal vez lo hiciera con varias mujeres sin hogar hasta que se topó con nuestra víctima: Melissa Parker, nacida un dos de agosto. Ya estamos haciendo un retrato robot de ese tipo, pero no tengo muchas esperanzas. Se presentaba con una sudadera negra y amplia con la capucha puesta y una bufanda que le tapaba la nariz. Es muy listo.

Me quedé desarmado. No supe qué decir ni pensar, pues ese

hombre, fuera quien fuera, nos llevaba una ventaja desproporcionada y, mientras él se paseaba vanagloriándose de sus trofeos, nosotros corríamos como pollos sin cabeza. Había escogido a sus víctimas antes incluso de que supiéramos de su existencia. Doce signos astrológicos, trece víctimas, pues en el mapa de géminis rezaban dos personas. Cabizbajo, observé la hebilla del cinturón, mis dedos temblaban y no conseguía introducir la aguja en ninguno de los orificios. Maldije por lo bajo. Harto. Deshinchado de coraje.

—Si recuerdas algo de anoche, no olvides telefonearme. Sería estupendo que pudieras contribuir en ese retrato robot.

Moreno se despidió con un leve movimiento de la barbilla y cerró la puerta tras de sí. Yo permanecí anclado en la cama sin ganas de continuar vistiéndome. Mis recuerdos sobre el sospechoso no eran míos, sino de Adriana. Era ella la que se había enfrentado a él sin tener experiencia y con tan mala fortuna que, al final, quien había terminado en el hospital había sido yo. Me humedecí los labios, desconcertado. Mientras continuáramos viajando entre cuerpos, ninguno iba a tener el retrato completo de lo que estaba sucediendo. Podíamos apoyarnos, intentar entre los dos despejar nuestras dudas, pero ella había vivido en mis pieles una experiencia que me pertenecía, que podría ayudarme a individuar a nuestro asesino. Su voz, su perfume, su aliento estaban grabados en su mente y no en la mía, eso significaba que la próxima vez que se acercara a mí, no tendría las armas para reconocerlo.

Ya en casa, animé a Jenny a ir con sus padres. Ella se mostró reticente en un principio, luego lo pensó mejor. Los días tenían demasiadas horas y era consciente de que muchas de ellas yo las pasaría en las calles tratando de detener de una vez por todas a ese loco. Debía centrarme en el caso y no podría hacerlo si mis pensamientos estaban allí, preocupándose por ella cada minuto, imaginando que el asesino podría esquivar a los agentes que nos custodiaban para entrar en el salón dispuesto a matarla. Tenía que alejarla de mí, pues nuestra relación no pasaba por el mejor momento y no contaba con las fuerzas suficientes para cargar con un sentimiento de culpabilidad mayor del que ya se encontraba en mis entrañas.

—Por favor, cuídate mucho —me suplicó con la maleta en la mano.

Acaricié una de sus mejillas con el pulgar y esbocé una sonrisa de medio lado. No fue una forzada ni fingida. Desde que había descubierto su infidelidad no me había permitido reír delante de ella, no porque no lo deseara, sino porque el dolor pesaba más en mi alma que mis ganas de besarla de nuevo. No obstante, allí, en esa despedida fugaz, sentí que parte de mí se iba con ella y con los niños. Quizá a su regreso las cosas serían muy diferentes.

Abracé a mis hijos como nunca me había permitido hacerlo y, mientras los estrechaba entre mis brazos, recordé a Vega, tan inocente y tierna. Con ella había evocado esos minutos incombustibles en los que conectaba con Tom y Luke, en los que siempre terminaba en el suelo y ellos sobre mí dispuestos a vencer en una lucha inventada en la que yo fingía ser el malo. Quise pensar en qué momento me había perdido en el camino, en qué preciso instante había dejado de ser yo mismo para dejarme arrastrar por las obligaciones de un mundo que nunca paraba de reclamarme más. No lo encontré. No supe encontrar con exactitud ese instante en el cual mi vida había dejado de ser mía.

Una lágrima despuntó de mis ojos cuando los besé en la frente y les prometí jugar a un partido de baloncesto en condiciones cuando regresaran, o llevarlos al cine para ver la película que les apeteciera. Después, los dejé marcharse. Era lo que tenía que hacer.

Cuando los vi alejarse en la ranchera desde la ventana, decidí ir a la cocina y prepararme cualquier cosa que llenara mi estómago, ya que tenía que leerme los informes de los distintos agentes que encontraron a Melissa Parker muerta en el callejón. Lo más asombroso era que habían hallado su cuerpo junto a un chucho que no dejó de aullarle a la luna hasta que llegaron los de la perrera municipal. Yo sabía que era algo anecdótico, puesto que era imposible que el asesino pudiera dictarle a un perro cuándo debía alzar el morro y llorarle al cielo por la pérdida de su dueña.

Me preparaba un bocadillo con todo lo que había encontrado en la nevera cuando escuché un susurró detrás de mí. Di un respingo y me giré con el cuchillo que mantenía en la mano, dispuesto a enfrentarme a cualquiera que hubiera entrado en casa. Con cautela, me encaminé hacia el salón y asomé la cabeza, ocultando mi cuerpo tras la pared. Si ese loco había venido a por mí, no iba a ponérselo

fácil. Irrumpí en la estancia con paso firme mientras reconocía mi pistola cerca del aparador de madera sobre el que reposaba el televisor. No me costó llegar hasta ella. Alargué el brazo sin apartar la vista del umbral que me llevaba al pasillo de la entrada y apunté con ella a todos los rincones de la habitación. Nada. Falsa alarma. Allí no había nadie, pero no bajé la guardia.

—Josh. —Me sobresalté de nuevo y me maldije por ello. Mi corazón casi se me sale por la boca y me llevé la mano al pecho con la esperanza de frenar un posible infarto. Estaba demasiado susceptible. Cualquier mínimo ruido hacía que mi cerebro saltase por los aires. Respiré con normalidad y me obligué a tranquilizarme, pues ahora sí que había reconocido su voz.

—Adriana, ¿estás aquí?

Avancé hasta el centro de la estancia con más calma. Entonces comencé a vislumbrar su figura delante de mí, muy cerca. Los destellos dorados eran más tenues y menos vibrantes. Aun así, su resplandor continuaba siendo hipnótico. Esperé a que las pinceladas mágicas terminaran de componer su cuerpo con mucha ansia y me conmoví cuando sus ojos avellanados perfilados con un lápiz áureo me miraron con una familiaridad hilarante.

—Por favor, dime que estás bien. —Al principio su voz resonó en la sala como un eco lejano. Poco a poco, se fue transformando en una más natural y sonreí al comprobar que comenzaba a dominar la técnica.

—Sí, estoy bien —respondí todavía impactado por su presencia—. ¿Qué ocurrió anoche?

—Creo que era él. Sabe quién eres y quiso dejar claro que te estaba vigilando.

—¿Pudiste verlo? Ni te imaginas la cantidad de preguntas que me ha hecho Moreno y que fui incapaz de contestar.

—Apenas un reflejo de su sombra.

—¿Cómo era? —le pregunté ansioso.

—Su mirada era cautivadora y, a la vez, fiera. No tenía alma. Su voz era despiadada, casi salvaje. Me asusté mucho.

Quise rodearla con mis brazos en ese momento en el que su fragilidad palpitaba en el ambiente, pues todos sus destellos se habían apagado de forma drástica y ante mí surgió una mujer vulnerable pero valiente, heroica. Muchos en su lugar ni siquiera se hubieran atrevido a seguir al asesino por el callejón; sin embargo, ella no dudó un segundo en ir tras él para desafiarlo.

—Si vuelves a ser yo y te tropiezas con él, pide refuerzos y espera. No te pongas en peligro —le aconsejé como si fuera una novata recién salida de la academia—. ¿Serías capaz de reconocerlo? —Su mirada se perdió en un infinito cósmico al que yo no podía acceder. Entrecerró los ojos, se aproximó y luego presionó el centro de mi frente con el pulgar.

—Mis recuerdos también son tuyos. Están aquí dentro, bloqueados en un cuerpo que es incapaz de funcionar sin un alma.

Percibí una calidez extraordinaria en el hueco que existía entre mis cejas mientras ella frotaba aquel punto dibujando círculos. Los pintaba como una maestra a la que le habían concedido el don de la sabiduría y el permiso para enseñar a sus alumnos más aventajados a desarrollar la técnica. Disfruté esos segundos de esa embriaguez donde parecía que mi mente se extendía y ocupaba todo el espacio que nos separaba. Entorné los párpados anestesiado por las caricias mágicas que envolvieron todo mi ser en una paz que me había sido vetada, y entonces lo vi. Vi su rostro mientras me mantenía preso en el asfalto sin poder moverme. Fue una milésima de segundo en la que nuestras miradas se cruzaron, un instante en el que me invadió la angustia y el temor de una muerte segura. Algunos mechones castaños asomaban por debajo del gorro negro y en sus ojos marrones anidaba una maldad que jamás había visto en otros delincuentes. Era cruel. Despiadado. Apenas pude observar el resto de su fisionomía, pero su mirada se quedó grabada a fuego en mis entrañas. Me había topado con el mal en su estado más puro.

—Lo he visto —le dije.

—Sabía que podías hacerlo. Estamos conectados.

—¿Cómo has hecho eso? ¿Cómo has despertado un recuerdo en mí que ni siquiera es mío?

—No lo sé. Cuando estoy en este estado, conozco el funcionamiento de algunas cosas que, siendo yo, soy incapaz de saber. ¿Tiene sentido? —Negué con la cabeza muy despacio, a pesar de haber experimentado esa misma sensación—. Lo importante es que ahora lo has visto.

—Es como encontrar una aguja en un pajar. —Me froté la barbilla, pensativo, y comencé a dar vueltas alrededor de ella sin un rumbo fijo—. Podría revisar los archivos de todos los hombres de su edad que tengamos fichados y, aun así, no tendríamos una victoria segura. También podría aventurarme a hacer un retrato robot como me sugirió Moreno, pero su mandíbula, su boca y su nariz aparecen desdibujadas en mi mente.

—Es su mirada.

—Sí, hay algo extraño en ella. No parece ser de este mundo. —Escuché un quejido ahogado, el cual había emergido desde su garganta y había desaparecido antes de retumbar por toda la habitación. Aprecié la consternación y la confusión en su mirada.

—¿Por qué no me mató?, ¿por qué no te mató cuando tuvo la oportunidad?

—Yo no soy cáncer. Soy piscis. Eso hubiera desbaratado sus planes.

—Eres la última pieza del Zodíaco. Con piscis se acaba un ciclo y comienza otro —me informó con voz afectada.

—Oh, créeme, no voy a permitir que llegue tan lejos. No ahora que lo he visto. —Me acerqué a ella y quise transmitirle mi seguridad; sin embargo, me perdí en sus delicados ojos antes de mostrarle mi certeza—. ¿Cómo has vuelto tan rápido aquí? Apenas ha transcurrido un día.

—Estaba tan preocupada por ti... Tenía tanto miedo de que te hubiera ocurrido algo grave por mi culpa que le rogué a quien nos estuviera haciendo esto que me dejara verte. —Hizo una pausa en la

que me sonrió avergonzada—. Probé mil formas para provocar que mi cuerpo hiciera uno de esos astrales de los que tanto me habla Raquel y ninguna me dio resultado. Fue en el momento en el que me di por vencida cuando me tumbé sobre la cama, rendida por todo el esfuerzo que había hecho, y me liberé de mi cuerpo. Llegué hasta ti sin saber al principio que lo había conseguido.

—Estás empezando a dominar esta locura.

—En realidad, no sé si seré capaz de volver a repetirlo —admitió con un tono vergonzoso.

Me atreví a entrar en su perímetro donde algunas centellas se desprendían de su cuerpo y flotaban en el ambiente, otras, sin embargo, se precipitaban contra el pavimento a sabiendas de que desaparecerían antes de poder siquiera rozarlas.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le pregunté.

—Buscar a Leo antes que él y protegerlo para que no acabe con los demás.

—Me refería a ti y a mí. —Ella parpadeó varias veces e intentó asimilar mis últimas palabras.

Lo supe porque percibí su rubor en los ojos chisporroteantes, el bochorno entre las líneas difusas que dibujaban sus labios y, antes de que me respondiera, mi boca se acercó a la de ella dejando que solo un hilo de centellas se interpusiera entre los dos. La besé. Ni siquiera tenía idea de si podría saborear sus labios en ese estado, ni me planteé la posibilidad de que mi beso se desvaneciera en el aire porque ella no estaba dentro de un cuerpo de carne y hueso. Me arriesgué y no me arrepentí.

El sinfín de sensaciones que me invadieron casi ocasionó que mis pies levitaran a dos palmos sobre el suelo. Aunque no encontré su lengua para enroscarme en ella, conecté con todas esas burbujas mágicas que conformaban su boca y un éxtasis indescriptible me llevó a atraerla hacia a mí y rodearla con mis brazos. Era capaz de percibir su cuerpo a pesar de no estar presente. Sentía sus ansias aunque no dijera nada. Podía amarla.

Y me asusté.

Ella también, porque poco a poco su figura se fue diluyendo hasta desaparecer por completo entre mis brazos. Se desvaneció sin despedirse ni confesarme sus impresiones de lo sucedido. Aturdido, me senté en el sillón y aguardé su regreso. Suspiré. Deseaba que volviera y me contara que había sentido esa conexión vibrar hasta unos límites inexplicables. Los segundos se convirtieron en minutos y estos, en horas. No regresó. Yo permanecí allí observando cómo la noche comenzaba a tomar forma de nuevo, una noche con una luna deseosa de completar su ciclo, de regalarnos su brillo y su esperanza.

Capítulo 21

La fuerza que acompaña mis días

Me llevé una mano a los labios en cuanto fui consciente de que había regresado a mi cuerpo. Todavía estupefacta, permanecí clavada a los mosaicos de mi habitación mientras mi cerebro se esforzaba en esclarecer qué era lo que había ocurrido en los últimos segundos de mi viaje. Suspiré, histérica, y comencé a recorrer los escasos metros con los que contaba mi dormitorio. Me encontraba atónita por todo lo que acababa de experimentar. Me había besado. ¡Josh me había besado! ¿Cómo podía ser posible?, ¿cómo demonios había podido sentir el roce de sus labios?, ¿y por qué continuaba temblando como una gelatina?

Me dejé caer sobre el colchón y me abracé a la almohada como una quinceañera excitada por su primer beso. Desde la cuna, Vega me observaba divertida y me instaba a que la cogiera en brazos para compartir conmigo ese momento de euforia, pero yo todavía tenía que asimilar que me habían regalado el beso más espectacular del mundo siendo un espíritu, un alma viajera y no un ser de carne y hueso.

Estaba tan abrumada que, cuando consideré la posibilidad de telefonear a Raquel para contárselo, no pude. Deseaba disfrutar de ese momento sin interrogatorios exhaustivos ni comentarios jocosos. En lo más profundo de mi alma, sabía que me había enamorado de él sin apenas ser consciente. En esa locura, Josh era mi primer pensamiento de la mañana y el último de la noche, y aunque me boicoteaba pensando que era todo producto del extraño vínculo que nos unía, la realidad era que esa conexión me había salvado la vida. Me había devuelto las ganas de vivir y de enfrentarme a diario a las llamas del infierno que clamaban mi nombre con urgencia porque había burlado a la mismísima muerte. ¡Era una superviviente! Y no podía sentirme culpable por ello.

Ahora lo sabía.

Mi misión siempre fue Josh, y yo, la suya.

Con un renovado ímpetu, saqué mis apuntes de la cómoda, dispuesta a descubrir qué persona se escondía tras la constelación de Leo. No pude evitar mirar a mi pequeña con ojos anhelantes, pues ella era de ese signo zodiacal y apenas le quedaba un mes para cumplir su primer año de vida. Había sido un año que podía describir como las vueltas circulares de una montaña rusa en el aire, llena de momentos de euforia y de altibajos. Ante su insistencia, la saqué de la cuna y la llevé al salón para que se entretuviera con su montaña de cubos de tela mientras me sumía de nuevo en la investigación. Como cada mañana, mi padre se había levantado al alba para ir a trabajar e imaginé que mi madre tendría alguna casa que limpiar. A eso se dedicaba ella para ganarse un dinero extra, ya que un único sueldo no nos permitía cubrir los gastos desorbitados de una niña pequeña y los de una lisiada sin remedio.

Inspiré de forma sonora. Tras el alta médica, me había inscrito en la oficina de desempleo y pronto comenzaría con la búsqueda activa de trabajo, el cual me daría la independencia que estaba necesitando.

Volvía a tener un objetivo en la vida.

Volvía a ser yo.

Con energías renovadas, sumergí la cabeza entre mis notas y me concentré en el horóscopo de Leo. Decían que los nacidos bajo este signo zodiacal eran personas independientes, fuertes y ambiciosas y que, en ocasiones, esa seguridad que irradiaban los hacía caer en la terquedad. Al mismo tiempo, poseían una gran voluntad mental y eran generosos. Sin embargo, no me interesaban tanto los detalles sobre su personalidad, sino la carta del tarot que tenía asociada, ya que por ella se regiría nuestro asesino.

Después de devorar un paquete entero de galletas de chocolate, caí en la cuenta de que me encontraba ante una dicotomía. Dalia me había advertido que, en muchas ocasiones, dos arcanos mayores del tarot podrían representar a un mismo signo y que a veces, decantarte por uno solo era complicado. Si en las constelaciones

anteriores me había resultado fácil escoger una carta, con Leo estaba convirtiéndose en una tarea ardua, pues no encontraba la pista que me llevara a decidirme entre la fuerza y el sol.

Si tenía en cuenta el planeta dominante de Leo, el cual no era precisamente un planeta, sino una estrella, se trataba de nuestro querido Sol. No me cabía duda alguna, pues su carta asociada era el arcano número diecinueve con el mismo nombre: el sol, representada por dos niños que parecían abrazarse bajo los rayos imponentes del astro. Por su parte, la carta de la fuerza tenía una correspondencia astrológica clara con el signo de Leo. Su propia imagen, la de una mujer junto a un león capaz de irradiar vitalidad y una voluntad inquebrantable, nos hablaba de la garra del ego y nos remitía directamente hacia dicho signo zodiacal.

Me crují los dedos con un sentimiento claro de derrota, ya que me era imposible decidir entre las dos cartas del tarot, tan diferentes entre sí y tan alejadas en sus respectivas representaciones que las posibles víctimas se encontraban a un abismo entre ellas: dos niños o una mujer madura.

Le envié un mensaje de texto a Raquel para que se pusiera en contacto con la vidente y pudiera aclararme el asunto, dado que ella ya conocía mis investigaciones y todo lo acontecido con Josh. Aguardé horas para una respuesta que no despejó mis dudas, puesto que Dalia aseguraba que dentro de su comunidad astrológica existían serios debates al respecto. Siempre debía considerar que las cartas del tarot tenían un signo asociado, pero los horóscopos podrían estar representados por varias cartas de la baraja. Así me era imposible darle una respuesta objetiva a Josh, quien me imaginaba que también se encontraba indagando en sus propios libros y buscando la manera de adelantarse a la mente del asesino.

Resuelta, metí a Vega en el carro y nos dirigimos al parque más cercano de casa. Quería disfrutar del día maravilloso de verano en el que el astro amarillo era capaz de calentar mi piel y alejar todo tipo de preocupaciones. Deseaba olvidarme por unas horas del rostro del asesino, el cual me asaltaba la mente en los momentos más inesperados y conseguía turbarme hasta desdibujarme la sonrisa con la que había saludado a la mañana. No quería continuar con las cartas del tarot ni con los signos zodiacales. Necesitaba

respirar.

Ayudaba a Vega a deslizarse por el tobogán cuando una voz masculina hizo que me diera la vuelta al pronunciar mi nombre. Me sorprendió encontrarme allí con Eduardo, lejos del recinto hospitalario donde nos habíamos conocido.

—Hola. —Fue un saludo tímido, casi avergonzado, porque ni siquiera le había escrito para disculparme por haber salido espantada tras su propuesta—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido al taller que está al otro lado de la calle. El mecánico me ha dicho que le está costando conseguir una de las piezas para terminar de reparar la moto y, antes de coger el autobús de nuevo a casa, decidí dar un paseo. Entonces te vi en el parque.

—Ah, vale —respondí sin mucho atino, pues mi mente ya había elaborado una teoría sobre un chico acosador que espiaba a una madre soltera y la abordaba en los parques mientras jugaba con su hija.

—Así que ella es Vega. —Su mirada se desplazó hacia el rostro de la niña y esta le regaló una amplia sonrisa—. Encantado de conocerte, preciosa. Tu madre me ha hablado muchísimo sobre ti.

—Hoy se ha levantado juguetona desde primera hora y nos hemos venido un rato al parque para consumir todas esas energías. —Él se echó a reír de una manera tan natural que consiguió derribar mis barreras defensivas, esas que había alzado para que nadie nunca volviera a hacerme daño.

—También me ha contado que, aunque eres una dormilona, eres muy desinquieta. —Le hizo cosquillas en la barriga y ella le mostró sus dientecitos en una carcajada estrepitosa. Después, desplazó sus ojos e impactaron con los míos bruscamente y yo agaché la cabeza, azorada—. ¿Te apetece hoy ese café? Así me cuentas qué planes tienes para el verano ahora que eres una persona libre.

Después del desplante con el que lo había sorprendido la última vez que nos vimos, pensé que tomarme ese café con él serviría como disculpa. Introduje a Vega en el carro y lo empujé hasta llegar a una

pastelería que se encontraba en los alrededores.

—¿Qué horóscopo eres? —La pregunta me cogió tan de improviso que di un respingo antes de que terminara de hacerla. De nuevo, pensé en Josh y en el caso del asesino del tarot. Aunque fuera una cuestión inofensiva e insignificante, a mí me removió las tripas. Lo miré desconcertada con unos labios torcidos que reflejaban mi sorpresa—. Perdona, he visto el libro sobre signos del zodíaco que llevas en el carrito y pensé que te gustaban estos temas.

Entre algunos juguetes de Vega, estaba uno de los tantos libros que había estudiado con ahínco. Lo había guardado ahí, semanas atrás, para leerlo en los momentos en los que la niña se dormía durante su paseo diario y yo aprovechaba para sentarme en uno de los bancos del parque.

—Ah, sí. Ya me había olvidado de él. No creo que un horóscopo determine tu personalidad, pero lo tengo por simple curiosidad. Me interesa conocer qué habilidades posee Vega y cuáles son sus profesiones más afines —le mentí sin remordimientos.

—¿Y cuáles son?

—Pues podría ser política o actriz —dije de manera burlona.

—¿Y la tuya?

—Según esto, me he equivocado con mi vida desde el principio. Debería haber estudiado márquetin o puede que derecho. Como ves, es un rollo.

—Todavía estás a tiempo. Yo te veo como una gran abogada vestida de traje, chaqueta y con un moño bien estirado.

—¡Ni de coña! Demasiadas leyes y artículos que memorizar por mucho que mi horóscopo insista en que tengo un gran sentido del deber. Antes me cambio el signo zodiacal.

Me reí de mí misma mientras, de soslayo, mis ojos se posaron de nuevo en el libro. Daba igual lo que yo pensara de esos temas, lo importante continuaba siendo lo que creyera el asesino. Con una sonrisa amarga, entré en la pastelería y deseé que a Josh le fuera

mejor que a mí con su búsqueda.

Dos semanas después mientras me esforzaba en cerrar los ojos para conciliar el sueño, mi espíritu decidió hacer otro viaje. Esa vez no pude controlarlo. Había intentado sin éxito provocarme uno de esos astrales de los que hablaba mi amiga y aparecer en casa de Josh, no solo para explicarle lo difícil que me estaba siendo individuar a la persona que representaba Leo, sino para verlo y que sus ojos me confesaran que no existía ni una pizca de arrepentimiento después de nuestro beso místico.

Sin embargo, esa noche, un mareo súbito me cogió desprevenida. Llegué a pensar que el colchón quería expulsarme de la cama al dar bandazos de un lado a otro, hasta que caí en la cuenta de que ese no era el culpable de mis desvaríos, sino mi cuerpo. Algo se sacudía en mi interior: un tigre enjaulado que, desesperado, mordía los barrotes para gozar de su libertad. No pude hacer nada para mantenerlo en la jaula más que contemplar con temor cómo lograba excarcelarse y flotar en el aire como una nubecilla transparente.

Aparecí en el departamento de policía de Bozeman, la cual había investigado desde que supe el lugar al que viajaba.

Bozeman, una ciudad del estado de Montana ubicada al suroeste de la región con una población de poco más de cincuenta y tres mil personas. Se trataba de la sede de la Universidad estatal de Montana y contaba con un aeropuerto internacional: el Bozeman Yellowstone, y un periódico local: el Bozeman Daily Chronicle. Había hecho bien mis deberes.

Orgullosa de mí misma, traté de adaptarme a mi nuevo ser y eché un rápido vistazo a mi alrededor. Poco a poco, las personas que se encontraban en ella fueron tomando forma ante mí, como un lienzo en blanco al que le echaban pintura y todo lo que había permanecido oculto se manifestaba con un poder hipnotizador. Distinguí a los agentes Miller y Scott a mi derecha, ambos seguían las aclaraciones de una señora de la altura de una silla. No tenía un rostro desagradable pero tampoco afable. Esta se limitaba a explicar unos gráficos en la pantalla que estaban borrosos para mí. Tampoco

conseguía diferenciar las voces de los asistentes, ya que se me presentaban como un murmullo intenso y caótico.

No tardé mucho en descubrir a Josh fuera del corrillo que se había organizado en torno a la mujer. Estaba de pie, con los brazos cruzados y en una postura poco receptiva. Quise saludarlo y alcé una mano tontamente; sin embargo, su mirada se dirigía a la pantalla de exposición. Suspiré con impaciencia y mis ojos se posaron en las dos últimas personas que cerraban el círculo: Cliff y el jefe Moreno. El capitán prestaba atención a cada uno de los gestos que salían de la diminuta mujer mientras que mi compañero trataba de ocultar algún que otro bostezo tras una de sus manos gruesas.

Por fin, el rumor se convirtió en palabras audibles y yo misma me mostré interesada en el discurso de la mujer desconocida.

—Como os hice pasar en un dosier hace unas semanas, este nuevo perfil es producto de los últimos acontecimientos y lo desarrollé tras la muerte de los enamorados. No es el primer asesino múltiple que no busca a víctimas con unas características físicas similares o que se centra en un rango de edad específico; sin embargo, debemos tener en cuenta que sigue un patrón como el resto. Tiene que completar su misión y llegar hasta el signo de Piscis, así cerrará el ciclo.

—¿Y dejará de matar? —le preguntó Cliff patidifuso.

—Bueno, es muy probable que no cometa un delito durante un tiempo, que se oculte en las sombras hasta que un nuevo detonador lo constriña a aflorar sus instintos homicidas y, por consiguiente, a elaborar un nuevo plan. Podrían pasar años hasta que sucediera.

—No vamos a permitir que llegue hasta Piscis —afirmó tajante Moreno—. Lo detendremos antes.

—Yo no digo que no, sobre todo ahora que ha mostrado un interés especial en el agente Adams. —Todas las miradas se posaron en él, incluida la mía, que deseaba con un profundo ardor ser visible para sus ojos—. Esa disposición a retarte, a querer demostrarte que él es mejor que tú, no deja de ser una distracción. Y las distracciones alejan a esta clase de asesinos calculadores de sus planes. Puede

cometer un error en cualquier momento, algo que nosotros podemos aprovechar.

—Pues espero que lo cometa pronto —apuntó el agente Scott al tiempo que se atusaba el cabello rubio con los dedos—. La gente está asustada y muchos no quieren salir de casa por si ese malnacido decide vigilarlos y señalarlos como presa.

—Es un hombre muy metódico. Estoy casi segura de que antes de comenzar esta carnicería ya había escogido sus víctimas —alegó ella.

—Yo solo sé que estamos haciendo el ridículo —prosiguió Nick Scott—. Todos nos ven como si fuéramos unos inútiles incapaces de detener a un simple idiota. Malgastamos un tiempo precioso en localizar a esa supuesta vidente que hablaba de un asesino de los horóscopos y también lo hacemos intentando conectar unas cartas francesas con las víctimas.

—El mayor error que podemos cometer es infravalorarlo. Esta clase de personas suelen ser muy inteligentes y, dado su naturaleza nada empática y calculadora, los convierten en unos cazadores excepcionales.

—Muchas gracias, doctora Cameron —intervino el capitán Moreno, decidido a zanjar el tema sobre las cualidades extraordinarias que tenía el asesino—. ¿Y qué hay de nuestra próxima víctima?

—Como me pidió, he buscado a uno de los astrólogos más reputados del país y hemos estado discutiendo sobre la constelación de Leo en todas sus modalidades esotéricas. Hoy en día, hay dos cartas que lo representan y no hemos podido llegar a una conclusión clara. Los siguientes objetivos podrían ser dos niños de entre cuatro y siete años o una mujer a partir de los treinta, cuando ya se la considera madura y con una experiencia notable.

Josh entrecerró los ojos afectado por las declaraciones de lo que parecía una especialista. Comprendía su malestar. También maldecía al universo por no ser más claro con sus intenciones. Si quería que detuviésemos al culpable, ¿por qué no nos enviaba una pista fiable fuera como fuese, una señal o una dirección a través de

los sueños? Incluso podía hacer que mi espíritu viajase hasta la casa del asesino, aunque sabía de sobra que eso último no podía ser posible, ya que mi alma estaba ligada a la de Josh de forma intrínseca. No podía presentarme en lugares donde él no estuviera.

—¡Joder! ¡¿Dos niños?! ¿Cómo siquiera puede plantearse asesinar a unos angelitos? —exclamó Cliff dejando sus pensamientos al descubierto.

—Muy bien, alertemos a los campamentos de verano, a la organización de los festivales que se realicen por esas fechas y hablaré con el alcalde para que cierre parques e instalaciones infantiles —resopló sobrepasado—. Y si se trata de una mujer, pues ya tenemos a la población informada de que la siguiente víctima ha nacido bajo el signo de Leo. Gracias de nuevo, doctora Cameron.

La mujer de apenas un metro y medio de alto recogió sus archivos, apagó la pantalla y abandonó la sala muy tiesa. En ese momento, todas mis energías enfocaron a Josh, quien había decidido distraerse mirando por la ventana mientras el capitán repasaba el informe sobre Melissa Parker, la joven víctima de Cáncer.

—Josh —lo llamé. Temía que el resto me descubriera, a pesar de que era consciente de que para ellos no era más que un fantasma invisible e imperceptible. Él ladeó con levedad la cabeza y pronto volvió a contemplar el exterior—. Josh, por favor —me esforcé más. Esa vez se giró por completo y exploró la habitación hasta que por fin su mirada de asombro se estrelló contra la mía.

Quise acercarme a él, pero, de pronto, la puerta se abrió y una joven policía de unos veinte años entró en la sala como una apisonadora. En un primer momento, pensé que me arrollaría y brinqué hacia atrás, después, quise creer que eso no podría suceder. Como mucho me traspasaría. Ignoraba qué efectos tendría ese atropello en mi espíritu.

Josh me hizo señas para que me mantuviera en mi posición y yo asentí, algo disgustada. Necesitaba hablar con él, escuchar su voz, aunque él ya conociera la información que deseaba darle: Leo estaba asociado al sol y a la fuerza, a los niños y a una mujer experimentada, puede que enérgica y muy inteligente, pero no nos

ofrecía datos excluyentes.

La policía le entregó una carpeta al agente Scott y, después de cuchichear durante unos segundos, la joven se dirigió a la salida. En el rostro de Nick se dibujó una sonrisa triunfante, casi diría que arrogante, mientras nos desvelaba el contenido de la carpeta: una foto, más bien una fotocopia de un artículo de periódico donde se apreciaba una fotografía.

—Bueno, jefe, el que vale, vale —le dijo al capitán mientras le extendía el papel—. Nos hemos estado centrando tanto en los horóscopos, cartas del tarot y mierdas de esas, que hemos descuidado el móvil de los asesinatos. Sí, yo también he escuchado la palabrería de la doctora con su blablablá de que las víctimas son escogidas casi al azar y siguiendo un patrón obsesivo. No obstante, cuando murió la congresista le pedí a la agente Riley que buscara denuncias, informes anteriores..., cualquier cosa que relacionara a la primera víctima, el señor Stevens, con la congresista Wilmore. Vamos, los dos eran unos peces gordos, así que era imposible que no hubiesen coincidido en una de esas galas benéficas para ricos en la ciudad. Y, ¡tachán! ¡Aquí está!

Todos se acercaron al agente Moreno para ver la codiciada foto, incluida yo, quien no salía de mi asombro, pues a pesar de estar borrosa y en blanco y negro, pude distinguir a las dos víctimas en una especie de podio junto a otras personas más. Parecía que estuvieran en una presentación al aire libre de algún proyecto que no lograba ver mientras un centenar de personas se agolpaban para escucharlos. Scott prosiguió:

—La foto se hizo hace cuatro años y se publicó en el Daily Chronicle. En ese acto, se anunciaba la construcción de un recinto social que acogería y daría apoyo a los más desfavorecidos de la comunidad. Fue una propuesta impulsada por la congresista Wilmore y secundada con el dinero de Stevens y otros dos ricachones, aunque fue nuestro empresario quien prometió más fondos a la causa —explicó desde la mesa sobre la que se había sentado mientras contemplaba los rostros boquiabiertos de sus compañeros—. Sé que he tardado un pelín en conseguir resultados, pero ahí están. No ha sido fácil para la agente Riley ni para mí rebuscar entre centenares de archivos, periódicos, listas de amigos comunes...

—¿Por qué no me dijiste nada? —le reprochó su compañera.

—Tú estabas más concentrada en estudiar astrología, yo preferí buscar pistas terrenales. —La agente Miller lo acribilló con su mirada oceánica, mostrando irritación.

A mi parecer, Nick Scott era el típico chulo de playa que se las sabía todas y no sabía nada en realidad. No comprendía cómo una mujer como Sandra, más reflexiva y sensata, podía soportarlo durante horas mientras patrullaban por la ciudad.

—Bueno, aunque de momento el hecho de que estuvieran los dos presentes en un mismo acto no es vinculatorio con el caso, tenemos que investigarlo como un posible móvil. ¿Sabemos a quién pertenecen las tierras donde querían construir ese edificio? —Moreno arrugó la nariz algo enojado.

Era evidente que tampoco había sido de su agrado que el agente Scott hubiera iniciado una investigación paralela sin informar al resto, ni siquiera a su compañera. De igual forma, admitía que la intuición de Nick había sido acertada al no centrarse en las posibles víctimas aleatorias de las que tanto hablaba la doctora Cameron.

—Sí, claro. —El agente Scott se bajó de la mesa de un salto y se acercó al capitán para señalarle un párrafo del artículo—. Pertenecen a la señora Elizabeth Abbot, viuda y sin hijos. Contrató a un abogado para evitar que le expropiaran las tierras y consiguió con esto que se paralizara el proyecto de forma indefinida.

—Buen trabajo, Scott —lo felicitó el jefe—. Miller y tú interrogaréis a los asesores de la congresista sobre el estado del proyecto actualmente. Adams y Richards, vosotros hacedle una visita a la señora Abbot.

Examiné el rostro de Sandra antes de abandonar la sala. Había enfado en él y puede que una pizca de culpa por no poseer la complicidad suficiente con su compañero para que ambos fueran sinceros entre sí. En cambio, el pecho de Nick estaba ensanchado, lleno de orgullo porque era consciente de que él se había llevado las medallas en ese día.

—¿Vamos? —Cliff invitó a Josh a salir, pero este, después de mirarme durante unos segundos en los que yo misma perdí la noción del tiempo, instó a su compañero a que se adelantara.

—Espérame en el coche. Ahora bajo.

Incluso más tarde de que nuestro compañero de fatigas se ausentara, mantuvimos nuestras miradas pegadas sin pestañear. Ninguno quiso romper el silencio de esa misteriosa conexión que nos unía y nos atraía como dos imanes desesperados en busca de su dueño.

—¿Qué haces aquí?, ¿por qué has venido a la comisaría? —me preguntó.

—No he sido yo. No he controlado este viaje y tampoco entiendo por qué he aparecido en tu lugar de trabajo. —Me encogí de hombros. Desconocía si ese gesto era perceptible al ojo humano. Después de todo, no dejaba de ser un cúmulo de energía sin cuerpo —. Puede que tuviera que escuchar esta conversación, aunque todavía no comprenda el motivo. ¿Crees que es relevante?

—No lo sé. Lo vamos a averiguar ahora.

Se acercó a mí despacio como si estuviera contando los pasos que nos separaban y algo en mí comenzó a bullir. No sabía si las centellas que me convertían en una silueta visible detonaron una tras otra o fue mi propia alma la que brilló de forma repentina. Lo único que sabía era que esa explosión de brillo inesperado hizo que él se detuviera a dos palmos de mi boca.

Me miró con una ternura que lograba inspeccionar todos los rincones de mi espíritu y saquearlos sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Bajé la barbilla, azorada, y Josh se atrevió con la palma de su mano a levantármela con suavidad. Quiso que también lo contemplara mientras una línea fina se dibujaba en sus labios.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—No lo sé, pero sabes que no puedo desaparecer sin más. Tengo que quedarme a tu lado hasta que quienquiera que sea me reclame

para volver a casa —dije de forma inocente.

Él se echó a reír. Pronto comprendí que el sentido de su pregunta nada tenía que ver con mi respuesta. ¿Qué íbamos a hacer nosotros?, ¿qué íbamos a hacer después de ese beso? Yo no tenía ni idea. Solo supe que en cuanto lo vi en la habitación, más alejado del resto, algo solitario y pensativo, quise estrecharlo entre mis brazos y provocar ese estallido de pasión que se produjo al chocar nuestras bocas.

—Sí, lo sé. —Sacudió la cabeza—. Procura no distraerme mucho. Tenemos que ir a casa de la señora Abbot.

Durante el trayecto en coche me comporté como un fantasma bueno, sin susurrarle mis impresiones a Josh ni incomodarlo de ninguna manera. De vez en cuando, mientras charlaba con su compañero, me miraba de reojo para confirmar que todavía no había emprendido el camino a casa. Yo le sonreía de manera tonta y casi ingenua. ¡Qué ganas tenía de verlo a solas!

—Scott es un capullo —afirmaba Cliff con un enojo evidente—. Eso no se le hace a un compañero. Si se está tirando a Riley, que lo haga, pero que no la implique en un caso que no es suyo. ¡Es de primero de manual! Debería haberlo consultado con Miller.

—O al menos informarla de sus hallazgos antes que a los demás.

—Es idiota y ahora tenemos que visitar a una viejecita en su rancho a las afueras por esa maldita foto. Nunca me han gustado sus formas y lo sabes.

—Ya, pero tenemos que comprobarlo todo.

Cliff suspiró, negó con la cabeza varias veces y terminó frunciendo los labios.

—Entonces, ¿vas a mandar a Jenny y a tus hijos con sus padres?

—No me queda de otra. Ese cabrón se ha acercado a mi casa y a la tienda de mi mujer.

Al denominar a Jenny como su mujer, Josh se mordió el labio

inferior y me miró de reojo. Yo mantenía la vista al frente sin darle mayor importancia al hecho de que Jenny continuaba siendo su esposa.

Al llegar a la propiedad de la señora Abbot, no pude dejar de sorprenderme al distinguir a una veintena de caballos pastando entre la hierba de un verde electrizante mientras unos hombres con sombreros de vaqueros cuidaban de ellos. Unas vallas de alambre impedían que los animales abandonasen las tierras e imaginé que esa viejecita, como la había llamado Cliff, era alguien pudiente. Sin embargo, la vivienda de madera se me antojó humilde en comparación con todo el terreno que poseía y eso que era grande para una persona sola.

Contaba con un porche donde dos columnas a los lados sostenían el techo a dos aguas que sobresalía a modo de cubierta. Además, poseía dos pisos, el superior más pequeño que la planta baja si tenía en cuenta el número de ventanas que se apreciaban en el segundo piso. No pudimos acceder al interior, ya que la señora Abbot, más terca que una mula, nos sugirió que sin una orden judicial ningún policía pisaría su casa.

—Señora Abbot, Elizabeth, ¿puedo llamarla Elizabeth? —le preguntó Cliff, sacando sus dotes sociales. Ella asintió sin mucho empeño—. No hemos venido aquí a incomodarla o registrar su casa, solo a hacerle unas cuantas preguntas sobre las tierras que querían expropiarle hace unos años.

—Esos buitres del condado vinieron para que firmara unos papeles como si fuera estúpida. No he enterrado a mi marido ni a mis dos hijos siendo una mojigata que no sabía nada de la vida.

—Sabemos que su abogado consiguió detener la expropiación —añadió Josh.

—¿Y para eso han venido?, ¿para informarme de algo que yo ya sé? ¡Menudos policías de pacotilla!

—No, no se trata de eso —Josh insistía—. Queríamos saber si alguna vez habló con la congresista Wilmore o el señor Stevens en persona. —Ella frunció el ceño, mostrando un cierto recelo. Se quitó

el sombrero que la protegía del sol y comenzó a airearse con él.

—Con el hombre no hablé nunca. La congresista vino a visitarme una vez. Esa zorra manipuladora pretendía construir un centro en mis tierras para inmigrantes sin papeles y vagabundos indeseables. ¡Era una falsa! Y se lo dije a la cara. ¿Por qué mis tierras?, ¿por qué no donaba ella parte de su mansión para convertirlo en un albergue? Soy americana. Mis antepasados han levantado este país, nuestro apellido se ha ido consagrando en la región de Montana como uno de los más influyentes generación tras generación. He visto cómo se ha ido degenerando este país. Nos quitan el pan que tanto nos ha costado conseguir para dárselo a otros que no quieren trabajar.

Mientras ella entonaba un discurso racista, me deslicé por el porche y logré asomar la cabeza a través de la ranura que mantenía la puerta medio abierta. A pesar de la claridad que entraba por las ventanas de lo que supuse que sería el salón, no conseguía ver nada. Miré a Josh, quien no me quitaba la vista de encima, a la par que Cliff, visiblemente irascible, le respondía a la señora Abbot de malos modos:

—Señora, ¿y quién va a heredar sus tierras cuando muera? Nos ha comentado que sus dos hijos fallecieron.

—A usted no le importa a quién le dejaré mi propiedad, pero ya le puedo decir que no será a esa panda de políticos remilgados que les van quitando el pan a las buenas familias para dárselo a esos indeseados.

—Entonces, ¿se alegra de la muerte de la congresista?

—Yo no me alegro de nada. Se ha hecho justicia divina. Era una saqueadora y una mentirosa. Si no hubiera sido ese asesino, habría sido otro. Ha obtenido lo que se merecía. Y ahora, ¡fuera de mis tierras!

Quise introducirme en la casa, pero algo me lo impedía. Caí en la cuenta de que no podía alejarme demasiado de Josh. Tenía que mantenerme dentro de su campo visual. Lancé un suspiro cansino mientras volvía a introducir la cabeza en el interior. De pronto,

sentí que había alguien más conmigo. No pude descubrir de quién se trataba, si era otro de los trabajadores del rancho o alguien que ayudaba a la señora Abbot con las tareas domésticas. Fuera quien fuese, todos mis sentidos se pusieron en alerta al mismo tiempo y un extraño repelús penetró por las partículas que desprendía mi espíritu.

Yo no conseguí verlo; sin embargo, estaba segura de que él a mí sí.

Antes de que pudiera advertir a Josh de que había alguien en la casa vigilándolos, me vi envuelta en un haz de luz y un repentino mareo me hizo dudar de mis capacidades sensoriales. Me dejé llevar. No podía hacer nada más, por lo que regresé a casa.

Capítulo 22

Una carta de amor

Desapareció. Adriana no regresó al vehículo, así que supuse que había emprendido el viaje de vuelta a casa. Inspiré con resignación. Me habría gustado charlar un poco más con ella a solas, en la intimidad. Había deseado que las horas transcurriesen más rápido para encontrarnos los dos en el porche, sin interrupciones ni obligaciones, bajo el manto de unas montañas expectantes. Solos ella y yo. Pero ese día no pudo ser y aguardé con desesperación a que no tardara otras dos semanas para verla de nuevo.

Después de un turno de doce horas, encendí la televisión y me distraje viendo la primera parte de La jungla de cristal con Bruce Willis de protagonista mientras le daba sorbos a una cerveza bien fría. La había visto en innumerables ocasiones. Para mí era un clásico, uno de esos irresistibles que te hacían pegarte al sillón y no levantarte hasta que los créditos terminasen. John Mclane, el policía al que encarnaba Willis en esa saga, era tenaz, intrépido, pero lo que más me gustaba a mí era el tono sarcástico con el que se enfrentaba a los malos.

Así conseguí que mi mente se evadiera de todo lo que estaba sucediendo en mi desastrosa vida, de los numerosos problemas que brotaban como enredaderas asfixiantes en un jardín colorido, aunque el mío había muerto meses atrás. Las flores se habían marchitado, a pesar de que desde el principio me había esforzado en regarlas para devolverles su luz. Todo había sido en vano. Cuando acabó la película, me refugié en el silencio de la casa que habían dejado mis hijos y Jenny tras su marcha. Estaba solo, perdido y me resultaba increíble que el único faro en esa condenada ciudad que me ofreciera la luz que necesitaba fuera una mujer que vivía a miles de kilómetros de allí. Ni siquiera la conocía en persona.

De pronto, solté una risotada que consiguió sobresaltarme a mí mismo. Adriana me había dicho que había estado enviándome

mensajes, pero yo no había recibido ninguno de un número extranjero. De eso estaba seguro. Comprobé de nuevo mi móvil y nada. Juraría que se lo había anotado bien. Era un auténtico capullo y no tenía excusa.

Esas semanas en las que los viajes se habían intensificado y conseguían sacarme de mi vida hasta cuatro veces al día para permanecer en la de Adriana cinco minutos, me cabrearon. Estaba enfadado con Jenny, con el asesino y conmigo mismo. Después, una cosa llevó a la otra y me olvidé del asunto. Pasaba más tiempo en comisaría que en cualquier otro lugar y no podía permitir que el trabajo se interpusiera en esa extraña relación que estaba surgiendo entre ambos. Otra vez no. ¡Mierda! Tenía que disculparme con ella y pedirle que me dejara su número. Lancé un resoplido molesto al darme cuenta de que yo no sabía hablar español y que era muy probable que Adriana tampoco se manejase bien con mi idioma. ¿Qué nos íbamos a decir? Podría intentar armar una frase sencilla o mandarle un emoticono. ¡Joder! ¡Qué complicado era todo!

Sin embargo, cuando nuestras almas viajaban no conocían obstáculos ni barreras lingüísticas. Nos entendíamos a la perfección. Mientras era ella, podía entrar en el corazón de las personas y escuchar sus palabras como si fueran mías, como si habláramos en un lenguaje universal tan cercano que a veces las palabras se deshacían en el aire para convertirse en sentimientos. Eso era un milagro.

Pensé en tomarme unas vacaciones en cuanto cazáramos al asesino y viajar a España para conocerla, pero antes tenía que matricularme en un curso intensivo para aprender su idioma y no iba a negar que eso me resultaba tedioso.

Calenté en el microondas uno de esos platos que solo necesitaban tres minutos para estar listos y salí al porche con la intención de cenar allí, bajo el manto veraniego de unas constelaciones que continuaban siendo unas desconocidas para el ser humano. Relajado, inspiré el aire que descendía como un chorro de oxígeno fresco de las montañas y quise perderme unos días en ellas. Deseaba irme de acampada con mis hijos para disfrutar de todos los dones que la naturaleza nos regalaba sin pedirnos nada a cambio, salvo que la respetásemos. Ni siquiera eso lo había hecho bien el hombre.

Solté un bufido mientras degustaba la lasaña cuando, de repente, aprecié un extraño movimiento en la valla que delimitaba mi propiedad. Al principio, quise pensar que se trataba de una rama enclenque empujada por una ráfaga de viento que me había creado una ilusión óptica: la de una sombra siniestra espiándome mientras cenaba. Entrecerré los párpados y observé el lugar en el que me había parecido que alguien se desplazaba agazapado corriendo de un tronco a otro para que nadie se percatase de su presencia. Algo inquieto, me dirigí al coche patrulla que estaba aparcado frente a casa. Saludé a mis compañeros y les pregunté si necesitaban algo mientras echaba un vistazo a los metros de valla que rodeaban mi hogar.

—Chicos, ¿habéis visto algo extraño o escuchado algún ruido? —El más veterano de los dos, el agente Cooper, salió del vehículo y se apresuró a encenderse un cigarrillo.

—No, pero no hace mucho que llegamos. Puede que haya pasado una media hora. Esta noche tenemos el honor de ser tus guardaespaldas —dijo con algo de sorna.

—Ya. A mí tampoco me gusta esto. —Le di unos golpecitos al techo del coche con el puño y me encaminé de nuevo hacia la casa—. De todas maneras, si veis algo raro, llamadme. No creo que vaya a pegar ojo.

—No lo dudes, Adams. Ni pienses por un momento que vamos a correr solos detrás de los mapaches y de las liebres. —Ignoré su comentario y curvé los labios hacia la izquierda.

—Si queréis ir al baño, podéis usar el de la casa sin problema —los informé sin darme la vuelta—. Tocad a la puerta y os abro.

—Oh, no vamos a despertar al bello durmiente —me respondió riendo—. No queremos llevarnos una reprimenda de Moreno.

Alcé el dedo corazón de la mano y se lo mostré de espaldas. Corría un falso rumor en el departamento que afirmaba que yo era el niño bonito del capitán al que le delegaba los asuntos más desagradables. Pese a que lo desafiaba continuamente, jamás me imponía una sanción. En parte, era cierto. Moreno confiaba en mi olfato policial

y era por eso por lo que me exigía más que al resto, me reprendía como si fuera un adolescente rebelde cuando metía la pata por saltarme alguna que otra norma y, a veces, sus estallidos de cólera se escuchaban por toda la comisaría. Más que el niño bonito, me sentía siempre bajo su punto de mira.

Me metí bajo las sábanas, desganado. A mí tampoco me hacía gracia contar con escolta policial para poder echar una cabezada. Me empequeñecí arrinconándome como a una presa desvalida y sin recursos para enfrentarse a su agresor, aunque pronto disipé este pensamiento de mi cabeza. Tenía que pensar en ella, en Adriana. Si ese malnacido volvía a presentarse, existía la posibilidad de que no fuera yo el que ocupase mi cuerpo como había sucedido la primera vez. Y ella sí necesitaba escolta.

Desplegué todas mis anotaciones del caso sobre la cama: el mapa de las constelaciones, las cartas del tarot de Marsella, los símbolos de los diferentes signos zodiacales, incluso una fotocopia que había hecho de esa extraña foto que Scott había señalado con entusiasmo como si se tratara de una pista vital.

La examiné unos segundos con extrema curiosidad. En ella podía apreciarse el rostro cándido de la congresista Wilmore mientras aplaudía con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba pletórica, puede que victoriosa, pues había conseguido un hito para la ciudad: crear un centro de apoyo para personas sin recursos y ayudarlos a integrarse en la ciudad con trabajos comunitarios, cursos gratuitos de formación y un sinfín de promesas más, promesas que se habían esfumado en cuanto la señora Abbot se había negado a vender su terreno.

Chasqueé la lengua y dirigí mi mirada hacia Ronald Stevens. Este parecía más comedido, menos entusiasta que la congresista. De hecho, me resultó demasiado serio para un anuncio de esas características y aunque su expresión corporal, incluso su rostro, estaba dirigido hacia la política exaltada y la apoyaba con sus aplausos, sus ojos indicaban estar ausentes del acto.

De un salto, me levanté de la cama y rebusqué entre mis cajones. Sabía que tenía una lupa entre tanto desorden. En cuanto la encontré, regresé al colchón y cogí la fotografía para someterla al

ojo juicioso del pequeño objeto. No, su mirada cabizbaja no me indicaba que estuviera perdido entre sus pensamientos, sino que espiaba a alguien que se encontraba debajo de la tribuna, entre el público. Dibujé una trayectoria mental que me señaló a un grupo de personas en concreto. Apenas podía distinguir las líneas de las caras que separaban a unos de los otros y me lamenté por la mala calidad de la fotocopia. Aun así, insistí. ¿Y si el asesino se encontraba allí y lograba identificarlo entre más de un centenar de asistentes al acto?

Nada. No había nadie allí que me resultara sospechoso.

Me retiré unos segundos y me restregué los ojos con la esperanza de alejar el cansancio que se había instalado en ellos tras varios minutos sin apenas parpadear. Después, volví a la carga. El corazón me dio un vuelco al reconocer a una de las personas del grupo. Estaba tan obsesionado por buscar al asesino que no reparé en los demás rostros que se alejaban de mi retrato robot mental.

Enfoqué mejor al hombre negro de unos cuarenta y cinco años que se encontraba en primera fila y tenía una clara intención de abandonar la multitud. Sí, era él. Lo había visto en la comisaría hacía apenas mes y medio, angustiado por el paradero de su hija. Se trataba del señor Sawyer, el padre de Andrea Sawyer, una de las víctimas de Géminis.

En ese momento, di un respingo exagerado al escuchar el sonido del móvil romper el silencio que yo mismo había creado al concentrarme en la dichosa foto. Respondí, todavía sobresaltado por el hallazgo.

—¿Sí?

—Adams, soy Cooper. Será mejor que salgas.

—¿Qué ocurre?, ¿has encontrado algún tejón husmeando en la basura? —No respondió a mi pregunta y pude escuchar su respiración agitada a través del teléfono. Algo andaba mal.

—Baja.

Dejé todas mis notas sin recoger y me apresuré en ponerme la bata

con el símbolo de Batman que me había regalado Jenny dos años atrás. Luego, me calcé unas zapatillas por si tenía que correr tras algún merodeador. Salí desbocado de la casa, realizando aspavientos hacia mis compañeros mientras les pedía explicaciones. Sin embargo, ellos no se movieron de las cercanías del coche patrulla. Cooper inspeccionaba los alrededores con cara de pocos amigos y Wayne mascaba chicle con una desesperación que logró asustarme.

—¿Qué es lo que sucede? —Extendí los brazos de manera tonta.

—No lo sabemos exactamente —me respondió Wayne al tiempo que se encogía de hombros.

—¡¿Cómo que no lo sabéis?! —Tanto secreto me estaba exasperando.

—Se ha presentado un niño con una bicicleta y nos ha preguntado por ti —intervino Cooper.

—¿Un niño?

—Sí, tendría unos diez años y cuando le preguntamos qué estaba haciendo aquí a estas horas de la noche, nos contestó que tenía que verte. Le dijimos que, antes de llamarte, tenía que dejarnos su nombre y dirección. Se asustó, nos lanzó un sobre y salió pitando de aquí con la bicicleta.

Cooper me mostró el sobre abierto y supuse que ya habían leído su contenido, si no, no me habrían llamado con tanta urgencia. Fruncí el ceño con recelo y extraje la hoja que había en su interior. No la leí en voz alta. Necesitaba intimidad para hacerlo e intenté no mostrarles mis emociones, algo que fue inútil.

Amigo Adams, has sido un descubrimiento fascinante para mí, un piscis resuelto y cabezota, un auténtico incordio. Pero me halaga que alguien como tú valore mi trabajo y me dedique su tiempo, sobre todo después de ese fatídico accidente que sufriste. ¿Eres consciente de que pudiste haber muerto? Sin embargo, no había

llegado tu hora, no podía ser ese día, porque eres tú el que cierra este ciclo. No puede ser otro. Así que puedes decirles a esos estúpidos que cuidan de ti que no hace falta que lo hagan, que ya lo hago yo por ellos. Mejor que vigilen sus espaldas porque la garra del león es muy certera.

—Que sepas que ya hemos dado el aviso —apuntó Cooper—. Tenemos que localizar al crío por si le ha visto la cara al tipo. Puede que este le pagara unos dólares para que hiciera la entrega.

Fruncí los labios y alcé la mirada al cielo estrellado como si pudiera darme una señal de cómo debía proceder. No me cogía por sorpresa su amenaza, ya se había acercado demasiado a mi mujer y ahora lo hacía con mis compañeros. Ese perturbado había traspasado la única línea roja que nunca debió permitirse: llevárselo todo al terreno personal y considerar que sus delirios de grandeza podían resumirse en divertirse siendo el ratón que le daba una lección al gato. Era consciente de que mi horóscopo me predisponía a ser la última víctima de su juego mortal y que, para llegar hasta mí, tenía que dejar un reguero de sangre atrás. Yo era su futuro. Uno con el que se encontraría en siete meses. Inspiré hondo y me concentré en el presente, convencido de que le impediría el camino para continuar con su obra maestra.

—¿Habéis inspeccionado los alrededores de la casa? —les pregunté.

Wayne escupió el chicle desaborido de su boca y casi lo hizo estrellarse contra mis pies.

—Preferimos llamarte antes y avisarte. Ese tío está loco.

—Eso lo sabemos todos, pero no podemos descartar que se haya acercado hasta aquí para contemplar mi cara de soplagaitas al leer su preciosa carta de amor.

—¡Joder, Adams! ¿Lo crees tan retorcido? ¿Qué le has hecho para que se enamore de ti?

—Cruzarme en su camino.

Le arrebaté de las manos la linterna a Wayne y, centímetro a centímetro, fui recorriendo toda mi propiedad en busca de una huella, de una señal que me indicara que no andaba desencaminado con mi teoría. Estaba seguro de que me había visto desde la distancia coger el sobre y leerlo, por eso quise que mis emociones no fueran tan transparentes e intenté disimularlas lo mejor que pude. Impasible. Así había querido mostrarme, aunque en mi interior percibía los dientes de una sierra perforarme las entrañas.

El sonido del aleteo de un búho me distrajo y enfoqué la linterna hacia la copa de los árboles. Hacía media hora que había abandonado los límites de mi propiedad y recorrido el campo de hierba fresca que se abría ante mí como un mar verde y tenebroso. No tardé en descubrir las huellas de unas pisadas en un camino de tierra que bordeaba el lugar y se internaba en el bosque. Miré atrás, meditabundo, y divisé a los agentes Cooper y Wayne a un centenar de metros. El primero se movía inquieto dibujando círculos en el campo mientras hablaba por teléfono. Había solicitado refuerzos, pero yo conocía de sobra que al menos tardarían media hora más en llegar. En cambio, Wayne me hacía señas para que regresara. No quería alejarse demasiado de la casa por si ese malnacido aprovechaba para introducirse en ella y prenderle fuego.

No obstante, quise continuar. Por ese motivo, me encontraba apuntando el pequeño foco de luz hacia los distintos troncos de los árboles. Percibía que había alguien en la frondosa espesura, tenía la sensación de recibir su aliento enmascarado con la brisa nocturna de esa noche estival. No me equivoqué.

Varios metros más allá, por fin pude entrever su silueta en la oscuridad. Me observaba. Con una postura desafiante, se atrevía a mirarme a la cara. Me maldije por no haber emprendido la excursión con mi arma. Sabía que en el fondo me negaba a creer que ese individuo continuase allí, retándome, espiándome a sabiendas de que mis compañeros ya habían dado el aviso. Sin duda, se trataba de alguien temerario o demasiado narcisista para considerar que podíamos atraparlo.

Emprendí una carrera tras él que apenas me llevó unos cinco minutos. Ese condenado estaba en buena forma y yo continuaba con la pierna resentida, pese a que ya contaba con el alta médica. Lo

perdí en cuanto cruzó la carretera y se alejó de las viviendas. Quise continuar la persecución, pero entonces escuché las sirenas aproximarse a gran velocidad por el asfalto y decidí detenerme. Las luces me deslumbraron al tomar la curva y uno de los vehículos se paró al verme en el arcén.

—¿Qué coño estás haciendo aquí en pijama? —Scott había bajado la ventanilla y me observaba con estupor. No le respondí.

Alcé la barbilla y contemplé con una impotencia rabiosa el leve vaivén de las ramas del otro lado de la carretera. El ratón había vuelto a la madriguera y no volvería a salir hasta que Leo comenzase su hegemonía.

Capítulo 23

Las tres patas del gato

En los días posteriores, me centré en desenredar la intrincada cadena humana que había organizado ese maníaco para conseguir llegar hasta mí y entregarme sus letras de amor. No fue difícil localizar al niño que se había presentado en mi casa con la carta, pero sorprendentemente nos había contado que no había sido un hombre el que le había ofrecido dinero para llevarme el mensaje, sino una muchacha de largos cabellos rubios. Cuando dimos con la misteriosa estudiante universitaria, esta nos condujo hasta un anciano que reparaba relojes en el centro y este, a su vez, a un hombre que trabajaba en el museo.

Me desesperé.

Quise estrangularlo y me maldije de nuevo por no haberlo perseguido por el monte hasta detenerlo, aunque la cicatriz me ardiera y me provocara un dolor insufrible. Podía haber continuado la carrera cojo, a cuatro patas o arrastrándome como una culebra por el fango para no perderlo de vista.

No me asombró que, llegados a cierto punto, la cadena de mensajeros se rompiera. Nos resultó imposible localizar a una mujer de cabellos grisáceos y rostro afable y tenía que admitir que, desde el primer momento, supe que esa pobre descripción no nos llevaría a ningún lado. ¿A cuántas personas había involucrado ese psicópata para cubrir sus huellas? Unas huellas que, al fin y al cabo, estábamos analizando después de sus engorrosas pisadas en el campo.

Desmoralizado, me desprendí de la pistola y la coloqué sobre la encimera. Llamé a mis hijos para escuchar sus dulces vocecillas y envolverme de su afecto. Tuve que fingir una alegría que no sentía en ese momento. Se escuchaban rumores en la oficina de que pronto harían irrupción en el caso los del FBI. Esa noticia me retorció las

tripas. Después de tanto esfuerzo, de tanto trabajo, de tantas noches sin dormir, habíamos fracasado.

Hablaba con los niños mientras permitía que, poco a poco, la angustia me devorase y no me dejara proseguir con una conversación normal con mis hijos. Cliff y yo habíamos perdido un tiempo precioso investigando el origen del mensaje, mientras que Scott y Miller tampoco sacaban nada en claro sobre ese supuesto proyecto que la congresista y el empresario habían cerrado cuatro años atrás. Tantas cortinas de humo me estaban desquiciando.

Cuando colgué, me desahogué soltando un grito de frustración. Apenas quedaban horas para el veintidós de julio y sabía, gracias a mis estudios acelerados sobre cartas y horóscopos, que el asesino no actuaría por la noche, pues Leo era un signo solar. Aun así, contaba con amargura las horas hasta que apareciera una nueva víctima en la ciudad.

Sin cenar y con una apatía que se reflejaba en cada célula de mi cuerpo, me encerré en el dormitorio y volví a revisar punto por punto todo lo que habíamos investigado, desde los innumerables testimonios hasta la dichosa fotografía que Scott había aportado como prueba. Entonces recordé que la noche que ese maníaco se había acercado a mi casa, yo había encontrado algo curioso en el artículo. ¿Cómo pude olvidarme de ello? No debí pasarlo por alto tan pronto.

Había sido todo un hallazgo encontrar al señor Sawyer en la instantánea y, aunque su asistencia al acto podría tratarse de una casualidad —dado que se trataba de un evento público—, mi instinto me decía que había gato encerrado. Fue cuando sometí a todos los presentes al ojo enjuiciador de la lupa. La calidad de la fotocopia era dudosa, pero me sorprendí al distinguir en ella un nuevo rostro: el del agente Scott. Había sido uno de los policías encargados de cubrir ese evento. Lucía su uniforme habitual y la gorra le cubría parte del rostro serio mientras sus manos descansaban sobre el cinturón.

Lancé un sonoro resoplido. ¿Por qué demonios Nick Scott no nos había mencionado que él estuvo presente en ese acto? Sabía que tenía una cabeza de chorlito, pero ¿cómo no había caído en la

cuenta antes de que había sido testigo del encuentro de las dos víctimas? «¡Joder, Scott! Por un lado, te cuelgas las medallas y, por otro, eres un auténtico capullo», pensé malhumorado.

Continué con mis indagaciones a sabiendas de que tendría que utilizar la foto original por si resultaba ser más reveladora. Por el momento, debía conformarme con el hallazgo del señor Sawyer y el agente Scott.

De pronto, me alarmé al evidenciar a otra persona más al fondo de la fotografía, cerca de las escalinatas que llevaban al escenario. No podría ignorar esa cara de fresco ni aunque quisiera. Repasé todas mis notas de nuevo, pues había olvidado su nombre entre la cantidad de sospechosos que habíamos interrogado. Recordaba haberlo visitado en su casa semanas atrás junto con mi compañero. El tipo resultó ser desagradable y un enterado. ¿Cómo se llamaba? Encontré el pequeño perfil que me había hecho sobre su persona, pues me gustaba resumir de mi puño y letra todas las entrevistas que llevaba a cabo, además del informe oportuno que tenía que realizar en comisaría. En ellas, plasmaba mis impresiones en cuatro o cinco frases y no me sorprendió haber anotado que era un chupatintas de tres al cuarto.

Andy Evans, el idiota rencoroso al que supuestamente habían despedido por malversación de fondos.

Todo eso no podía ser una casualidad. Había algo que se me escapaba y no conseguía atrapar. Estaba buscando las tres patas al gato obviando la cuarta: que todo se tratara de una mera coincidencia. Andy Evans podía tener una excusa perfecta para encontrarse en ese lugar, ese mismo día, porque, después de todo, era uno de los asesores fiscales de Ronald Stevens.

Tenía que examinar a fondo las fotografías que había realizado el periódico del acto. Extasiado por el exceso de información que no llegaba a controlar, telefoneé a mi compañero. No era todavía la una de la mañana y sabía de buena tinta que Cliff tampoco estaría durmiendo en una noche como esa. Él también sentía las garras de la culpabilidad arañarlo sin compasión. Sin embargo, me sorprendió que me respondiera con un bostezo enorme que me hizo arrepentirme de la llamada.

—¿Estabas durmiendo? —le susurré al auricular con temor de despertar también a Mary.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé. Pensé que estarías dándole vueltas al caso.

—Le he dado tantas que me duele la cabeza. Me he tenido que tomar una pastilla para dormir. ¿Ha ocurrido algo?, ¿Ese cabrón se ha vuelto a presentar en tu casa? —Percibí el temor en las numerosas inflexiones de su voz.

—Tranquilo, mis guardaespaldas siguen fuera. Esta noche no se atreven ni a echar una cabezadita, pero no te he llamado por eso. Tengo algo que contarte.

Hizo una pausa eterna que achaqué a su estado somnoliento y de pocos reflejos. Imaginé que se estaría estrujando la mente en averiguar qué sería más importante que el asesino irrumpiese en mi casa y me amenazara con un cuchillo de carnicero.

—¿Qué es eso que no puede esperar a mañana con una taza de café?

—La foto. Se trata de la foto de Scott.

—¿La foto?, ¿qué ocurre con la jodida foto?

De pronto, mi visión comenzó a nublarse y, antes de comenzar una cuenta atrás, me vi arrastrado por una nueva ausencia, una que se presentaba en un momento delicado y de la que no pude escapar, por mucho que recé para que no sucediera. Cuando abrí los ojos, estaba en la cocina de Adriana degustando un par de tostadas de mermelada de frambuesa. Odiaba la mermelada. Yo prefería desayunar crepes salados con un bol de cereales. Aparté de mi boca la tostada y cogí una servilleta de papel para quitarme el sabor de la frambuesa de la lengua. Como no funcionaba, me tragué un vaso de agua en menos de cinco segundos.

Me maldije por mi mala fortuna mientras escuchaba a Milagros dirigirse a mí:

—¿Me has escuchado? Eduardo está en la puerta. ¿Ya estás lista o le digo que pase? —Mi cerebro no se había puesto todavía en funcionamiento y, antes de que pudiera responder, observé cómo un joven moreno entraba en la casa y arrebataba a Vega de los brazos de la madre de Adriana. Yo fruncí el ceño, desconfiado. ¿Quién coño era Eduardo y por qué se tomaba esas libertades con la pequeña?

Entonces, caí en la cuenta de que se trataba de uno de los compañeros de Adriana de rehabilitación. Apenas le había prestado atención en las pocas veces que me había tocado ser ella mientras ejecutaba los ejercicios del brazo. Lo miré con desagrado mientras una ola de celos se introducía en todas las células de mi cuerpo.

—¿Josh? ¿Sigues ahí?

Fijé los ojos desconfiados en el móvil que sujetaba una de mis manos como si fuera una bomba nuclear a punto de detonar. La voz de Cliff retumbaba lejos de mí. Sentí que todavía nos separaba el océano Atlántico con sus enormes olas sacudiéndome por dentro y arrastrándome a una vorágine de sensaciones que logró marearme.

Advertí que en la otra mano mantenía la fotografía que Scott se había sacado de la manga semanas atrás y tragué saliva muy despacio. Josh debió encontrar algo en ella y por eso había llamado a su compañero, pero ¿el qué?

—Sí, sí. Estoy bien. Hablamos mañana, si no te importa.

Le colgué antes de que pudiera darme una respuesta negativa y me senté en el sofá sin apartar la vista de la foto. Josh había señalado con flechas rojas tres rostros de los cuales solo pude reconocer uno: el de Scott. Aunque me devané los sesos para entender por qué había marcado a uno de sus compañeros policías, no daba con la solución correcta. ¿Acaso pensaba que alguno de ellos podría ser el asesino?, ¿incluido Scott?

Sacudí la cabeza varias veces. No, eso no podía ser posible. Scott podría ser un chulo algo molesto y cargante, pero, durante unos

segundos que me resultaron eternos, me había sumergido en los ojos del psicópata, había nadado en ellos y solo había encontrado oscuridad. Scott no poseía ese vacío en la mirada, esa falta de alma que lo convertía en un ser despiadado y peligroso. «¿Qué demonios estabas buscando, Josh Adams?».

Mi extremo cansancio consiguió que me durmiera en el sofá unos minutos, aferrada a la foto como si fuera la de un amante que acababa de partir para la guerra. Había tenido unas semanas intensas tratando de organizar mi vida, apuntándome a unos cursos en el paro que me resultaban de interés y enviando currículos a diestro y siniestro desde el ordenador. No estaba durmiendo bien. Las ansias por recomponer un camino que me llevara a un futuro prometedor me desgastaban a diario. Deseaba volar junto a Josh para verlo, para sentirlo cerca, para que sus ojos me confesaran que me había echado de menos. ¡Dios, lo había logrado! Había vuelto después de quince días insufribles, aunque ocupando su cuerpo.

En una noche fatídica.

En un día que presumía ser aterrador.

El veintidós de julio.

Apenas había entornado los párpados cuando escuché unos golpes insistentes en la puerta de la entrada. Tampoco supe por qué se me ocurrió abrir y no fingir que continuaba durmiendo, pese a que el móvil de Josh no paraba de iluminarse como un farolillo chino. Con los ojos rojos y sin dejar de bostezar, le abrí a Cliff tras comprobar que no se trataba de ningún asesino psicópata.

—¿Estabas durmiendo? —me preguntó boquiabierto. Yo asentí sin más y le di la espalda hasta que volví a sentarme en el sofá con las piernas cruzadas sobre este. Me cubrí con una manta. Él me miró atónito y luego caí en la cuenta de que quizá mi postura no era demasiado varonil. Es más, si Josh hubiera tenido el pelo largo, era muy probable que me lo hubiera atado para más estupefacción del hombre—. Me llamas agitado porque has descubierto algo importante en la maldita foto de Scott y, antes de que me cuentes nada, me cuelgas el teléfono. ¡Por Dios! Pensé que ese loco había vuelto. He conducido hasta aquí mientras pensaba que a lo mejor te

había atacado y estabas inconsciente en el salón, pero estabas... durmiendo.

Se restregó la frente con la mano derecha y soltó varios resoplidos. Después, se atrevió a mirarme como lo hacía mi madre cuando creía que había hecho algo mal y me sentí intimidada. Mi cerebro estaba procesando toda la información que me había dado en cuestión de segundos. ¡El asesino había vuelto a acercarse a Josh! ¡Madre mía, madre mía! ¿Cuándo había ocurrido eso? ¡Joder! Y yo me había adormecido sin haberme cerciorado de que todos los pestillos estaban asegurados.

—Estaba agotado —me excusé sin mucho éxito—. Ha sido un día de perros.

—He venido aquí por ti porque pensaba que estabas en peligro.

—Lo... lo... siento. Creí que diciéndote que hablábamos mañana estaba todo zanjado. —Se sentó en el sillón frente a mí y, con ojos preocupados, se mordió el labio inferior.

—¿Es por Jenny?

—No, no, te juro que no. Ella no puede estar aquí ni los niños, ya lo sabes.

—Sí, y también que te puso los cuernos y eso no se supera de un día para otro. ¿Es por eso por lo que actúas de forma rara?

Lo sabía. Cliff sabía que Jenny le había sido infiel a Josh y eso me hizo sonreír para mis adentros. Si se lo había contado, es que ya no estaba ignorando el problema, quería encararlo de la forma que fuese y eso era todo un éxito tratándose del orgulloso policía.

—Bueno, sabes que en parte es por eso. Tengo la sospecha de que esa relación no ha terminado tal y como me prometió. La vi en el motel con ese tipo cuando fuimos a interrogar al recepcionista. ¿Te acuerdas?

—¡Joder, Josh! —Bajó la cabeza de forma intencionada para que no pudiera leer en su mirada, aunque imaginaba que estaba cargada de decepción y rabia. Eso había sentido yo en ese momento—. Tienes

que poner tu casa en orden. Sé que ahora es complicado, pero tienes que hacerlo.

—De momento, ella no está aquí. Entiéndeme, no quiero que le ocurra nada. En cierto modo, prefiero que esté con sus padres. No puedo pensar en ella. Ahora no. —Le mostré la fotografía que Josh había estado estudiando con la esperanza de que él pudiera sacar algo en claro y desviar de esa forma el tema de conversación. Me escocía y eso que yo no era él—. Te llamé por esto.

Cliff se humedeció los labios con la punta de la lengua y la examinó con atención.

—¿Le has hecho una fotocopia? —Enarqué las cejas sin saber muy bien qué contestar a eso—. Bueno, es igual. Ya veo que has estado buscando caras conocidas.

—¿Las reconoces? —le pregunté ansiosa.

—Claro, soy viejo, pero todavía no tengo demencia senil. Aquí está Scott, el señor Sawyer y el idiota de Evans. —Chasqueó la lengua mientras su mente entraba en ebullición—. Tenemos que llamar al periódico para que mañana mismo nos facilite todas las fotos que se hicieron en el evento.

—Sí, tienes razón. Podría haber más personas conocidas —aseveré sin considerar la gravedad del asunto. Todavía no comprendía por qué Josh había pensado que sería importante.

—No sé qué relación establecer entre ellos, pero estoy convencido de que hay algo. —Se revolvió en el sillón con la nariz arrugada—. De todas maneras, Evans se acaba de ganar una nueva visita de la policía.

Cliff se levantó, se ajustó los pantalones a la cintura y se encaminó hacia la salida.

—¿Ahora? —le pregunté con los ojos de una novata.

—¡Pues claro! ¿Cuándo quieres ir?, ¿te recuerdo que día es hoy?

—¿Y sin uniforme?

—Es una visita cordial. No queremos espantarlo. ¿De verdad necesitas preguntarme todo esto?

De forma automática, cogí una chaqueta, me até las zapatillas y me miré en el espejo antes de salir. Me reí de mí misma delante del espejo al darme cuenta de que no necesitaba ponerme antiojeras ni una barra de labios. Me había olvidado por un instante de que era un hombre. Para ser exactos, era un policía varonil que encima llevaba un par de días sin afeitarse.

Cliff condujo por el camino elaborando teorías sobre la presencia de Andy Evans en el acto donde se habían reunido el empresario y la congresista, entre ellas, una en la que el avispado asesor los había engañado a los dos y los había desplumado. Así, sin quererlo, me puso en antecedentes sobre el personaje que era el señor Evans: un listillo que se creía mejor que nadie.

Al llegar a la casa, mi compañero tocó el timbre a sabiendas de que nuestro sospechoso de cometer desfalco vivía con sus padres. Nos abrió su madre algo atemorizada al presentarnos como policías y mostrarle las placas a esas horas de la noche. Nos miró extrañada, quise imaginar que pensando que éramos detectives o, mejor aún, de la secreta. Fue a buscar a su hijo de inmediato.

Andy Evans se presentó en el umbral con los cabellos reburujados y un aliento que superaba con creces los límites legales de alcohol en el cuerpo. Reprimí una arcada y tosí para disimular las náuseas.

—Por favor, ¿era necesario molestarnos a estas horas de la madrugada? —nos preguntó con desdén.

—La policía nunca descansa. —Rio Cliff.

Nos dejó entrar al salón de mala gana bajo la atenta mirada de su madre. A su padre lo escuchamos vociferar desde la segunda planta y a la mujer no le quedó más remedio que subir para satisfacer la curiosidad de su marido.

—¿Qué coño ocurre ahora? Ya os dije todo lo que sabía.

—Creemos que no. —Cliff le enseñó la foto—. ¿Por qué no nos

contaste que conocías a la congresista Wilmore?

Andy cayó a plomo sobre el sillón mientras soltaba un resoplido cansino.

—No me lo preguntasteis —respondió con frescura—. ¡Oh, vamos! Yo era el responsable económico de ese proyecto, pero todo se truncó en cuanto la señora Abbot apareció con su abogado. Alegaron que esas tierras no eran urbanizables dado su valor ecológico y blablablá. Fue una lucha que nos llevó casi tres años. La congresista quería expropiarle el terreno, pero se encontró con una vieja cabezota.

—¿Y ya está?, ¿se le dio carpetazo al asunto?

—Bueno, ya sabéis que los políticos tiran de sus influencias. ¡Qué sé yo! Wilmore se lo tomó como su batalla personal y el señor Stevens prefirió mantenerse al margen hasta que todo se aclarara. No sé nada más. Solo elaboré un presupuesto.

—¿Y por qué no mencionaste nada cuando te interrogamos? — Decidí participar en la conversación, pues mi curiosidad iba en aumento.

—No lo consideré relevante. Además, en ese momento nadie estaba buscando a un asesino en serie. ¿Por qué tenía que relacionar yo dos asesinatos aislados? No soy policía —se atrevió a decir con retintín.

—Porque el asesino podría estar cargándose a los implicados en este asunto —apuntó Cliff harto de sus malas formas y sin contar con las pruebas suficientes.

El hombre palideció. Intuí cómo la saliva le descendía despacio por el gaznate.

—¿De verdad lo cree? —Se levantó como un resorte y comenzó a llamar a su madre desesperado. Después alcanzó una mochila que estaba colocada en el armario de la televisión, abrió la cremallera y rebuscó en el interior. Sacó la cartera, comprobó el dinero con el que contaba y volvió a introducirla en ella—. Ya tenía pensado

largarme de esta mierda de ciudad. Mi hermana me ha encontrado trabajo en Salt Lake City y me voy a quedar en su casa hasta que cuente con mi propio apartamento.

—¿Es que piensas mudarte ahora mismo? —lo contemplé con ojos atónitos mientras él corría de un lado a otro de la habitación. Evans se detuvo ante mí un segundo y su mirada aterrada me traspasó con una gelidez espeluznante.

—No lo entendéis. Yo soy leo, y si ese cabrón está asesinando a los implicados en esa basura de proyecto, no se lo voy a poner más fácil.

En ese momento me mimeticé con las paredes blancas del salón. Había palidecido, puede que hubiera perdido hasta cinco tonos del color de mi piel o, en ese caso, de la piel de Josh. Cliff tuvo que agarrarme de un brazo y ayudarme a salir.

—Está acojonado de verdad —susurró entre dientes—. Él no puede ser el culpable.

Lo había descartado como sospechoso desde el momento en el que su aliento penetró en mis fosas nasales y permaneció unos minutos allí para torturarme. El asesino me había hablado en el callejón y su voz no estaba contaminada con aromas repulsivos ni palabras amargadas.

—¿Y si tiene razón?, ¿y si está enmascarando su venganza usando los signos zodiacales?

—Es otra teoría que vamos a investigar. Llamaré a una amiga de Mary para que nos busque el original de la fotografía que se publicó en el Daily Chronicle —afirmó Cliff con rostro taciturno—. Puede que esta vez estemos sobre la pista correcta. También haré una llamada a Moreno para que le ponga escolta a este desgraciado.

No podía ocultar mis nervios, y menos mal que Cliff se alejó para hacer esas llamadas. La lengua se me secó de forma repentina. Si hubiera tenido una botella de agua a mi alcance, me la habría bebido sin respirar. Esa amargura fue colonizando cada músculo de mi piel y ya no era solo la boca la que se me había paralizado,

también los dedos. Me froté las manos cuando ese frío cargado de desazón quiso hacer de ellas un iglú. ¿Y si era cierto que el asesino elegía a sus víctimas por una maldita fotografía y no de forma azarosa?, ¿y si durante años había estado estudiando a las personas que habían asistido a ese acto para apoyar la construcción de un centro social?

—Vamos a contrarreloj —le afirmé.

—En cuanto salga el sol, alguien morirá. —Los ojos negros de Cliff llegaron a eclipsar sus pupilas y comprendí que también estaba sobrepasado—. Este tío cuenta con muchas papeletas. Espero que Moreno no tarde mucho en asignarle una escolta, si no se ha marchado antes.

Nos fuimos de la casa de Evans, quien no nos prestó atención siquiera. Apenas tardamos unos minutos en llegar a las instalaciones del periódico donde una mujer llamada Candance nos esperaba. Frunció el ceño al ver a Cliff y, después de someterlo a un interrogatorio sobre el motivo de la consulta, le hizo prometer que le daría la exclusiva. A la avispada periodista no se le había escapado el detalle de que tanto el empresario como la congresista estaban retratados en la instantánea, así que le confesó que ya había realizado unas llamadas para comprobar en qué punto se encontraba el proyecto.

Cliff me miró de reojo y soltó un resoplido en el que me mostraba su disconformidad. No quería que un grupo de periodistas armaran revuelo antes de desenmascarar al culpable, pues siempre podía escaparse a otro país e iniciar una nueva vida allí. Yo descartaba esa posibilidad. Esa mirada sucia que se había atrevido a analizarme no era la de un cobarde huidizo.

—Te ruego discreción. Estamos en medio de una investigación policial y es mejor que no levantes la tapa de la olla antes de tiempo.

—Solo te pido que me mantengas informada de vuestros avances y yo te comunicaré los míos. Te prometo que no publicaré nada hasta no tener algo sólido. Un par de fotos no son suficientes para redactar un artículo. —La mujer nos sonrió complaciente y se

dispuso a abandonar el habitáculo donde nos había reunido—. ¿Queréis un café?

Lo estaba deseando. Mantenía los párpados bien abiertos y había perdido la noción del tiempo desde antes incluso de aparecer en Bozeman; sin embargo, para mi disgusto, Cliff rechazó la oferta. Mi compañero aguardó a que la mujer saliera, se sentó en una de las sillas y extendió las cinco fotos sobre la pequeña mesa redonda con la que contaba la oficina.

Un leve suspiro me delató. En mis ánimos no entraba examinar fotografías cuando el sol todavía ni siquiera había iniciado su vuelo. Aun así, tomé asiento y me centré en todos los rostros que aparecían en la primera instantánea, en esa que había sido publicada en el periódico cuatro años atrás. Desde luego, el original era mucho más nítido, aunque ¿para qué íbamos a engañarnos? Yo no conocía a nadie de la ciudad: ni políticos ni músicos ni cualquiera que poseyera un rancho grande para que su apellido contase más que su formación académica.

Así que primero me centré en Andy Evans, a quien había conocido hacía un rato. Estaba bien vestido, de traje y chaqueta y con una corbata de colorines que le hacía poca justicia al porte. Allí, junto al escenario, me resultó un tiburón despiadado nadando entre pececillos. Parecía otra persona más disciplinada, más centrada, más fuerte. Más león.

Otra oleada de frustración me azotó de arriba abajo. Incluso los dedos de los pies se me anquilosaron y temí no poder echar a correr si un terremoto asolaba la ciudad. Me estaba desmoronando.

Le presté atención al rostro del señor Sawyer. Cliff me había puesto en antecedentes sin querer al desvelarme que era el padre de Andrea, una de las víctimas de Géminis. El hombre no parecía muy contento con el anuncio de la congresista, es más, estaba abandonando la multitud aunque uno de sus brazos se había quedado atrás. Me acerqué aún más a la foto y comprobé que el hombre sujetaba la mano de alguien. Desde esa perspectiva no lograba distinguir las facciones de la persona. Busqué en las otras fotografías hasta que di con una en la que se apreciaba el rostro de la muchacha a la que trataba de sacar de ese acto político. Tragué

saliva muy despacio, pues la había reconocido. ¡Dios! Su rostro estaba en el tablón del despacho de Josh junto al de las otras víctimas: Andrea Saywer.

—¿Has encontrado algo? —Miré a Cliff exaltada y, de pronto, otra riada de fragilidad consiguió provocarme un ligero mareo. No, aquello nada tenía que ver con mis emociones. Iba a regresar. Estaba presentando los síntomas de una ausencia que se anunciaba lentamente, casi sin advertirme. Desesperada, me levanté de la silla y busqué un bolígrafo ante la mirada atónita de Cliff. Ya ni siquiera conseguía articular palabra. Las piernas empezaban a flaquearme y la visión a nublarse. Tenía que ser rápida—. Será mejor que vuelvas a sentarte. Voy a por un vaso de agua.

Sí, tenía razón. No podía condenar a Josh a despertar de nuevo en un hospital, así que obedecí a Cliff y lo vi marcharse a por el agua. Respiré muy hondo, pues debía centrarme y no dejarme llevar por el pánico. Con una letra desastrosa conseguí escribir unas palabras en un trozo de papel y lo introduje en uno de los bolsillos de la chaqueta.

Eso fue todo.

Reaparecí en una cafetería cuando mis labios saboreaban los últimos sorbos de un café cargado. Me quedé unos segundos pegada a la taza para no desperdiciar ni una gota del intenso líquido. Luego me atreví a mirar a mis compañeros de ese brunch que había olvidado. Miriam había organizado esa quedada para celebrar mi alta definitiva y entre los presentes se encontraba Eduardo y dos chicas más con las que coincidíamos de vez en cuando: Rocío y Nuria.

—¿Estás bien? —Eduardo debió de entrever mi rostro estupefacto y la adicción de mi boca a la cafeína, pues todavía no había devuelto la taza a la mesa.

—Sí, sí, creo que necesito otro café. Vega no ha pasado buena noche.

—Eso nos lo has comentado antes —añadió riéndose de mi despiste. Supuse que Josh había utilizado la misma excusa.

—¿Quieres que te acompañe a casa? Puedo pedir un taxi. —Miriam me cogió de la mano y un extraño escalofrío se apoderó de mí. Estaba tan susceptible e inmersa en los problemas de Josh que había obviado los míos. Ninguno de los allí presentes podía conducir, aunque yo en breve comenzaría a hacerlo. Éramos como el club de los lisiados: sin oficio ni beneficio, sin expectativas realistas de futuro, pese a que yo me había empecinado en reconstruir el mío—. Desde que has llegado pareces ausente. Si no te encuentras bien, podemos dejarlo para otro día.

—No, no, no voy a arruinar mi propio festejo. Solo necesito otro café... doble o triple, si es que existe.

Eduardo no dudó en llamar al camarero. Mientras él pedía otra ronda de cafés, volví a sumergirme en mis pensamientos. Estaba preocupada por Josh. No contaba con toda la información, pero sabía que el asesino se había vuelto a poner en contacto con él con un nuevo mensaje que no había tenido la oportunidad de leer. Deseaba con todas las ansias del mundo que se percatase de mi nota porque ahora que ese psicópata lo tenía en el punto de mira, nuestra extraña condición de cambia cuerpos lo hacía jugar en desventaja.

No podía permitirse un error.

No por mi culpa.

Capítulo 24

La garra del león

Con una actitud imperturbable examiné la fotografía que sostenía entre mis manos al tiempo que observaba a mi compañero de reojo. No tuve un regreso brusco, sino más bien controlado. Me sentía orgulloso por ello, pues poco a poco empezaba a dominar los efectos de las ausencias. Solté una bocanada de aire y examiné la instantánea con mucha curiosidad. Era distinta a la que habían publicado en el periódico. Estaba tomada desde una perspectiva más amplia.

Observé sin llamar la atención de mi compañero las cuatro paredes en las que me había presentado. Sin duda, me encontraba en la redacción local por un motivo que todavía desconocía, aunque imaginaba que Adriana se habría visto arrastrada a continuar mi investigación después de mi llamada telefónica. El resto se me escapaba.

—¿Te encuentras mejor? No te has bebido el vaso de agua. —Asentí de manera tonta y me llevé el agua a la boca. Después de varios tragos, lo miré complacido tratando de ocultar mi confusión.

—Sí, sí, solo ha sido un pequeño mareo. Ya sabes, la falta de sueño —me excusé como un patán.

—¿Qué me ibas a decir? Antes. Ibas a contarme algo cuando te sentiste mal. —Mis ojos se pusieron en blanco mientras volvía a elaborar otra mentira que fuera convincente—. Pensé que habías encontrado algo importante. Yo he escrito una lista de personas que he reconocido, pero no creo que aporten nada al caso. Tengo a la señora Wilson, dueña de la tienda de ultramarinos que hay en la esquina de mi calle, y al joven Moore que trabaja en la pastelería donde a veces Mary y yo nos tomamos un capricho. No consigo encontrar a ese engendro de retrato robot que elaboraste. Sabes que no sirve para nada, ¿verdad? Con unos ojos no se puede hacer

mucho, aunque insistas en que podemos descartar a las personas que los tengan de color azul.

—Lo sé, es una mierda. El resto es muy difuso. Ya te dije que llevaba un gorro que le cubría gran parte de la cara.

Me recliné en la silla y eché la cabeza hacia atrás. Luego introduje las manos en los bolsillos de la chaqueta para resguardarlas del gélido amanecer. Estaba demasiado cansado y la brisa matutina de ese día estival se me antojó fría y desoladora. Entonces mis dedos rozaron un trozo de papel. Lo saqué con cuidado del bolsillo y lo desplegué con una media sonrisa en la boca.

—Bueno, a estas horas Evans habrá cruzado el estado. Estaba acojonado y yo estoy cansado de buscar. Llevamos muchas horas con esto. —Arqueé las cejas y lo acribillé con mis ojos turbados a la par que trataba de rellenar los espacios que me faltaban en esa frase. Leí la nota que Adriana de forma inteligente me había dejado en los pantalones.

Andy Evans es leo. Busca a Leo y no al culpable.

Mi mente se puso a trabajar como una apisonadora allanando el asfalto para que la carretera no presentara baches. Cogí la foto de nuevo y supe que Adriana había distinguido a alguien más en ella, alguien que sí era relevante. En un principio, enfoqué a Andy Evans, quien permanecía atento al discurso que estaba dando la congresista, pero, de inmediato, mis ojos corrieron hasta el señor Sawyer. No había ido solo al acto político. Estaba con... ¡su hija Andrea!, a quien parecía sacar a rastras del lugar.

¡Joder! ¿Qué probabilidades había de que tres de las víctimas se encontrasen en ese anuncio político con bombo y platillo?

—Andrea está aquí —anuncié triunfante mientras la señalaba en la foto—. En la que publicó el periódico no la podíamos ver porque su padre la tapaba, pero en esta... —Cliff se acercó a mí con los ojos

casi fuera de las órbitas y observó a la muchacha unos segundos.

—¡Joder! ¿Y qué hay de Tim, su novio?, ¿lo has visto?

—No creo que estuvieran saliendo por esa época. Recuerda que la foto se hizo hace cuatro años cuando todavía ella no estaba en la universidad. —Elevé la barbilla y pensé en el final que habían tenido los enamorados—. El asesino no lo eligió a él, sino a ella. El pobre de Tim Hughes murió porque era su pareja en ese momento.

—Pero era géminis.

—No creo que le importase mucho el horóscopo del chico, podría haber sido acuario y eso no lo habría detenido. Aunque puedo imaginarme su rostro de satisfacción cuando averiguó que él también era del mismo horóscopo. Una funesta casualidad. ¡Maldito sea! —Le propiné un golpe a la mesa con la misma rabia con la que descubrí que se había atrevido a acercarse a los niños y a Jenny. Cliff se frotó la frente con una de las manos mientras se pasaba la lengua por su brillante dentadura.

—Vale, recopilemos: tenemos a Ronald Stevens, aries; a la congresista Wilmore, tauro; a una de las víctimas de géminis, Andrea Sawyer, y nos falta encontrar a...

—Melissa, cáncer —terminé la enumeración por él.

Nos pusimos manos a la obra. Teníamos un objetivo claro: localizar en alguna de las fotografías a la víctima de la luna. Ya no íbamos a ciegas. No se trataba de distinguir a todas las personas que pudiéramos reconocer retratadas en esos cinco trozos de papel fotográfico. Buscábamos a alguien en concreto. No tenía ni idea del tiempo que pasamos encerrados en ese habitáculo hasta que Cliff gritó:

—¡Bingo!

Puede que pasaran minutos intensos, horas imperceptibles, pero lo importante era que la habíamos hallado entre la multitud. La joven Melissa también había asistido al evento. Estaba aplaudiendo con muchas ganas junto a un grupo de fervientes amigos y seguidores

incondicionales de la congresista.

No pudimos reprimir nuestra alegría. No obstante, pronto una sombra funesta nubló nuestra pequeña victoria. Leo estaba allí, tal y como había apuntado Adriana. Entre los centenares de personas que festejaban con música y una astuta propaganda ese acto de campaña, se encontraba la nueva presa del asesino múltiple.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —me preguntó mi compañero afectado.

—Andy Evans es leo y está implicado de forma directa con el proyecto. Es la víctima más probable, de eso no tengo dudas.

—Pero se ha marchado a Salt Lake City a casa de su hermana. ¿De verdad crees que el asesino lo seguirá hasta allí?

Esa información me faltaba y deduje que, en algún momento en el que Adriana era yo, habíamos ido a visitar a ese granuja. Tanteé con pies de plomo a mi amigo, ya que se suponía que debía saber que Evans se había largado de la ciudad.

—¿Recuerdas si mencionó si iba a coger un avión o pensaba cruzar el estado y dirigirse a Utah en coche? No me acuerdo de lo que dijo ese idiota.

—No tengo ni idea. ¡Joder! —Se llevó las manos a la cabeza, se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro mientras escupía frases de culpabilidad—: Debimos detenerlo en cuanto dijo que se largaría. Yo mismo bromeé con el asunto porque parecía que le había entrado una cagalera repentina y quería marcharse de Bozeman echando leches, pero después pensé que el plan del asesino era matar con el sol en nuestras cabezas a dos niños y que él no entraba en la ecuación. —Hizo una pausa donde las dudas lo asaltaron de tal manera que una mueca de consternación desdibujó su rostro—. ¿Crees que esta vez hará una excepción? Según los especialistas, Leo no es un hombre.

—Dos niños o una mujer. No sé si se saltaría sus propias normas o si dentro de su retorcido cerebro es capaz de elaborar una fórmula en la que Evans sea la víctima justa. No lo sé, pero esto no es culpa

tuya, es mía también —confesé a sabiendas de que yo no había estado presente en esa improvisada visita—. Deberíamos haberlo llevado a la comisaría y encerrado en una celda para protegerlo. Ahora lo único que podemos hacer es encontrarlo.

—¡Espera! Llamé a Moreno para que dos agentes lo vigilaran. Puede que los mandara de inmediato a su casa y que lo hayan seguido al aeropuerto o adonde demonios se haya dirigido.

—Bien, tenemos que llegar hasta su casa por si todavía no ha salido. Avisa a Moreno de todo lo que hemos averiguado hasta el momento.

Incautamos las fotografías y abandonamos las instalaciones de la redacción sin despedirnos, a toda prisa y sin mirar atrás. Estaba seguro de que el jefe del periódico pondría el grito en el cielo y que amenazaría a Moreno con denunciarnos, pero en ese instante me importaba todo un carajo. Todas las víctimas estaban allí, en ese puñado de fotos.

—Voy a llamar a comisaría —le dije a la carrera—. De momento, Evans es el único leo que conocemos que sale en esa maldita foto y que tiene una vinculación directa con el caso.

Observé cómo mi compañero se detenía de forma brusca a pocos metros antes de llegar al vehículo y retiraba el móvil de su oreja muy despacio. Me pareció escuchar la voz del jefe tras el auricular gritar su nombre varias veces. Sin embargo, Cliff, con la mandíbula desencajada y una gota gruesa de sudor resbalando sobre su frente, se giró hacia mí.

—No es el único —susurró.

—¡¿Quéééé?!

—El imbécil de Scott también lo es. ¡Joder, será idiota! Y no ha dicho nada. Lo comentó al principio de la investigación en una de las reuniones y yo me reí de él. ¡Lo voy a matar!

Con el mentón en una tensión que me dolían hasta los dientes, busqué su contacto en el móvil y pulsé el icono verde de llamada.

Eran las ocho y veinte de la mañana. Tendría que estar ya en la comisaría preguntándose dónde nos habíamos metido en un día tan importante.

Descolgó.

—Hombre, ¿se te han pegado las sábanas? Parece que todo el mundo precisamente hoy ha decidido tomárselo con calma.

—Escúchame bien, capullo. ¿Cómo no se te ocurrió decirnos que tú habías estado en el operativo de seguridad que cubrió ese maldito día el acto?

—¿De qué coño estás hablando?

—De la foto que tú mismo nos entregaste.

—¿Esa foto? Pensé que ya la habíamos descartado. Solo prueba que esos dos se conocían de antes y nada más. Tanto Miller como yo hemos investigado a la señora Abbot, pero la abuelita solo es culpable de tener dinero y de enfrentarse a la congresista por vías legales. No es ninguna asesina.

—¡Scott! —Quería estrangularlo. Si hubiera estado en la oficina, le habría tapado su bocaza con un puñetazo.

—¡Que te den, Adams! ¿Crees que iba a acordarme de que estuve en una mierda de esas hace cuatro años? No fui voluntario, me obligaron a cubrir el acto como a todos los demás.

—¡Eres leo! Y el asesino puede que esté eligiendo a sus víctimas porque asistieron a esa especie de anuncio de campaña. —Se hizo un silencio que consiguió enervarme aún más. Ese capullo se lo estaba tomando todo a la ligera—. ¡¿Me estás escuchando?!

—Sí, gracias por tu interés, pero ni soy un niño ni he cambiado de sexo. La doctora Cameron me dejó más tranquilo, ¿sabes? Así que no te preocupes tanto que yo no soy su próxima víctima. —Escuché un resoplido cansino que consiguió que le diera un puñetazo al capó del coche—. Además, fuimos muchos los policías que estuvimos allí. No fui el único, capullo. Solo que a mí me enfocó la maldita cámara fotográfica. ¡A saber cuántos con el signo de Leo habría allí y no

quedaron inmortalizados para la posteridad!

Me salió un largo y profundo suspiro que manifestó mi impotencia en esos instantes. A pesar de que tenía ganas de estrangularlo, Scott llevaba razón en algo. Era imposible individuar en las distintas fotografías a todos los nacidos bajo ese horóscopo en un par de horas, es más, muchos ni siquiera saldrían en ellas. Podíamos lanzar un comunicado, una alerta para todas las personas que hacía cuatro años habían estado presentes en el anuncio de la construcción del centro social. Algunos ni se acordarían y otros ignorarían la advertencia, teniendo en cuenta que la mayoría se encontraba ya en sus puestos de trabajo. Además, tenía la jodida sensación de que el asesino llevaba horas acechando a su víctima. Habría estudiado sus costumbres: cuándo se levantaba, cuándo salía de casa, a qué hora regresaba, si se detenía en algún lugar antes de volver... ¡Lo sabría todo! Y nosotros nada.

Escuché a Cliff hablar con el jefe a la vez que asentía, lo que me hizo suponer que la escolta de Andy Evans había llegado antes de que este saliera de casa. Me presioné la frente con las yemas de los dedos mientras trataba de tomar una decisión en cuestión de segundos.

—Vale, Scott. Hoy no sales a patrullar. Dile a Miller que haga de tu guardaespaldas y que no te deje ni a sol ni a sombra.

—Tú no eres el jefe de policía. No pienso quedarme aquí rascándome los huevos mientras mis compañeros se la juegan ahí fuera. Estoy esperando a que llegue Miller y te puedo asegurar que cumpliré con mi trabajo como hago todos los días.

—¿Miller no está ahí?

—Sí, la señorita puntualidad no se ha presentado todavía, y Moreno está echando humo por las orejas, ya que soy el único que ha llegado a su hora. Ni tú ni Cliff... —Fruncí el ceño algo extrañado y lo interrumpí antes de que prosiguiera con su verborrea:

—¿Ya erais compañeros hace cuatro años? —No me respondió de inmediato.

El idiota estaba pensándoselo. En ese momento, Cliff me hizo un gesto para que entrara en el coche. Me abroché el cinturón y él emprendió la marcha sin comunicarme el destino, aunque imaginaba que Moreno quería vernos a los dos en su despacho urgentemente.

—Te conozco, Adams. Ya sé lo que estás imaginándote, que si ella fue conmigo al acto podría ser una posible víctima —se pronunció por fin—. Pero Miller es virgo, lo sé porque su cumpleaños es una semana después que la mía: el veintidós de agosto.

—¿El veintidós de agosto? ¡No me jodas, Scott!

—¿Qué ocurre? —Percibí la confusión en su voz y, a la vez, cierta preocupación.

—El veintidós de agosto es una fecha cambiante. Eso significa que, depende del año en el que hayas nacido, puedes ser leo o virgo. ¿Estás seguro de que es virgo?

Ese cabrón se volvió a quedar mudo. Los segundos de silencio se estiraron en el tiempo como las patas de una araña hasta alcanzar a su presa y yo entré en pánico. Un sudor frío me recorría la espina dorsal a la vez que mis dedos presionaban el móvil con fuerza. «¡Dime que sí, dime que sí!», escuchaba los gritos desde mi interior.

—¿Qué sucede? —me preguntó mi compañero y yo no pude responderle porque necesitaba escuchar la voz de Nick Scott con urgencia.

—No lo sé —confesó por fin—. Estaba intentando recordar su año de nacimiento porque ella tiene unos cuántos más que yo, pero no estoy seguro si son tres o cuatro. No lo sé...

—¡Escúchame bien, vas a entrar en su ficha policial, averiguar el maldito año y buscar en esas páginas astrológicas que tanto te gustan si Miller es leo o virgo!

Y colgó sin que de su boca naciera una mísera afirmación y quise pensar que haría lo que le había dicho sin rechistar, sin cuestionar mis órdenes, aunque no fuese su superior, y, sobre todo, sin cometer

estupideces. Tragué saliva varias veces y de reojo observé el rostro tenso de mi amigo. No necesitaba que le diera más explicaciones, ya sabía lo que tenía que hacer y no era presentarnos en el despacho de Moreno. Aun así, se lo pedí:

—Vamos a casa de Sandra.

Asintió sin más y pisó el acelerador al tiempo que la sirena comenzaba a sonar. Durante el trayecto no intercambiamos palabra alguna, no era necesario, ambos estábamos sumidos en nuestros respectivos pensamientos que se asemejaban más de lo que esperábamos. De vez en cuando, miraba el móvil por si me entraba algún mensaje de Scott con toda mi esperanza puesta en que me confirmara que Sandra era virgo.

Al llegar, tanto Cliff como yo adoptamos una actitud prudente y nos acercamos a la casa con cautela. Podría decir que tenía ojos hasta en la nuca. Lo primero que observamos fue que su coche no estaba por los alrededores y por esa razón mi compañero insistió en llamarla por teléfono varias veces. No respondió. Los tonos de llamada se agotaban como nuestra paciencia, caían en el mismo silencio en el que estábamos inmersos. Toqué a la puerta varias veces y, al no obtener respuesta, la abrí de una patada. No estaba para tonterías ni iba a esperar a que ningún superior me diera permiso para entrar. Ya me llevaría el rapapolvo más feliz de mi vida de Miller por haberle destrozado el pomo más tarde.

—¡Miller! —Sacamos nuestras armas e inspeccionamos las distintas habitaciones. Nada. No había rastro de ella. De pronto, sonó el teléfono y di un respingo que casi consiguió provocarme una aneurisma. Era Scott—. ¿Lo tienes?

—Sí —dudó—, ese año virgo entró el veintidós de agosto por la tarde.

—¡Bien! —Entrecerré los ojos, aliviado.

—Miller nació a las nueve de la mañana. Tuve que llamar a su madre para obtener esta información. —Lo escuché toser y pensé que se atragantaría con su propio aire—. He tardado porque no comprendo esta mierda. No sabía que las horas también influían.

Después de hablar con una experta, me ha confirmado que Sandra es leo. A las nueve de la mañana todavía el sol estaba posicionado sobre esa constelación. ¡Joder, Adams, que es leo!

—No está aquí, Scott. No está en su casa —le confesé acongojado—. Su coche tampoco. ¿Ha llegado a la oficina?

—No, pero ahora mismo voy a lanzar una alerta para localizar su vehículo. Y a... ella. Te juro por mi vida que la voy a encontrar. ¿Por qué no nos dijo que podía entrar en el perfil del asesino?, ¿por qué?

Esa vez fui yo quien le colgó. Su voz me chirriaba, me encendía todas las terminales nerviosas y me condenaban a ahogarme en mis propios gritos que querían romperme la garganta. No obstante, me forcé para que toda mi rabia se quedara dentro. No podía estallar en cólera, debía mantener la mente clara y más fría que nunca. Tenía que encontrar a Miller.

Entonces recordé la nota que el asesino me había hecho llegar con el niño de la bicicleta. Había lanzado una amenaza clara sobre mis compañeros de policía y había mencionado la garra del león. ¡Joder! En ese momento, había pensado que su advertencia iba dirigida hacia los dos agentes que se encontraban conmigo esa noche y lo dejé pasar. ¡Qué idiota había sido!

Presionado por las circunstancias, hice un breve resumen en mi cabeza: si la carta de leo era la fuerza, nos conducía a una mujer inteligente, incluso experta para su edad y no a dos niños. Una mujer fuerte e independiente con una gran capacidad organizativa y planificadora. Miller encajaba a la perfección en esa breve descripción. También había estado presente en el acto publicitario de la congresista Wilmore y me apostaría la vida a que ella apoyaba sus ideas políticas.

—No está aquí. Se la ha llevado. —Cliff frenó mi esquema mental y me obligó a regresar a la realidad de la casa, donde Sandra no estaba, donde existía la posibilidad de que el asesino se la hubiera llevado consigo—. Tenemos que buscarla fuera, en un rancho, tal vez. —Elevé las cejas desconcertado.

—¿Por qué hablas de un rancho?

—Mary se ha comprado uno de esos tarots después de que le contara cómo solía proceder el asesino. Quería estar segura de que ella no podía ser la víctima de la luna —admitió algo avergonzado —. En la carta de su sol hay un niño sobre un caballo blanco y no dos niños como en las que tú tienes. La imagen es diferente. No sabemos el tipo de cartas por el que se está guiando. —Sacudí varias veces la cabeza a la vez que un dolor punzante entraba en mis sienes.

—No, no, Cliff, no es el sol. Tenemos que buscar la fuerza, a la mujer que sujeta al león.

—Pues vayamos a un zoo. Tiene que estar en un zoo —dijo a la desesperada.

Rememoré el instante en el que Sandra había deducido que la luna podría mencionar algún lugar en concreto. A Melissa la habían encontrado cerca del Blue Moon y Adriana había sido atacada en la Media Luna. Tenía que pensar rápido. Como un loco me puse a buscar sitios que contuvieran la palabra fuerza: una calle, un local, un parque, un monte, ¡lo que fuera!

Nos dirigimos de nuevo al coche patrulla cuando un aviso nos cayó como un rayo certero y a la vez abrasador, fulminando nuestro frágil optimismo:

«A todas las unidades, se ha localizado el vehículo de Sandra Miller cerca del centro de educación preescolar Dino Drop-In. Repito, identificación positiva en el Dino Drop-In».

—¿Qué demonios hay por ahí cerca? —Cliff arrugó el rostro desconcertado.

—¿Estamos muy lejos?

—A unos cinco minutos de aquí. —Me volví a sumergir en la navegación por la web y amplié un mapa de la zona. Buscaba palabras clave que pudieran conducirnos hasta el paradero de la agente Miller. Pronto mis labios tremaron al comunicarle a mi

compañero el lugar hacia donde debía dirigirse:

—El Lions Club.

Mientras varios coches patrullas se dirigían al centro de educación preescolar para inspeccionar el vehículo de Sandra, nosotros corrimos al club, hacia la mismísima garra del león. De camino, Cliff informó a Moreno de nuestras intenciones y él no rechistó. En otras circunstancias, nos hubiera interpelado para que esperáramos a tener una orden de registro, pero nosotros nos agarrábamos al supuesto de que se estaba perpetuando un crimen en ese mismo instante y que el asesino se encontraba todavía allí con ella. Todavía con vida. Todavía con sus ojos azules nadando sobre un océano revuelto pero piadoso.

Eran las once de la mañana y ese día el sol ardía como ningún otro. La esfera amarilla incidía en nuestras pieles para que sintiéramos su fuego, el cual arrasaba nuestros espíritus y consumía nuestras esperanzas.

Entramos en las instalaciones mostrando nuestras placas y, aunque un idiota se puso a hablar de sus derechos, lo ignoramos y lo arrollamos sin más hasta que una simpática señorita se ofreció a colaborar con nosotros. El Lions Club era un centro de voluntariado en el que trataban de ayudar a la comunidad de muchas maneras diferentes: proveer a las personas invidentes de un perro guía, donaciones de juguetes para los niños más desfavorecidos durante la campaña navideña o un amplio programa de reciclaje y limpieza del medio ambiente. Contaban con numerosas sedes a lo largo de todo el estado de Montana.

Desde un principio, dejé bien claro que no quería inspeccionar todas las habitaciones del interior, sino que necesitaba echar un vistazo por los alrededores. Fue ahí cuando el presidente de la asociación se relajó y organizó de manera rápida a un grupo de voluntarios para que nos ayudara, a pesar de que le comuniqué que podía existir un peligro inminente y no quería involucrar a civiles. Él se ofreció a que sus leones revisaran las puertas y ventanas del recinto, por si detectaban algo sospechoso y Cliff le agradeció su colaboración.

El club no era muy grande, pero contaba con un jardín en su parte

delantera y otro en la trasera. El césped estaba muy cuidado, recién regado para que las altas temperaturas de ese día no lo marchitaran. No me interesaron mucho los pocos metros cuadrados del frente, ya que el recinto parecía una casa particular más de la Décima Avenida de la ciudad, con sus zonas verdes coronadas por altos árboles a un lado y otro del asfalto, que una verdadera asociación. Al entrar en la propiedad, casi habíamos visto la parcela exterior en su totalidad y allí no había nada ni nadie sospechoso, así que decidí dirigirme a la parte trasera y arrugué la frente al descubrir que tampoco era tan amplia.

—¿Estamos seguros de que este es el sitio? —me preguntó Cliff también sorprendido—. Es un lugar concurrido y está lleno de vecinos curiosos. —Señaló con el dedo índice hacia arriba y pude atisbar la silueta de un hombre mayor detrás de una casa colindante.

—Ahora mismo no sé nada. ¿Han dicho algo más del coche?

—Están interrogando a algunos vecinos por si han visto a Miller por la zona, pero nadie parece reconocerla.

Me presioné los labios con tanta fuerza que pensé que iba a reventármelos y la sangre me brotaría como el chorro de un grifo abierto. ¿En qué demonios me había equivocado?, ¿qué no había tenido en cuenta? Me estrujé el cerebro al tiempo que observaba las ramas de los árboles inmóviles sin su habitual baile auspiciado por la brisa de las montañas. Era un día de perros. Un día donde muchos huirían hacia el río o el bosque buscando el frescor de la naturaleza. Otros, como yo, encenderían el ventilador hasta que las aspas en su frenético movimiento giratorio no pudieran aguantar más el aire pegajoso que penetraba en ellas. Con casi treinta grados, me preguntaba cómo en otros lugares del país podían soportar temperaturas de más de cuarenta y cinco. Para mí eso ya era el infierno, lo que ignoraba es que estaba a punto de sucumbir a las llamas.

Reparé entonces en las cajas amontonadas alrededor de un poste telefónico. Todas tenían dibujado el emblema de la asociación: un círculo azul con una ele mayúscula y amarilla en el centro con el perfil de dos leones rugiendo en los laterales de la circunferencia.

Sin mucha confianza, avancé hacia las cajas para comprobar qué clase de material guardaban en su interior. Al agacharme para abrir una de ellas, tropecé con una especie de piedra que me hizo perder el equilibrio.

¡Dios Santo! No era una piedra.

¡Era un pie!

Llamé a Cliff todavía conmocionado por mi hallazgo mientras trataba de levantar todas las cajas del cuerpo que había bajo ellas. Y la vi. Sandra estaba allí. La sangre manaba de su garganta y quise taponarla con mis manos.

Grité. Grité pidiendo ayuda porque yo solo no podía contenerla. Buceé en sus ojos azules y atisbé un haz de luz en ellos. Seguía con vida. Miller era una leona que luchaba contra la muerte como una feroz guerrera. Su mano temblorosa consiguió atrapar mi muñeca y supe que quería decirme algo. Incliné el torso hacia su boca, pero el sonido de sus palabras moría antes de llegar a ella.

—No hagas esfuerzos. Ya viene la ayuda. Te vas a poner bien. —Sin embargo, ella insistía en comunicarse conmigo, sus ojos se movían de un lado a otro y comprendí lo que me quería decir—. ¿Lo conocías? —Pestañeó dos veces y eso significaba que no, que no lo había visto en su vida—. ¿Vamos por buen camino? —Una vez. Sus párpados cayeron solo una vez. Íbamos bien y pensé en las fotografías. Debían ser la clave. De pronto, caí en la cuenta de que nunca llegué a hablar con ella de las fotos y me mordisqueé el labio inferior. Ella estaba llevando la viabilidad del proyecto de la congresista en el terreno de la señora Abbot—. ¿Tiene que ver con la señora Abbot? —De nuevo cerró los ojos una sola vez con más calma, tomándose su tiempo. Eso era lo que quería transmitirme: el culpable tenía que ver con esas malditas tierras.

Escuché a Cliff berrear por el teléfono y sabía que intentaba conseguir que una ambulancia priorizase a la agente Miller. Alguien apareció con una toalla empapada en agua caliente afirmando que ralentizaba la hemorragia. Se la coloqué alrededor del cuello y volví a presionar con ambas manos el corte. Escuché las sirenas y quise convencerme de que llegaría a tiempo, de que los sanitarios

arreglarían aquel desastre. Sandra no podía rendirse. Yo no quería rendirme.

—Ya vienen. Ya vienen. ¡Aguanta un poco más!

De reojo, observé las zancadas de Scott apresurarse hacia su compañera. Se acuclilló ante ella con las lágrimas en los ojos y no negaré que eso me sacudió por dentro. Otro latigazo más. Otro dolor insuperable que se aliviaría con el tiempo, pero que permanecería ahí recordando a todos los compañeros a los que un día tuve que decir adiós. Scott quiso tomar el relevo y presionó la toalla roja con fuerza. ¡¿Dónde estaba la maldita ambulancia?! Me senté al lado de ella y le agarré la mano al tiempo que observaba a Cliff llevarse las manos a la cabeza sin dejar de vociferar por la emisora.

Por fin, vi a los sanitarios correr con una camilla y a una doctora joven llegar hasta nosotros con un sinfín de aparatos. Me aparté para dejarlos proceder y que pudieran salvarla aunque pintara muy mal. Me apoyé en el tronco de un árbol para que este sostuviera mi peso porque de no ser así, me caería, y no estaba seguro de que, si lo hacía, pudiera levantarme.

Escuché la melodía de mi móvil sonar una y otra vez hasta la saciedad, hasta que, después de innumerables llamadas, respondí de forma automática sin mirar quién era el responsable de entrometerse en mi angustia.

—Vaya, vaya, vaya. Ya te dije que las garras del león eran muy certeras, pero no quisiste escucharme. —Me envaré demasiado rápido para reaccionar y buscarlo en los alrededores del club, y demasiado lento para contestarle como se merecía. Enmudecí. Ignoraba cómo demonios tenía mi número de teléfono—. Siento lo de Sandra, sé que le tenías cariño, pero esto es lo que ocurre cuando quieres interferir en mi juego.

—¡Hijo de puta! ¡Te juro que te voy a encontrar y que yo mismo me encargaré de rajarte el cuello!

—Oh, el poli se ha enfadado, su calma se ha quebrado y ni siquiera la Virgen descendiendo de los cielos detendrá su arrebato. Sin

embargo, la Virgen no es virgen, aunque tú lo fueras cuando la conociste.

—¿Me estás amenazando? —Colgó la llamada y, aunque quise acceder a su número, supe al instante que me había telefoneado desde uno oculto—. ¡Joder, mierda!

Miré a Cliff, quien negó con la cabeza varias veces y allí mismo, bajo las ramas secas del árbol, me derrumbé. Enterré el rostro entre las manos ensangrentadas y ahogué un grito de impotencia.

La agente Miller había muerto.

Capítulo 25

Un día de sonrisas y lágrimas

Me levanté con una sonrisa pegada a la cara y un optimismo que brincaba sobre cada poro de mi piel como un bailador de flamenco. Estaba eufórica, exaltada, pues era el primer cumpleaños de mi pequeña. Aunque Vega no tenía compañeros de su edad, había invitado al festejo a un par de amigos y familiares. Mi hermano Manu me aseguró que llegaría con su mujer y mis dos sobrinos a la hora de comer desde Madrid. Mi otro hermano, el mayor, iba a intentarlo desde Huelva. Ambos se habían mudado por motivos de trabajo y al final habían hecho sus vidas tan lejos de nosotros que a veces las videollamadas no eran suficientes para mis padres. Mi madre me había comentado que los días en los que estuve dormida como una princesa de cuento, me visitaron y estuvieron consolándola hasta que no tuvo más lágrimas que derramar.

Inflé una treintena de globos rosas y me esmeré preparando unos sándwiches y unas cuantas tortillas. Por supuesto, mi abnegada madre me ayudó con los preparativos, pues parecía más ilusionada con la celebración que yo. En cambio, mi padre, hombre de pocas palabras, se limitaba a asentir y dar su aprobación sobre la decoración mientras engullía alguna que otra galleta cuando no lo mirábamos.

Tuvimos una comida familiar placentera donde mi hermano Manu evitó hacerme preguntas fastidiosas sobre mis planes de futuro. Le encantaba chincharme delante de mis padres y ponerme en evidencia recalcando mi imposibilidad de terminar algo cada vez que lo empezaba. Me decía que siempre dejaba las cosas a medias y, aunque no era del todo cierto —había finalizado mi carrera universitaria y había mantenido un trabajo decente hasta que los muy cabrones decidieron despedirme tras la baja de maternidad—, él insistía en que no se me podía dar todo hecho. Pero creo que la explosión lo dejó bastante tocado, pues se comportaba conmigo como un hermano complaciente. Me reiteró lo contento que estaba,

ya que había recuperado la movilidad del brazo y no había rastro de grandes secuelas en mi cuerpo. Estaba demasiado adulador y me aproveché de eso para que hiciera algunas llamadas y hablara con unos cuantos amigos por si podían enchufarme en de sus empresas.

Estaba pletórica y nadie iba arruinarme ese día.

O al menos, eso pensaba yo.

Me alegré mucho de que vinieran al cumpleaños Eduardo y Miriam, ya que, después de todo, habían sido mis compañeros de fatigas. Vega los recibió con una luz inmensa en los ojos. Eduardo le regaló un oso de peluche que era más grande que ella mientras que Miriam, otro de esos cubos de legos para que los regara por la casa. Miré el reloj y me preocupé al ver que Raquel todavía no había llegado. En breve, intentaríamos que Vega soplara las velas y partiríamos la tarta, así que la llamé con impaciencia.

—¿Te ha pasado algo? —le pregunté sin dejarla responder.

—Bueno, te cuento luego. Estoy aparcando. Natalia no viene. Tuve que dejarla en una supuesta reunión con compañeros de trabajo. No me preguntes nada que muerdo, pero mi paciencia se está acabando.

—Raquel, no puedes permitir que te pisotee cuando le venga en gana.

—¿No te he dicho que no quiero comentarios? Hoy es el cumpleaños de mi ahijada. Nos vemos ahora.

Me encantaba la manera que tenía de dejarme con la palabra en la boca sin importarle si mis pensamientos enrevesados estaban barruntando una hecatombe. Colgué la llamada y me dirigí a mis invitados, quienes no paraban de hacerle carantoñas a mi pequeña.

—¡Qué bonita es! —Eduardo suspiró con agrado, demasiado—. Podríamos llevarla un día a un parque enorme de bolas que hay cerca de mi casa. Seguro que se lo pasa pipa. Sabes que yo cuidaría de...

No dejé que terminara la frase. Lo interrumpí de forma brusca, pues

imaginaba lo que vendría a continuación y tenía miedo a que me propusiera algo en lo que entrábamos los dos y la niña. Tenía miedo a decirle que sí, cuando mis sentimientos hacia él eran de un profundo cariño, nada más.

—¿Qué le ocurre a Miriam? —No me había pasado desapercibida su actitud reservada y algo afectada. Ella no era así. Desde luego que no era así.

—Bueno, creo que Vega le recuerda a su hija cuando era pequeña. —Arrugué la nariz y miré a Eduardo sin comprenderlo—. Quería contártelo, pero me dijo que el dolor se lo impedía. Su hija murió el día de la explosión. Iba con ella esa mañana porque Miriam tenía una cita médica y se saltó las clases de la universidad para acompañarla. —Creí desfallecer. Tuve que sujetarme a su brazo para no estrellar mi cara contra el suelo—. Está yendo a terapia. Se siente culpable por lo que pasó y se lamenta por no haber sido ella la que murió. Le cuesta sincerarse contigo porque tú también estuviste ahí y sabe lo difícil que ha sido para ti. Ella vio cómo te metieron en la ambulancia.

—¡Joder, Eduardo! ¡Era la mujer! Los quejidos que escuchaba eran de ella.

Intenté acercarme a Miriam, a pesar de que mis piernas flaqueaban y se movían como palillos en el barro. No lograba avanzar, ni siquiera me atrevía a mirarla a los ojos y, de repente, me sobrevino un dolor de cabeza fatídico, el cual me auguraba que todo iría a peor. Miré de reojo cómo la puerta se abría y vi a Raquel con una sonrisa de oreja a oreja. Quise acercarme a ella y pedirle auxilio porque no podía más. ¿Por qué la culpabilidad se adueñaba de mí de nuevo, justo cuando pensaba que ya la había superado?

Era veintisiete de julio, el día del cumpleaños de mi hija. Hasta ese momento nada ni nadie pudo empañar mi felicidad. Ya conocía lo que venía a continuación: una luz cegadora que se abría paso entre la oscuridad más espantosa y un vacío que se quedaría atrás en cuanto ocupara el cuerpo de Josh. Sin embargo, ese día el vacío se prolongaría más de lo que esperaba.

Aparecí en un funeral. Estaba vestida con un uniforme de gala en

un cementerio que se me antojó inmenso. La hierba crecía con capricho por todo ese campo aciago salpicado por numerosas lápidas a las que no quise mirar. Tragué saliva varias veces sin comprender todavía qué hacía Josh en un entierro oficial. Después recordé que, hacía unos días, el sol había entrado en Leo, pero aquello no podía estar sucediendo. Estaba casi segura de que habían protegido a Andy Evans, ese hombre no podía haber muerto. Además, ¿para qué asistía toda la solemnidad política de Bozeman y medio cuerpo de policía al funeral de un hombre caído en desgracia?

Entonces los músculos de la cara se me tensaron. Busqué a Cliff con mi mirada hasta que lo encontré tres personas más alejado, a mi izquierda. Suspiré tranquila. Aunque sabía que él no era leo y que no tenía motivo de preocupación. ¿Qué demonios estaba ocurriendo allí? Observé cómo varios agentes portaban el féretro, entre ellos me pareció reconocer a Scott, mientras otros colocaban algunas coronas al lado de un caballete que mostraba la foto de alguien sonriente. Al principio no la reconocí. La gorra de policía le ocultaba la mirada oceánica y la frente estrecha. Después, pensé que mi corazón se saldría por la boca y vomitaría todo lo que mi estómago llevara dentro. No podía ser. Me negaba a creer que fuera ella.

Sandra Miller.

Creí desfallecer por segunda vez en ese día y ese vacío del cual no logré desprenderme del todo al viajar hasta Bozeman se apoderó de mí. Un sabor amargo me empapó la boca y sentí unas cuántas lágrimas arremolinarse en mis ojos lúcidos. Por fin podía llorar, por fin podía expresar lo que mi dolor había reprimido. No obstante, no era yo. Estaba en el cuerpo de Josh y, aunque quería taparme la cara, sorberme los mocos y llorar como una niña desconsolada, ese no era el momento.

Pensé en salir corriendo y esconderme detrás de un árbol, así nadie me vería: ni el alcalde ni Moreno ni ninguno de los compañeros de Josh. Sin embargo, tampoco podía huir como una cobarde. Tenía que aguantar con estoicidad junto a todos esos polis de los que apenas recordaba sus nombres. Había coincidido con algunos de ellos por los pasillos, a otros ni siquiera los conocía, pero a Scott,

¡dios a Scott, sí! Imaginé su dolor mientras contemplaba su rostro afligido, mientras otro policía le daba palmaditas en la espalda para que se recompusiera.

—Cogeremos a ese cabrón —escuché mascullar al poli que tenía a mi lado y entonces, corroboré lo que mis pensamientos ya me habían avanzado. La culpa de aquello la tenía el asesino del tarot.

¿Por qué yo no sabía que Sandra era leo? ¿Por qué no la vi en ninguna de las fotos? ¡Joder! ¿Por qué el destino era tan injusto? Estaba sintiendo su pérdida como si fuera mía y, de alguna manera, lo era. Había empatizado con ella, con su forma de trabajar y llevarle la contraria a su compañero, quizá porque ambas éramos mujeres y ella era todo lo que yo ansiaba ser de pequeña: independiente, fuerte y valiente.

Di un respingo al escuchar los cañonazos de honor que lanzaban sus compañeros al aire y me permití que una lágrima rodara por una de mis mejillas. Una sola. Ninguna más. Entonces una extraña sensación se apoderó de mí. Estaba segura de que alguien me observaba, percibía sus ojos torpedearme una y otra vez, sin darme tregua, y no pude dar un paso. Me quedé inmóvil hasta que el último palazo de tierra cubrió su ataúd mientras mi mirada se perdía entre todos los asistentes. No vi a nadie que me resultara sospechoso; no obstante, me sentí intimidada como cuando estuve en la casa de la señora Abbot.

En cuanto el cuerpo de policía rompió filas, me dirigí a Scott sin saber muy bien qué decirle en esa situación. Después de todo, no era poli, no era un hombre que intentaba maquillar sus sentimientos, sino una mujer con el corazón roto.

—Lo siento, Scott. Lo cogeremos.

—Todo esto es culpa mía —musitó—. Te juro que no voy a dejar que ese hijo de puta llegue al juzgado. No merece estar en prisión, sino enterrado en mitad de la nada, donde nadie lo honre. Yo me encargaré de orinarme sobre su tumba cada semana para que recuerde quién lo disparó. Ahora voy a emborracharme con unos cuantos compañeros, ¿te vienes? —No supe muy bien qué responder a eso. Lo miré ojiplática y le di las gracias a Moreno por hacerme

una seña para que me acercara. Su bigote no me achantaba tanto, además, hoy estaba con las puntas alicaídas, tristes y sentí pena por él.

—Es oficial. Los del FBI se van a encargar de esto y nos dejan fuera. Quiere que les entreguemos los informes con los que contamos: pistas, fotos... ¡Todo!

—¿Por qué? —le pregunté desde mi ignorancia—. ¿No intervienen cuando un criminal comete delitos en varios estados? —Él arqueó las cejas, dudando si mi pregunta iba en serio.

—Ha matado a una policía, Adams, y ha dejado un reguero de víctimas que hemos sido incapaces de proteger. Yo no puedo hacer nada y espero que tú tampoco hagas nada. Déjalos trabajar y colabora con lo que se te pida.

Me quedé plantada en la hierba como si fuera una flor más mientras él se encaminaba hacia el coche. Observé sus andares seguros e implacables y pensé que ya conocía lo suficiente a Josh para saber que nadie lo detendría y menos el FBI. Sonreí de medio lado al imaginarlo en la fiesta de cumpleaños de mi pequeña, disfrutando de la alegría del ambiente mientras a mí el universo me había regalado las horas más tristes de mi vida en esa ciudad, rodeada de montañas y de una belleza natural que le cortaba el hipo hasta a los incrédulos.

No quería estar allí. ¡Dios santo, deseaba estar en cualquier lugar antes que en ese! Había sido yo el que les había dado la noticia a los padres de Miller porque Scott no se sentía capaz de ello. Jamás lo había visto tan afectado como en esos días largos de verano que a mí me recordaron a las noches de invierno bajo una capa inmensa de nieve. Ni siquiera había querido escuchar al forense después de la autopsia. Se había derrumbado. ¿Y quién no?

Yo también había sentido esas garras de impunidad propinarme un par de zarpazos en las entrañas. Tuve que telefonear a Jenny y permitirle que tratara de consolarme como solía hacerlo, pues yo no me tenía en pie. Incluso se ofreció a venir a casa y pasar esa noche

conmigo, pero no la dejé. Ahora menos que nunca podría hacerlo, ya que sabía que ese psicópata me vigilaba, me espiaba y me mandaba notitas cuando quería. Se había atrevido a llamarme y a amenazarme mientras Sandra agonizaba.

No quería que los niños ni ella se vieran afectados por ese demente.

No más muertes. No más víctimas.

Le pedí al cielo, si es que alguien vivía allí, que me alejara de los llantos de familiares y amigos y los rostros de impotencia y fragilidad de mis compañeros. No lo soportaba. ¡Quería huir de allí!

Y se me concedió el deseo.

Volé hasta la casa de Adriana con frescura y, al ver una enorme tarta de nata y chocolate con una vela en el medio, supe que estaban celebrando el primer año de vida de Vega. Sí, me sentí un poco culpable de haber enviado a Adriana al funeral, aunque la responsabilidad no era solo mía. Alguien ahí arriba lo había decidido, así que, mientras en un lado se festejaba la vida, en otro lo hacía la muerte. Me ahorraría ir a la casa de los padres de Sandra a picotear algo cuando en realidad mi estómago estaba cerrado. Sin embargo, el de Adriana —a pesar de una ligera punzada que había percibido al ocupar su cuerpo—, estaba abierto. Podría comer tarta sin problema ninguno y eso logró que una sonrisa naciera en mis labios y se extendiera hasta mis orejas.

Poco a poco fui observando a los presentes: Raquel cruzaba la puerta y se iba directa a felicitar a Vega, quien estaba en los brazos de Milagros, mientras que un grupo de personas charlaba animosamente sin separarse de la mesa del comedor. Así podrían estirar el brazo y seguir comiendo sin interrupciones. Entre ellos estaba el padre de Adriana, Antonio, y un hombre que supuse que sería su hijo dado su enorme parecido.

—Lo siento mucho. No he debido contarte nada en un día como hoy. —Miré hacia mi derecha y descubrí al soplagaitas de Eduardo a mi lado. Eso me cabreó mucho y, sin saber a qué demonios se estaba refiriendo, asentí con mal genio y me dirigí a Vega en el preciso momento en el que Milagros anunciaba que iba a soplar la

vela.

La cogí entre mis brazos y me analizó con desconcierto. No duró mucho, porque una sonrisa complaciente nació de su pequeña boca. La animé a que juntara los labios y soplara muy fuerte en cuanto todos terminaran la canción del Cumpleaños Feliz y me sentí pletórico. Recordé los cumpleaños de mis hijos y cómo la alegría de los niños contaminaba el aire de la casa y coloreaba las paredes del hogar sin importarme si ese día había sido malo en el trabajo.

¡Qué feliz estaba!

Me había olvidado de que horas antes asistía a un funeral. Me había olvidado del dolor y de las lágrimas, pero, sobre todo, me había olvidado de mi vida.

La niña hizo un vago intento por juntar los labios para que de ellos brotara una brizna de aire fresco y la ayudé apagar la vela sin miramientos. En cuanto todos terminaron de aplaudir nuestra gran hazaña, Antonio me la arrebató de los brazos y pronto Vega terminó en el suelo jugando con sus bloques de lego junto a unos niños que supuse que serían sus primos. Entonces me acerqué a Raquel, quien desde que había llegado a casa no se había acercado a mí.

—No puedo quedarme mucho más —me soltó nada más llegar a su posición—. El coche de Natalia está en el taller y tengo que recogerla en un rato. Lo siento, Adriana.

—Deberías decirle a esa bruja cuatro cosas. ¿De qué va todo esto?

—¿Josh? —me preguntó entre dientes y alarmada. Asentí, inclinando la barbilla—. ¡Joder! No me lo puedo creer. ¡Es el cumple de Vega! Adriana debería de estar aquí.

—Lo sé. —Me sentí culpable de estar disfrutando de un tiempo que no me correspondía, así que elevé la mirada al techo y le volví a pedir al universo que me hiciera un favor. Tenía que regresar para que ella pudiera estar con su hija.

En ese momento, escuché un gritito exaltado de Milagros y mis ojos descendieron hasta enfocar a Vega. Se había levantado con ayuda

de una de las patas de la mesa y avanzaba hacia mí, algo torpe pero con convicción.

—¡Son sus primeros pasos! —exclamó la madre de Adriana envuelta en una considerable emoción.

Un rato después sucedió algo increíble. Me acuclillé y alargué mis brazos para recibirla, y ella no dudó. Aceleró sus pasitos y se enroscó conmigo en un sentido abrazo que consiguió humedecerme la mirada.

—¡Vaya! Parece que ya le caes bien. —Con los brazos cruzados, Raquel me contemplaba con el semblante de satisfacción. Me ayudó a ponerme de pie y después de un beso enorme en la mejilla, se la dejé a Milagros, quien ya saltaba de alegría a mi lado—. Tenemos que hablar. ¿Qué ha ocurrido en Montana?

La miré extrañado y pensé que para ella mi alma continuaba siendo demasiado transparente.

—Aquí no.

—Bien, acompáñame al coche. Tenía que haberme ido hace un cuarto de hora.

—¡Venga ya! ¿Y perderte el momentazo de Vega corriendo hacia mí? No te lo crees ni tú —me jacté de ella.

Bajamos las escaleras del tercer piso sin mucha prisa mientras intercambiábamos algunas miradas de complicidad que consiguieron incomodarme un poco. No hablábamos, solo nos leíamos el interior de nuestras pupilas, como si estas tuvieran frases escritas con tinta invisible, de esas que solo unos cuantos podían descifrar.

Sabía que estaba preocupada por Adriana. No concebía que el destino le hubiera jugado una putada semejante y yo tampoco. Nunca debió concederme ese deseo, nunca debió enviarme a su casa para que yo fuera partícipe de los logros de Vega. Los primeros pasos no los olvida una madre jamás y yo le había robado ese momento. También intuía que la relación de Raquel se había topado

con un muro grande lleno de musgo resbaladizo e imposible de saltar. Eso me entristeció. Ella no se merecía que nadie jugara con sus sentimientos.

—¿Y bien? ¿Dónde está Adriana? —me preguntó nada más llegar al portal.

—En un funeral. —Escuché cómo tragaba saliva.

—¿Y quién se ha muerto?

—Una compañera. Sandra Miller.

—¡Joder! ¡Me cago en...! ¿Ha sido él?, ¿el loco?

—Sí. —Entrelazó las manos detrás de su nuca y resopló. Fue un resoplido que chirrió en mis oídos.

—Tienes que acabar con esto ya. Ella no es policía. La otra vez, ese miserable la atacó... te atacó... en un callejón. Y no quiero ser pájaro de mal agüero, pero ¿qué sucederá cuando venga a por ti y no seas tú? ¡La matará, Josh! Este rompecabezas se está volviendo cada día más peligroso y estoy preocupada por ella. ¿Por qué has tenido que venir justo este día, en el cumpleaños de Vega? —se lamentó abriendo los brazos y mirando hacia el techo.

—Yo... quería escapar de allí. Lo deseé con todas mi fuerzas, pero no pensé que... Yo no controlo los viajes.

Ella me sujetó las manos y me miró con rostro implorante.

—Sí que puedes hacerlo. Se lo he dicho a Adriana un millón de veces. Cada viaje que hacéis es un aprendizaje, vuestro espíritu va adquiriendo más conocimiento. Habéis logrado cosas extraordinarias, como presentaros ante el otro en forma de espíritu. Os falta conectar del todo con ese vínculo vuestro. —Me golpeó con el puño en el pecho y se abrazó a mí. Luego, se separó muy despacio y escudriñó en mi rostro buscando algún atisbo de su amiga en él—. ¡Joder! Te he llamado no una ni dos, sino más de una decena de veces a espaldas de Adriana, esperando a que un día me contestaras. Eres tan idiota que le has apuntado el número mal.

Arqueé las cejas confundido y la miré ojiplático.

—El número es correcto. Y no soy ningún idiota.

—Pues la comunicación está fallando. ¿No tienes otro móvil al que podamos contactarte?

—¡Claro que no! Ese número es el nuevo. Cambié de compañía telefónica, después del accidente, y desde luego no voy a darte el de mi mujer ni el fijo de casa. Y ni se os ocurra llamarme a la comisaría. Esto empeoraría la situación —afirmé de manera tajante.

—Todo esto tiene que estar sucediendo por algo —murmuró mientras me cogía de la mano y entrelazaba los dedos con los míos —. Algo que se nos escapa.

No tuve tiempo de preguntarle a qué se refería, pues de pronto, irrumpió en el portal una mujer de frente ancha y cabellos muy rizados contenidos en una castaña. Mantenía el ceño fruncido y sus orejas parecían estar echando el vapor de un tren antiguo por sus orificios.

—Te he estado llamando y no me respondías. He tenido que coger un taxi y llegar hasta aquí. ¿Qué estáis haciendo? —Sus ojos se posaron en nuestras manos, todavía sujetas.

—Estábamos hablando, eso es todo —se excusó Raquel.

La escudriñé con mi mirada de superioridad, la cual no le pasó desapercibida.

—Tenemos que irnos —exigió la recién llegada sin mirarme a la cara.

—Todavía tenemos unos asuntillos que tratar. ¿Nos dejas cinco minutos más? —le pregunté con sorna.

—Mira, sé que te caigo mal, pero hasta hoy al menos lo disimulabas con tu sonrisa facilona y así teníamos la fiesta en paz.

—No lo voy a negar. Me caes fatal. Eres una zorra engreída que solo piensa en sí misma. Si la quisieras, tendrías en cuenta su opinión,

mantendrías un diálogo de tú a tú y no impondrías tus exigencias con chantajes. A mí no me engañas, tengo calados a los de tu especie.

—¡Josh, déjalo estar! —La novia de Raquel la miró con mucha confusión.

—¿Cómo la has llamado?, ¿quién es Josh? —Sacudió la cabeza y ni un mísero pelo se le movió de la castaña—. Mira, no sé qué te traes entre manos aparentando ser la amiga buena y la que finge estar siempre ahí. ¡No lo eres! Déjanos en paz y deja de malmeter en nuestra relación cuando es evidente que tú eres incapaz de mantener la tuya propia.

—Ahora mismo te daría un hostión si no fuera porque no tengo costumbre de pegar a las mujeres a no ser que me apunten con una pistola o me amenacen con un cuchillo de carnicero.

—¡Se acabó! —gritó Raquel desesperada—. Esto es cosa mía, Josh. Sé solucionar mis problemas. Y en cuanto a ti, te has pasado tres pueblos.

Raquel se dirigió hacia el coche sin mirar atrás, ni siquiera se preocupó por comprobar si su antipática novia la seguía. Yo me quedé anclado allí unos minutos más, observando cómo Natalia subía, el vehículo se ponía en marcha y se alejaba de mí. Me crují los dedos y pensé que las relaciones eran más complicadas que atrapar a un asesino. No había dudas sobre quién era el malo de la historia, en cambio, con las parejas entrabas en una espiral viciosa y perdías tu propio norte sin recordar quién había lanzado la primera piedra.

Pensé en Jenny.

Y lo tuve claro.

Capítulo 26

Dos más dos no siempre son cuatro

Estuve los días siguientes tratando de asimilar la muerte de Sandra Miller. Había regresado a casa con un agujero en el alma demasiado grande para que cicatrizara tan pronto, a pesar de que ella no pertenecía a mi vida. Esos ratitos que habíamos compartido en la comisaría se me habían hecho más fáciles y digeribles porque estaba a mi lado. Su presencia me transmitía seguridad, ánimo, pero sobre todo confianza. Era el tipo de mujer a quien le podías contar un secreto a sabiendas de que sus labios permanecerían sellados para siempre.

Sandra siempre fue leo.

Sandra siempre fue la fuerza.

Raquel no tardó en ponerme al día de los maravillosos acontecimientos de aquella tarde en el cumpleaños de mi hija. Vega había dado sus primeros pasitos, y aunque yo no había estado presente durante su hazaña, de alguna manera sentía que había vivido la experiencia a través de Josh. Traté de ocultar una media sonrisa cuando me lo contaba. Mi amiga, más avispada que un zorro viejo, abrió los ojos de par en par y me escudriñó con su mirada detectivesca.

—¿Qué está pasando entre vosotros dos? ¡Mira que no me chupo el dedo! —Mis mejillas se encendieron como una hoguera en un aquelarre—. Adriana, no me digas que te has enamorado de un hombre invisible.

—No es invisible.

—Sí que lo es. Que vivas su vida a ratos no significa que compartáis gustos, pensamientos o momentos juntos —recalcó esta última palabra con demasiado énfasis, como si creyera que estaba paseando descalza en una nube rosa alejada de la realidad y me había hecho aterrizar de

bruces contra la tierra.

—Voy a reunir dinero y voy a viajar a Montana.

—¿Y después qué? No sabes inglés, no tienes ni idea de cómo es la vida allí y hace un frío que pela. Además, Josh está casado y con dos hijos. Aunque te aceptara con los brazos abiertos, ¿piensas mudarte a los Estados Unidos?, ¿y qué pasa con Vega? —No quise mirarla a la cara, me dolía lo que decía y la conocía lo suficiente como para saber que hablaba su orgullo herido.

—Yo no tengo culpa de que hayas roto con Natalia. No fui yo quien te habló con dureza. —Ella soltó un resoplido quejoso y curvó los labios.

—Lo siento. Sé que no fuiste tú, aunque tengo que agradecerle al policía que enervara tanto a Natalia porque, en cuanto llegamos a casa, se atrevió a amenazarme con el típico ella o yo. Y a mí nadie me intimida ni me dice lo que tengo que hacer. Si en este momento no quiero experimentar una relación abierta, pues no quiero y punto. No tenía que intentar convencerme, sino escucharme y ya. —Le di un sentido abrazo porque era consciente que esos días también estaban siendo difíciles para ella—. Sabes que siempre soy la amiga buena, pero a veces tengo que sacar a la mala a pasear para que te diga las verdades a la cara, como Josh ha hecho conmigo. Tú eres la comprensiva y yo, la desconfiada. —Soltó un bufido y desvió la mirada al suelo—. Tengo que confesarte algo. Llamé a Josh unas cuantas veces más después de que lo intentáramos la primera.

—¿Qué?

—No te enfades conmigo. Además, nunca me respondió y se lo dije el día del cumpleaños. Él insiste en que el número es correcto, pero no funciona. ¿Le has dejado ya el tuyo?

—No, se lo pregunté y no me dijo nada —intenté excusarme con un débil pretexto y lo sabía—. Después se sucedieron tantas idas y venidas que ni pensé en ello.

—Eres un desastre con patas y una auténtica idiota. No puedes hacerte la remilgada ahora y andar de puntillas. Dale tu maldito

número de teléfono. —Lanzó un suspiro cansino tras soltarme el discurso, y luego frunció los labios de manera enigmática—. Además, hay algo que quiero comprobar. Y antes de que abras la boca para preguntarme, déjame esto a mí. Ya tienes demasiadas cosas en la cabeza.

—Vale, no voy a discutir contigo. Pero que sepas que yo no soy la única testaruda de esta historia.

En esa época, las noches se me antojaron más largas de lo habitual en un verano que estaba siendo demasiado caluroso. Las manecillas del reloj corrían con las patas largas y no me sentía en forma para seguirlas. En mis horas de insomnio pensaba en Josh, en Raquel, en Sandra, en la conversación pendiente que tenía con Miriam, en la propuesta no dicha de Eduardo, en si Jenny regresaría a la casa y en... mi vida.

Deseé con todas mis energías que se me concediera un último deseo: necesitaba ver a Josh, no hacer un intercambio de espíritus, no. Eso no me valía. Quería verlo, comprobar que este sentimiento que bailaba en mi estómago en forma de cientos de mariposas revoloteando sobre él era recíproco y, si no, descubrir de una vez por todas que todo era producto de una ensoñación que nos había llevado a pensar que, dentro de nuestro mundo imaginario, el amor podría ser posible. Pero solo ahí, en nuestras vidas ilusorias y no en una realidad tangible.

Obtuve la respuesta a mis plegarias diez días después. Ya ni recordaba la fecha que marcaba el calendario, incluso esa macabra insistencia de prever lo que rondaba en la mente del asesino se la había llevado la marea junto con mis aspiraciones a creer que lo que estaba viviendo tenía un sentido para los dos. La muerte de la agente Miller me había golpeado con fiereza.

Casi despuntaba la primera luz del alba cuando esa sensación de flotación hizo que mis párpados se despegaran muy despacio y creyera que mis brazos se habían convertido en alas. No fui consciente de lo que en realidad sucedía hasta que mi cuerpo etéreo se presentó en la habitación de Josh.

Dormía.

Quise respetar su descanso unos minutos más y contemplar su rostro sosegado sobre la almohada. Me sorprendió descubrir una barba de muchos días ocupando parte de sus facciones endurecidas; sin embargo continuaba siendo él. Por mucho que quisiera ocultar sus labios sugerentes y enmascarar su graciosa nariz, su esencia continuaba viva bajo esa nueva apariencia.

Me entretuve acariciando su barba, recorriendo ese bosque desconocido y poco transitado con la energía que se desprendía de las yemas de mis dedos. Escuché que, de vez en cuando, ronroneaba como un gato en busca de cariño y de mimos. Quería dárselos. Continué ascendiendo hasta llegar al punto exacto que mi amiga Raquel denominaba el tercer ojo y lo masajeé con ternura. Ahí percibí su dolor enquistado, su rabia acumulada, pero también las enormes ganas que tenía por encontrar la paz. Él se acurrucó aún más y se aferró a la almohada como un niño a su peluche. Solté una risita que debió sobresaltarlo, porque, dos segundos después, abrió los ojos miel e impactaron con los míos con un cierto miedo que acabó transformándose en una alegría desbordante.

—Casi me matas del susto. ¿Cuánto hace que has llegado?, ¿por qué no me has despertado?, ¿estás bien?

Me miró como si contemplara una de esas constelaciones que poblaban el universo y el brillo que yo desprendía lo embriagase y lo empujase a descubrir más de mí. Esa aura dorada que me envolvía se disipaba poco a poco y tan solo se limitaba a rodear mi silueta. Fui consciente de que escudriñaba mi rostro de una forma que me hacía creer que estaba presente allí, en Bozeman, en su vida.

—Son muchas preguntas. Solo quería verte. Después de lo de Sandra... No sé, estaba preocupada por ti.

Se sentó en la cama con la mirada gacha.

—Ha sido un palo para todos. Además, ya están los cerebritos del FBI encargándose, incluso de mi vigilancia —afirmó, señalándome la ventana—. Cualquier contacto que tenga con el asesino, ya sea una llamada o una notita extravagante, tengo que comunicárselo, a pesar de que sé que me han pinchado los teléfonos, el fijo y el

móvil. Ya no juego en la NBA, pero la verdad es que me importa bien poco.

Su voz sonaba desgastada, derrotada por los sucesos negativos a los que se había enfrentado. Para él, el mal había ganado la guerra y lo había devuelto a su hogar roto desde las trincheras. Estaba malherido, desganado, tan afectado que temí que no se recompusiera, que se rindiera y no quisiera luchar nunca más por nadie, ni siquiera por mí. Aunque no podía echarle nada en cara, yo también había sucumbido a la tristeza y al sufrimiento que me recordaba que no habíamos salvado a Sandra.

—Yo también lo he pasado mal. No la conocía como tú, pero algo muy dentro de mí me susurraba que éramos compañeras desde hacía mucho tiempo. Puede que fueran tus recuerdos, la parte tuya que se queda en el corazón cuando yo ocupo tu cuerpo.

Él se acercó a mí con semblante afligido y quiso rodearme con sus brazos; no obstante, yo estaba allí solo en espíritu.

—Nunca debí hacerte pasar por eso. Era yo el que tenía que estar presente en el funeral todo el tiempo y no desear escaparme de allí.

—Tú no tienes la culpa. Ya hemos aprendido que, por mucho que ruegues y llores, los que mueven los hilos de esto son los que tienen la última palabra. Si no tienes que estar, no estarás. Así que creo que, de alguna manera, ellos quisieron que yo viviera esa experiencia, quizá para que recordara que se me ha concedido una segunda oportunidad en la vida o tal vez para que sintiera también tu dolor y pudiera compartirlo contigo.

Josh acercó la palma de la mano a mi rostro ansioso y algo difuminado. No se trataba de un contacto de piel con piel, pero pude percibir cómo una oleada de calor me sacudía el espíritu. Ignoraba si tras toda esa capa de centellas palpitantes que componían mis células, él podía distinguir mi mirada anhelante, repleta de deseo. Cuando menos lo esperé, Josh juntó sus labios con los míos y creí levitar, transportarme a otro mundo de fantasía donde nuestros cuerpos eran capaces de fundirse en uno solo. Parecían arcilla a punto de ser moldeados por un artesano.

Me dejé llevar. Me atreví a sentir.

Y lo conseguí. Ambos lo hicimos. Él se afanaba en rozar cada centímetro de mi espíritu como si estuviera enmarcando una piel tersa y vigorosa. Cada caricia y cada beso me embriagaba en una melodía excitante, la cual jamás había escuchado, pero me hacía sentir única y especial. Josh dejó al descubierto su pecho y quise que también se dejara envolver por ese arrebato cósmico. Hundí mi cabeza en él y mis labios jugaron a quererlo, a desearlo. Los destellos que me rodeaban impactaron contra su torso y lo sacudieron con un placer que aprecié en cada músculo de su ser. Me entretuve dibujando estrellas en su piel con mis besos dorados. Pronto se unieron para formar constelaciones y me animaron a sumergirme en su universo.

Observé en su rostro el apetito, el anhelo, uno que llevaba tiempo deseando ser libre y convertirlo en un caballo salvaje, así que lo dejé trotar por el campo abierto en el que se habían convertido las líneas de mi cuerpo. Me aproveché de esa ansia y busqué sus labios entreabiertos, sugerentes, ardientes como un meteorito deseando impactar contra mí. Me regocijé en ellos mientras observaba cómo se encendían y eran iluminados por mis propias centellas. Emitían pequeños gemidos que a mí se me antojaron la banda sonora de una película romántica, una de la que desconocía el final, pero por la que estaba dispuesta a vivir hasta las últimas consecuencias.

Aquello no podía ser posible; sin embargo, lo era. Me tumbó en la cama y sus manos recorrieron mi silueta, siendo capaces de tocar mi densa energía como si fuera un cuerpo físico, embriagándose de la luz que desprendía. Las centellas estallaban de gozo cuando percibían que se acercaba con sus largos dedos y yo vibraba de felicidad. A veces notaba su barbilla ansiosa por palparme los pechos y se enterraba demasiado en mí, tanto que traspasaba el horizonte definido por mi figura casi cristalina. Y entró en mí de una manera que apenas podía describir con palabras. Josh llegaba a formar parte de mis células, de esas pequeñas partículas que componían mi alma, y eso consiguió envolverme en un éxtasis que jamás había experimentado, uno que me hizo gemir y hacerme temblar hasta querer morir de placer.

Lo dejé hacer. Permití que otras partes de su cuerpo penetraran en

mí y me columpiaran hasta sentir ese gozo inconcebible, esa magia que me transportaba hasta la luna, para luego hacerme descender y abrasarme en las llamas de su cuerpo. Y fui feliz. También él. Lo veía en sus ojos, me lo susurraba su espíritu y quise que esa felicidad durase para siempre. En los segundos en los que Josh permaneció dentro de mí, yo era él y él era yo. Éramos uno solo. Sin limitaciones que nos hicieran dudar de nuestros sentimientos, porque contemplé su amor por mí y él experimentó el mío sin pudor, atravesando cada centella que componía mi ser.

Su espíritu se elevó de su cuerpo en los últimos segundos. Se atrevió a abandonarlo para ser libre, para unirse a mí en ese plano donde los dos podíamos conectar sin ataduras mientras su cuerpo caía en el colchón.

Lo amé con locura. Era una pasión que pertenecía a otro mundo, pero me dio igual, porque nuestras energías se combinaban de mil formas para hacernos estallar de placer. Después de la intensidad de ese momento, donde la pasión se había transformado en un chorro de corriente eléctrica que nos sacudió hasta conseguir que vibráramos al unísono, me acurruqué junto a él en la cama sin decir nada. Ambos respetamos esos minutos de silencio donde el juego de miradas hablaba más que nuestras bocas, aunque a mí de vez en cuando se me escapara algún que otro suspiro. Escudriñé sus ojos nublados en los cuales me había permitido nadar segundos antes con total transparencia. Todavía existía rabia, temor y mucha confusión. Con una sonrisa de medio lado, despejó todas esas emociones y me acarició las mejillas.

—Tienes que dejarme tu número de teléfono. —Me soltó de repente —. Lo siento. Estaba sobrepasado. Hablé con Raquel y me comentó que había intentado llamarme. No sé por qué yo no recibo ni el aviso de una llamada perdida, y sinceramente no me he centrado en esto. Todo está sucediendo a un ritmo tan vertiginoso que llega a asustarme. Pero, bueno, ahora que empiezas a controlar esto de ser un espíritu viajero, podemos vernos más a menudo.

—No te lo he escrito antes porque mis mensajes no te llegan, pensé que era una tontería hacerlo. Raquel me lo comentó y sé que algo le está rondando en la cabeza. No sé si hay interferencias, si hay mala cobertura aquí o si el destino no quiere que nos comuniquemos de

esa forma. He llegado a pensar de todo. Tú dámelo.

—Lo intentaré yo, a ver qué ocurre. Sé que seremos incapaces de mantener una conversación con ellos, pero te enviaré un saludo y un emoticono cada mañana como si fuéramos adolescentes. —Me reí de su ocurrencia y él conmigo—. Aunque por el momento no podremos hacerlo. Ya sabes que controlan mis movimientos, mi móvil y no me puedo permitir que te investiguen a ti también ni que quieran saber quién eres. No quiero que ellos sepan de tu existencia. Eso nos complicaría mucho la vida. —Bajó la barbilla y observé que esa chispa que había brotado de manera impulsiva en sus pupilas se apagaba de nuevo.

—No puedes rendirte ahora. No podemos dejar que ese psicópata se salga con la suya. Tengo miedo. Tengo miedo a que venga a por ti y te suceda algo.

—No puedo, Adriana, no puedo más con esto. —Sacudía la cabeza para convencerse de que no conseguía hacer nada, que ya no estaba en sus manos.

—¿Y si cuando decida acabar contigo estoy yo dentro de ti?, ¿cómo voy a defenderme? —Quise que reaccionara, que se encendiera de nuevo en él su instinto detectivesco; sin embargo, se limitó a fruncir los labios, deshecho.

—Te juro que he valorado esa opción cientos de veces. Ahora quien me importa eres tú.

—Pues no permitas que se acerque a nosotros. Ya lo hizo una vez y no fui capaz de defenderme. Me miraba con sadismo, casi vi lujuria en su mirada. Maldad. Pura maldad. Y entonces... —Mis recuerdos volaron a ese día. De nuevo me asaltaron imágenes del encontronazo que había tenido con ese hombre. Ese tan despiadado con el alma sucia.

—¿Qué ocurre? —Frunció el entrecejo al verme alterada.

—Me dijo: «Hola, cariño», como si me conociese, como si supiera que yo no era tú. —Mi voz sonó bajita, casi como una reflexión que hacía conmigo misma.

—¿De qué estás hablando?

—¿Cómo no me había dado cuenta antes? —Brinqué en la cama y entrelacé mis piernas mientras me acomodaba mejor—. Ningún asesino llama cariño a un policía de metro noventa.

—Bueno, te sorprendería saber cuánto chiflado anda suelto —afirmó él sin darle mucha importancia.

—Josh, no es broma. Me estaba hablando a mí, no a ti, a mí. ¡Oh, Dios mío! Si conoce nuestra condición es porque se trata de un médium o...

—De alguien que murió y regresó a la vida como nosotros. —Por fin había obtenido la atención de Josh y ahora me observaba con ojos asustados de verdad—. Pero eso no puede ser posible. ¡Es una locura!

—¿Por qué? —lo cuestioné—. Nosotros estuvimos en ese más allá y regresamos a la vida después de cuarenta segundos. Yo me acuerdo de ti. Recuerdo haberte visto a mi lado, incluso haberte cogido de la mano. Él pudo estar también allí y vernos.

—¿Y por qué yo no recuerdo nada de eso?, ¿por qué él pudo vernos y nosotros a él no? —Me encogí de hombros, pues no tenía ninguna respuesta para esa pregunta.

—Sin embargo, yo te vi a ti. No podemos descartar nada. Incluso puede que ese interés hacia ti se haya creado en ese otro mundo. —Percibí que sus pulsaciones se aceleraban y que su mente estaba dibujando un mapa donde situaba las piezas todavía incomprensibles para los dos.

—¿Entiendes que no puedo ir al FBI y contarles esto? ¡Es de locos hasta para mí! —Se levantó enojado y miró el exterior desde la ventana con los brazos en jarra—. ¿Y por qué permitirían que regresara?, ¿por qué si ya había matado al señor Stevens?, ¿por qué no mandarlo directamente al infierno para que se pudriera?

—No tengo todas las respuestas. Puede que tuvieran un plan para él.

—¿Y que asesinara a Sandra y a unos cuantos más por el camino? Si ese es el supuesto cielo que nos ofrecen, no quiero saber nada de él. —Me levanté, me acerqué con paso ligero y quise consolarlo al rodear su espalda con mis brazos.

—Ha jugado con ventaja porque él ya sabía de nuestra existencia, pero ahora nosotros podemos conocer la suya. Y tú eres el policía, el único que puede atraparlo porque experimentó de primera mano lo que ese psicópata también vivió.

—Si eso es así, tenemos que buscar a alguien que haya estado muerto y regresado a la vida el mismo día que ambos perdimos la nuestra: el veintidós de marzo. Tiene que ser alguien de aquí, de Bozeman, porque ya había matado al empresario dos días antes cuando Aries cayó como una losa sobre todos nosotros. —Refunfuñó por lo bajo sin apartar la vista de los agentes enchaquetados que estaban frente a su casa—. No puedo hacer esto solo. Es demasiado.

—Creo que va siendo hora de que hables con Cliff.

Capítulo 27

La trampa del viejo sabio

Conduje hasta la casa de Cliff a primera hora de la mañana bajo la atenta vigilancia de los enchaquetados del FBI. Ni siquiera se molestaban en disimular su presencia y me seguían como perritos falderos a cualquier lugar que se me ocurriera ir, incluso se adentraban conmigo en las montañas para verme pescar en el río, aunque se aburrieran como ostras sin conchas bajo el sol. Era su trabajo. Sin embargo, yo pensaba que más que protegerme, me espiaban. Parecía que creían que había hecho un pacto con el asesino y les ocultaba algo.

Lo estaba haciendo. Les ocultaba algo muy grande, más bien a alguien, a Adriana.

Pensé en la noche extraordinaria que habíamos pasado juntos, en cómo nuestras almas se habían desnudado sin pudor, en cómo nos habíamos sincerado el uno con el otro y en la promesa que le había hecho: iría a buscarla. A España. A Valencia. Después de que todo el asunto terminara, cogería un avión y la visitaría. Ella se marchó antes de que pudiera despedirme. En algún momento de la noche, me quedé dormido y, al despertar, ya no estaba a mi lado. Había regresado a España. Tenía que admitir que una bocanada de soledad volvió a enterrarme bajo las sábanas hasta que recordé nuestra conversación.

Debía de hablar con Cliff con urgencia.

Toqué en la puerta de su casa y una Mary encantadora y risueña, como era habitual en ella, me abrió.

—¿Ya puedes conducir? —me preguntó más preocupada que sorprendida.

—Sí, desde hace tres semanas puedo hacer lo que quiera, pero el cascarrabias de tu marido se ha acostumbrado al volante y no me

deja cogerlo.

Cliff entró en el salón bostezando, se acercó a la ventana, apartó ligeramente la cortina con los dedos y la dejó caer de nuevo con cara de malas pulgas antes de preguntar:

—¿Es que no piensan dejarte ni a sol ni a sombra?

—Se supone que me están protegiendo.

—Pues no me gusta que aparquen cerca de mi casa. Asustan al vecindario. —Torcí el gesto y comencé a balancearme de adelante hacia atrás de una forma inocente con las manos en los bolsillos.

—Me gustaría hablar contigo.

—Ahora el que me asustas eres tú. —El blanco de sus ojos se tornó más brillante y sobrecogido. Mary enarcó las cejas y, después de ofrecernos un café caliente, se excusó para dejarnos a solas:

—Por mí no os preocupéis. Si queréis hablar de trabajo, hacedlo con tranquilidad. Tengo que ir al supermercado a comprar algunas verduras y frutas —aseveró mientras miraba a su marido de manera pícara—. Hoy comeremos alcachofas con algo de beicon para que le dé más sabor. Esa barriga hay que bajarla. Si no, hasta un anciano con tacataca te podría ganar cruzando la carretera.

Me eché a reír y más tarde me despedí de Mary cuando nos trajo dos buenos tazones de café con leche y pastas integrales. Era un desayuno saludable para comenzar la mañana.

—¿Qué ocurre? —Cliff soltó la galletita desabrida y la dejó en el plato en cuanto le dio el primer mordisco.

—No te voy a mentir. No tengo ni idea de por dónde empezar a contarte esta historia.

—Por el principio. Siempre por el principio.

Se acomodó en el sillón y cruzó las piernas para esperar a que comenzara mi relato. Sus facciones se habían endurecido y sus ojos indagadores mantenían mi mirada como si yo fuera un testigo que

interrogar y él hubiera decidido ser el policía malo.

Me amparé en la taza de café y le di varios sorbos seguidos mientras decidía cómo afrontar esa conversación, si de una forma directa o dando algún que otro rodeo. Cliff era un hombre religioso y acudía todos los domingos a misa con su familia siempre que los turnos se lo permitieran. Al matrimonio le encantaba asistir con sus nietas, su hija Charlotte y el marido de esta porque, después del oficio dominical, se reunían en casa para comer juntos. Algunos domingos, Jenny y yo también los acompañábamos durante estas celebraciones familiares, aunque no pisáramos la iglesia.

Dejé de creer en Dios cuando mi padre murió. A pesar de que no era un niño sino un chaval de diecinueve años, decidí que no podía existir alguien tan bueno allí arriba que quisiera arrebatarme a mi padre cuando más lo necesitaba. Después, en el cuerpo de policía, mis ideas se afianzaron al comprobar cómo muchas personas inocentes morían mientras los culpables trataban de mejorar sus condenas con la excusa del buen comportamiento. Si hubieran sido mejor antes, no habrían terminado en la cárcel.

Pero Cliff era diferente. Creía en un plan divino para todos, aunque a veces no comprendiera por qué un niño había muerto atropellado por un conductor hasta arriba de cocaína. Él quería creer. Necesitaba creer. Y yo quise jugar esa baza.

—¿Recuerdas el día del accidente de coche? —Él asintió con recelo —. ¿Recuerdas que estuve muerto unos segundos cruciales y que casi la palmo mientras los médicos me reanimaban?

—¿Cómo podría olvidar algo así? Yo mismo te saqué del coche y llamé a emergencias. Fue un milagro que los dos sobreviviéramos.

—Tú lo has dicho: un milagro.

—¿Qué quieres decirme? —Frunció el ceño e inclinó hacia adelante el torso.

—Creo que estuve en ese más allá del que hablas, en ese lugar donde se decide quién vuelve y quién se queda. Imagino que me dirían que tenía que regresar porque no había acabado mi misión.

Sin embargo, cuando desperté, no lo hice en mi cuerpo. —Cliff entrecerró los ojos. Quería descifrar lo que se escondía detrás de mi última frase—. Lo hice en otro. Desperté muy lejos de aquí, en España, siendo una mujer que se llama Adriana.

Mi amigo soltó una sonora carcajada y me escudriñó con un rostro inquisitivo en cuanto vio que yo continuaba con un semblante serio.

—Josh, ¿te has drogado?, ¿te has tomado una seta alucinógena o es que te han cambiado la medicación de la pierna? Mira que hay algunos analgésicos que, además de provocar adicción, pueden ocasionarte alucinaciones. —Lanzó un resoplido cargante.

—¡No me he tomado nada! —exclamé molesto—. Necesito que creas en mí, que me escuches sin interrumpirme antes de juzgarme. Tú crees en la existencia de los espíritus, ¿verdad? —Él volvió a asentir desconfiado—. Entonces, escúchame.

Le fui narrando todos los acontecimientos que habían cambiado mi vida en los últimos meses, desde que había averiguado que intercambiaba mi alma con una chica llamada Adriana, hasta cómo la había involucrado en la investigación de los asesinatos sin querer. Ella y yo teníamos un vínculo estrecho que había sido forjado en ese más allá desconocido para ambos. Le conté que había sido Adriana a quien el asesino había atacado en el callejón y que ella había deducido la relación que existía entre el zodíaco y el tarot. Por ese motivo, yo parecía avispado en el tema cuando no tenía ni idea y él me encontraba raro de vez en cuando. No era solo por Jenny, era también por Adriana.

Por supuesto, evité mencionarle nuestra extraña relación sentimental. Ese no era el momento adecuado, pues había notado cómo la piel de mi compañero cambiaba de color a medida que yo avanzaba con mi historia.

—Tenía que ser honesto contigo, sobre todo después de lo de la agente Miller. —Esa vez fui yo quien lanzó un resoplido sonoro, aunque el mío fuera más bien liberador—. Me he quitado un peso de encima. No sabes lo duro que ha sido esto. —Esperé a que reaccionara, a que me dijera algo, fuera lo que fuese. Sin embargo, su mutismo habló más de lo que yo deseaba—. Cliff, sé que es complicado de digerir y que tienes que estar haciéndote miles de

preguntas, pero, por favor, dime algo.

—¿Has visitado al médico recientemente? Puede que debas hablar de esto con un terapeuta o con alguien que pueda ayudarte.

Me levanté con una herida en mi orgullo y deambulé por la sala, cabizbajo.

—No me crees. Vale, yo también dudaría de ti si fuera al revés. Dame un voto de confianza. Necesito a mi compañero, a mi amigo. No puedo poner mi vida en manos de esos idiotas de ahí fuera. —Él echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el respaldo del sillón mientras examinaba la lámpara del techo.

—¿Por qué me has contado esta historia?

—Ya te lo he dicho. Necesito que me ayudes.

—¿Para qué?

—A mí me han forzado a cogerme la baja al igual que a Scott, pero a ti no. No te han puesto un dedo encima. Eres la persona más íntegra que conozco y por eso no te han apartado del caso. —Bufé hasta que me quedé sin aliento—. Quiero que me acompañes al hospital. Necesito que me hagas un último favor para acceder a los registros y averiguar a quién más se le dio por muerto el veintidós de marzo. Y antes tenemos que dar esquinazo a los enchaquetados de fuera. Por favor, Cliff. Después de esto, si no me crees, no te molestaré más.

Dudó. Fueron apenas unos segundos que a mí se me antojaron una eternidad gélida y solitaria. Tragué saliva. Mucha. Tanta que creí que una cascada descendía por mi garganta.

—Está bien. Te ayudaré con esto. Nada más. Tengo turno de tarde y mucho papeleo por delante. A media oficina nos han relegado a crear una lista de las posibles víctimas de Virgo. Ni te imaginas la cantidad de chiflados que hay en esta ciudad. Al parecer, ahora asistieron a ese acto político más de tres cuartos de la población cuando solo fueron unos cuantos centenares. A eso me estoy dedicando: a elaborar listas y pasárselas a esos estirados, eso sí,

después de descartar a medio Bozeman. —Sonreí de medio lado. Cliff había accedido a acompañarme al hospital. No era un triunfo completo, pero al menos no me había echado de su casa ni me había llamado loco.

No fue tan difícil deshacernos de esos encorsetados capitalinos. Aparqué el coche en el supermercado donde Mary compraba y fuimos en su busca. Ella tenía una ranchera vieja de la que no quería desprenderse y con la que se había ido de compras. En el interior, le di las llaves de mi coche y Mary me entregó las suyas. Cliff salió primero con un par de bolsas bajo el brazo, las cuales le ocultaban medio rostro y yo lo esperé en la parte trasera del establecimiento. Allí me recogió sin levantar sospechas y pusimos rumbo al Bozeman Health Deaconess ubicado en Highland Bulevar.

En cuanto llegamos al lugar, no tardó en atendernos un recepcionista, quien de forma rápida nos derivó al despacho del director del hospital. Nos habíamos identificado como policías, a pesar de que no contábamos con una orden y que estábamos fuera de servicio. Más bien yo estaba de baja temporal causada por el estrés. Era la forma más rápida que tenían de apartarte de un caso y conmigo el FBI alegó implicación personal y unas cuantas gilipolleces más. Ahora tratábamos de apelar a la buena fe del doctor que nos recibió con una sonrisa afable.

—No tenía constancia de que vinieran a visitarme hoy. Normalmente, Moreno me avisa para que tenga preparada la documentación.

—Se trata de algo urgente. Necesitamos conocer a las personas que entraron en urgencias el veintidós de marzo de este año. —El hombre entreabrió la boca y me observó como si yo estuviera bromeando. Se rio con amabilidad, una que no auguraba nada bueno.

—No, eso no puede ser posible. Una cosa es que vengan preguntándome por un paciente en concreto y que pueda adelantar información, sin saltarme la cantidad de normas que nos atan con la confidencialidad de nuestros pacientes, y otra que me pidan una lista. ¿Qué están buscando?, ¿un ladrón con herida de bala?, ¿un narco? Para eso sí que voy a necesitar una orden, aunque les

advierto que nosotros tenemos que informar a la policía si en el hospital entra una persona a la que han disparado o acuchillado. Si no lo hemos hecho, es porque ese día no se dio ese supuesto.

—No lo entiende bien. Se trata de algo muy grave y que está bajo secreto de sumario —insistí—. Necesito conocer los nombres de las personas que entraron ese día en el hospital y no fallecieron. Es más, se lo voy a poner más fácil todavía: la lista de los que pudieron estar clínicamente muertos unos segundos pero que acabaron sobreviviendo —mastiqué muy bien las palabras para que me entendiera hasta la última coma.

—Puedo llamar a Moreno si quiere —intervino mi compañero—. Puede que tarde unas horas en conseguir esa orden, pero tal vez no tengamos tanto tiempo. Usted sabe que hay un asesino sembrando el caos en esta ciudad, ¿verdad? —El médico dio un respingo y se puso en guardia.

—¿Hablan del asesino del tarot? —Ninguno de los dos asintió de forma directa, simplemente lo miramos hasta acribillarle las pupilas —. ¡Joder! ¿Están buscando a la siguiente víctima? Yo he llamado a ese teléfono que puso a disposición la comisaría. Mi mujer y mi hija son virgo, aunque creo que no se me ha tomado tan en serio como me merezco. He pensado en sacarlas de la ciudad, pero mi mujer no quiere cogerse unos días en el trabajo. Por favor, nosotros estuvimos ese día en la presentación del proyecto de la congresista Wilmore, ¿podemos solicitar protección?

—Me encargaré yo mismo de su solicitud —le aseguró Cliff—. Y le doy mi palabra de que, si su mujer o su hija entran en el perfil de la próxima víctima, lo avisaré yo mismo para que abandonen la ciudad o le pongan seguridad las veinticuatro horas del día.

—Muchas gracias, agente. Buscaré esas fichas de inmediato.

Introdujo la contraseña en el ordenador del despacho y observé cómo desplegaba la pestaña del calendario y se movía en ella para buscar el mes de marzo. Apenas tardó un minuto en localizar todos los expedientes de urgencias de ese día, entre ellos el de mi compañero y el mío.

—¿Son ustedes los policías que sufrieron el accidente ese día? —Ninguno respondió. Imaginamos que, dentro de la mente del doctor, una maraña de pensamientos lo había hecho conectar nuestro accidente de tráfico con la posibilidad de que alguien nos sacara de la carretera y también resultara herido—. Bien, tengo aquí a Susan Banks, quien acudió por una intoxicación alimentaria, a Brad Coleman, con un diagnóstico de bronquitis aguda...

—Puede saltarse los casos menos graves. Como le dije antes, buscamos a alguien que pudo haber muerto ese día —insistí con mucha diplomacia.

—Vale, de acuerdo. Con esos parámetros me constan tres personas aparte de usted: Julia Morrison, herida en una reyerta en el centro, pero de la que informé de inmediato a la policía. Un intento de suicidio del señor Timothy Warner... Al pobre lo encontraron casi muerto, ahorcado en un árbol de su rancho.

—Sí, recuerdo ese incidente. —Cliff estiró el torso para ver si alcanzaba a ver la pantalla—. Estábamos en el coche patrulla cuando escuchamos algo de eso. ¿El señor Warner sobrevivió?

—Sí, sí, los sanitarios estuvieron reanimándolo unos veinte minutos antes de trasladarlo en la ambulancia. Su pulso era débil, pero sobrevivió. Estuvo en coma casi un mes. La falta de oxígeno al cerebro le produjo algunas lesiones.

Torcí el gesto y luego negué con la cabeza. No me encajaba que fuera nuestro hombre. Podría haber sufrido remordimientos después de asesinar al señor Stevens y querer quitarse la vida, pero ¿para qué continuar matando a inocentes? No, la doctora Cameron había asegurado que esa clase de personas eran narcisistas y muy inteligentes. No se sentían culpables por sus actos demenciales ni se fustigaban por ello.

—Podemos investigarlo —me aconsejó Cliff para no cerrar una vía de golpe, aunque también observé las dudas serias que revoloteaban por su rostro—. ¿Nadie más?

—Sí, un atropello en el centro: Derek Jones. También en este caso estuvimos a punto de certificar su muerte. No tenía constantes

vitales y su corazón dejó de latir durante cuarenta segundos. —Eché la silla hacia atrás y me levanté de un salto. Las piernas me flaquearon y se me nubló la vista. «Cuarenta segundos». Un atropello. ¿Quién era Derek Jones? Desplacé la pantalla del ordenador para poder leer yo mismo los datos, a pesar de que el médico jefe continuaba con su letanía—: Estuvo ingresado unos diez días por diversas contusiones y una fractura de cúbito que tuvimos que reparar.

—No consta ninguna dirección de Bozeman en su ficha —afirmé sorprendido.

—No, pero nos facilitó una de Billings, la de sus padres —continuó él después de apreciar mi estado de nerviosismo—. Aquí está su número de la seguridad social y, dado que no cubría todos los gastos, emitimos una factura. ¿La ve? —Sí, la veía. Sin embargo, mis ojos no se fijaron en la cantidad desorbitada que tendría que pagar, sino en la firma que había debajo—. Elizabeth Abbot se hizo cargo de todo.

—¡Joder! ¡La maldita vieja! —exclamó Cliff—. Lo tenemos, Josh.

Salimos de allí a toda prisa, y al introducirnos en la ranchera, nuestro entusiasmo se desinfló. Podíamos revelar a Moreno que teníamos un sospechoso por un chivatazo, pero no podríamos citar nuestras fuentes porque no existían. Si Adriana tenía razón y el asesino me había visto en el más allá, nadie se lo creería. Ya había puesto su mirada sobre mí y todo este caso era más personal de lo que en un principio imaginé. Necesitábamos una prueba real, algo que poder ofrecerle al jefe y con lo que pudiera acudir al FBI sin parecer un completo memo. ¿Cómo iba a hablarles de viajeros astrales, intercambios de cuerpos y asesinos místicos?

—Intenta averiguar todo lo que puedas sobre ese tío. Comprueba si tiene antecedentes, dónde se crio, si fue a la universidad, qué amigos tiene y si es un trabajador del rancho de la señora Abbot. Yo no puedo ni acercarme a la comisaría. —Entorné los párpados unos segundos y respiré con consciencia—. ¿Me crees ahora?

—La agente Miller te dijo que tenía que ver con ese rancho y cuando vimos esa firma... Sé que es una historia descabellada, un

espíritu de una española que te posee de vez en cuando y un asesino que tú supones que te conoció cuando moriste, pero... ¡joder, cuadra!

—Adriana no es un espíritu. Está viva como yo.

—Pero se mete en tu cuerpo. Eso es una posesión.

—Igual que me meto yo en el de ella y preferimos llamarlo intercambio de almas.

—Eso parece cosa del demonio y no de Dios. —Fruncí los labios y contuve una sonrisa, aunque me gustó que se interesara porque eso significaba que comenzaba a creerme de verdad—. ¿Y qué sientes cuando eres ella?, ¿tienes que mear sentado?, ¿le has visto las tetas?, ¿te ha venido la menstruación? —me preguntó asqueado.

—¡Oh, por favor! No voy a contarte ciertos detalles. Tenemos que centrarnos en el caso y decidir qué vamos a hacer ahora. —A Cliff se le escapó una risita maliciosa y lo acribillé con mis pupilas agrandadas—. Antes mencionaste que estás elaborando listas de personas que asistieron a ese maldito acto y que además son virgo. Este cabrón atacó a Jenny, después a Adriana y ha matado a Sandra. Creo que ha empezado a buscar a personas de mi entorno. Haz fotos a esas listas. Tengo que verlas. Debemos adelantarnos a su próxima presa y cogerlo antes de que mate de nuevo.

—No, Josh. Hay que poner bajo vigilancia a ese tipo, localizarlo y seguirlo.

—¿Con qué excusa? Además, dudo que se encuentre en el rancho. Sabe que le pisamos los talones, no me preguntes cómo, pero lo sé. Ese tiene otra madriguera de la que sale cuando puede y no cuando quiere. Es posible que en las montañas.

—No puedo fotografiar una cincuentena de páginas sin que me vean —afirmó ansioso.

—No tienes que hacerlo. Va a por Virgo. Como él me dijo: Virgo no es una virgen. La carta del tarot asociada a este horóscopo es el ermitaño, el viejo sabio. Así que podemos descartar a todas las

mujeres, niños y hombres menores de cincuenta. El ermitaño es un anciano que lleva un candil que simboliza la luz del conocimiento. Su sabiduría está ligada a la experiencia y sobre esto tenemos que trabajar.

Antes de llegar a casa, me compré un móvil desechable. Ahora que tenía un nombre, no quería que los del FBI me acusaran de interferir en la investigación y tampoco me apetecía someterme a un interrogatorio donde sabía que tenía todas las de perder. ¿Viajes astrales?, ¿el más allá? ¡Ni loco! No pensaba hablar con ellos hasta que tuviera una pista sólida y real. Mi primer instinto fue enviarle un mensaje a Adriana desde mi nuevo teléfono; sin embargo, volví a descartar esa idea. Si sucedía algo y me pillaban, no quería que rastreasen su número hasta España y decidieran hacerle unas cuantas preguntas. Ese móvil solo podría usarlo para comunicarme con Cliff y hacer alguna llamada comprometida.

En cuanto puse un pie en mi propiedad, me llevé una buena bronca de los trajeados por haber escurrido el bulto y haberme largado por ahí. Me disculpé por mi rebeldía y los dejé regañarme como el buen alumno que conocía las consecuencias y se merecía un castigo. Me encerré en casa y no volví a salir. Esperaba con ansia el mensaje de Cliff mientras me afanaba en pedir unos cuantos favores e intentaba hacerme con los nombres de los trabajadores del rancho de la señora Abbot. Y todo eso sin levantar sospechas. Iba a costarme devolver todas esas ayudas cuando todo terminara.

Sobre las cinco de la tarde recibí la primera llamada. No existía ningún trabajador registrado en el rancho con el nombre de Derek Jones. Era un fantasma en Bozeman. Solté palabrotas como para llenar un camión de combustible y luego prenderle fuego con mi lengua desatada. Entonces recordé la dirección que había facilitado de sus padres en Billings y que contaba con un número de la seguridad social para rastrearlo. Decidí contactar con un antiguo compañero de la academia que trabajaba en Billings como policía. No le mencioné el caso del asesino del tarot, a pesar de que se había interesado por él, y le imploré para que me ayudara con un asunto personal. Mentí como un capullo. Le conté que un tal Derek Jones estaba acosando a mi mujer y que necesitaba saber más de él antes de hacerle una visita. No me cuestionó. Es más, me aseguró que me

llamaría en cuanto averiguara algo.

A las diez de la noche Cliff se pasó por casa y me animó a coger una chaqueta para dar un paseo por los alrededores de la propiedad. No le había facilitado mi nuevo número todavía y él no se atrevió a llamarme porque sabía que estaba pinchado.

—Tengo una lista de unas veinte personas que pueden entrar en el perfil de Virgo. ¡Joder! He estado toda la tarde rellenando nuevos formularios, contrastando informaciones al tiempo que rebuscaba entre los papeles los nombres de ancianos que encajaran en el perfil que me diste. ¡Una locura!

Le di las gracias por lo bajo mientras saludaba a los agentes del FBI con la mano. Se miraban entre ellos desconfiados, como si supieran que me traía algo entre manos, pero todavía no tenía prohibidas las visitas, así que se limitaron a mirarnos desde la distancia.

—Déjame ver. —Le arrebaté el teléfono y, sin detenerme, examiné los nombres que había conseguido—. John Travis, Frank Lewis, Ben Silverman... Carl Anderson. —Frené en seco y me mordí el labio inferior ansioso—. ¡Es él! ¡Carl Anderson!

—¿Cómo estás tan seguro?

Cliff me arrebató el móvil y amplió la pantalla para comprobar el nombre de la lista. Después, buscó la foto que habían asociado a su perfil. En ella no aparecía tan mayor. Sus cabellos grisáceos se confundían con algunos mechones todavía castaños, aunque sus ojos verdes, pequeños y hundidos, continuaban siendo los mismos de siempre.

—Porque fue mi profesor en mi primer año de universidad. Hace años que no lo veo, pero creo que está jubilado. Tiene que ser él. —Mi compañero me miraba, exigiéndome una explicación—. Esto se ha vuelto personal para el asesino. Si ese capullo tenía una lista organizada con las víctimas de cada horóscopo, comenzó a saltársela desde antes de matar a la agente Miller. No creo que ella fuera su primera opción. Su interés por mí va en aumento y, por eso, Virgo tiene que ser importante para mí.

—¿Y ese profesor lo es? —Lancé mi mirada al cielo estrellado y me resigné a recordar algunos momentos de mi juventud que para mí se habían quedado demasiado atrás.

—Tuvimos muchas charlas sobre filosofía y el sentido de la vida. Aunque su asignatura me fascinaba, yo no quería ser antropólogo. Ni siquiera me acuerdo por qué escogí esa materia. Mi madre insistió en que lo hiciera porque el profesor Anderson era amigo de la familia, pero... —Me negué a recordar aquel período negro de mi vida. No quería. Sin embargo, la memoria era traicionera y evocaba en mi mente imágenes de mi pasado hiriente—. Murió mi padre y el profesor me animó a tomar las riendas de mi futuro. Pasó a ser un mentor para mí, siempre me decía que, para comprender algunas cosas de la vida, estaba verde. Muy verde. —Pensé en las palabras de Jones donde mencionaba que la Virgen no era tan virgen o algo así. ¡Se estaba refiriendo a mí! Yo era un chaval que tenía que tomar una decisión importante en ese momento de mi vida donde nada andaba bien.

»Me matriculé en la Academia de Policía para disgusto de mi madre y supuse que esa fue la causa de que ella se enemistara con el profesor. Durante mis años de formación, lo visité a escondidas. Hablábamos de todo un poco.

Reanudé la marcha algo afectado. No me gustaba hablar de aquella época amarga y Cliff lo sabía. Inspiré hondo y solté el aire muy despacio.

—¿Qué estás pensando?

Cliff se humedeció los labios y esperó mi respuesta. Mi mente estaba hecha un lío. No podía lamentarme de no haber tenido una infancia feliz, aunque mi adolescencia era un capítulo aparte.

—En que yo entro en el perfil de un psicópata: hombre joven con padre ausente y madre sobreprotectora. Si no hubiera sido por el profesor Anderson y por ti, no sé qué hubiera sido de mí. —Le contesté con una sinceridad que llegó a espantarlo—. Era un chaval con una rabia contenida que no lograba manejar y que terminaba en peleas absurdas los fines de semana. Muchas veces mi madre tenía que recogerme en la comisaría y, en vez de abrazarla, le

gritaba. Se avergonzaba de mí y me reprochaba que mi padre siempre había sido un blando conmigo. ¡A saber la historia que arrastra Derek!

—Tú no eres como él. Tú supiste encauzar toda esa rabia y transformarla para convertirte en uno de los mejores policías de Bozeman. Él continúa alimentándose de odio y eso le ha ennegrecido el alma.

—Soy quien soy porque contaba con las personas adecuadas para que me abrieran los ojos.

—No, eres quien eres porque supiste rodearte de esas personas. —Caminamos en silencio unos minutos. Cliff me permitió ese tiempo para que poco a poco esas escenas del pasado se difuminaran en mi mente y me abandonaran. Después retomó la palabra:

—Tenemos que avisar a Moreno de que sabemos el nombre de la víctima de Virgo.

—Si hacemos eso, nunca lo cogerán —aseveré con firmeza—. Volverá a cambiar sus planes y encontrará la manera de acosarme de nuevo. ¡No! No vamos a hacer eso. Le tenderemos una trampa. —Me leyó el pensamiento como si fuera un libro abierto y me miró ojiplático.

—¿Piensas poner al profesor como cebo? —Asentí varias veces.

—Solo que no será el profesor.

—¿Y quién entonces? —Las cuencas de sus ojos se agrandaron hasta hacer desaparecer las espesas cejas—. ¡Oh, no, no! Ni hablar. Se dará cuenta a un kilómetro. Aunque me pongas una peluca gris y me pintes muchas arrugas más, no soy tan viejo y te recuerdo que soy negro. No va a picar.

—Tienes razón, no colaría. —Chasqueé la lengua mientras buscaba otra solución—. Yo no puedo hacerlo, ese tipo me vigila. Además, pondría a Adriana en peligro. Tiene la mala costumbre de presentarse en los peores momentos. No quiero imaginármela sentada en el escritorio del profesor y esperando a ser atacada por

el asesino.

—No debes implicar a nadie más en esto. Ya me estoy oliendo una suspensión larga, si no es de por vida. ¡Vamos a joder a los del FBI! ¡Dios santo! —Distinguí cómo unas gotas gruesas de sudor se arremolinaban en su frente.

—No si conseguimos atraparlo. —Cliff se llevó las manos a la cabeza—. Pero no olvidemos que contamos con otra persona a quien no le importaría jugársela como nosotros: Nick Scott. Tenemos que reunirnos los tres y trazar un plan sin agujeros.

En ese momento, mi nuevo teléfono sonó. Tenía noticias de la comisaría de Billings y por fin, una foto de Derek Jones. Parecía un joven agradable de entre unos veinticinco o veintiocho años. Su cabello era castaño y algo ondulado, ojos marrones, barbilla redondeada y una frente estrecha. Un chico del montón que pasaría desapercibido en cualquier lugar, ya que no existía nada destacable en él, nada que te hiciera recordarlo. No era ni guapo ni feo. No tenía cicatrices ni piercings. Pero el muy cabrón con pinta de paleto había cursado Economía en la Universidad de Princeton.

De su padre no había ni rastro. En su ficha constaba como posible abandono cuando apenas era un niño y su madre Caroline Jones había muerto de cáncer hacía cuatro años. Derek no había finalizado sus estudios universitarios. Le escribí un mensaje a mi amigo. Necesitaba averiguar si contaba con un benefactor que le pagara los estudios mientras estuvo en el campus o si el chico poseía una beca estatal.

Su respuesta logró que se me nublara la vista un segundo.

El apellido de soltera de Caroline Jones era Abbot. Esta había renunciado a todos sus derechos y a su herencia cuando decidió fugarse con su novio a Billings y casarse con él. Su padre renegó de ella y también de su nieto. Tras la muerte del padre y conocer que su hermana estaba enferma, Elizabeth Abbot fue a visitarla. Allí conoció a su sobrino: Derek Jones.

De momento, era el único heredero conocido del enorme rancho. ¿Por qué la vieja había omitido ese detalle?, ¿por qué no lo había

presentado como un miembro de la familia?

La única respuesta que se me ocurría era que ella conocía las andanzas de su querido sobrino. Y si no, las sospechaba.

Capítulo 28

Atrápame si puedes

De repente, aparecí en el salón de un apartamento desconocido para mí y demasiado desordenado como para no inquietarme. Había numerosas latas de cerveza sobre una mesa que intuía de madera, pues también estaba colmada de platos sucios y restos de comida. En el sillón en el que me encontraba sentada, distinguí algunas manchas extrañas. No quería conocer su origen, era mejor que me limitase a ignorarlas. También advertí que la televisión estaba encendida a un volumen muy alto, aunque desoí por completo lo que anunciaban.

Elevé la mirada y mis ojos se toparon con los de Nick Scott, quien, con los brazos cruzados, se movía de un lado a otro de la habitación como Dios lo ayudaba, ya que el pavimento no destacaba por su pulcritud ni por estar despejado. Había un montón de cajas apiladas a un lado que le impedían moverse con normalidad. ¿Cómo era capaz de vivir así? De reojo, observé que Cliff, con su habitual talante, trataba de dirigir una conversación que se le iba de las manos.

Yo preferí guardar silencio. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo Josh en casa del agente Scott. Minutos antes, me encontraba en mi casa pasando la aspiradora mientras escuchaba música y atendía a mi hija, quien me acompañaba con su bailoteo. Tenía las neuronas tan fritas que no quise hacer conjeturas sobre esa extraña reunión, así que me dediqué a observarlos con los ojos bien abiertos.

—Vale, yo no digo que no a lo de mañana por la noche porque me apunto a un bombardeo, pero hay cosas en esta historia que se me escapan. ¿Por qué estáis seguros de que va a ir a por el profesor?

—Ya te lo he explicado. Ahora quiere joder a Adams, eso es todo —le repitió Cliff con una paciencia infinita mientras introducía la

mano en un bol de palomitas.

—Pero ¿por qué a ti? —Di un respingo y lo miré desconcertada. No tenía ni idea de quién era ese profesor o qué relación podría tener con Josh. Menos mal que Cliff decidió echarme un cable:

—No me jodas, Scott. Sabemos desde el principio que la ha cogido con él. Ya le preguntaremos los motivos en cuanto lo atrapemos, pero de momento lo único que tenemos es esto. —Escuché el sonido del aire salir por sus fosas nasales. Se impacientaba—. Cabe la posibilidad de equivocarnos. Puede que no se trate del profesor y ese psicópata vaya a por otro, pero hay que arriesgarse. El FBI va a reunir a todos los candidatos que reúnan el perfil de Virgo en diversos salones de la ciudad, se van a atrincherar con ellos. Si Carl Anderson entra en uno de esos refugios, no contaremos con la única oportunidad de cogerlo.

—¿Y el profesor está de acuerdo? Si yo fuera él, me iría con los del FBI y no me fiaría ni un pelo de nuestras intenciones.

—Hemos hablado con él y lo está. Mañana haremos el cambiazo en los baños del centro comercial —prosiguió Cliff, apreciando las aparentes lagunas de información—. Mary es muy buena haciendo maquillajes terroríficos para Halloween. Ya lo verás. Misma ropa. Mismo peinado. Misma edad que el profesor. Si ese desquiciado ya lo está vigilando, dejaremos que siga a la copia hasta su casa. Ese eres tú. El señor Anderson tiene que seguir su rutina y todos los días a media tarde, se toma un café con un antiguo colega de la universidad. El profesor no saldrá del baño para ir a su casa, permanecerá allí encerrado hasta que tú lo hagas. Después, yo mismo me encargaré de su traslado y de ponerlo a salvo mientras Adams se ocupa de tu vigilancia. Te prometo que no tardaré en reunirme con vosotros en el domicilio sin levantar sospechas. Aparcaré dos calles más abajo y entraré en la casa mucho antes de la medianoche.

—No me gusta que seas tú el que me guarde las espaldas. —Me señaló con un dedo acusador—. Pero Miller confiaba en ti y yo en mi Glock G17 de la que no pienso desprenderme —añadió mientras acariciaba su pistola con una sonrisa maliciosa.

—No voy a fallarte, Scott. A ti no —le aseguré a sabiendas de que desconocía parte de ese plan magistral que habían elaborado Josh y Cliff. Él me miró de reojo y se fue directo a la ventana.

—¿Todavía siguen esos idiotas ahí fuera? Se estarán preguntando qué coño estamos haciendo los tres juntitos. Es un milagro que no hayan derribado la puerta de una patada.

—Que piensen lo que les dé la gana. Hemos venido a visitar a un amigo y ver con él el partido de la semana. —Con aire triunfante, Cliff se acomodó en el sillón e invitó a Scott a sentarse también.

Entonces reparé mejor en la televisión. Estaban retransmitiendo un partido de béisbol, deporte del cual no tenía ni idea de cómo se jugaba ni de las reglas que tenía. Sin embargo, permanecí quietecita durante el tiempo que duró el maldito encuentro. Procuraba cabrearme cuando ellos lo hacían y emocionarme cuando un jugador de mi supuesto equipo corría como un jabato hasta la base. ¡Cómo deseé volver a casa y continuar bailando con Vega!

Al despedirnos de Scott, nos dirigimos al coche de Cliff y suspiré aliviada al comprobar que no tendría que conducir hasta la casa de Josh. No sabía ni dónde me encontraba y él vivía a las afueras, en un barrio más campestre. Estaba segura de que me perdería. Miré a los agentes de corbata algo asustada y, después de saludarlos con una sonrisa tímida, me introduje en el vehículo. Tenía la sensación de estar cometiendo un delito cuando solo habíamos visto un partido y charlado largo y tendido sobre un profesor llamado Carl Anderson, quien parecía ser la víctima de Virgo. No obstante, algo me decía que ese maldito plan para capturar al asesino no contaba con la aprobación ni supervisión de nadie, ni siquiera de Moreno.

—Te llevaré a casa. Como has visto, Scott sigue dudando de que la víctima sea Anderson, no acaba de comprender la conexión que tiene contigo y, aunque se la explicáramos, no la entendería. —Rebuznó mientras arrancaba el coche—. Tiene la mente cortita, pero desde el minuto uno nos aseguró que nos ayudaría.

Me mordisqueé las uñas sin apartar la vista de la carretera. Aguardaba a que Cliff continuara hablando para lograr deducir qué demonios estaba sucediendo allí antes de meter la pata, pero no lo

hizo. Se quedó callado unos minutos más, puede que reflexionando sobre ese misterioso plan que se llevaría a cabo mañana o pensando en que Mary lo estaba esperando para cenar. ¡A saber! De pronto, me miró por el rabillo del ojo con la nariz arrugada.

—¿Te ocurre algo? ¿Es que has averiguado más cosas sobre Derek Jones?, ¿o no estás seguro de lo de mañana? No estoy para más sustos ahora.

¿Y ahora quién era ese Derek?, ¿qué demonios había sucedido en los días que no había visitado a Josh?

—No, estoy bien. Pienso en mis cosas y en ese... plan.

Dudé de todo: de Scott, de los agentes del FBI, de ese dichoso plan desconocido, de mis motivos para estar allí, incluso de mi vocecilla interior que me repetía: «Tranquila, todo va a ir bien». Cliff me examinaba de soslayo como si fuera una alienígena recién llegada de otro planeta y eso me puso más nerviosa.

—¿Josh? —Escudriñó mis ojos de una forma tan inquisitiva e instantánea que bajé la mirada y me mantuve unos segundos con la barbilla hundida en mi pecho—. ¿Adriana?, ¿eres tú?

Di un respingo al tiempo que mis ojos se abrían de par en par. ¡Oh, Dios, se lo había contado! Mi felicidad fue tan grande que quise abrazarlo sin tener en cuenta que estaba al volante. Fijó la vista en la carretera de nuevo.

—Sí... Soy Adriana.

—Josh me advirtió de que esto podría pasar. ¡Dios santo! ¿De verdad eres tú? —Asentí varias veces con mucha rapidez y él lo vio por el rabillo del ojo—. Así que no tienes ni idea de quién es Derek Jones ni el profesor. —Negué muy despacio—. De acuerdo, te lo voy a contar todo, pero antes tienes que prometerme que harás lo posible por quedarte en tu cuerpo mañana por la noche. No debes poner un pie en Bozeman el veintidós de agosto.

Me lo narró con detalle, desde su visita al hospital a como habían descartado a los demás sospechosos. Derek Jones había estado

muerto cuarenta segundos como nosotros y también me comentó la relación con el rancho Abbot. Se habían reunido con Scott en su casa para contarles el plan, pese a que Nick continuaba pensando que algo se le escapaba.

Respiré más aliviada, aunque mis nervios no quisieron marcharse. No quería que se pusieran en peligro, pues me aterraba el hecho de que cualquiera de los tres pudiera morir en el enfrentamiento de la noche siguiente, aunque lo que más pavor me daba era que me presentara en el momento menos oportuno y lo fastidiara. Imaginé que Cliff conocía también que esas ausencias eran descontroladas la mayoría de las veces, porque me repitió hasta la saciedad que, si no lo conseguía, gritara mi nombre para hacerle saber que había ocupado el cuerpo de Josh.

Al regresar a mi cuerpo, comprobé el reloj en el despertador de mi mesilla de noche. Eran las cinco de la mañana y no había dormido nada. Aun así, me acurruqué entre las sábanas y me percaté de que Josh había dejado su aroma en ellas. Un fresco aroma a pino endulzado con unas gotitas de limón. Así olía él: a bosque salvaje, a libertad. Poco a poco, mis párpados se fueron entornando hasta que el cansancio me venció. Había pasado unas horas cruciales en Bozeman en las que Cliff me había transmitido ese plan descabellado milímetro por milímetro, por si tenía la ocurrencia de presentarme en mitad de la operación, lo cual evité con todas mis fuerzas desde que me levanté a mitad de la mañana, hasta que el sol se despidió en Cullera sobre las nueve de la noche.

Estuve todo el día encerrada en casa sin atreverme a salir al parque por si me sobrevenía una ausencia. Preferí estar distraída viendo películas de dibujos animados y jugando a las muñecas con mi hija. De esa forma, mantenía la mente ocupada y no pensaba en Josh. Había descubierto que cuando lo hacía con intensidad, ya fuera porque lo echaba de menos o porque necesitaba transmitirle un mensaje, volaba hacia él. A veces en espíritu o con nuestro habitual intercambio de cuerpos. Mi preocupación aumentaba cuando el asesino estaba a punto de atacar, y por eso mis viajes eran más frecuentes en las fechas donde los horóscopos cambiaban.

Así que, con toda esta información, lo mejor era actuar como si nada estuviera sucediendo. Y lo estaba consiguiendo. Sin embargo,

al caer la noche y acostar a Vega en la cuna, un extraño vacío se apoderó de mí. Faltaban horas para que la fecha del calendario aumentara su cifra en un día más: el veintidós de agosto. Pude controlar mi inquietud al pensar que en Bozeman serían las dos de la tarde y les quedaba día por delante debido a la diferencia horaria para poner a salvo al profesor Anderson, mientras Scott lo suplantaba. ¡Dios, era un plan terrible!

Salté varias veces y sacudí los brazos para relajarme. No podía tener esa clase de pensamientos negativos o me presentaría allí antes de la medianoche y tiraría el plan por la borda. Respiré con consciencia varias veces y, después de colocarme los auriculares, me dispuse a poner música de relajación. Iba a dormirme, a navegar por mi intrincada red de pensamientos ocultos y a soñar. Me despertaría por la mañana cuando el peligro ya hubiera pasado.

De hecho, no me costó mucho adormecerme y verme a mí misma frente a una casa de paredes blancas y tejado curioso. Desde el exterior, observaba la luz del salón a través de las ventanas. Hacía frío o al menos yo lo tenía. Era un frío glaciar que me obligó a buscar refugio en el interior de la casa, así que me imaginé dentro de ella, arropada entre varias mantas y el calor que emanaba de las velas encendidas. Pronto descubrí que me encontraba en un despacho. Al imaginarlo, lo había conseguido. ¡Era la magia de los sueños!

Deambulé por la estancia con curiosidad. Había muchos libros en las estanterías y una moqueta naranja y marrón cubría el suelo. Me acerqué al escritorio y comprobé que el ordenador continuaba encendido. En el fondo, un hombre con unas gafas minúsculas leía los Cuentos Completos de Edgar Allan Poe, y entonces reparé en que las llamas no provenían de un montón de velas, sino de una chimenea acogedora situada al fondo de la habitación.

Me aproximé al señor, quien dormitaba aparentando que leía, inquieta por descubrir el motivo por el que se había introducido en mi sueño. Me situé frente a él y lo examiné con el ceño fruncido. Tenía el cabello gris y unos ojos hundidos que parecían más grandes, debido al tipo de gafas. El rostro arrugado apenas me dejaba discernir las facciones, aunque las mejillas prominentes me describían a una persona fuerte.

—¿Quién eres?, ¿por qué estás en mi sueño?

El anciano no respondió. Permanecía con los ojos semicerrados y una postura que no invitaba a leer. Estaba rígido. No parecía dormido, sino en alerta, como si esperara a alguien... A mí. Entonces observé que mantenía la mano derecha escondida detrás del cojín. En un principio, pensé que quería que estuviese al resguardo del frío, pero ahora no estaba tan segura. Incliné mi torso hacia delante hasta que mi nariz se encontró a dos palmos de la suya. En ese momento, sus ojos se abrieron desconfiados y yo tuve que retroceder con espanto.

Ese señor no era un anciano estudioso y afable. ¡Ese señor era Nick Scott! ¡Joder! ¡Estaba en la boca del lobo! No estaba soñando, había hecho un viaje astral mientras creía estar durmiendo en mi cama y mi maldito subconsciente me había llevado allí, a la casa del ermitaño. Presioné mis párpados con intensidad y, con los puños bien apretados, deseé regresar a casa. No obstante, cuando los abrí, continuaba allí. Me percaté de que los ojos de Scott se movían de un lado a otro como los de un pequeño búho tratando de individuar a la persona que había entrado en la casa. De alguna manera, había notado mi presencia, quizá porque me había acercado demasiado a él y ahora Scott esperaba que, de un momento a otro, el asesino se abalanzara sobre su cuerpo para matarlo.

Busqué por los alrededores a Josh y a Cliff, pero debían estar bien ocultos porque no logré localizarlos, aunque percibía la presencia de Josh no muy lejos de mí. Ahora sí podía sentirla cerca. Imaginé que estarían escondidos en algún rincón hasta que el maldito psicópata pusiera un pie en esa habitación. De repente, una oleada de terror infinito me sacudió el alma. Si de verdad Derek Jones era el asesino y había vuelto a la vida después de un paseo por las nubes, él podría verme en cualquier estado. Yo misma podría alertarlo de que conocíamos su secreto y que habíamos urdido una trampa para que cayera en ella.

Corrí a esconderme. Pensé que un buen sitio para un espíritu sería detrás de la cortina, después de todo no tenía zapatos que asomarían por debajo de la tela. A pesar de no contar con un cuerpo que sangrara, me sentía indefensa. No tenía ni idea de lo que podría hacer ese animal conmigo si me encontraba en la casa. Al fin y al

cabo, Josh había conseguido acariciarme, ser parte de mí, y mi mente más catastrófica no paraba de gritarme que tal vez Derek no me atravesara con un cuchillo, pero sí con sus sucias manos hasta conseguir que mi alma se partiese en dos.

De pronto, sentí su presencia. No tuve que verlo. Sabía que estaba muy cerca, pues, pese a que no tenía piel, la intuía erizada. Todas mis partículas habían reaccionado a su aparición y ahora lo hacían a su movimiento. Querían correr hacia al lado opuesto de donde se encontraba, dejándome sola. Volví a rezar para irme lejos, a cualquier otro lugar, a cualquier sueño que me hiciera olvidar esa pesadilla. Nadie me escuchó. Debía vivir ese instante, esos minutos interminables que se estiraban en el tiempo como un chicle pegajoso en el que estaba atrapada.

Entró en la habitación. Podía contar sus pasos: uno, dos, tres, cuatro... Ya tenía que haber llegado a la altura de Nick. Sin embargo, este no se movía y quise pensar que esperaba hasta el último segundo para detenerlo con las manos en la masa. No obstante, tampoco escuchaba a Josh y eso sí que llegó a inquietarme. ¿Dónde se había metido?, ¿y si lo había neutralizado antes de entrar?

Entonces me armé de valor y salí de mi escondrijo, asomando parte de mi rostro transparente tras la cortina. Lo que pude ver a continuación no tenía ni pies ni cabeza: Nick Scott permanecía en el sofá observando cada milímetro de la estancia con sus ojos casi del revés, mientras que el asesino, acuclillado ante él, lo observaba con una dedicación tan obcecada que me entraron escalofríos. Le acarició la mano y Scott dio un respingo que lo llevó a coger su arma de inmediato. No lo apuntó a él, sino que la movió de un lado a otro desesperado. No fue difícil para mí deducir que Scott no estaba ante su asesino, sino ante su espíritu.

—Tú no eres el profesor. ¿Quién eres? —le preguntó el asesino patidifuso mientras le alzaba la barbilla para mayor desconcierto del policía, quien mantenía los ojos bien abiertos pero atemorizados. Derek giró la cabeza muy despacio y su mirada se posó en mí. Una sonrisa lasciva brotó de unos labios que yo solo podía ver, intuir, pero que me provocaron mucho asco—. ¡Adriana! ¡Qué bien que nos acompañas! ¿Habéis querido tenderme una

trampa?

—¿Dónde están Josh y Cliff? —lo amenacé con un tono que rallaba la seguridad, aunque todo mi ser temblaba. Continuaba cerca de la cortina, la cual seguía cubriendo parte de mi silueta.

—Los he entretenido un rato. Supuse que había gato encerrado en cuanto llegué aquí. ¿Por qué el profesor iba a ser el único que no se refugiara con los del FBI? Sé que otros no lo han hecho y se han ido de la ciudad, pero ¿él se queda solo en casa leyendo un libro de Poe?, ¿no te resulta curioso? —No respondí, aunque quise mantener una postura desafiante. Por dentro estaba aterrada—. Pues a mí me resulta insultante. No me gusta asaltar a mis trofeos en este estado incorpóreo. Le quita la gracia y la chispa, pero ¡míralo! —De reojo, observé al agente Scott, quien continuaba sin moverse del sillón, aguardando a alguien que ya tenía delante—. ¡Está acojonado! Siente el aire más pesado, más frío y puede incluso que crea que lo vigilo de cerca, sin hacerse una idea completa de esta historia y de que estoy justo delante. ¡Qué mentalidad tan simple! ¿Y ahora qué hago yo con este? Ni siquiera es virgo. Es un leo arrogante y controlador. ¿Tú qué me sugieres?

—Estás loco. ¡Déjalo en paz!

—No puedo —dijo, riendo—. Quería matarme con la pistola que oculta detrás del cojín.

—Ni siquiera te ha visto. No sabe quién eres.

—Pero tú sí. Y apuesto a que Adams también lo sabe, si no, no se habría tomado tantas molestias para involucrar a este insensato. Además, sois almas gemelas. Ya me entiendes: el pacto, el plan cósmico o divino, como prefieras llamarlo, y el amor. ¡Bendito amor! ¿Cómo de cerca lo has sentido? —Se fue aproximando a mí muy despacio—. Tengo curiosidad por conocer cómo se puede amar de esta manera, sin llegar a poseer del todo al otro. ¿Te ha tocado?

—Tú nunca podrías entenderlo porque solo hay negrura en tu alma. —Ya se encontraba a un palmo de mí y juro que mi inexistente cuerpo temblaba como una gelatina. Aun así, no salí corriendo, sino que me atreví a desafiarlo—. ¿Por qué te dieron permiso para

volver cuando eres un monstruo?, ¿por qué tú?

—Porque toda luz necesita su oscuridad y yo soy la tuya. Para que tú crecieras, necesitabas que yo existiera.

—¿A costa de toda esa gente?, ¿por qué? —escupí desairada.

—Bueno, o eres alguien importante, o pensaron que yo me reformaría por el camino, que se me contagiaría tu pureza o algo así. ¡Qué más da! Lo importante es el aquí y el ahora.

Estiró el brazo hasta que su mano rozó algunas de mis centellas palpitantes. Con cierta conmoción, observé cómo, poco a poco, esas con las que su negrura llegaba a impactar, iban apagándose. Tenía que reaccionar antes de que lograra hacerme un daño irreparable, antes de que me matara. Entonces su mano ascendió hasta llegar a mi pecho y me acarició, como si quisiera establecer un vínculo conmigo que no le pertenecía para llegar a mi corazón, a sabiendas de que no estaba dentro de mi alma. Aguanté con estoicidad su roce, sus ganas de experimentar conmigo. Su sombra era cada vez más alargada y cuanto más cerca estaba de mí, más se consumían mis energías. De alguna manera obscena, se alimentaba de mí, de mis destellos y no podía permitírselo.

Debía hacer algo. ¡Lo que fuera! Grité como una niña en apuros y mi alarido retumbó en las cuatro paredes de la habitación, provocando un eco fantasmagórico. Él se apartó de mí, desconcertado y, a la vez, decepcionado. Ignoré su mirada reprobatoria y me giré hacia el policía:

—¡Scott, estamos aquí! ¡Levántate!

Esquivé a Derek y en dos zancadas me coloqué frente al agente. Después, le asesté dos fuertes bofetadas que estoy segura de que sintió, pues saltó y colocó los pies sobre el sofá, asustado como un cachorrito acorralado. No dejó de examinar su alrededor ante la estupefacción del asesino confeso.

—¡Joder! Estoy cansándome de esta mierda. ¿Dónde demonios os habéis metido? —Scott le habló a un pequeño micrófono que tenía colocado bajo la solapa de la chaqueta—. Aquí está pasando algo

muy raro. ¡Tenéis que venir ya!

Estaba convencida de que Josh no se encontraba muy lejos, no podía estarlo, si no, mi espíritu hubiera volado tras él. Sabía que continuaba en la casa, puede que en el exterior, esperando a que llegara Derek. No comprendía por qué no había sido capaz de verlo atravesar la puerta cuando él sí que contaba con el mismo don que el mío. Eso era lo que me tenía preocupada.

—Ya vamos para allá —le contestó por el pinganillo.

Suspiré aliviada al escuchar su voz y, con orgullo, me volví hacia el asesino, quien perfilaba en su boca una sonrisa victoriosa.

—Sabes que no pueden atraparme en este estado.

Sí, lo sabía. No se podía atrapar a un espíritu, pero tampoco podía permitir que se fuera de rositas.

—Aquí está pasando algo extraño. Tengo la sensación de que ya está en la casa. ¿Dónde cojones os habéis metido? —Scott se había levantado del sillón y se acercaba a la puerta con cautela, creyendo que el asesino lo espiaba a través de ella. Una idea descabellada se cruzó por mi mente. Nick continuaba hablando con Josh y Cliff por el pinganillo y yo quise interferir en la conversación—: ¿Me estáis escuchando?

—Adriana —dije mi nombre y pisé la pregunta de Scott. Cliff no me escucharía, pero contaba con que Josh lo hiciera.

—Hemos estado vigilando a un tipo en una camioneta roja. Ha aparcado arriba y ha estado unos segundos dudando si salir del vehículo o no. Desde donde estábamos no podíamos apreciarle la cara, así que decidimos acercarnos. Luego, en cuanto puso un pie en la acera, nos vio, volvió a introducirse en ella y se largó. Hemos estado peinando los alrededores sin éxito.

—¿Adriana? —La voz de Josh consiguió que mis centellas se revolucionaran y sonreí con una alegría que desbordó mi alma.

—¡¿Quién coño es Adriana?! —vociferó Scott agobiado.

No me inmuté. Ahora Josh sabía que estaba en la casa, llegaría hasta mí y me ayudaría a resolver el maldito entuerto.

—Tu príncipe no va a llegar a tiempo. —Palpé la maldad de Derek en todo su esplendor mientras se dirigía de nuevo a mí—. Nunca he matado a nadie siendo un fantasma, pero siempre hay una primera vez.

Entonces recordé lo que había dicho Cliff. Habían visto a alguien por los alrededores, lo habían visto acercarse a la propiedad y lo siguieron.

—Viniste con tu cuerpo —deduje casi para mí misma—. No estás en una cama durmiendo como lo estoy yo. Viniste aquí... con tu cuerpo. —Mis últimas palabras las dirigí a él como si fueran cuchillas y conseguí que se detuviera. Se quedó paralizado, incluso su oscuridad se me antojó menos negra—. Tú no has planificado todo esto, lo has improvisado y has cometido la estupidez de abandonar tu cuerpo ahí fuera.

Lo vi temblar y acojonarse mientras se volvía pequeñito. Derek estaba agitado. Cada partícula de su alma oscura me contaba que se debilitaba y que su raciocinio era incapaz de buscar un plan alternativo, así que echó a correr. Y yo tras él. En el pasillo me tropecé con Josh, quien, con los ojos fuera de sí, decidió seguirnos al vernos a los dos sin preguntar.

—¡Busca la camioneta roja! ¡Allí es donde va! —le grité sin detenerme.

—¡El asesino quiere escapar en una camioneta! —exclamó Josh mientras Cliff y Scott se unían a la persecución.

—¡Adams! ¿Tienes contacto visual? —Scott consiguió situarse a su altura para desánimo de Cliff, quien se había quedado rezagado.

—Sí, lo he visto. —Pude imaginar la estupefacción en el rostro de Nick. Perseguían a un fantasma como lo era yo, y aunque Josh se orientaba a través de mi estela, era consciente de que podría perder mi rastro en cualquier momento y eso significaría que me evaporaría—. Busca una camioneta roja. Ha debido aparcarla más

abajo. ¡Búscala antes de que se meta en ella o escapará! —Scott lo obedeció y continuó corriendo calle abajo en la dirección que Josh le señalaba.

Al ver a Derek girar en la esquina, caí en la cuenta de que él no corría, volaba como lo hacía yo. Ninguno de los dos usábamos los pies. Sin embargo, no era muy diestro con las maniobras que ejecutaba y pensé que también era nuevo en esto. «Puede que no haya descubierto los astrales hasta hace unas semanas», supuse. De pronto, se desvaneció delante de mis narices y tuve que aterrizar de forma brusca para valorar el camino que había escogido. Escuché los pasos de Josh detrás de mí.

—¿Estás bien?, ¿lo has perdido? —me preguntó y asentí desmoralizada. Presionó el auricular de la oreja y se puso en contacto con sus compañeros—: ¿Habéis encontrado la camioneta? —Escuchó las negativas de ambos y prensó los labios con rabia—. ¡Joder! ¡No tenemos nada! ¡Nada!

Me resistí a creer que eso fuera posible. No podía escapar de nuevo como lo había hecho en el callejón tras atacarme. Después de todo, el veintidós de agosto estaba empezando y todavía estaba a tiempo de cercenar a otro virgo cualquiera, a uno que, aunque no reuniera sus requisitos, se le cruzara en el momento más inoportuno. Le bastaría cualquiera que no estuviera vigilado por el FBI ni por ningún policía y eso expandía de nuevo el rango de la población vulnerable.

Un absurdo pensamiento tomó tierra en mi mente y, antes de analizarlo como solía hacer, lo compartí con Josh en voz baja:

—Si tú y yo estamos vinculados por haber casi muerto el mismo día, él también lo está con nosotros.

—¿Qué quieres decir? —Sus ojos miel empequeñecieron al escuchar mi conclusión, no por cobardía, sino por temor.

—Que a lo mejor sí que puedo separarme de ti. Solo tengo que pensar en él.

—¡No! ¡No lo hagas! Es muy peligroso. No sabes lo que puede

ocurrir y, si estableces esa conexión, también él...

Pero ya lo había hecho. No escuché el final de su advertencia, pues ya me encontraba lejos de él, dentro de la camioneta con la que el asesino pretendía huir. Me felicité a mí misma por esa gran intervención. Empezaba a dominar los astrales y eso era bueno. Qué leches, ¡era una pasada! Desde el asiento trasero, lo observé respirar con calma e introducir la llave en el contacto.

—Hola. —Derek brincó y me miró escandalizado.

—¿Cómo... cómo has llegado hasta aquí? —Él ya estaba en su cuerpo y me hizo sentir poderosa, ya que, en su forma humana, no tenía la capacidad para hacerme daño. —¡Lárgate! ¡Fuera de mi coche!

Yo tampoco podía hacérselo a él, como mucho podía asustarlo. Por el momento se me estaba dando de maravilla.

—Aunque no haya pruebas, ya sabemos quién eres, Derek Jones —recalqué su nombre con intención. Quería que se acojonara de verdad, sacarlo de quicio—. Tu juego se ha acabado. Antes de que amanezca, la policía llegará al rancho de tu tía y lo pondrá patas arriba para vergüenza de ella y de toda la comunidad. Eras tú, ¿verdad? El que estaba en el salón cuando la policía le hizo una visita a tu tía. Pudiste verme entrar en la casa.

—Y cómo disfruté ese instante. Sentí tu miedo, tu confusión. Parecías tan frágil sin un cuerpo... Aunque te confieso que por un momento pensé que me descubrirías. —Estiró una de las comisuras de los labios con satisfacción—. Pero no lo hiciste.

—Estoy aquí contigo —bisbiseé cerca de su oreja—, y juro que no me detendré hasta encontrarte ahora que sé cómo hacerlo.

—¡Cállate, zorra!

—Los guiaré hacia ti.

—¡Te he dicho que te calles!

—Te susurraré por las noches, te cantaré una nana tétrica si lo

deseas, pero ya no volverás a dormir como antes. Voy a ser tu peor pesadilla.

A duras penas, puso el coche en marcha, pero en cuanto consiguió mantener el control, pisó el acelerador a fondo. No me pasó desapercibido el estruendo que había ocasionado al encender el motor e incorporarse a la carretera a toda velocidad. Y a Scott tampoco, pues se plantó al final de la calle, pistola en mano, dispuesto a meterle una bala en la cabeza. Mi pequeño grito alertó a Derek, quien no dudó un instante en pisar aún más el pedal y dirigirse hacia el agente con la intención de pasarle por encima.

Tuve miedo. Mucho miedo.

Intenté en vano hacerme con el volante, pero mis dedos solo fueron capaces de rozarlo, la mayoría de las veces traspasaba el aro. Él intentaba apartarme, propinándome codazos, pero ninguno de ellos lograba tocarme ni desestabilizarme. Sucedió lo inesperado. Una de mis manos logró engancharse al volante y traté de dirigirlo hacia la izquierda para no embestir al agente Scott.

La camioneta avanzaba haciendo zigzag por el asfalto, el chirrido de las ruedas me pronosticaba que aquello no tendría un buen final. Elevé la mirada y contemplé a Scott clavado en la carretera sin ninguna intención de moverse. Lo maldije por su chulería. Iba a terminar aplastado en el asfalto gris con el rojo de sus tripas pintando de color la noche. Conseguí virar más el volante y, para mi sorpresa, observé que lograba esquivar el cuerpo del policía en el último instante, antes de estrellarnos contra la valla de la casa del final de la calle. Había conseguido no embestir a Scott, pero no pude atajar el chorro de balas que reventaron la ventanilla delantera.

Capítulo 29

Esto no es Alcatraz

Primero escuché una voz masculina que gritaba sin parar para que lo dejaran en paz y, a continuación, el ruido de un motor. No tuve duda alguna: Adriana estaba dentro del vehículo del asesino. Corrí como el viento cuando quiere iniciar una tormenta, arrasando con todo lo que me encontraba a mi paso, sin tener en cuenta su fragilidad o dureza. Sentía los arañazos de los objetos que me llevaba por delante como papeleras, las vallas de los vecinos o algún espejo retrovisor. Incluso me atreví a saltar por encima de un par de coches mal aparcados que me imposibilitaban la carrera por la acera. También preferí lanzarme al asfalto desafiando a un par de coches que circulaban en sentido contrario al mío.

Tenía que llegar hasta ella como fuera, aunque me dejara un brazo atrás enganchado entre las ramas de un árbol que no debía estar interrumpiéndome el camino.

De pronto, vi la camioneta accidentada y mi memoria me enterró en los recuerdos del día en el que estuve a punto de morir, atrapado entre el amasijo de hierros en el que se había convertido mi vida. Aceleré las zancadas y llegué al lugar casi sin aliento. Allí se encontraba Scott, apuntando con su arma al interior de la ventanilla mientras se escuchaban las sirenas de la policía en la lejanía. Estábamos en un buen lío. Era consciente de ello; sin embargo, mi preocupación se centraba en Adriana, a quien mis ojos perdidos buscaban con desesperación.

—Adams, dime por Dios que viste a este capullo en la casa —me suplicó Scott con las manos temblorosas. De hecho, la pistola bailaba de arriba abajo y, aunque se esmeraba por controlar ese pequeño tic, no lo conseguía—. Le he pegado un tiro en el hombro. Dime que es él, que es el culpable.

—Estaba en la casa, Nick. Y eso testificaré en cuanto lleguen todos.

No te preocupes por eso —le aseguré sin dejar de buscar a Adriana. Tenía miedo de que el reguero de balas con el que Scott había barrido la camioneta roja la hubiera afectado. ¿Cómo funcionaba eso con los viajeros astrales?, ¿las balas la habrían traspasado o existía la posibilidad de que alguna le hubiera ocasionado un daño real?

—Yo también lo vi —afirmó Cliff al tiempo que examinaba el estado del asesino. Derek seguía consciente, pese a que la sangre continuaba manando de su cuerpo como un grifo abierto. Mi compañero se quitó la sudadera y le taponó la herida. Scott recriminó su gesto con una mirada inquisitiva, pero Cliff no se achicó—. Ya tenemos suficientes problemas. Estábamos en una misión que nadie ha aprobado; vosotros dos, de baja; yo, fuera de servicio. Encima has disparado tu arma reglamentaria sin que él supusiera un riesgo inminente para tu vida.

—¡Quería atropellarme! Es defensa propia. No se ha detenido cuando le he dado el alto —se defendió con rapidez y se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa—. Pero has dicho que lo has visto dentro de la casa.

Los ojos de Cliff buscaron los míos y yo asentí con levedad. Iba a resultarnos difícil argumentar que pretendía asesinar al profesor Carl Anderson, cuando yo era el único que había visto su espíritu y no tenía ni idea si en esa condición se podía matar a alguien.

—¡Relájate! Estaba allí, ¿de acuerdo? —le recalcó Cliff.

En cuanto llegaron los del FBI, quienes creían que seguía durmiendo en mi cama, y varios coches patrullas de los nuestros, se armó el caos. Mis compañeros recorrían la escena sin ningún orden mientras nos preguntaban si estábamos bien, pese a que los enchaquetados se esforzaban por minimizar el impacto de los movimientos en la calle. Incluso se lamentaron de que los sanitarios abrieran las puertas de la camioneta sin cuidado, al tratar de asistir a Derek Jones.

Los vecinos se agolparon en la parcela más cercana al accidente mientras trataban de dar sus testimonios sobre los ruidos y gritos que habían oído. ¿Y yo? Yo deambulaba de un lado a otro sin

alejarme demasiado de la zona cero, como me habían sugerido los del FBI, para intentar localizar a Adriana.

Ni siquiera le dediqué un minuto al psicópata que había puesto mi vida del revés. Ni un mínimo gesto ni una mirada. Ya contaba con suficiente atención y continuaba preocupado por ella. ¿Dónde se había metido?, ¿habría vuelto a casa?

Pronto nos metieron a los tres en un coche patrulla y nos escoltaron hasta la comisaría. Tenían muchas preguntas que hacernos y yo, pocas ganas de hablar. Me sumergí en mis pensamientos que nada tenían que ver con el asesino. Necesitaba verla, hablar con ella y consolarla. Debido a eso, el camino hasta mi trabajo se me hizo un infierno. Creía estar entre lenguas de fuego ardientes que trataban una y otra vez de quemarme la piel y hacerme sufrir.

Nada más llegar, nos separaron en diferentes habitáculos para que nos limitásemos a contar nuestra versión de la historia, sin interferencias ni cavilaciones, y me sentí como si yo fuera el sospechoso. Era una técnica que utilizábamos habitualmente, incluso para recoger el testimonio de varias personas que habían presenciado un robo o un altercado. Al escuchar la narración del primer testigo, el resto solía contaminarse con hechos que tal vez ellos no presenciaron, pero los daban como válidos porque de alguna manera rellenaban la parte de la historia que a ellos les faltaba.

No me sorprendió que el primero en visitarme fuera Moreno, con cara de pocos amigos. Lo comprendía: tres agentes suyos comprometidos en un montaje para atrapar al asesino. No debía de haber acabado así. Ese cabrón no tenía que haberse presentado en espíritu, sino en carne y hueso. En cuanto hubiera intentado hacerle daño a Scott, lo habríamos detenido y habríamos llamado a Moreno. Después, vendría la gloria por haber atrapado al asesino del tarot, aunque a mí no me interesaban los aplausos ni la venganza como a Scott, sino recuperar mi vida de una vez por todas.

Lo recibí con los brazos cruzados y con cada rodilla apuntando a una esquina diferente de la sala.

—Estabas de baja médica y ahora estás suspendido hasta que se aclare todo este asunto. Los tres lo estáis. —Ni siquiera enarqué las cejas, permanecí inmutable en una postura más bien chulesca. No obstante, lo sentí por Cliff. En todos sus años de servicio no había cometido una falta ni grave ni leve. Tenía un expediente intachable —. ¿En qué cojones estabais pensando? ¡Los de arriba me están pidiendo explicaciones y yo no sé cómo decirles que tres de mis mejores agentes la han cagado hasta el fondo! ¿Por qué no has acudido a mí?

—Les diré a los del FBI que tú no tienes nada que ver con esto, que actuamos porque necesitábamos atrapar al asesino de Miller, honrar su memoria de alguna manera. Ella lo habría querido así.

—Ese chico está en una sala de operaciones ahora mismo, pero antes de sedarlo ha dejado muy claro que él jamás pisó la casa. Dime, Adams, si la registramos a fondo, ¿vamos a encontrar sus huellas?

—Es el asesino —aseveré sin intimidarme—. Busca en su madriguera y encontrarás fotos, trofeos de sus víctimas, libros del zodíaco y cartas del tarot. Eso fue lo que aseguró la doctora Cameron. Ellos siempre tienen su altar.

—No has contestado a mi pregunta. —Sus ojos oscuros me torpedearon mientras aguardaba una respuesta—. ¡No me jodas, Adams! El abogado de la señora Abbot ya se ha presentado en comisaría alegando que nos va a empapelar a todos. Yo solo necesito saber si lo viste en casa del profesor con la clara intención de matar a Scott.

—Sí —mentí sin pudor—. Huyó antes de que pudiéramos atraparlo porque se dio cuenta de que no estaba delante del profesor Anderson, e iniciamos una persecución donde conseguimos reducirlo antes de que escapara. Esta es mi primera versión y la última.

Miré con intención al espejo desde donde muchas veces había presenciado el interrogatorio de un sospechoso. Sabía que Moreno había necesitado el permiso del FBI para presentarse ante mí, por lo que imaginaba que ellos habían anotado cada una de mis respuestas

con tinta permanente. Mi jefe se apoyó en el respaldar de la incómoda silla y frunció los labios, malhumorado.

—Más te vale por tus hijos que podamos comprobar hasta la última coma de lo que estás contando.

No le respondí. Fijé la mirada en la lámpara cutre del techo y quise bañarme con la calidez de su luz, una que me resultaba lejana e insulsa, pero que insistía en guiarme porque ahora sí que estaba perdido. Moreno me observó durante unos largos segundos y se marchó cuando comprendió que no saldría de mi boca ni una palabra. Sabía que ahora entrarían los trajeados y que me preguntarían hasta la saciedad. Esperarían a que yo mismo me mordiese la lengua y me envenenase con ella.

Pero no lo hice. Me había estudiado de memoria mi versión de cabo a rabo, desde cómo llegué a la conclusión de que mi profesor sería la víctima de Virgo hasta cómo el plan se nos torció en cuanto Derek Jones irrumpió en la casa. Insistí en que indagaran en su vida, en que estudiasen sus movimientos en los últimos meses y, sobre todo, en que contemplaran la posibilidad de que, de alguna manera patológica, él creía estar ayudando a su tía.

Era ya de madrugada cuando abandonamos la comisaría. Cliff llamó a su mujer para que viniera a recogernos, ya que nuestros coches estaban a dos manzanas de la casa del profesor. Mientras esperábamos, pudimos observar las miradas reprobatorias de nuestros propios compañeros, solo el agente Cooper se acercó para felicitarnos, alegando que ahora existía un cabrón menos en la ciudad.

—Que sepáis que yo también le he dicho que vi a ese gilipollas dentro —nos confesó Scott en cuanto Cooper se alejó. Después, nos ofreció un cigarrillo que Cliff rechazó, pero que yo acepté, ya que necesitaba respirar un aire que no fuera el de la comisaría.

—Gracias, pero ¿por qué lo has hecho? Nosotros lo interceptamos en el pasillo, antes de que entrara en el salón —mintió Cliff como un bellaco—. Si hubieras dicho esto, no te habrían machacado tanto.

—Porque somos compañeros. No os iba a dejar tirados. Si vosotros lo visteis, yo también. No hay más que hablar.

Solté una exhalación y no pude evitar sentirme culpable. Había arrastrado al fango a dos buenos policías por mis problemas de índole mística sin que fueran conscientes del todo de la gravedad del asunto. A pesar de que Cliff conocía mi increíble historia, lamentaba que hubiera tenido que mentir para salvarme de una caída mayor. Después de todo, él no conocía a Adriana, no había experimentado en su piel una de mis famosas ausencias ni se había enamorado de un fantasma, como él la llamaba. ¿Y Scott? Él lo había hecho porque necesitaba acallar su mente, silenciar las voces atronadoras de su cabeza que lo devolvían una y otra vez al borde del abismo. Se lo debía a la agente Miller, y me había aprovechado de esa vulnerabilidad.

Me despedí de ellos en cuanto Mary me acercó a casa. Había preferido moverme en el coche de Scott hasta la casa del profesor para que no saltaran las alarmas en el FBI en cuanto comprobaran que mi vehículo salía de la propiedad. Así pude despistarlos con más facilidad. Aquella noche decidimos no mantener un contacto estrecho hasta que el asunto se aclarara, pues estaba convencido de que los enchaquetados encontrarían las pruebas suficientes para empapelar a ese mal nacido durante el resto de su vida o para que le inyectaran un líquido mortal y que desapareciera de la faz de la tierra. La verdad era que me importaba una mierda lo que le ocurriera. Era un depredador. Un animal. Yo solo deseaba recuperar mi vida, aunque no supiera en realidad qué vida era la que tenía que recuperar.

En los días posteriores, sin placa ni autoridad, me afané por hacer más deporte y tratar de llevar una dieta saludable. Visité a mis hijos y me los llevé a comer un helado, al cine, incluso a un rodeo para conocer a auténticos vaqueros. Admitiré que me impliqué en ellos como hacía tiempo que no lo hacía y disfruté al máximo de sus risas y su complicidad. No me molestó que Jenny nos acompañara. Después de todo, era la madre de mis hijos y eso nunca cambiaría. Charlamos durante horas y, de alguna manera, volvimos a conectar después de tanto tiempo de riñas indeseadas. Había aparcado el rencor en un lugar lejos de mi alma y le agradecí sus muestras de

apoyo en esa semana tan difícil para mí mientras esperaba con ansia un veredicto.

Me sentía juzgado, a pesar de no haber matado a nadie en mi vida. Sí, había disparado el arma en varias ocasiones, pero jamás le había arrebatado el alma a un delincuente. Rechazado, después de haber encarcelado a un número considerable de personas despreciables. Desprotegido, aunque también era una víctima del destino.

Volví a pensar en Adriana y en que ella había sido más valiente que yo, encarándose al asesino. No me atrevía a contactar con ella ni siquiera con el teléfono que me compré. Demasiados problemas tenía ahora como para que me cazaran y sumáramos uno más en el que la involucraba a ella también.

La eché de menos de nuevo. Envidiaba que pudiera controlar los viajes y que yo me encontrara todavía en pañales sin ser capaz de volar a su lado cuando me necesitaba, sin tener la fuerza suficiente para ansiar verla y cumplir mi deseo. Solo me había funcionado en el entierro de la agente Miller y no había sido porque la había echado de menos con ganas, sino porque quería escapar de mi vida y de mis problemas. Necesitaba olvidarme por un instante de que existía. Aunque no comprendía por qué Adriana no había venido a visitarme después de la fatídica persecución, pensé que tal vez estaba demasiado consternada al haberse enfrentado a un asesino. Ella no era policía. Nunca lo había sido, aunque se hubiera esforzado en hacerlo lo mejor posible. Más tarde, caí en la cuenta de que a veces había sido el deseo y otras la preocupación, los que la habían traído a mí. Los sentimientos. Ella había conseguido canalizarlos para dominar los viajes y ya era hora de que yo me pusiera a estudiar y a indagar en mi interior para conseguir mis objetivos.

En cuanto regresé, examiné mi cuerpo de arriba a abajo para verificar que no existía ningún agujero de bala en él. Respiré más tranquila al no detectar ningún hilo de sangre resbalar por mi piel y luego me reí de mí misma. Era imposible que eso sucediera porque mi cuerpo jamás había estado expuesto al peligro, en ningún momento me había encarado al asesino en carne y hueso ni sufrido

lesión alguna. Ni siquiera estaba segura de que las balas hubieran traspasado mi espíritu, ya que prácticamente me evaporé en cuanto la luna delantera fue perforada por una lluvia de proyectiles.

Desaparecí. Volé de vuelta a casa.

Me dejé caer sobre la almohada mientras contemplaba con amargura que ya era de día en Cullera. Otra noche más sin dormir ni descansar bien y con los ánimos contrariados. Quería saber qué es lo que estaba ocurriendo en Bozeman en ese momento, si habían conseguido detener a Derek Jones, si Scott se encontraba bien y, sobre todo, si Josh estaba enfadado conmigo por mi imprudencia.

Sí, entendía que, si llegaba a establecer un vínculo con ese psicópata, él también podría pretender lo mismo. No se trataba de un camino de solo ida, sino también de vuelta. Puede que yo hubiese abierto la brecha para que ese flujo energético discurriera en ambos sentidos. Me llevé las manos a la cabeza y entorné los párpados en un arrebato por regresar allí. Fue estúpido porque no contaba con las fuerzas suficientes para forzar otro viaje ni tan siquiera para levantarme de la cama, a pesar de que el día se había puesto en marcha sin mí. Me obligué a ponerme de pie, pues comenzaba a escuchar los balbuceos de Vega desde la cuna. Tenía que estar muerta de hambre, como lo estaba yo, ya que convertirme en una viajera astral me había transformado en una devoradora de azúcar.

La miré con ojitos piadosos y la aupé. Mis músculos habían decidido irse de huelga ese día. No había nadie en casa y supuse que se habrían marchado temprano a la iglesia. No es que mis padres fueran muy religiosos, pero después de lo que me había ocurrido, creían un poquito más en los milagros. En ese momento, decidí que tenía que ver a Dalia, la vidente. No me importaba que tuviera la consulta cerrada ni que hubiera hecho planes para disfrutar de la playa en un día de agosto donde el infierno se había desatado. El calor era insoportable y mi fatiga, después de mis andanzas nocturnas, empeoraba esa sensación de agobio, de olvidarme de respirar, de no poder más.

Vestí a Vega, me adecenté y salimos a la calle sin tiempo que perder.

Pulsé el timbre de la casa de la vidente a sabiendas de que ella vivía en la planta superior de su negocio. Dalia no solo echaba las cartas, también regentaba una tienda esotérica donde podían encontrarse amuletos, cristales, péndulos y, por supuesto, cartas del tarot, entre otras cosas.

—¿Sabes que me he cogido la última quincena de agosto por vacaciones? Lo pone en el cartel: cerrado.

Apareció en la puerta de su casa con los rulos puestos y una bata multicolor. Bajó la mirada y se compadeció de la niña que estaba en el carrito. Vega sudaba a mares, como todos en esa maldita ciudad después de que una ola de calor decidiera instalarse en ella unas semanas.

—Lo sé, pero es urgente. No quiero que me eche las cartas ni que mire en su bola de cristal. Solo necesito que me conteste a un par de preguntas. —Ella volvió a enfocar a la pequeña con un cierto aire de preocupación que consiguió alterarme—. ¿Ocurre algo?

—Pasa, no quiero que la niña coja una insolación ni tampoco que mis vecinos cuchicheen más de la cuenta. ¿Qué es lo que quieres saber? —Se adentró en el pasillo que llevaba a la consulta y me indicó que la siguiera con un gesto.

—¿Cómo puedo cortar la conexión que he establecido con alguien en el más allá?

—No se puede. Esa conexión implica una misión de vida y, hasta que no la cumplas, tú no puedes hacer nada —me respondió sin darse la vuelta, como si el tema no le interesara en absoluto.

—Pero he estado leyendo que los viajeros astrales poseen un cordón umbilical de plata que los mantiene unidos a su cuerpo mientras viajan. ¿Cómo puedo cortárselo a otra persona o impedir que vuelen? No quiero que ese asesino venga a por mí.

—¿Asesino, dices? —Ella lanzó un resoplido cansino, aunque algo más interesado; no obstante, tampoco me miró. Se sentó en la silla

que usaba siempre para hacer sus lecturas y comenzó a desprenderse de los rulos uno por uno—. En primer lugar, eso es una leyenda urbana. Si lo que pretendes con eso es evitar que regrese a su cuerpo, ya te digo yo que es imposible. Nadie puede cortar ese cordón, así que nadie puede quedarse atrapado entre dos mundos: o estás vivo, o estás muerto. Aquí no existen medias tintas. Un viajero siempre vuelve a su cuerpo. Cuando haces un astral, no puedes sufrir daño alguno, ni tú ni la otra persona. Si quieres detener a un asesino, tienes que hacerlo en esta vida.

No me gustó su respuesta y creo que se lo dejé muy claro porque una mueca de frustración ocupó toda mi cara.

—¿Y por qué los de arriba le han dado una segunda oportunidad? ¿Por qué han permitido que siga cometiendo crímenes?

Parpadeó varias veces seguidas y se encogió de hombros.

—No sé cuál es el motivo para que hagan o deshagan a su antojo las madejas de hilos que tejen. El tiempo y el espacio es un concepto que nos hemos inventado los humanos para funcionar mejor, pero el universo no está sometido a estas reglas. Ellos ven el pasado, presente y futuro al mismo tiempo y puede que esa oportunidad como tú la llamas tenga un sentido para ellos. —Cogió una botella de agua que tenía sobre la mesa, se sirvió un poco en el vaso y me ofreció uno al tiempo que arrugaba la nariz. No lo rechacé. Estaba sedienta y la culpa la tenía un sabor amargo que me secaba hasta la garganta. Aproveché para que Vega bebiera también—. Aquí contamos con nuestra propia justicia. Creemos en el perdón de la sociedad del criminal y la reinserción después de una condena, sin importar si te has retractado o no con la mano en el corazón. El concepto primordial de la justicia divina se basa en el perdón posterior al arrepentimiento.

—Ese miserable no se ha arrepentido de nada. Es un sádico.

Inclinó el torso hacia adelante con una curiosidad que se atrevía a mostrar por primera vez. Indagó en mis ojos como si quisiera extraer algo valioso de mis recuerdos, algo que ansiaba conocer.

—¿Lo viste? Cuando estuviste en el otro mundo, ¿lo viste?

—Yo no me acuerdo de él, pero él de mí, sí.

—El cielo no es Alcatraz. Las almas se reciclan, aprenden de sus errores y quieren enmendarse. Sin embargo, hay algunas tan primitivas que no logran avanzar y tropiezan mil veces en la misma piedra. Por eso hay que enseñarles a caminar poco a poco. Sin prisas ni expectativas.

—No me vale. No me gusta esa respuesta.

Me crucé de brazos y soltó un bufido sentido, pues la verdad era que no me sentía receptiva para desenmarañar sus acertijos.

—¿Sabes su fecha de nacimiento? —Negué con la cabeza—. ¿Su signo zodiacal? —Bajé la barbilla, harta de sus teorías que no tenían ningún fundamento para mí. No comprendía adónde quería llegar ahora sacándome el tema de los horóscopos—. ¿Sabías que la mayoría de los aries son pésimos asesinos? Matan porque son impulsivos y cuando la rabia los ciega. Además, no son buenos planificadores y por eso dejan un montón de pruebas en la escena de un crimen. Dicen que son los más fáciles de atrapar, pero eso no significa que todos los aries sean desorganizados y tontos. Los hay muy astutos, porque nosotros, los videntes y astrólogos, tenemos en cuenta su ascendente, su carta natal y muchas más cosas. ¿Qué es lo que quiere tu asesino?

—No lo sé.

—Esto es como el ying y el yang. Existen signos afines y signos que se repelen. Te he nombrado a aries porque tú eres libra y, en una teoría muy básica, es tu opuesto y, por lo tanto, reúne muchas condiciones para que os sintáis atraídos como dos imanes solitarios. Yo soy solo una vieja vidente y digo muchas chorradas que no debes tener en cuenta. Es tu misión y debéis concluirla. Tú hiciste un pacto con ese joven extranjero y guapo. —Se levantó de la silla y me mostró el camino de salida. De mala gana, y con más preguntas que respuestas, me dirigí hacia la puerta—. Ah, una cosa más. Cuida de la niña. Hace mucho calor para que la tengas bajo el sol. No la expongas demasiado. Al final, es lo más preciado que tienes.

—Eso ya lo sé —musité sin importarme si me había escuchado o no.

Regresé a casa y a punto estuve de arrancarme los pelos a tirones de la desesperación. No había entendido la mitad de las palabras que la vidente me había dicho y, si lo que trataba era de darme un consejo, hubiera preferido que fuera más concisa. Aunque sí había comprendido que nada podría hacer con ese desquiciado en un plano astral. Josh tenía que encargarse de él porque yo no podría hacerlo ni siendo un espíritu ni si volvíamos a intercambiarnos los cuerpos. Yo no contaba con su fuerza ni con su destreza, así que deseé en ese momento que Scott lo hubiera frito a balazos. Esa era la noticia que esperaba con urgencia.

Inspiré hondo. Busqué en la web los perfiles de los asesinos en serie más famosos de la historia mientras procuraba que Vega no se diera un trastazo, pues todavía caminaba como un zombi sin atender a los peligros que se podía encontrar por el camino. Con mucha curiosidad, quise averiguar a qué signo zodiacal pertenecían. Me asombró descubrir que incluso existían estudios y artículos sobre ese tema. Eran cuatro los horóscopos que regentaban el podio a asesinos múltiples más prolíficos: sagitario, géminis, virgo y piscis.

Mientras que los signos de fuego mataban por impulsos y sus homicidios solían estar cargados de un derroche de violencia, los de aire lo hacían de forma más mental. Eran más planificados y, por lo tanto, muy difíciles de atrapar, ya que gracias a su oratoria eran capaces de inculpar a otras personas o incluso de inventar coartadas eficientes. Los signos de tierra a menudo tenían un motivo escondido tras sus asesinatos como el dinero y herencias, entre otras cosas. Por su parte, los de agua, después de cometer una atrocidad, no se creían ni ellos mismos lo que habían hecho porque desconectaban de la realidad cuando asesinaban a una persona.

Así supe que Ted Bundy, George Chapman y Alton Coleman, todos nacidos bajo el signo de sagitario, habían sido feroces con sus víctimas y que los famosos Jeffrey Dahmer y David Berkowitz, ambos géminis, fueron muy hábiles encubriendo los asesinatos. Deduje que tal vez Derek Jones podría entrar en el perfil de géminis, dado su capacidad organizativa y su destreza para ocultar las huellas, aunque también encajaba con los virgos, ya que existía un motivo oculto en sus intenciones: preservar las tierras de su tía y continuar siendo el heredero. ¿Para qué me servía a mí toda esta

información? Pues tenía la sensación de que para nada. Había malgastado mi tiempo con teorías conspiratorias que circulaban en la web y que no me conducían al puerto que yo deseaba, ese en el que podría encontrar el punto débil de Jones.

De pronto, escuché unos toques en la puerta y di un respingo al descubrir a Eduardo detrás de ella. Había olvidado por completo que habíamos quedado para tomarnos un helado a mediodía.

—Lo siento mucho. Me he quedado dormida —le mentí como una bellaca.

—Si los helados no vienen a ti, vayamos nosotros a por los helados. —Sonrió mientras enseñaba una tarrina de helado de chocolate con avellanas. Fruncí los labios y lo examiné con el semblante divertido y curioso.

—¿Qué signo eres?

—¿Todavía sigues con eso?, ¿qué quieres averiguar ahora?, ¿si puedo ser la pareja perfecta para Vega? —Abrí los ojos de par en par y luego me reí en cuanto caí que se trataba de una broma—. Aries, soy aries.

—Mi perfecto opuesto atractivo —reflexioné entre dientes.

—¿Qué significa eso? Soy apto para comerme el helado contigo en tu casa, ¿o no?

—Sí, sí, perdona, pero, Eduardo, quiero ser sincera contigo y decirte que hay alguien. —Aprecié en sus ojos marrones que esa chispa que habitaba en él se apagaba de inmediato y me sentí una villana, la mala del cuento que iba rompiendo sueños por el camino para fabricarse los suyos propios. Esa oscuridad en la cual se había sumido solo duró un instante, pues no tardó ni dos segundos en reaccionar y regalarme la mayor de las sonrisas.

—¿Vas a buscar unas cucharitas o tengo que ir yo a la cocina a por ellas?

Cualquier otra lo hubiera besado en ese momento, lo habría arrastrado hasta el sillón y se lo habría comido a besos. Cualquier

otra. Pero yo no, porque mi corazón estaba a miles de kilómetros de allí, palpitando por un hombre al que todavía no había visto en persona.

Esa noche, volví a intentar convertirme en una viajera astral. Quise reunirme con Josh porque necesitaba arroparme en su calor; sin embargo, por mucho que me esforcé en concentrarme, en visualizar su imagen de poli duro e implacable, no logré llegar hasta él. Continuaba exhausta. Sin energías. Me maldije por haber derrochado tanta en mi último viaje. Debí haber sido más precavida y no haberme aventurado a correr detrás de un asesino peligroso. Probé la noche siguiente y la siguiente, pero los días transcurrían como el vuelo de una mariposa, sin saber con seguridad cuándo se posaría en una flor para alimentarse de la vida.

Después de una semana de infructuosas pruebas, me desperté bañada en sudor. Tenía una de esas pesadillas recurrentes donde era perseguida por las calles de Cullera por Derek Jones. Habían aparecido después de haberme encarado con él en la casa del profesor y haber establecido conexión poco segura con su espíritu. Durante esas noches, mi alma fue guiada por el miedo y, pese a que corría y corría, nunca conseguía despistarlo o dejarlo lo suficientemente atrás para sentirme a salvo.

Abrí los ojos histérica, ya que no solo sentía que me acorralaba en los sueños, sino que también se había presentado en casa y me espiaba con los ojos lujuriosos y la boca sedienta. Me cubrí con la sábana hasta el cuello y miré en la oscuridad por si lo descubría oculto en ella, mimetizado en una sombra más de la habitación. No tardé en localizar a alguien sentado en la silla de la esquina, en esa donde lanzaba la ropa que me quitaba antes de comprobar si estaba sucia o debía colocarla en el armario.

—Soy yo, Adriana. Estoy cuidando de ti. —El aire que se había quedado atrapado en mi garganta descendió con rapidez y me devolvió una respiración más calmada. Derek no estaba en mi cuarto, era Josh—. No quería asustarte. He hecho varios intentos para presentarme aquí y no lo había conseguido hasta ahora.

Aparté de un manotazo la sábana de mi cuerpo y corrí hasta él. Lo abracé como pude, permitiendo que sus partículas atravesaran mi

piel cuando ni siquiera podía aferrarme a la suya.

—¡Qué alegría verte! ¿Ha ocurrido algo?

—Tengo muchas cosas que contarte. La primera es que me he comprado un pasaje para poder verte en persona. Voy a estar aquí el día de tu cumpleaños, aunque mi español no dé ni para decir tres frases seguidas. —Quise achucharlo aún más, fundirme de nuevo con él.

—¿De verdad vas a venir a verme? —Él asintió de una manera graciosa y yo busqué sus labios con desesperación. Sus pinceladas no eran tan nítidas. Sin embargo, él me detuvo—. Espera, hay más. Encontraron la cabaña donde Derek Jones había permanecido escondido en los últimos meses. Estaba en medio de las montañas, pero siempre en la propiedad de su tía. Allí hallaron algunas pertenencias de las víctimas y decenas de fotos de ellas, tanto vivas como muertas. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? ¡Se ha acabado! Soy libre. A ese mal nacido van a trasladarlo a una prisión federal hasta que salga el juicio. ¡Lo hemos conseguido! —Me separé de él muy despacio y lo miré con cierta preocupación.

—Y si todo ha terminado, ¿cómo es que estás aquí? ¿Cómo sigues conectado a mí? No fue eso lo que Dalia me dijo.

—No lo sé. Puede que yo haya cumplido mi misión, pero que todavía exista algo que debamos arreglar en tu vida. Algo inconcluso. Te prometo que voy a ayudarte como tú has hecho conmigo. Sea lo que sea, podremos con ello.

Esa vez fue Josh quien me rodeó con sus brazos mientras una sonrisa amarga se perfilaba en mi boca.

Capítulo 30

La balanza no está equilibrada

Lo habíamos conseguido. Poco a poco expulsaría a todos los demonios que habían puesto mi vida patas arriba y volvería a ser yo mismo. Recuperaría mi lugar en el mundo que, aunque fuese pequeño, me pertenecía y ya no estaría perdido. Contemplé las límpidas montañas coronando el horizonte como sus fieles guardianas y me envolví en su pureza, en la frescura que desprendían sus cimas, tan inalcanzables, tan indómitas. Me sentí afortunado por vivir rodeado de libertad y de rebeldía al mismo tiempo.

Bozeman había crecido en las últimas décadas como un dique dispuesto a dominar las bravas olas del mar, pero el cemento no había conseguido mermar la belleza del lugar, ni siquiera resultar un competidor fuerte de esas montañas. La ciudad parecía una frágil caricatura ante el lienzo firme que representaba aquel paraje aplastante y se había arrodillado ante él como un fiel servidor. Sí, yo era un animal más que habitaba entre sus anchas praderas y árboles sagrados. La naturaleza no me respetaba por ser un depredador que merodeaba en sus dominios en busca de madera o alimento en sus ríos. Lo hacía porque yo la respetaba a ella. Y mientras en Montana todos supieran como venerarla, ella no nos desterraría. Así había sido siempre.

Arrugué el entrecejo en cuanto aprecié el coche de Cliff acercarse por la carretera. Ambos continuábamos suspendidos de nuestras labores como agentes de la ley, pese a que era consciente de que no tardaríamos mucho en reincorporarnos a nuestros puestos. El FBI estaba a punto de dar carpetazo al caso en la ciudad y se llevarían a ese malnacido muy lejos de allí, lejos de nuestras tierras sagradas. Ya no era nuestro problema. Eso me aliviaba.

Esperé a que se bajara del vehículo para invitarlo a entrar en la casa, aunque debía admitir que no me gustó la mueca seria y

amarga con la que me devolvió el saludo.

—¿Ocurre algo? —le pregunté mientras subía los peldaños del porche.

—Enciende la televisión. Lo comunicarán de un momento a otro.

Hice lo que me sugirió al tiempo que indagaba en su rostro imperturbable. Lo conocía demasiado como para saber que debía de tratarse de algo serio, sino, no se habría presentado en mi casa con semblante enigmático y una ausencia total de optimismo en su mirada. Me habría llamado por teléfono para transmitirme cualquier asunto desagradable, así que aquello debía ser aún peor. Mi mente comenzó a trabajar como una apisonadora elaborando los motivos que lo habían traído a mi casa sin avisar y con cara de pocos amigos. Existía uno que me asustaba de verdad: que mi suspensión se alargara en el tiempo hasta que saliera un juicio, porque tendría que buscarme un nuevo empleo para ganarme la vida. Mis hijos dependían de mí y no quería cancelar un vuelo que me llevaría hasta ella, hasta Adriana.

—¿Quieres hablar de una vez? Me estás poniendo nervioso.

—Cooper me ha llamado hace media hora. —Se humedeció los labios antes de proseguir—. Jones se ha escapado antes de que lo subieran al vehículo que iba a trasladarlo.

—¿Qué? —inquirí sin creerme del todo esa información—. ¿Cómo qué se ha escapado?, ¿a los del FBI? —Mi rostro de asombro parecía sacado de la viñeta de un cómic.

—No lo sé. No sé nada más, ni siquiera Cooper conocía los detalles desde la comisaría. Pensé que era mejor que viniera a decírtelo en persona antes de que se presenten tus amigos de corbata y te lo comuniquen. Te volverán a poner vigilancia y...

—No, no, no, esto no puede estar pasando. —Entrelacé las manos detrás de la nuca y prensé la mandíbula hasta que el dolor me devolvió a la realidad—. Es una broma de mal gusto, eso es todo. Jones irá a prisión de por vida y no lo volveremos a ver jamás. No quiero saber nada de él. Nunca.

—Hay más. —Cliff ignoró mi rabieta sin sentido y no me quedó más remedio que alzar las cejas y prepararme para el segundo asalto—. La vieja Abbot denunció hace tres días la desaparición de uno de los capataces de su rancho, aunque es posible que lleve más tiempo en paradero desconocido. Al tratarse de la tía de nuestro asesino, el FBI tomó cartas en el asunto y ha llevado esto sin levantar la liebre.

—¿Y crees que el capataz ha podido ayudar a Jones en su fuga?, ¿es eso lo que me estás diciendo?

—No tengo ni idea. Yo también estoy como tú y que sepas que voy a pedir protección para mi mujer y para mí. Ese tío está loco y tanto Scott como yo te ayudamos a tenderle la trampa que lo llevó a la cárcel. Tengo miedo por Mary.

Maldije tantas veces por lo bajo y con los párpados entornados que apenas aprecié que una espiral de destellos estaba tomando forma a mi lado. Solo cuando elevé la cabeza distinguí a Adriana a mi derecha con una mirada ilusionante y una sonrisa cautivadora. Era imposible no dejarme arrastrar por esa energía desorbitante y hechizante que la acompañaba siempre, era imposible no sucumbir a sus deseos. En los últimos días, nuestros encuentros eran más frecuentes y eficaces, ya que comenzábamos a dominar la técnica de los viajes astrales. Aunque no queríamos abusar de ellos para no terminar extenuados, ya que debíamos enfrentarnos a nuestro día a día, admitía que nuestras ganas podían más que nuestro cansancio.

La miré de soslayo, pues temía que, cuando mis ojos impactaran con su mirada transparente, averiguara todo lo que estaba ocurriendo. Nuestros planes de vernos en tres semanas se podían ir al traste. Nuestras vidas volvían a quedar suspendidas en el aire, convirtiéndonos de nuevo en marionetas del destino.

—No es un buen momento —le dije por lo bajo para su asombro.

—¿Qué? —respondieron ambos al mismo tiempo.

—¿Qué está ocurriendo? —Ella no borraba la sonrisa de su boca y tuve miedo de ser yo el que la aniquilase con una dosis de veneno incurable.

—Debimos dejar que Scott lo rematara antes de que llegaran los sanitarios —se lamentó mi compañero—. Nos hubiéramos ahorrado todos estos problemas.

—¿De qué está hablando? —Adriana se acercó aún más a mí y quiso escudriñar en mis ojos apagados.

—Tenemos que hablar con él. Scott debe saberlo. Él fue quien le disparó y no sabemos qué cojones le está pasando por la cabeza a ese loco. —Cliff continuaba con su verborrea y yo no sabía cómo detenerlo. No quería que ella se enterase de esa forma, no allí, de la boca de mi compañero—. Puede que tengamos que volver a idear un plan y contemplar todas las posibilidades. Nos atrincheraremos en casa y nos armaremos hasta los dientes.

—Adriana está aquí —le solté de repente.

Él interrumpió su monólogo y torció el gesto desorientado. Después, con sus ojos bien abiertos, examinó cada rincón de la sala como si fuera capaz de detectarla.

—Hola, Cliff —lo saludó ella a sabiendas de que no podía escucharla.

—Te saluda. Es mejor que hablemos de esto más tarde. —Cliff cogió mi indirecta y asintió sin mucha convicción. Se crujió los dedos y me habló bajito para que ella no se enterase de lo que quería decirme. Una tontería porque Adriana lo escuchaba:

—En cualquier momento, vendrán los enchaquetados y ellos hablarán sin contemplaciones. Es mejor que lo sepa ya.

—¿Qué es lo que tengo que saber? —Adriana continuaba mirándome con sus facciones dulces y algo inocentes.

Quise morderme la lengua hasta reventármela y que la sangre hiciera aparición en ella. No podía más, no podía ocultarle algo tan grave porque ese tipo era capaz de presentarse en espíritu en mi casa y yo no quería que fuera Adriana la que se enfrentase a él otra vez.

—Derek Jones se ha escapado de la cárcel. Lo más probable es que

ahora se encuentre camino de Canadá y desaparezca una vez que haya cruzado la frontera. —Intenté minimizar los daños, añadir que cualquier reo que se preciara huiría lo más lejos posible para evitar volver a poner un pie en la cárcel. Sin embargo, Jones no era como los demás y eso lo sabíamos las tres personas que estábamos allí—. El FBI lo está buscando sin descanso y no se detendrá hasta dar con él.

—No, él no va a escapar —la escuché afirmar muy afectada—. Él tiene que terminar su misión.

—¿Y cuál es ahora su misión? Nosotros truncamos sus planes. No existe una víctima de Virgo, no puede continuar con esa locura. La doctora Cameron lo dejó muy claro, si algo se tuerce, si se sale de sus esquemas, tienden a improvisar o a esconderse hasta que puedan rehacer su retorcido plan.

—Bueno, sabemos que no va a esconderse. Cuenta con nuestra misma habilidad y la aprovechará. Está obsesionado con nosotros. Creo que desde el mismo instante que nos vio allí arriba. Sé que puede sonar a tontería pero su espíritu está lleno de oscuridad. Yo misma lo vi. Quiso apagar mi brillo o robármelo en la casa del profesor. Necesita alimentarse de nosotros para tener su propia luz, puede que así crea que tendrá su segunda oportunidad. ¡No lo sé! ¡Está loco! Pero lo que sí sé es que no se va a fugar a Canadá mientras no nos termine matando al menos a uno de los dos.

—¿Qué es lo que está diciendo? —me preguntó Cliff con una curiosidad que se podía palpar en cada sílaba que pronunciaba.

—Cree que no se va a detener.

—En eso estamos de acuerdo.

En ese momento, en la televisión, interrumpieron su información matutina para ofrecernos un boletín de última hora. Los tres nos quedamos quietos frente al aparato para conocer la información con la que contaban los medios. Cliff subió el volumen y se quedó pegado a la pantalla mientras se llevaba la mano a la boca y la presionaba para no soltar un quejido angustioso mientras lo escuchaba:

«Mientras continúan con la búsqueda de Tony Altman, capataz del rancho Abbot donde también trabajaba el asesino confeso del tarot, Derek Jones, el capitán Moreno, jefe de la policía de Bozeman, ha informado que esta madrugada Jones ha conseguido burlar la vigilancia y escapar. Ahora son muchos los interrogantes que se nos abren y que vuelven a poner en duda la eficacia de la policía en este caso. ¿Es el señor Altman cómplice del asesino del tarot y por eso lo ha ayudado en su huida? O, por el contrario, ¿es una víctima más de este despiadado psicópata? En cualquier caso, las autoridades piden que se extremen las precauciones, ya que se trata de una persona altamente peligrosa».

Vi su rostro en la pantalla, tan frío, sádico y vacío por dentro que se me encogió el estómago y tuve que apagar el televisor. No quería escuchar la rueda de prensa, no quería que me dieran excusas, pues sabía cómo funcionaba todo eso. Quería respuestas y ellos no me las iban a dar.

—Si Adriana lleva razón y ese capullo piensa continuar con su mapa astrológico, ¿a quién escogería ahora?, ¿cuándo atacará a la víctima? —me preguntó Cliff sin dejar de buscarla con sus ojos pequeños y avispados, pues creía que en cualquier momento se haría visible para él.

—No hará eso —insistí—. Le hemos jodido su calendario. Lo más probable es que quiera vengarse de nosotros y buscará una forma retorcida para hacerlo.

—Dile que le toca a Libra. Este signo zodiacal comenzará su reinado el veintidós de septiembre, o sea, en diez días. Libra representa la equidad, la honestidad y el equilibrio como también lo hace su carta del tarot: la justicia. Si tiene que buscar a alguien que encaje en el perfil, tiene que ser un juez o un abogado. ¿No había fotos de sus posibles víctimas en la cabaña?

—Yo no tengo acceso a esa información. Te recuerdo que estoy suspendido.

—¿Qué dice? —Cliff estaba de los nervios. Le conté lo que Adriana había dicho y él asintió muy despacio, digiriendo cada palabra que salía de mi boca como si la escuchase a ella—. O sea, una persona justa y honrada. Yo no buscaría a un abogado. Estos trabajan según quién les suelte la pasta. Si tiene relación con los asuntos del rancho, no perdería el tiempo ni con el abogado de la congresista ni con el del empresario. Si por mí fuera, iría a por un policía. Después de todo, intentamos poner orden en las calles, extirpar el mal de la ciudad y sí, sé que hay algunos corruptos, pero la mayoría no somos así. —Enmudeció de repente y los ojos se le pusieron en blanco—. ¡Joder! Viene a por uno de nosotros. Así consigue las dos cosas: justicia y venganza.

—No puede ser —intenté calmarlo—. Scott es leo, tú eres capricornio y yo soy piscis. Él quiere cerrar ese círculo del zodíaco que se ha inventado conmigo, pero no va a llegar tan lejos porque todos conocen su cara. No puede cumplir su objetivo.

—Sí que puede. —Me giré hacia Adriana y observé cómo su figura parpadeaba cada segundo, como si la hubieran asaltado las interferencias; sin embargo, no era eso lo que ocurría, había entrado en pánico—. Yo soy libra. —La miré sin comprenderla del todo—. Puede terminar su ciclo conmigo. Si yo estoy dentro de tu cuerpo, matará dos pájaros de un tiro. Se vengará de mí porque soy libra y acabará con tu vida porque tú eres policía y tu alma no tendrá dónde regresar. Además, tú eres el último signo del zodíaco: piscis. De esta forma, podrá acabar lo que empezó con un atajo y después se fugará a donde le dé la gana y permanecerá escondido hasta que la sed de sangre vuelva a llamarlo.

Escuchamos el sonido de unas llaves introducirse en la cerradura de la puerta de la entrada y me lamenté de inmediato por no haber sido más precavido. Tenía que haberla llamado en cuanto Cliff había aparecido para darme las malas noticias, haberle dicho que no era un buen día para presentarse en casa. Ya era demasiado tarde. Jenny apareció en el salón con dos maletas en las manos y la pelota de baloncesto de los niños bajo el brazo. No se sorprendió al ver a mi compañero en la casa, es más, soltó todo lo que transportaba y no dudó en abrazarlo. Al principio, Cliff se quedó estático, sin saber cómo reaccionar ante su efusividad, pero acabó

aceptándola de buen agrado y la rodeó por la cintura.

—¿Qué hace ella aquí? —Adriana se adelantó un par de pasos y la observó con extrañeza. No había celos en su mirada ni rabia, sino una singular combinación de tristeza y aceptación que hizo que saltaran todas mis alarmas.

—Quería verme —le susurré—. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

—¿Y por qué se ha traído las maletas?

No sabía qué responder. También era la casa de Jenny, su hogar, y ahora que la pesadilla había terminado, habíamos decidido que los niños debían recuperar su vida y su libertad. En casa de sus abuelos habían estado la mayor parte del tiempo encerrados sin poder pisar la calle, a no ser que un escolta los acompañara al parque no más de media hora. Ellos querían estar con su padre y yo con ellos. Jenny tenía algo muy importante que decirme y acepté también su regreso porque continuaba siendo mi esposa y esa, su casa. Además, los niños la necesitaban.

—Ahora no es el momento —volví a decir entre dientes.

—¿Sucede algo? —Jenny se aproximó a mí y me plantó un beso en la mejilla. No quise girar la cabeza a mi derecha ni me atreví a mirar a Adriana de reojo porque la imaginaba destrozada, apagada. Sus centellas estarían partiéndose en dos y no sabía cómo recomponer cada una de sus células para que continuara brillando —. Tienes mala cara.

—Tenemos que decirte algo. Todavía no puedes mudarte aquí con los niños —le dije con la voz quebrada—. Derek Jones ha huido. —Contemplé con el corazón roto cómo ella cambiaba de color y retrocedía angustiada buscando la confirmación en el rostro de Cliff. Este solo tuvo que inclinar la barbilla ligeramente para que ella soltara un chillido—. Es mejor que os mantengáis alejados de mí hasta que esto se solucione.

La miré con pesar, pues no quería que volvieran a pasar por ese sufrimiento ni los niños ni ella. Ninguno se lo merecía. Nadie se

merecía ese calvario.

Jenny rompió a llorar y la atraje entre mis brazos para consolarla. Fue entonces cuando quise ver a Adriana. Continuaba allí, a mi lado, aunque sentía que su espíritu no estaba tan cerca. No era tan transparente, sino más bien difuso y contaminado por las diversas emociones que estaban consumiéndola. Pensé que quizá se había envuelto en ese halo turbio para protegerse y evitar contemplar cómo había decidido confortar a mi mujer, pero ¿qué más podía hacer? Me hubiera gustado que la persona que hundía la cabeza en mi pecho hubiera sido Adriana y deseé acabar de una vez por todas con ese asunto para coger ese maldito avión a España.

De pronto, distinguí a través de la ventana que un par de coches se aproximaban a casa. No había que ser muy inteligentes para saber que se trataba del FBI y que, además de transmitirme su apoyo y ponerme vigilancia, querrían interrogarme por si conocía el paradero del sospechoso. Jenny corrió a abrirles la puerta y acogerlos en casa como una buena anfitriona. Los condujo a la sala y les ofreció sentarse. Ellos insistieron en hablar conmigo a solas; sin embargo, ni ella ni Cliff se movieron del salón. Mi mujer expresó en voz alta su derecho a conocer lo que estaba sucediendo, pues también nuestros hijos corrían peligro y mi compañero solo tuvo que mirarlos con recelo para que ellos claudicaran.

—Señora, no se preocupe, es muy probable que haya cruzado la frontera y se encuentre en Canadá, pero toda precaución es buena. Por eso, vamos a protegerlos a todos. Si ninguno decide saltarse la vigilancia —apuntilló el hombre de mirada inquietante mientras posaba sus ojos sobre mí—, no habrá problemas. Además, este asunto es prioritario y son muchos los agentes designados a la búsqueda de Jones.

—¿Cómo han dejado que se escape? —les reprochó ella con furia—. ¡Ese psicópata está obsesionado con mi familia!

El hombre de más edad se removió en el sofá y gruñó por lo bajo.

—Le repito: no tardaremos ni dos días en atraparlo si Jones no ha abandonado Montana todavía. Si lo ha hecho, no supone ningún peligro para nadie.

No me pasó desapercibido que estirara las comisuras de los labios con cierta inseguridad. Había algo más. Estaba convencido.

—¿Qué es lo que no nos están contando? —Acribillé al enchaquetado más viejo con la mirada, pues deduje, desde el primer momento que puso un pie en la casa, que había algo que le removía las entrañas, algo que tenía que contarnos, pero que no le hacía gracia desvelar.

—Hemos encontrado al señor Altman hace una hora escasa en los confines de la propiedad de la señora Abbot —soltó por fin con un suspiro final—. A falta del dictamen del forense, ya podemos intuir que la causa de la muerte ha sido por un tajo en la garganta.

—¿Jones lo ha matado después de ayudarle a huir? —les preguntó mi compañero contrariado.

—Tony Altman llevaba más de tres días muerto, antes de que se denunciara su desaparición. Debemos tener en cuenta que... el señor Altman era virgo. Lo encontramos con un candil en una de las manos y una túnica gris cubriendo su cuerpo. —Así que era eso. Ellos sospechaban que era la víctima de Virgo. Puse los ojos en blanco y pensé que me desplomaría allí mismo, que mi cuerpo no aguantaría tal revelación. Me aferré al brazo del sillón mientras en mi mente se dibujaba la figura del ermitaño con precisión. ¡Adriana tenía razón! ¡Iba a continuar con su plan!—. Quiero informarles de que cuando registramos la cabaña, había fotos de todas sus víctimas, incluido las de aquellas a las que todavía no ha asesinado. Usted, señor Adams, estaba entre ellas, junto a la constelación de Piscis, así que no debe preocuparse por ahora. Ya hemos localizado a Libra, se trata de la jueza que, en un primer momento, desestimó la primera denuncia de la señora Abbot y, tal como ella nos ha confirmado, estuvo en la concentración que convocó la congresista aquel día, a pesar de que no aparece en ninguna instantánea.

—¡Madre mía! —suspiró aliviada Jenny—. Es decir, podemos estar más tranquilos ahora que ya tienen a esa señora bajo custodia.

Sacudí la cabeza para organizar todos los pensamientos que en ese momento me estaban aturullando.

—No, no, ese no es su plan —afirmé cada vez más convencido de que Adriana podría tener razón. Ella era libra, una mujer sincera con sus sentimientos, generosa pero sobre todo con un sentido de la justicia elevado—. ¿Encontraron fotos del señor Altman en la cabaña?, ¿había fotos de él? —les pregunté alterado. Observé las dudas en sus cuatro ojos y no me pasó desapercibido el intercambio de miradas.

—No. La víctima que tenía señalada como Virgo era el profesor Carl Anderson. Es evidente que vosotros conseguisteis hacerlo cambiar de idea —aseveró el tipo que no me inspiraba tanta confianza. Prefería que me respondiese el canoso, ya que palpaba su experiencia y su disconformidad con todo ese asunto.

—Y, entonces, ¿cómo están tan seguros de que esa jueza será la víctima de Libra? Ese psicópata cambió sus planes hace semanas. No puedo establecer cuándo con exactitud, pero ¡joder!, empezó a ponerse en contacto conmigo. Tuvo que ocurrir algo, tuvo que sucederle algo para... —me callé. Reflexioné sobre lo que yo mismo estaba diciendo—. ¿Había fotos de Sandra Miller en esa cabaña?

—¿Por qué nos pregunta ahora por la agente Miller? —El más viejo me respondió con una nueva pregunta—: ¿Qué es lo que está sospechando?

—Jones comenzó a acercarse a mí con la víctima de Cáncer. Atacó a mi mujer y luego a mí en el callejón. Hace tiempo que dibujó un mapa de las constelaciones paralelo.

El hombre mayor indagó en mi mirada, buscando algo que yo no podía ofrecerle. No podía desvelar la irrupción de Adriana en mi vida ni cómo una tremenda coincidencia nos había reunido a los tres en ese otro mundo.

—La foto de la agente Miller sí que estaba junto a la constelación de Leo, pero había otra más debajo de ella. Era una mujer que es voluntaria en el cuerpo de bomberos y que además pertenece al Lions Club. Jones la había tachado de su lista —me desveló sin que se le arrugase la corbata—. ¿Cuándo cree que esto se volvió más personal?, ¿puede decirnos el momento en el que pudo haber puesto el foco sobre usted?

—No lo sé con seguridad. Solo sé que con la luna se acercó demasiado a mí. Puede que quisiera variar sus planes allí, pero no lo consiguió. Tal vez no encontró una joven que fuera cáncer a tiempo, no lo sé.

—Con Melissa Parker no hay dudas. Ella estaba en el tablón como los demás, siempre fue su primera opción.

—Tampoco tenemos que estrujarnos la mente para averiguar cuándo Jones se volvió más loco de lo que estaba. ¡Es un asesino! Se ha obsesionado con Adams y ya está. —Cliff se estaba poniendo muy nervioso. Se frotaba sus manos sudorosas a la par que humedecía una y otra vez los labios secos—. Tienen que proteger a toda su familia y amigos.

—¿Conoce a algún libra cercano?

En parte me alivió que el hombre experimentado estuviera barajando la posibilidad de que esa jueza no fuera la siguiente presa de Jones. Por otra parte, me angustiaba conocer que era Adriana a quien quería. Me giré hacia ella y me sorprendió descubrir que ya no estaba. Se había desvanecido y no tenía ni idea del momento exacto en el que lo había hecho, pues yo estaba más preocupado por la nueva información del FBI: Tony Altman era la víctima de Virgo, el ermitaño.

—No, no conozco a nadie con ese signo. Tampoco me sé los horóscopos de mis allegados.

—Bien, lo estudiaremos. —El hombre canoso me estrechó la mano y se dispuso a salir de la casa.

—¿Podrían hacerme un favor y escoltar a mi mujer de nuevo a la casa de sus padres? No quiero que le suceda nada por el camino.

Ella abrió los ojos de par en par, pero se resignó ante la evidencia. No podía permanecer en la casa. Ni ella ni los niños. Continuaba siendo un apestado, un hombre con una diana en la frente.

La observé marcharse con ellos y me quedé plantado unos minutos más en el porche hasta que ambos vehículos, el de Jenny y el del

FBI, desaparecieron de mi campo visual. Después, me giré hacia Cliff, a quien la mandíbula le colgaba como la rama partida de un árbol y le di un par de palmaditas en el hombro. Él me lanzó una mirada recelosa y se crujió los dedos. Esa era su manera de soltar el estrés.

—Bien, ahora cuéntame que es lo que está pasando dentro de esa linda cabecita tuya y ni se te ocurra esconderme nada —me amenazó muy serio.

—Adriana es libra. Ella está convencida de que podría ser la próxima víctima si hacemos un intercambio de cuerpos durante ese día. O sea, yo. Porque seré el que moriré y no tengo ni idea de lo que puede ocurrirle a su alma después.

—¿No me aseguraste que ya lo estabais controlando? Me refiero a los viajes y toda esa mierda. —Suspiró hondo y luego se rascó la cabeza—. Dile de mi parte que es mejor que no os veáis durante las próximas dos semanas de ninguna de las maneras. Tú no puedes dejar tu cuerpo desprotegido e ir a visitarla, aunque estés durmiendo o forzando una meditación de esas.

—Se ha ido. No sé en qué parte de la conversación se ha marchado. Puede que ni sepa que el capataz desaparecido es la víctima de Virgo. Tengo que hacer un último viaje para advertirla.

—Bien, pero, cuando lo hagas, voy a estar presente. Y ni se te ocurra rechistar. ¿Algo más que deba saber?

—Cuando el agente del FBI me presionó para que estrujara mi mente y que tratara de recordar el momento en el que Jones pudo cambiar, me vino algo a la cabeza: los enamorados. Géminis. Cuando llegamos a la escena del crimen, también a ti te llamó la atención el hecho de que el corte de Andrea Sawyer fuera seguro y fue ejecutado de una sola vez; sin embargo, con el de su novio se detuvo a la mitad y había una curvatura extraña. No le dimos importancia porque, después de todo, la presa principal fue siempre la chica y pensamos que con él no se esmeró tanto o que, tal vez, se viera sorprendido por algún trabajador de la finca.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Que ese malnacido no ha cometido ningún fallo. ¡Ni uno! ¿Por qué no terminó de rajarle la garganta y lo dejó allí para que se desangrara más despacio?

—Porque es un sádico retorcido.

Durante dos días seguidos estuve tratando de forzar un nuevo viaje que me llevara hasta Adriana, siempre bajo la estrecha vigilancia de mi compañero. Cliff no quería que me relajara tanto y olvidara que en cualquier momento Jones podría presentarse en casa. Como él decía, ya conocía el camino. No obstante, quería explicarle a Adriana la situación en la que estábamos y que debíamos mantenernos un tiempo alejados. Imagino que la presencia de mi amigo contribuía a que estuviera más nervioso, porque todos mis intentos fueron en vano. Me desesperé y llegué a creer que nunca lo lograría.

Además, me había desecho del teléfono nuevo en cuanto había regresado a casa después del interrogatorio del FBI. No quería que vieran los mensajes que había intercambiado con Cliff y Scott, ni que husmearan en los números con los que me había puesto en contacto con Billings. Y tampoco podía ponerme en contacto desde el móvil habitual. Sabía que continuaba pinchado.

Sin embargo, un día, sin esperarlo, sin que Cliff estuviera presente, pude acceder a ella, aunque no como hubiera deseado. Habíamos vuelto a intercambiar nuestros cuerpos. Me había sorprendido con la guardia baja en el despacho de Moreno cuando este nos había citado de forma no oficial para hablarnos de los avances en la búsqueda de Jones. Estaba escuchando al jefe con suma atención cuando, de pronto, me presenté en una cafetería y debía admitir que me desagradó contemplar el rostro de Eduardo frente a mí.

Estaba riéndose de algo que yo desconocía y entonces, mientras lo observaba con una cara de tonto, su sonrisa se desvaneció. Se nos habían acercado dos tipos con pintas de moteros que parecían sacados de una película de serie B: llenos de tatuajes, piercings en todos los agujeros visibles y unos chalecos repletos de chapas.

—Hola, Eduardo. Nos hemos enterado de que tu moto ya está reparada del todo y de que tú ya no estás lisiado. ¿Nos vemos pronto?

Primero, acribillé al tipejo con mis ojos desconfiados, luego, estos se posaron sobre el amigo de Adriana mientras aguardaban su respuesta.

—Ya hablaremos, Kiko. Estoy pensando en meterme en un curso del paro y poner algunos currículos. Ya sabes, enderezar un poco mi vida. Todavía no estoy bien del todo. —El motero me miró de una forma tan lasciva que me dieron ganas de arrancarle los piercings de cuajo y sin anestesia—. ¿Y tú qué, bonita?, ¿por qué no animas a tu novio a divertirse? Dile que te lleve con él. Así sabrás lo que es mantener el culo prieto en el sillín de un motorista.

Lo agarré por la muñeca y le retorcí los dedos de la mano hasta que el dolor se hizo palpable en sus ojos.

—Como vuelvas a dirigirme la palabra y faltarme el respeto, te juro que cojo el tenedor y te hago varios agujeros más en tu barriga gorda para que puedas ponerte unos pendientes más modernos. ¿Lo has entendido? —El tipo asintió mientras presionaba la dentadura para no chillar delante de todos los presentes. Estaba haciéndole daño y no me importó—. Y ahora, ¡lárgate de aquí!

—Tú y yo tenemos asuntos pendientes. Volveremos a vernos las caras —le dijo a Eduardo en tono amenazante—. En cuanto a ti, bonita, ándate con cuidado.

El motero se enderezó, se planchó el chaleco con las manos y me hizo una peineta antes de salir. La ignoré. Después, descansé la espalda en la silla, me crucé de brazos y jugué a morderme el labio inferior. No aparté los ojos de Eduardo, es más, le exigía una explicación con mi postura. Al no hacerlo, le pregunté:

—¿Y bien?

—Son antiguos amigos. Llevaba una mala vida, Adriana, pero me he prometido a mí mismo que no volveré con ellos. —Bajó la mirada, no sé si con un falso arrepentimiento o de verdad estaba afectado

por ese inoportuno encuentro—. Tenía algunas deudas y me dediqué a participar en carreras de motos ilegales. Después, vino el accidente y quise replantearme mis prioridades. Lo siento, no fui sincero contigo. Me caí de la moto durante una carrera y casi me mato. Ya está, eso es todo.

—O sea que le... me has mentido —corregí de inmediato.

—Estoy buscando trabajo y pienso pagarles hasta el último céntimo. Te lo prometo. —Sonrió de medio lado y después me soltó una risotada que me negué a apoyar—. ¡Tampoco conocía tu faceta de ninja asesina! ¡Me has dejado de piedra!

—¿Cómo estás tan seguro? —Él torció el gesto y desvió la mirada al comprobar que continuaba serio—. ¿Cómo sabes que no volverán a molestarme cuando esté contigo?

—Deja que lo arregle a mi manera.

—No me vale. —Me levanté lleno de rabia con los puños bien cerrados—. Quiero que te alejes de Adriana.

Salí a la calle sin pensar en lo que le había dicho y deseé que no se atreviera a seguirme porque no respondería de mis acciones. Estaba enfadado, decepcionado con el maldito cielo que volvía a poner en riesgo la vida de Adriana. Bastante tenía ella con un asesino en serie como para enfrentarse a unos moteros de tres al cuarto. El cabrón le había mentido con lo del accidente y su vida anterior. ¿Con qué más lo había hecho? Apostaba mi cuello a que estaba fichado por la policía y tenía antecedentes penales.

Caminé por la acera sin detenerme. Ni siquiera me percaté de que el coche de Adriana se encontraba aparcado más abajo. Ella había comenzado a conducir y yo apenas había utilizado su vehículo. De repente, un mareo me sobrevino en mitad de la calle y mi mano se apoyó en una farola para evitar caerme al suelo. Apreté los dientes con fuerza, pues sabía que la confusión pasaría en unos segundos como el dolor de cabeza. No me resistí al empuje ni al vacío que se apoderó de mis entrañas. No estaba para bromas. Ese día no. Había sido un viaje fugaz aunque bastante clarificador.

Desconfiaba de las intenciones de Eduardo y quise creer que no eran solo mis celos.

Capítulo 31

La atracción de los opuestos

Mis ojos avellanados se toparon de bruces con el bigote desafiante de Moreno. Iniciaron un duelo en el que yo tenía todas las de perder, pues la precisión de su curvatura al caer sobre los labios, la rectitud de sus puntas y ese aire de sargento que le otorgaba a su rostro consiguieron que desviara la mirada. Distinguí entonces a Cliff a mi derecha y, de reojo, atisbé la silueta de Scott tras de mí. Quise suponer que el jefe los había convocado a los tres para tratar su suspensión y, con un poco de suerte, devolverles las placas, pero nada más lejos de la realidad.

El capitán movió ligeramente la pantalla del ordenador hacia nosotros y nos rogó que prestásemos mucha atención. Scott se adelantó y apoyó los puños sobre el escritorio para ver mejor. Eso me forzó a apartar la silla que se interponía entre la pantalla y yo para ladear la cabeza. Las imágenes estaban en blanco y negro, aunque pronto aprecié la figura de Derek Jones tumbado sobre un camastro en un habitáculo de apenas dos metros cuadrados. La cámara debía estar en el pasillo, pues podíamos contar los barrotes que lo separaban de la libertad. Parecía un angelito con los párpados entornados y los brazos rodeando su pecho mientras una pequeña manta le cubría las piernas. Estuve contemplando ese rostro inocente durante unos segundos que se me hicieron eternos, ya que no comprendía qué pretendía Moreno mostrándonos la escena.

De pronto, observamos cómo las rejas comenzaron a abrirse despacio, como si alguien hubiera girado la llave desde fuera y deslizara los barrotes para permitirle salir. Sin embargo, allí no había nadie más que Jones y, tras soltar un gritito demasiado femenino, retrocedí espantada. Quise captar la atención de Cliff, pero este continuaba abstraído y con la mandíbula desencajada contemplando la imagen surrealista. Yo no tenía dudas: el mismo Jones había utilizado un viaje astral para abrirse la puerta, pero ¿cómo había aprendido tan rápido?, ¿cómo había desarrollado ese poder de controlar la materia en unos días? A mí me había costado

un mundo llegar a tocar el volante con mi mano para desviar el coche e impedir que Jones atropellase al agente Scott. ¿Cómo lo había hecho?, ¿y por qué, si era tan hábil, no se había presentado en mi casa para acosarme?

Entonces sucedió lo increíble. Cuando las rejas todavía no habían detenido su movimiento, Jones abrió los ojos, se levantó y salió al pasillo. Después, todo se volvió negro. Incluso mi vista. Aquello no podía ser posible y, sin embargo, lo era. Me entraron unas náuseas terribles, unas ganas de escapar de allí y meter la cabeza dentro del váter, aunque quise aguantar. No perdería la compostura por Josh, porque él jamás escondería la mollera como un avestruz.

—Y así es como nuestro asesino consiguió burlar la vigilancia —concluyó Moreno—. Quería enseñároslo porque estáis metidos hasta las cejas en esta mierda y no quiero que os ocurra nada. La muerte de Miller ha sido un golpe para todos, pero no pienso perder a ningún agente más, suspendido o no. Por supuesto, vosotros jamás habéis visto este vídeo. ¿Lo entendéis? —Todos asentimos todavía conmocionados por lo que acabábamos de ver.

—Así que Jones obtuvo ayuda desde el exterior —dedujo Scott al tiempo que se frotaba la barbilla—. ¿Dónde estaba el guarda?, ¿lo han interrogado los del FBI?

—Él asegura que no vio a nadie, aunque alguien tuvo que bajar los plomos para quedarse a oscuras y facilitarle la huida a Jones.

—¿Se trata de un cómplice externo o de un vigilante corrupto al que la señora Abbot pagó? —Scott continuó con sus preguntas al capitán mientras mis ojos buscaban los de Cliff con desesperación.

—Eso es lo que el FBI está averiguando. Por eso quiero que tengáis cuidado. Ese asesino tiene apoyo desde fuera.

No pude más. Abandoné el despacho de Moreno con una disculpa tonta y corrí hacia los baños. Vomité. Probablemente, había echado el desayuno y la cena de la noche anterior y no recordaba si también había almorzado. Me era igual. Se me nubló la mente mientras mi voz interior me recordaba a gritos la palabra cómplice y supe de inmediato que habíamos pasado algo muy importante por

alto.

Cliff entró en el baño y me llamó por mi nombre varias veces. Yo no respondí. Estaba muy ocupada limpiándome la boca con papel higiénico. Me recompuse y me dirigí a los lavabos. Abrí uno de los grifos y coloqué mi cara debajo de él.

—¿Estás bien?

—No, no lo estoy. —Busqué más papel para secarme y después le presté la atención que se merecía—. ¿Cómo has sabido que era yo?

—Primero, estamos en el baño de mujeres y, segundo, Josh no corre de esa manera.

Tantas veces aparentando ser un hombre y continuaba cometiendo errores absurdos.

—Tiene un cómplice. Pensé que era el espíritu de Jones el que abría la celda, pero no pudo ser él, porque no estaba dormido ni meditando. Abrió los ojos, se levantó y alguien cortó la luz. ¡Alguien!

—Vale, vale, vamos a calmarnos. En ese vídeo no sale una persona de carne y hueso, aparte de Jones. Aunque Scott ha insistido ahí dentro cuando te fuiste que alguien ha podido manipular las imágenes, puesto que al menos se tendría que ver la mano acercarse a la cerradura de la celda. ¿No es así?

—Correcto.

—Bueno, es evidente que es otro fantasma de los vuestros. Si Josh está conectado a ti, Derek Jones puede estarlo a otra persona.

—Eso es lo que me temo. —Creí desmayarme. Incluso Cliff había llegado a la misma conclusión—. Y lo peor es que esa otra persona puede vivir en cualquier parte del mundo. Puede ser ruso, japonés, argentino, italiano...

—Para, para, para —me pidió, alzando la mano—. ¿Y no sería más normal que fuera español? Como tú.

—No, Cliff, podría ser cualquiera que haya casi muerto ese mismo día y que se haya encontrado con nosotros en el más allá. Yo hice un pacto con un policía que está a miles de kilómetros, Jones pudo hacer lo mismo.

—Pero no podemos descartar que, si Josh y Derek se encuentran en la misma ciudad, tú y esa persona misteriosa viváis también en la misma —insistió. Entonces un pensamiento fugaz me recordó la conversación que había tenido con Dalia.

—¡Joder! La teoría de los opuestos. —Me llevé una mano a la cabeza—. ¿Cuál es la fecha de nacimiento de Jones? Josh me ha dicho que eres una máquina para retener datos.

Él se sonrojó mientras asentía. Aunque sospechaba el signo zodiacal de nuestro psicópata, quise que él me lo certificara.

—Creo recordar que el quince de septiembre.

—¿En serio?, ¿huyó el día de su cumpleaños? Bueno, da igual. Lo importante es que es virgo: un asesino despiadado que mata por un motivo oculto y resulta que, además, es el signo zodiacal que está en contraposición con piscis, es decir, su opuesto.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Cliff alzó las cejas y me miró como si estuviera desvariando.

—Nada y todo. Es una atracción astrológica casual, una que él ha aprovechado para incrementar su obsesión por Josh. De una manera retorcida, le fascina, lo desafía y por eso quiere que muera.

—¿Porque es su opuesto?

—No, porque está loco. Esta teoría no tiene ningún sentido para las personas cuerdas, pero dentro de su mente él ha dibujado un mapa y ahora mismo la única manera que tiene de conseguir llegar hasta él es a través de mí. Está celoso de que reciba más atención que él por parte de Josh.

—Y llegamos a otra cuestión clave: Derek Jones va a continuar con su plan. —Con los párpados alicaídos, negó con la cabeza—. Mató al señor Altman y me juego el pescuezo a que lo hizo horas antes de

que acudiera a casa del profesor. Sí que pudo avanzar una casilla más y matar a Virgo y ahora va a por ti. Por eso, Adriana, no puedes regresar a Bozeman o pondrías en peligro a Josh. ¿Lo entiendes? —Asentí de forma automática mientras un torbellino de pensamientos oscuros me abocaba al abismo.

Era la presa fácil y, a la vez, la razón para que sus planes se cumplieran. No podía acabar con Josh siendo piscis porque rompería su esquema mental y calculado. Necesitaba que fuera libra, necesitaba que yo usurpara su cuerpo para justificar el asesinato, aunque el mundo no lo comprendiera y todos pensaran que se había saltado el maldito mapa para ejecutar la venganza. Nunca le importó lo que los demás pensaran de sus planes, pues él no buscaba la gloria como sí que lo habían hecho otros asesinos múltiples; él buscaba la satisfacción personal y solo podía dársela Josh.

Me mareé y tuve que sujetarme a la encimera que sostenía los lavabos. Las náuseas regresaron y me maldije por no poder dominar esa ausencia como habría querido. Pronto, todo se oscureció y esas sombras fueron dando paso a una luz casi cegadora que me devolvió a las calles de Cullera. Parpadeé varias veces para adaptarme a la claridad excesiva, la cual golpeaba mi rostro sin compasión. Estaba apoyada en una farola y comprendí al instante que Josh había necesitado ampararse en ella para no caer, pues también ese viaje, además de fugaz, le había resultado tan incómodo como a mí.

Me humedecí los labios varias veces hasta que distinguí mi coche un par de metros más abajo. Ni siquiera recordaba qué estaba haciendo allí antes de volar hasta Bozeman, ya que mi juicio se encontraba comprometido y mi mente, enlentecida. Saqué las llaves del bolso, abrí la puerta con las manos temblorosas, me aferré al volante con ellas y enterré mi cabeza en él unos segundos antes de arrancar el motor. Estaba hecha un flan. Quería llorar, pero la ansiedad había penetrado en mi pecho como una espada dispuesta a reventarme los pulmones y ni siquiera me permitía respirar.

Llegué a casa y me encerré en mi habitación sin apenas saludar a mis padres ni hacerle una carantoña a Vega. Me escondí debajo de las sábanas como si pudieran protegerme de lo que estaba por venir.

Allí, entre el desconsuelo y el temor, decidí que no saldría a la calle hasta que pasara la tormenta. No me expondría a un intercambio de cuerpos en el parque con decenas de niños jugando, en una cafetería abarrotada o en un centro comercial donde cualquiera pudiera atacarme. Cualquiera. Así tenía que denominar a mi enemigo invisible de momento, a ese que me había estado vigilando, a ese que, tal vez, ya formara parte de mi vida. O quizá no.

Jones jamás se había acercado tanto a Josh como para pretender ser su amigo. Nunca había entrado en su casa. Se limitaba a espiarlo tras la ventana, a seguirlo con su mirada fría desde una distancia prudente. Puede que mi extraño desconocido me esperase en el portal hasta verme salir para después supervisar mis pasos, contarlos sin reparo mientras observaba cómo me reunía con mis amigos o acudía a mis sesiones de rehabilitación.

Me juré que no le daría más esa oportunidad de controlarme y les comuniqué a mis padres que estaba enferma. Mi madre no necesitó más palabras para ponerme el termómetro, prepararme una infusión de manzanilla y prometerme que, mientras no tuviera que ir a trabajar, ella cuidaría de Vega. Se lo agradecí enormemente y me sentí culpable de haberlos puesto en peligro cada vez que me acompañaban a cualquier sitio. Sé que había tomado una decisión cobarde, pero no me importaba, porque estaba cansada de luchar. Tenía que dejar que Josh acabara con Derek Jones y mantuve la esperanza de que, si terminaba con él, ese vínculo que había establecido con mi opuesto también se desvaneciera. Ninguno de los cuatro volveríamos a viajar. Finalizarían las ausencias, las interrupciones incómodas en la vida del otro, las náuseas, el malestar, pero también se abriría un nuevo camino en mi vida, puesto que Josh vendría a verme en menos de un mes.

A los dos días, Raquel vino a visitarme aunque ya había hablado con ella para contarle los últimos acontecimientos. Había abandonado la cama, el lugar donde más segura me encontraba, para jugar con Vega en el salón. La niña animaba mis días y hacía que me olvidase del plan magistral del asesino del tarot. Ya no estaba meditando, evitaba pensar en Josh cada minuto y, antes de

dormir, me obligaba a atraer imágenes de mi vida de un pasado más feliz, fuera de momentos en casa de mis abuelos, de mis años universitarios o del día en el que mis brazos sintieron el calor de Vega por primera vez. De esa manera, impedía que mi subconsciente dormido pensara en Bozeman y deseara soñar con Josh, ya que era fundamental que lo protegiera.

—¿Así que te has convertido en una ermitaña? —La recibí con un moño deshecho en la coronilla y en pijama.

—Es mejor que no uses esa palabra conmigo —la advertí sin dejarla entrar todavía en la casa—. No quiero escuchar ninguna palabra asociada con el tarot o los horóscopos. Podría provocarme una ausencia de terribles consecuencias.

—Entonces, ¿no piensas venir a nuestro encuentro de antiguos alumnos de instituto?

—¿Estás loca? No quiero ponérselo fácil a ese opuesto acosador que puede vivir en Cullera.

—O en cualquier otra parte del mundo —apostilló ella—. Si de verdad crees que podría estar cerca de ti, ¿por qué no has hecho una lista de los posibles sospechosos? Así te mantendrías alejada de todos ellos.

—¿Es que no me has escuchado? No quiero pensar demasiado en el tema o puede que termine en Bozeman con un corte en la garganta. Y entonces, Josh moriría, o ambos, no lo sé —admití nerviosa—. Así que ¿puedes dejarlo de una vez?

—¿Tú no me dijiste que la respuesta correcta siempre es la más fácil? ¿Me haces salir de mi casa para que te lo recuerde? A ver, ¿quién es aries y además ha sufrido un accidente que casi le cuesta la vida? —me preguntó como si yo fuera tonta.

—No, no. No sigas por ahí. Eduardo sufrió ese accidente en abril, por lo que es imposible. Las fechas no cuadran.

—Eso si te ha dicho la verdad. Si es tu opuesto, podría haberte mentido para no desvelarte que se cayó de la moto en marzo. Tú

misma me lo has contado. Se presentó un día en el parque con una explicación absurda, le baila el ojo por ti y te ha sacado el tema de los horóscopos varias veces.

—O puede que solo le guste y se interese por los temas que cree que a mí me encantan. —No quería que sacara las cosas de quicio y empezara a sospechar de él solo porque estaba siendo amable conmigo.

—También está esa señora mayor que vino a tu cumpleaños, esa tal Miriam. Ella fue una víctima de la explosión, como muchas otras personas ese día. Tú misma me dijiste que Rocío, quien a veces coincidía en rehabilitación con vuestro grupito, también se cayó por las escaleras por el mismo período en el que te ingresaron a ti, así que puede ser tu candidata en la sombra. Está, pero no está.

—Ninguna de ellas me ha contado alguna vez que tuviera una experiencia cercana a la muerte.

—¿Y para qué te lo iban a contar?, ¿tú se lo has dicho a alguno de ellos? —Negué con la cabeza—. Esa mañana fue traumática para Cullera y se decretaron tres días de luto por las víctimas. Estoy segura de que más de uno estuvo al borde de la muerte.

Solté un suspiro resignado, pues Raquel no tenía intenciones de parar con sus especulaciones. Había valorado todas esas opciones, pero las había borrado de mi mente, ya que estaba dispuesta a quedarme en casa y solo recibir visitas de personas que no hubieran sufrido un accidente en los últimos meses. Toda precaución era poca, aunque tampoco quería echar mierda sobre mis recientes amigos o tratar de recordar las caras de aquellos que asistían a rehabilitación, pero que jamás intercambiaron un saludo conmigo. Me negaba a convertirme en una paranoica.

Después de días de agobio y noches angustiosas, llegó el día señalado en el calendario con un rotulador rojo. Me quedé sentada en la cama observando el reloj del despertador digital que tenía en la mesa de noche con una ansiedad que se acrecentaba a cada segundo. Cuando los cuatro ceros ocuparon la pantalla, se me

revolvió el estómago. Tenía miedo a cerrar los ojos y dormirme, a pesar de que sabía que en Bozeman serían las cuatro de la tarde. Sin embargo, el hecho de que yo contara con mi propia némesis y que esta pudiera vivir en mi ciudad, hizo que la noche se llenara de sombras que colapsaban en el interior de la habitación y se sumergieran en una oscuridad caótica.

No dormí bien esa noche, sobre todo porque lo hice con un ojo abierto temiendo que mi enemigo derribase la puerta y entrara en la casa con un cuchillo de carnicero y me abriera en canal. Sabía que mis miedos estaban jugándome una mala pasada y que nadie con dos dedos de frente se presentaría en el piso de aquella manera tan gore. Después de todo, Jones era extremadamente cuidadoso, mental y calculador, no un asesino al que le gustaba ensuciar demasiado la escena del crimen. La sangre justa diría yo. Nada de descuartizar a la gente.

Cuando por el rabillo del ojo observé que eran casi las nueve de la mañana y que mi pequeña dormilona continuaba con las pestañas pegadas, me levanté con un optimismo frágil, pero dispuesta a mantenerlo durante todo el día. Me tropecé con mi madre en la cocina, quien no disimuló su disconformidad, pues llevaba varios días sin lavarme el pelo y con la misma castaña enroscada en la cabeza. La ignoré y me afané en preparar el desayuno de Vega y el mío. La conocía demasiado como para saber que en unos minutos la escucharía desperezarse y saltar sobre el colchón de la cuna para llamar mi atención.

Cuando le di mi primer bocado a la tostada de mermelada de fresa que había untado hasta dejarla rebosar por los bordes, sonó el teléfono de mi madre. La observé mientras gesticulaba de forma exagerada y ponía cara de disgusto. No tuve que preguntarle qué había ocurrido, pues nada más colgar lo soltó todo por la boca:

—A tu padre se le ha averiado el coche y no ha conseguido llegar al trabajo. Se ha comunicado con la grúa y está esperando a que llegue para que se lo lleven al taller. Ya ha llamado a Manolo, el mecánico, para avisarlo. —Suspiró de manera trágica—. Tienes que ir a recogerlo y acercarlo al trabajo. El jefe sabe que va a llegar tarde, pero necesita que esté allí antes de las diez.

Palidecí. Lo supe por el tembleque que me entró y el retortijón de

estómago que me asaltó a esa hora de la mañana.

—¿Y por qué no llama a un taxi?

—Adriana, por favor, que es tu padre. ¿Cuántas veces te acercó a rehabilitación o te llevó a tus visitas médicas en el hospital? Sabes que yo no conduzco, así que péinate ese pelo y lávate bien la cara. Solo te estoy pidiendo un favor.

Enmudecí. Quería rechistarle y decirle que no podía porque era veintidós de septiembre y un asesino quería rajarme el cuello, pero me quedé callada. Ninguna de las excusas que mi mente elaboró en menos de dos segundos resultaba creíble. Estaba atrapada dentro de una película de terror y no disponía de los medios para salir airosa de ella. Tenía que salir a la calle. Tenía que recoger a mi padre. Y debía hacerlo en un tiempo récord para regresar y encerrarme de nuevo a cal y canto.

Conduje como una loca por la ciudad sin apartar la vista del espejo retrovisor por si distinguía un coche que estuviera siguiéndome. Desconfié de un Opel azul que se había pegado a mí durante cuatro calles, aunque no reconocí al conductor que parecía más un universitario que un asesino diestro y hábil con el cuchillo. Tampoco eso significaba que mi némesis fuera un psicópata que descuartizaba colegialas en el garaje de su casa. Podía ser un maestro cariñoso, un albañil apañado o un médico que manejaba el bisturí como si fuera una herramienta del Leroy Merlin. ¡Oh, Dios, estaba desvariando! Respiré tranquila, o al menos quería convencerme a mí misma de que lo estaba logrando, pese a que notaba los pulmones en la garganta. Entonces me centré en la carretera y, de alguna manera, la calma regresó a mí en cuanto vi a mi padre haciéndome señas para que aparcara cerca de él.

—Gracias, creo que tiene una fuga de aceite. A saber cuánto me va a costar esto. —Arranqué de nuevo sin preocuparme por cuál había sido la causa que me había sacado de casa. Solo me preocupaba llegar sana y salva a ella—. ¿Por qué te pegas tanto al volante? ¿Es que te duele el brazo?

—No, papá, estoy vigilando a ese coche blanco que se ha parado justo después que yo.

—¿Por qué?

Lo miré con una sonrisa tonta y después me reí de mi propia ocurrencia, cosa que desconcertó aún más a mi padre.

—Nada, no te preocupes. Es algo que he visto en las series policíacas —me excusé sin que la frase llegara a tener sentido del todo.

Mi padre parpadeó varias veces y se agarró al tirador que estaba sobre su cabeza, ese que a veces usaba para colgar algún vestido cuando regresaba de la tintorería. Era evidente que no se fiaba de mi conducción.

—Ve con cuidado. Es lo único que te pido. Hoy no estoy para más disgustos.

Lo dejé en la puerta de la oficina y puse rumbo a casa. Me olvidé de esa prudencia que había sugerido mi padre. Lo único que deseé era no tropezarme con ningún coche de policía, pues mis volantazos rallaban lo temerario y no tenía dinero para pagar una multa.

Cuando por fin me subí al ascensor, solté un resoplido que valía por el de dos gigantes después de haberse enfrentado a una invasión de ratones en sus hogares. Entré en la casa y distinguí a mi madre sirviendo café en las tazas nuevas.

—Mamá, ya estoy aquí. ¿Vega sigue en la cuna? —Me extrañó no verla corretear por toda la casa y lanzar los cubos de tela a diestro y siniestro. A esa hora el hambre debería haberla despertado.

—Han venido a verte, cariño. Le estaba preparando un poco de café mientras jugaba al escondite con la niña.

Mis ojos se pusieron en blanco y creo que el corazón se me detuvo en ese instante. No vi a nadie en el salón ni en el comedor. ¿Quién había venido a visitarme? Tragué saliva muy despacio al tiempo que abría la puerta de mi dormitorio. Allí tampoco había nadie. Ni siguiera Vega.

—¿Quién ha venido a verme? —le pregunté muy agitada a la vez que confusa.

—Pero si está ahí jugando con la niña —me respondió cómo si estuviera bromeando.

—¡Mamá, aquí no hay nadie! ¡Y no veo a Vega!

—Pero ¿qué estás diciendo? —Mi madre abandonó la cocina y se acercó a mí con extrañeza.

—Vega no está —susurré alterada—. ¡No está! ¡¿Quién era?! ¡¿Quién vino?!

—No lo sé. No lo... sé. No recuerdo su nombre... ¿Natalia? —Rompió a llorar mientras negaba con la cabeza—. No, no se llamaba Natalia. ¡No me acuerdo! Estuvo en su cumpleaños, ¿María?, ¿Mónica?

—Miriam —sentencié yo con la voz amortajada.

—¿Por qué esa mujer se la llevaría sin decirme nada? Estaban jugando al escondite. ¿Crees que han bajado al parque a esperar a que tú llegaras?

Lo vio en mis ojos atemorizados y en mis labios temblorosos. No había excusa que la defendiera, Miriam se había llevado a mi hija. Mi madre se llevó la mano al pecho y gritó como si le hubieran arrancado el alma de cuajo y el vacío que anidaba ahora en sus entrañas la hubiera sumido en una oscuridad absoluta:

—Llama a la policía y denuncia el secuestro. Yo voy a por ella.

Apenas pude alcanzar la puerta, ya que mi excesivo nerviosismo me obligó a recorrer todos los resquicios donde almacenaba mis recuerdos y pensé en Miriam, en las veces que se había interesado por mi estado, en las veces que me preguntaba por mi hija y en el día en el que Eduardo me había contado que ella había perdido a la suya en la explosión.

Aquello no tenía sentido alguno. ¿Para qué quería a Vega?, ¿para hacerme daño porque yo continuaba teniendo a mi niña? Vega nunca estuvo en el incidente. Ella nunca fue una víctima de ese destino tan cruel y, desde luego, no tuvo la culpa de que le arrebatasen a su hija. Entonces, ¿por qué lo hacía?, ¿para sacarme

de la casa y acabar con mi vida? No, la conocía. Al menos creía conocerla un poco. Ella no era una asesina. Podría ser mi némesis, pero no era la clase de mujer que mataría a alguien a sangre fría.

Pensé en Josh y que, si tal vez él estuviera a mi lado, se le ocurrirían decenas de formas de dar con el paradero de la mujer. Miriam no se dirigía a su casa, de eso estaba segura, pero no tenía ni idea de dónde podría encontrarla. Yo no era policía. No podía pensar con claridad.

«¡Por Dios, Josh, necesito tu ayuda! No puedo con esto sola».

Y en ese momento cometí mi mayor error: pensar en él, pensar que Josh estaba más capacitado que yo para recuperar a Vega. Me dejé envolver por una funesta sombra que se estaba alimentando de mi miedo, de mi incapacidad para reaccionar, de mis ganas de recuperarla fuera como fuese. Así que, al sujetar el manillar de la puerta, me mareé y ese ligero desvanecimiento me condujo a un lugar lejos de mi casa: a Bozeman.

Estaba perdida.

Capítulo 32

Intercambio

Atisbé el reflejo de la luna a través de la ventana y me aferré a mi cuarta taza de café. Era una noche fría, anunciada, días atrás, por el cambio natural del color de las hojas y por la brisa vespertina que se deslizaba por las laderas y recorría las calles de la ciudad sin dar tregua a sus habitantes. El otoño se había presentado antes de lo esperado y empañaba el día a día de los ciudadanos, obligándolos a sacar los abrigos desde muy temprano. Sin embargo, la luna estaba ahí, intentando con un esfuerzo en vano regalar su calidez en las largas noches desapacibles ahora que el sol se había debilitado.

Inspiré hondo, y después de ofrecerles un chocolate caliente a los dos agentes del FBI, quienes se refugiaban bajo el techo de mi porche de ese céfiro desconsolador, entré en la casa.

—¿Es que no piensas descansar un poco? —la voz de Cliff consiguió que mi mirada se elevara y me topara con una sonrisa agradecida. Volví a darle un sorbo al café. No quería terminarlo tan pronto, prefería dilatarlo en el tiempo para permanecer despierto hasta que el alba volviera a regalarme esperanza—. Dijimos que nos turnaríamos para intentar dormir algo. Estas veinticuatro horas van a ser interminables.

—Sí, ya subo y me tumbo un rato, aunque dudo que pueda pegar ojo.

—Me da igual lo que quieras hacer con tu tiempo, yo te aseguro que, cuando me toque a mí, trataré de echar una cabezadita, si no, ya te voy adelantando que no podré correr detrás de nadie sin que me dé fatiga.

—Vale, papá. Ya me voy a mi cuarto —bromeé.

—Por mucho café que tomes, no podrás mantenerte con la mente despierta.

Cerré la puerta del dormitorio y escuché los gruñidos de mi

compañero en el pasillo. Había insistido en trasladar una silla hasta el segundo piso y vigilar mi cuarto sentado con los dedos bien posicionados sobre el gatillo. Yo no se lo impedí, ya había discutido con él por su testarudez, pues había mandado a su mujer al apartamento de su hija Charlotte y se había presentado en mi casa con la firme convicción de hacer de mi guardaespaldas. Así que, si quería adormentarse con el culo pegado a una silla y con la cabeza colgándole como un balancín infantil, que lo hiciera. Yo no era quién para negarle la satisfacción de sentirse útil, pese a que me preocupaba que Jones irrumpiese en la casa y a Cliff no le diera tiempo a reaccionar.

Comprobé varias veces que mi pistola estuviera cargada y la deposité con cuidado en la mesita de noche. Me tumbé sobre el colchón y con las manos entrelazadas en la nuca entorné los párpados. No podía dormir. Aunque mi rostro irradiaba seguridad, por dentro estaba inquieto, un augurio funesto recorría mi torrente sanguíneo convencido de que Jones no iba a detenerse ahora. Desconocía cómo pretendía llegar hasta mí y obligarme para que abandonara mi cuerpo y que Adriana lo ocupase. Puede que me torturara hasta que mi cerebro confundido no pudiera más y pensara en ella, en que la necesitaba tanto que yo mismo forzara el viaje. No podía permitirme ser tan débil.

De pronto, escuché un ruido fuera que me obligó a abrir un ojo. Me levanté de la cama como un resorte y me acerqué a la ventana con cautela. Si había alguien en el exterior, no quería que él me viera, así que permanecí con la luz apagada. Examiné palmo a palmo con mis ojos avizorados el jardín que con tanto cariño Jenny cuidaba, pero no vi a nadie. Pensé en volver a tumbarme cuando escuché los ladridos de los perros del vecino. No solían ser animales escandalosos. Pocas veces se atrevían a ladrar en mitad de la noche.

La primera vez fue cuando el señor Fisher tropezó con un mueble y se cayó al suelo después de calentarse un vaso de leche. Hasta que la señora Fisher no se percató de lo sucedido, los perros trataron de alertarla con desesperación haciendo tal alboroto que despertaron al vecindario entero. Aunque, a decir verdad, no había muchas casas por la zona en la que vivía, por eso nos habíamos mudado allí, porque se respiraba tranquilidad.

Desconfiado, escudriñé la hierba que rodeaba mi parcela. Puede que ese ruido no fuera nada o lo fuera todo. Entonces quise dirigirme al pasillo donde Cliff roncaba como un bellaco, pero ya no pude moverme. Mis pies se quedaron anclados al suelo y comencé a tener la visión doble. ¡Joder! ¡No, no, no! Estaba a punto de ocurrirme de nuevo. Intenté resistirme a ese viaje con todas mis ganas porque, si de verdad era Jones el que merodeaba por los alrededores, todos íbamos a tener un serio problema.

Tras un leve mareo, mis ojos enfocaron el pomo de una puerta que no era la de mi habitación y pronto me di cuenta de que estaba en casa de Adriana. Escuché unos sollozos angustiantes a mi espalda y me giré muy despacio para toparme con una Milagros deshecha. Lloraba a mares mientras marcaba un número de teléfono desde el fijo, desesperada. Nunca la había visto así y sus quejidos aumentaron los latidos de mi corazón. Con la boca amarga me acerqué a ella y alargué el brazo para acariciarle el hombro.

—Lo siento, Adriana —se atrevió a mirarme con ojos desconsolados al tiempo que se llevaba el auricular a la oreja. Fruncí el ceño sin comprenderla. Adriana estaba a punto de salir por la puerta cuando se produjo el intercambio y pensaba abandonar a su madre allí, en ese estado nervioso y preocupante. No entendía por qué—. Estoy bien. Corre. Vete a por Vega y encuéntrala.

—¿Qué?

En ese momento, oí una voz varonil desde el aparato. Se presentó como policía y mis dudas se transformaron en pesadillas, las que estaba aún por vivir y de las que no tenía ni idea de cómo salir.

—Quiero denunciar... el secuestro de... de... mi nieta, Vega. —Me aparté de ella muy rápido y enfoqué la puerta—. Sí, creemos que ha sido una mujer que se llama... Miriam. —¿Miriam? ¿Miriam se había llevado a Vega? ¡Por eso Adriana estaba delante de la puerta! ¡Iba a ir tras ella!

No esperé a que el ascensor recorriera los tres pisos que me separaban de la calle, me lancé escaleras abajo con un único objetivo: localizar a la mujer que había secuestrado a la pequeña, aunque desconocía dónde vivía esa tal Miriam. Había coincidido

muy pocas veces con ella y siempre estábamos rodeados de más personas, así que nunca le presté demasiado interés. ¡Joder! Debí fijarme más en los amigos de Adriana y no ignorarlos como solía hacer cada vez que me presentaba en una de esas reuniones de rehabilitación. ¡Eran un coñazo!

Al llegar a la calle, me sobresaltó el ruido de una moto que se detuvo frente a mí. Le lancé una mirada furiosa al conductor, la cual mantuve con todas mis ganas hasta que distinguí a Eduardo bajo la visera del casco negro.

—Menos mal que te veo. Espero que no me estés evitando por lo que sucedió el otro día.

Arrugué la nariz, todavía molesto, y estuve a punto de mandarlo a la mierda. No tenía tiempo para tonterías; sin embargo, recordé que Eduardo era amigo de Miriam y quizá él podía ayudarme a localizar su paradero.

—Pásame el otro casco y déjame sitio atrás —le ordené ante su cara de asombro por mi tono tajante y algo autoritario—. Miriam se ha llevado a Vega, así que vas a echarme una mano con esto.

—¡¿Qué?!

—Arranca y no perdamos más minutos. ¿Qué sabes de ella?, ¿por qué crees que se la ha podido llevar?

—No... no lo sé —respondió titubeante mientras el tráfico de la ciudad nos engullía—. Miriam es buena persona, generosa y caritativa. ¿Estás segura de que fue ella? —No respondí. Si Adriana lo estaba, yo también—. Podemos ir a su casa. Tengo su dirección.

—No va a ir a su casa. Es el primer lugar donde la policía miraría.

Apenas iba agarrado a su cintura. Prefería sujetarme a la chaqueta negra con los dedos, como si su contacto me escociera y me quemara hasta envolverme en unas llamas oscuras para mi alma. No obstante, al comprobar que sorteaba a los coches como si estuviera en un partido de rugby, tuve que usar las manos y engancharme a él para no terminar en el suelo atropellado por otro

vehículo. ¡Era un peligro al volante! Pero no rechisté. Se trataba de la vida de Vega y no podíamos permitirnos quedarnos detenidos en un atasco.

—Todo esto es muy raro. Ya sabes que perdió a su hija en la explosión y que la echa mucho de menos. Puede que le haya dado un arrebato y que crea que con Vega puede aliviar ese vacío—. ¿Para qué querrá a la niña?

Eduardo reflexionaba en voz baja mientras yo me hacía la pregunta casi a mí mismo. Tragué saliva muy despacio. ¿Por qué desconocía yo que Miriam había perdido a su hija en la explosión? Era un dato relevante que Adriana debió contarme. Aunque en apariencia Miriam podía ser una mujer estable y cariñosa, por dentro le pesaba la pérdida y puede que la culpa. Esa mujer podría estar preguntándose por qué ella vivió y su hija no, o lo que era aún peor, ¿por qué a Adriana se le dio una segunda oportunidad y a su hija no?

—Puede que haya ido al lugar de la explosión y quiera enseñarle la niña a su hija, ¡qué sé yo! ¡Una locura de esas! Todavía no comprendo por qué se la ha llevado.

—Su hija ya no está allí. —Negué con la cabeza y algo irritado por la irrupción de sus cavilaciones en mis pensamientos. No, no estaba, pero sí que existía un lugar donde las personas les hablaban a sus seres queridos fallecidos, donde se desahogaban y les decían lo mucho que los echaban de menos—. ¿Sabes en qué cementerio está enterrada?

—Pues en el cementerio municipal de Cullera, ¿dónde va a estar? Pero cierra a la una y no vuelve a abrir hasta las tres.

—Pues ya puedes pisarle porque, si piensa hacerle daño a mi niña, lo hará allí, en la tumba de su hija.

—Todavía no puedo creérmelo. ¿Cómo puede guardarte resentimiento después de todo lo que has hecho por ella? Tú no tienes la culpa de estar viva.

—¿Alguna vez te contó si tuvo alguna experiencia cercana a la

muerte, si vio su cuerpo flotar o algo por el estilo? —No alcanzaba a ver su rostro. Podía imaginarme su expresión al formularle esa pregunta tan extraña.

—No. No sé dónde quieres llegar con eso. Lo único que me dijo es que ese día, el veintidós de marzo, tenía que ir al médico y su hija accedió a acompañarla porque habían planeado un día de chicas, ya que era su cumpleaños.

—Así que ¿Miriam es aries? —No me sorprendió ese hallazgo. Adriana había puesto al tanto de esa teoría loca de los opuestos a Cliff, quien no dudó en trasmitirme sus deducciones.

—¿Por qué te atrae tanto todo ese tema de los horóscopos?

Eduardo se topó con un semáforo en rojo y no dudó en saltar sobre la acera y espantar a algunos transeúntes que buscaron refugio en la pared o sobre los vehículos aparcados. Yo me sujeté a él con más fuerza, pese a que me incomodaba la situación.

Él estaba enamorado de Adriana, y yo me moría de celos porque estaba más cerca de ella. Eso me hacía jugar en desventaja. Además, no quería que se llevase una impresión equivocada. Mis manos sobre su cintura podían hacerle pensar algo que no existía.

Por fin vislumbré un arco de media punta sobre una estructura frontal que me recordaba a la entrada de un castillo y que nos dio la bienvenida al cementerio. Estaba emplazado en medio de arrozales y campos salpicados por pinos salvajes, autoritarios, libres. Una envolvente fragancia a azahar se apoderó de mí. Entré en él desarmado y sin nada en las manos que pudiera usar para defenderme, después de todo, debía considerar que Miriam esperaba a Adriana, e ignoraba sus intenciones finales. Mi mirada se desplazó de un pasillo a otro sin enfocar nada en concreto. Aquello estaba repleto de nichos que se amontonaban unos sobre otras en una estructura vertical, al contrario que en mi país, donde los muertos eran enterrados bajo tierra.

De pronto, escuché los gemidos de Vega y mis ojos se dirigieron de inmediato al lugar desde el que provenían: a mi derecha, a unos cuantos metros más adelante. La niña debía de estar aterrada y

confusa, sin tener idea de qué hacía allí y preguntándose dónde se encontraba su madre. Me interné en el pasillo, muy seguido de Eduardo. Quise ignorarlo, a pesar de su insistencia en que le contara qué pretendía hacer cuando viera a Miriam. Ni yo lo sabía. Me desplazaba pegado a la pared, pues no quería alertarla sobre mi presencia en el cementerio, al menos no todavía.

Y la vi.

Le hablaba en susurros a una lápida que supuse que sería la de su hija mientras intentaba sostener a Vega en brazos. Esta se revolvía para que la dejara en el suelo y ella apretaba aún más sus muslitos para evitar que se moviera tanto. Valoré la situación en menos de un segundo: no tenía con qué amenazarla, ignoraba cuánto tardaría la policía en llegar hasta allí, aunque Eduardo les había dejado un rastro jugoso de migas después de cometer una docena de imprudencias de tráfico, y lo que era peor, ¿qué haría con la niña en cuanto me viera?, ¿degollarla?

Salí de mi escondite ante la mirada atónita de Eduardo, quien todavía no acababa de comprender la situación ni la razón por la que Miriam tenía a la niña en brazos.

—Deja a Vega en el suelo. Si tienes algo que discutir, es conmigo, no con ella. —La mujer se giró y me miró de arriba abajo—. Tú no eres una asesina. No has matado a una mosca en tu vida. ¿De verdad quieres empezar hoy?

—No soy tonta. Tú no eres Adriana.

Arqueé las cejas asombrado. Lo había deducido sin mucho miramiento. Al menos así, ya teníamos las cartas puestas sobre la mesa.

—Pero ¿qué dices, Miriam? Claro que es Adriana —intervino Eduardo en un intento infructuoso de hacerla entrar en razón—. Es tu amiga, somos tus amigos. Vega es una niña inocente que no tiene culpa de lo que te ocurrió. Adriana tampoco la tiene.

Arrugué la nariz, poco convencido de la estrategia del amigo de Adriana, y me froté la frente impaciente mientras Miriam retrocedía

y apretujaba a la niña contra sí.

—¿Has venido a matarme? —me preguntó ella de forma directa.

—Puede —le respondí, balanceando la cabeza y sin importarme la confusión en Eduardo—. Todo va a depender de ti y de que me contestes a un par de cosas. ¿Por qué te has llevado a la niña? Es evidente que no quieres hacerle daño, si no, ya lo hubieras hecho.

Sonrió de medio lado y con la mano que tenía más libre se secó una lágrima que obnubiló uno de sus ojos.

—Yo no quería esto. Yo solo quería que mi hija volviera como lo hicimos Adriana y yo. Cuando estuvimos arriba, él me dijo que era posible, que teníamos una misión que cumplir y que luego podría verla.

—¿Y te lo has creído? Jones está loco. Es un demente.

—¿De quién estáis hablando? —Eduardo avanzó un par de pasos hacia ella, desconcertado.

—Al principio pensé que era posible. Creí que solo tenía que cambiar una vida por otra, la de Adriana por la de mi hija. —Rio de forma amarga—. Viajé a ese lugar extraño y para nada me sentí reconfortada. Estaba angustiada, desesperada, busqué a mi hija por todas partes, pero no la encontré. No estaba allí. Y entonces lo conocí. Me dijo que estábamos destinados a algo grande, que podía palpar mi rabia y frustración y que él podría guiarme. Pero ahora no estoy tan segura de ello...

—¡Joder! Está peor de lo que pensaba —me susurró Eduardo, quien entornó los párpados para luego abrirlos y centrarse en las sirenas que se escuchaban a lo lejos.

No tenía mucho tiempo. En pocos minutos se presentarían una decena de policías armados y no había conseguido nada. ¡Nada!

—Yo no sé demasiado de ese más allá, pero no funciona así. No te devuelven un alma por otra por mucho que quieras. Él te ha engañado. Por eso vuelvo a preguntarte, ¿por qué cogiste a Vega?

—Él me lo pidió. Me dijo que era la única manera de hacerte salir del caparazón, de desestabilizar tanto a Adriana que ella misma provocara el intercambio. Por eso tú estás aquí. Él necesita que ella esté allí porque así completará el círculo.

Se me paró el corazón. Tuvo que ser así porque ya no escuchaba mis latidos acelerados, me habían abandonado, me habían dejado solo frente al horror de esa confesión.

—¡Mierda! No puedes permitírselo —le supliqué—. Adriana siempre me ha dicho que eras buena persona. Le recordabas a su madre y Vega podría ser tu nieta si lo quisieras —le mentí sin pudor alguno —. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque tú no fuiste capaz de matar al chico, al novio de los enamorados. —Me aventuré con esa teoría sin tener las pruebas suficientes, a pesar de que hacía días que le daba vueltas al asunto, así que me lo jugué todo a una carta y recé por no equivocarme—. Fue tu primer intercambio, ¿verdad? El día de la muerte de los enamorados. Te encontraste con un cuchillo en la mano y la mitad de una garganta rajada, pero tú no pudiste terminar. No pudiste... porque eres buena.

—Me asusté mucho y salí corriendo. No paré de correr hasta que de nuevo estuve en casa, en mi cama, y pensé que todo había sido una pesadilla. —Observé a Vega, quien me miraba con ojitos esperanzados y extendía los brazos para que la cogiera. Di un nuevo paso hacia ella que pronto tuve que frenar, pues Miriam negó con la cabeza mientras sus ojos se ensombrecían—. Tienes razón. Yo no he matado a nadie y te juro que no quiero que Vega sea la primera.

—¡Por Dios, Miriam! Pero ¿te estás escuchando? ¡Es una niña! — Eduardo se atrevió a acercarse a ella—. Estás hablando del más allá, de tu hija y de un tipo que no tengo ni idea de quién es, pero que tiene que ser muy malo para que te pida esto. No tienes por qué obedecerle. Créeme, yo estuve tres años bajo el yugo de un cabrón al que le importaba una mierda, solo quería ganar dinero conmigo.

—Dale la niña a Eduardo —probé sin muchas ilusiones—. La policía está cerca y no dudará en meterte un par de balazos si considera que hay riesgo para ella. Todavía puedes ayudarme. Todavía hay esperanza.

—¿Para qué?, ¿para cumplir condena en una cárcel? —me preguntó con los ojos húmedos.

—Para acabar con Derek Jones. Te mintió y te manipuló. —Relajó la mandíbula y me miró con el rostro interrogante—. Haz un intercambio. No permitas que Adriana se enfrente a él o morirá, pero tú puedes volar hasta Bozeman y darle una oportunidad para vivir. Ayúdala a matar a Jones, por favor. Tú eres la única que puede enmendar esto.

De repente, cuatro policías nos rodearon con las armas desenfundadas, nos miraban a los tres para determinar quién era el enemigo y no quise ponérselo más difícil. Levanté las manos y me puse a su disposición al tiempo que les decía que Vega era mi hija y que por favor no disparasen mientras Miriam la sostuviera en brazos. Eduardo imitó mi gesto, aunque él prefirió entrelazar las manos detrás de la nuca. No parecía la primera vez que pasaba por una situación como esa. Miré por última vez a la mujer, ansioso porque mis palabras hubieran surtido efecto, deseoso de que se hubiera apiadado de mi rostro afectado y rezando para que valorara que no podía permitir que el malo de la película ganara.

Entonces, bajó la barbilla, dejó a la niña en el suelo y extendió los brazos hacia adelante con las muñecas juntas, preparadas para que la esposaran. Vega corrió hasta mí y me fundí con ella hasta que mis ojos inundados de lágrimas decidieron crear una cascada incontrolable con ellas.

¡No, no, no! ¡Dios, estaba en el dormitorio de Josh! Aquello no podía ser. Había metido la pata hasta el fondo y cerré los ojos con fuerza para intentar regresar y solventar mi error. No lo conseguí. Había enviado a Josh a Cullera a perseguir a Miriam y yo me había presentado en Bozeman, justo en la fecha en la que no podía hacerlo: el día de la muerte de Libra. Mi muerte. O la de Josh. Porque, de una manera u otra, los dos íbamos a morir. Él se quedaría sin un cuerpo al que regresar y yo, pues... mi alma sufriría un duro revés del que ignoraba las consecuencias reales, aunque estaba segura de que la culpa me acompañaría durante toda mi existencia. ¿Qué iba a hacer ahora?

De reojo, contemplé la pistola de Josh sobre la mesita de noche cuando unos ronquidos me sobresaltaron y me dirigí a la puerta con mucha prudencia. Apoyé una de mis orejas en la madera y, después de descartar que fuera el propio Jones gastándome una broma de mal gusto, la abrí. Me topé con Cliff durmiendo en el pasillo con los brazos cruzados, la cabeza colgando y una baba deslizándose por la boca hasta alcanzar la barbilla. Lo sacudí sin piedad y él dio un brinco que lo despegó de la silla a regañadientes.

—¿Ha ocurrido algo? —Me miró todavía adormilado y se restregó los párpados para forzar a su visión a trabajar.

—Cliff, tenemos un problema. ¡Soy yo! —Solté un grito agudo que me delató muy rápido y el policía, muy a su pesar, puso los ojos en blanco y me observó como si fuera un extraterrestre.

—No puedes estar aquí —me regañó y se levantó—. Vuelve. Como sea. Di las palabras mágicas y vete de aquí antes de que sea demasiado tarde.

—Mi némesis es Miriam, y ha secuestrado a mi hija. —Al principio creo que no me entendió, pues continuaba mirándome con la boca abierta y las cejas demasiado alzadas para que no le doliesen. Después de todo, él no tenía ni idea de quién era Miriam—. Me asusté tanto que provoqué el viaje y ahora solo espero que Josh salve a mi hija.

—Esto no está bien. Nada bien. —El hombre deambulaba por el pasillo dando bandazos, con las manos en la cabeza—. Es el momento perfecto para que Jones venga a por ti. ¿Cuánto va a durar este intercambio? —Me encogí de hombros y él suspiró resignado—. Bien. Cambio de planes. Nos vamos de aquí. Ahora mismo voy a llamar a Scott para decirle que venga a por nosotros. Los del FBI están más preocupados por proteger a la jueza, pero, aun así, te han puesto a dos tipos en la entrada. Vamos a hablar con ellos y les decimos que buscaremos un lugar más seguro. Si quieren seguirnos, que lo hagan. Si no, que se queden ahí fuera cogiendo frío. Me da igual. —Bajó las escaleras hasta la primera planta con ligereza—. Cuando Josh se negó a trasladarse o a irse a otra ciudad, no se lo impedí. Al fin y al cabo, él podía ser un buen cebo y podíamos acabar con toda esta locura hoy mismo con la ayuda de

esos dos agentes y nuestra astucia. Pero ahora no lo veo claro. Perdona que te lo diga, pero eres una presa fácil, a pesar de ese metro noventa que tienes. —Me miró de arriba abajo, reafirmándose en lo que había dicho y abrió la puerta de la entrada. Sin decir nada, la volvió a cerrar y la atrancó con todos los pestillos que tenía—. No están. Los dos agentes no están.

—Puede que hayan salido a hacer una ronda de esas —le dije sin mucha seguridad.

—No, no. Hace un frío de cojones ahí fuera y si se han levantado es porque han visto algo sospechoso o... —No terminó la frase. Tampoco quise que lo hiciera, puesto que me imaginaba lo que vendría a continuación. Corrió hacia las ventanas y revisó que todas estuvieran aseguradas al tiempo que me decía que no me moviese del salón—. Voy a comprobar la ventana de la cocina y después le echaré un vistazo a la puerta de atrás, aunque juraría que Josh la dejó bien cerrada.

—¿No deberíamos permanecer juntos? Lo digo porque a lo mejor está ya en la casa. Esto pasa mucho en las películas, Cliff, y no estoy bromeando.

—Le dije a Josh antes de que empezara toda esta mierda que debía instalar un sistema de seguridad. Vivir a las afueras tiene sus peligros —se lamentó—. Quédate ahí. Voy a llamar a Moreno también, que envíen a todos los efectivos disponibles.

Lo vi desaparecer bajo el arco de la pared que llevaba a la cocina y pensé que necesitaba coger la pistola de Josh, esa que tenía en la mesa de noche.

Sin embargo, no me dio tiempo a ponerme en marcha. Escuché un quejido que salió de la garganta de Cliff, después cómo forcejeaba con alguien y, por último, llegó el disparo. En un primer momento, mis piernas se movieron al frente, ya que estaba preocupada por él y mi corazón solo pensaba en ir a ayudarlo, pero luego, mi mente cobarde me pidió que huyera, pues ya era demasiado tarde. Me di la vuelta y en lugar de ir hacia la puerta que Cliff acababa de asegurar, subí escaleras arriba. Tenía que coger la pistola, hacerme con un arma y defenderme. No sabía cómo Derek Jones lo había

hecho, pero estaba en la casa.

—¡Adriaaanaaa! No te escondas, por favor. Hagamos que esto sea más interesante y pongamos la guinda final a nuestro pastel.

Escuché sus pisadas fuertes y seguras avanzar peldaños arriba mientras yo manipulaba la pistola para quitarle el maldito seguro. ¡Por Dios! ¿Por qué me resultaba tan difícil? Continué escuchando su verborrea:

—Estoy muy contento de que hayas venido. No estaba seguro de que mi plan funcionara, pero tenía que intentarlo. Sé que has estado practicando el autocontrol, haciendo meditación y relajación, por eso pensé que la única manera de hacerte entrar en pánico era llegando a tu preciosa hija. Admito que no he tenido la suerte de verla muchas veces. En realidad, creo que una, cuando la trajiste a la reunión de lisiados a la cafetería. ¡Qué panda de desgraciados!

Temblaba de arriba abajo y, cuando creí que tenía a punto la pistola, abrí la ventana y me dispuse a salir por el tejado. Sabía que, en cualquier momento, él llegaría al dormitorio y de una patada derribaría la puerta. No estaba preparada para enfrentarme a él. Escuché entonces cómo trataba de manipular el pomo con insistencia mientras decía.

—¡Oh, vamos! Solo quiero charlar un momento contigo, intercambiar impresiones sobre nuestros viajes y compartir experiencias. ¿Sabías que no me di cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta el día que tenía a los enamorados en mis manos? ¡Qué idiota!, ¿verdad? Había tenido algunos sueños raros donde me creía que era una mujer algo dramática e insulsa, pero jamás llegué a pensar que todo lo que estaba viviendo era real.

»Por lo visto, la había conocido en ese más allá tan patético y yo me había olvidado. Fue ella quien me lo recordó. Me dijo que habíamos hecho un pacto y me enseñó a hacer astrales. Incluso fui capaz de rememorar la primera vez que os vi en ese limbo tan extraño. Y tuve celos. Celos de vuestro vínculo, de vuestro brillo, de vuestro amor. Miriam ya se había dado cuenta de todo lo que estaba sucediendo, pero yo no. Estaba más centrado en llevar mi plan de venganza a cabo que cuando comencé a recordar el atropello, mi

muerte, esa segunda oportunidad que me habían brindado. Todo tuvo sentido para mí.

—¡Tú no te merecías esa segunda oportunidad! ¡Tenías que haberte podrido en el infierno! —le escupí harta de su monólogo cuando ya tenía los dos pies bien asegurados sobre el tejado.

—No lo entiendes todavía, ¿verdad? —Consiguió echar la puerta abajo y por una milésima de segundo mis ojos se fundieron con los suyos—. ¡El plan maestro! ¡El plan divino! Toda luz necesita su sombra para brillar más, todo héroe necesita de su villano para conseguir los aplausos. El bien solo existe porque existe el mal y yo soy la antítesis de Josh. Para salvarse, necesita que yo le eche una mano y lo ayude a caminar hacia la luz. Todos contamos con nuestra némesis en este mundo, algunos incluso se tropiezan con varias a lo largo de la vida. Esto es nuestro aprendizaje, solo que muchos suspendemos. Pocos son los elegidos que reconocen la misión que se les ha dado y la llevan a cabo.

—¡Estás loco!

Caminé a toda prisa por el bordillo sin mirar abajo mientras mantenía la pistola bien sujeta. No sabía hacia dónde dirigirme. Pensé que me tropezaría con otra ventana abierta para entrar de nuevo en la casa y bajaría las escaleras con rapidez, pero no veía ninguna. Josh debió asegurarlas todas para impedir que Derek entrara en la casa. Tuvo que encontrar alguna puerta que no estuviera atrancada del todo o romper una ventana después de haber aniquilado a los del FBI.

—Adriana, lo más probable es que tú no mueras, lo hará él. He decidido cambiar su destino, jugar a otro juego diferente y que sea el héroe el que sufra. ¿Por qué tengo que morir yo para que él aprenda una lección? Tienes razón. ¡Es de locos! —Por el rabillo del ojo, observé cómo asomaba la cabeza por la ventana y se reía del camino que había escogido para huir. No tardó nada en salir y perseguirme con un paso mucho más decidido que el mío—. Yo quiero vivir, saborear cada segundo de mi vida y extasiarme cada vez que arrebato una. Ese miedo en su mirada, ese espanto en su rostro al preguntarse si es el final o de verdad existe algo después de esta...

—Eres un sádico repugnante —lo interrumpí y me detuve al ver que el camino terminaba y me giré hacia él con el arma apuntando a su cabeza—. Tú no tienes derecho a quitarle la vida a nadie, aunque tu padre te haya repudiado y tu madre haya sido una controladora contigo.

—Oh, te equivocas. Mi madre creía que era vidente. Les echaba las cartas a todas las mujeres del vecindario a un precio razonable y siempre que mi padre no la veía. Ella quería ayudar de verdad a los demás y quiso que yo fuera como ella.

»Me enseñó a apreciar los astros, a recorrer los misterios que habitan en las constelaciones e incluso a sacar ese don que ella creía que tenía dentro. Lo que no sabía mi madre es que yo me parecía más al cabrón de mi padre que a ella. Mi padre no se fue. Yo lo maté después de que me diera una de sus palizas. Le rajé la garganta y vi el terror en su cara. Ese malnacido que se creía con derecho a pegar a su mujer y a su hijo con el cinturón se meó encima. Me reí de él hasta que sus ojos se apagaron. Me quedé allí contemplándolo. Su soberbia y superioridad se habían esfumado. Solo era un saco de huesos que se atrevió a pedirme clemencia.

—¿Por qué?

—Porque soy el diablo en el tarot. —Siguió avanzando con una sonrisa maligna tatuada en su boca y, aunque mis dedos temblaron, apreté el gatillo. ¡Pum! Un tiro errado. ¡Pum! ¡Pum! Dos tiros más echados a perder—. ¿Y tú me dices que yo no soy quién para quitarle la vida a nadie?, ¿y qué pretendes hacer tú, Adriana?

—Si con ello consigo salvar a Josh, te juro que volveré a intentarlo.

—Tienes las ganas, pero no la puntería. —Tres pasos más hacia mí. Apreté la mandíbula y vacié el cargador. Me lamenté al comprobar que ya no quedaban más balas y que solo una le había atravesado el hombro. No parecía mortal, pero conseguí que se quejara de dolor y se llevase una de las manos a la herida. Caminaría más despacio si quería mantener el equilibrio. Algo encorvado y con la mano opuesta a la herida extrajo un cuchillo que mantenía enganchado en el cinturón, en su espalda—. Se acabó el juego. No voy a hablar más contigo.

Escalé el tejado, colocando mis pies sobre la madera que creía más segura. No tenía miedo a las alturas, aunque no quería caerme al vacío y estrellar mi cabeza contra el precioso jardín de Josh. Entonces me percaté de que Jones había conseguido engancharse a una de mis botas y tiraba de mí hacia abajo. Estaba segura de que Josh pesaba más que él y que no podría controlar un cuerpo tan grande, a pesar de que yo habitaba en él. Quise zafarme de sus garras. Pataleé con la misma pierna que tenía sujeta y le asesté un buen golpe en el hombro herido. Escuché su grito espeluznante. Desgarrador.

—¡Zorra, te vas a enterar!

Continué golpeándolo en la cara, en el brazo, en cualquier parte del cuerpo que se me ponía a tiro. No obstante, mis dedos comenzaron a ceder. Estaba haciendo un esfuerzo muy grande para deshacerme de Derek y mantener el equilibrio al mismo tiempo. No pude más. Una de las manos se soltó del tablón del que pretendía auparme hasta llegar a la cima. Resbalé poco a poco y aprovechó para cogerme por la cintura.

—¡¿Y qué vas a hacer ahora, zorra?! ¿Llamar a tu querido Josh para ver si te saca de esta? ¡Lo has sentenciado a muerte!

Percibí el frío de la hoja en la nuca y permití que Derek me diera la vuelta para verlo cara a cara. Me colocó el cuchillo en la garganta y lo presionó con suavidad contra mi piel. Tenía que asumir mi derrota y admitir que había cometido un gran error al pretender que Josh me ayudara a detener a Miriam. No tenía que haber sido así. Nada tenía que haber sucedido de esa manera.

—Si vas a hacerlo, hazlo rápido. No quiero sentir que su alma regresa lentamente mientras yo abandono un cuerpo moribundo. Al menos, hazme ese favor.

No cerré los ojos. No quise hacerlo mientras percibía que el cuchillo se enterraba aún más en mi piel. No era la muerte que Josh hubiera querido para sí, él habría querido mirar a su asesino a los ojos como estaba haciéndolo yo. Eran unos ojos enormes que empequeñecían cada vez que una gota de sangre me humedecía el cuello, una mirada cruenta de un ser terrible que ya no me lo parecía tanto.

Escudriñé en su alma como si pudiera verla reflejada en sus iris y pensé que el destino volvía a darme una oportunidad.

—¿Miriam?

—Lo siento.

Ella apartó el cuchillo de mí y tuve que sostenerla cuando cayó en la cuenta del lugar en el que nos encontrábamos: a unos diez metros de altura.

—¿Vega está bien? —Asintió y volvió a mirar abajo—. Si no quieres que caigamos las dos, es mejor que me mires a mí. Podemos caminar juntas hacia la ventana, ¿la ves? Está abierta. Por ahí salí y por ahí podemos entrar a la casa.

—Eso no va a poder ser. —La miré interrogante al tiempo que volvía a alzar el cuchillo.

—No, no, no. Ya lo he entendido todo. Eras tú la del callejón, la que me golpeó con la culata de la pistola porque no fuiste capaz de matarme. Si hubiera sido él, puede que lo hubiera hecho, aunque eso hubiera fastidiado sus planes. Me saludaste, me dijiste «Hola, cariño» porque en realidad tú no quieres esto, ¿verdad? ¡Tú solo querías recuperar a tu hija!

—Nos lo dijiste una vez. Antes de la explosión, pediste morir. Tú querías morir, a pesar de la niña con la que te habían bendecido —me reprochó con furia.

—Era una estúpida egoísta a la que se le daba bien el papel de víctima, pero ya no lo soy. Estoy aquí en esta mierda de tejado luchando por mi vida, por Vega, por Josh... Y yo quiero vivir. Quiero vivir —susurré en un tono amargo.

Sonrió de medio lado y con la mano con la que sostenía el cuchillo me acarició una de las mejillas.

—Eso es lo que quería escuchar.

Todo sucedió muy rápido. Miriam se lanzó hacia atrás y yo conseguí detenerla en el último segundo antes de que cayera a

sabiendas de que ella no moriría, sino que lo haría Jones, pero algo muy dentro de mí continuaba vociferándome que el daño también sería irreparable para ella y no quería que fuera así. Derek Jones tenía que morir en su cuerpo, tenía que ser él el que sufriera y no ella, pues Miriam ya lo había hecho con creces, desde el momento en el que perdió a su hija en ese día trágico para todos.

—¡Qué cojones! ¡Adams, suéltalo! ¡Vas a caerte tú también! —Giré la cabeza hacia la derecha y descubrí a Scott asomado a la ventana —. ¡Que pague por todo lo que ha hecho! ¡Joder! Cliff está malherido y ya viene la caballería. ¡Suéltalo!

—Haz el intercambio —le dije en voz baja a Miriam—. Tú controlas esto mejor que él. Hazlo. Ahora.

Escuché los pasos de Scott acercarse a nosotras mientras yo no apartaba la mirada de los ojos misericordiosos que ocupaban el cuerpo de Derek. Esperé. Aguardé a que ella no estuviera y él apareciera antes de soltarlo. Uno. Dos. Tres. Derek Jones trastabilló. El muy cabrón trató de aferrarse a mí de nuevo para hacerme caer también, pero Scott no se lo permitió y le disparó sin piedad, primero en el muslo y luego, en el pecho.

—¡Hijo de puta! Esto va por Sandra. —Le hizo una zancadilla y lo dejó caer al vacío—. ¿Estás bien?, ¿por qué cojones no lo soltabas?, ¿de verdad querías apresarlo vivo después de todo lo que nos ha hecho?, ¿después de haberse fugado de la cárcel como si fuera el mismísimo David Copperfield? ¡Que se pudra en el infierno!

—Sí, que se pudra en el infierno.

Contemplé su caída sin saber cuál sería su destino final, aunque estaba segura de que para él ya no existiría una tercera oportunidad. Quizá nunca tuvo una segunda y Derek tenía razón: su mera existencia solo servía para que un héroe naciera, para que Josh abrazara la luz y alejara los fantasmas de su vida.

Capítulo 33

Sobre el tiempo y el espacio

No volví a viajar en astral jamás ni tampoco a hacer un intercambio de cuerpos con Josh. Imaginé que Derek Jones había muerto y que de alguna manera mística se habían cortado los lazos que nos unían a los dos. Me pesaba en el alma, pues me había acostumbrado tanto a él que lo echaba de menos cada día, cada noche solitaria en la que me aferraba a la almohada y rezaba para que me permitieran verlo una última vez.

Le envié unos cuantos mensajes al móvil los días sucesivos al desenlace fatal, pero, como siempre, nunca obtuve respuesta y eso me sumió en un desasosiego más profundo.

El día de mi cumpleaños esperé su llegada tal y como me había prometido mientras soplaba las velas junto a mis padres y mis amigos, pero ese toque en la puerta tan anhelado, esa llamada romántica que tanto deseaba para que lo recogiera en el aeropuerto, tampoco ocurrió.

No iba a negar que esas semanas fueron terribles para mí. Me obcequé en buscarlo en las redes a sabiendas de que él detestaba anunciarse en Internet como si fuera un champú, entré en la web de la policía de Bozeman, la cual no estaba muy trabajada y no encontré ninguna noticia de nuestro asesino múltiple ni de ninguno de los sucesos que habían acontecido en los últimos meses. No había nada relevante en esa página, tan solo unas cuantas fotos de algunos policías ayudando en diversas obras sociales. Suspiré cuando lo identifiqué en una de ellas, pero estaba mucho más joven, cuando era solo un novato que posaba con orgullo delante de la cámara en un día de Navidad.

No fue hasta casi llegando a la mitad de noviembre cuando tomé una firme determinación: si él no venía a mí, iría yo en su busca. Raquel no estuvo de acuerdo con mi arrebato y no porque parte del

dinero salía de su bolsillo, sino porque temía que me diera un batacazo nada más llegar a Montana. Insistía en que, si Josh no se había puesto en contacto conmigo, quizá era porque había rehecho su vida junto a su mujer y sus hijos y me había relegado a ser un capítulo más de su vida, uno asombroso y casi irreal, pero un capítulo nada más. Yo no quería creer que todo podía terminar así, sin una despedida, sin un hasta luego que nos reencontrase en un futuro próximo. Estaba decidida a enfrentarme a un nuevo obstáculo que sin duda superaría.

Viajé hasta Bozeman con unos nervios que se multiplicaban como larvas en mi estómago y con un inglés chapucero, a pesar de que me había aplicado a estudiar la lengua en las últimas semanas, preparándome para ese encuentro en mi cumpleaños que nunca se dio. Llevaba mi diccionario de bolsillo y el bendito Google Translate, ¿qué podría salir mal? Después de un vuelo de muchísimas horas con escalas en Ámsterdam y Salt Lake City, llegué a Bozeman con los ojos enrojecidos y los tobillos hinchados. Le pedí al taxista que me llevara a la comisaría directamente, ya me registraría en el hotel que había reservado más tarde, aunque para qué mentir, esperaba que Josh me invitase a su casa.

Arrastré la maleta por las baldosas que discurrían entre las zonas ajardinadas y me planté delante del edificio. Elevé la mirada y un escalofrío recorrió toda mi espalda al contemplar las letras incrustadas en la pared de la entrada: Bozeman Police Department. Me humedecí los labios muy despacio, ya que el intenso frío y los nervios me los habían secado como una mojama. Tomé aire con consciencia y traté de relajarme sin mucho éxito. ¡Iba a acceder al lugar! ¡Iba a ver a Josh!

Nada más cruzar el umbral, me encaminé hacia la recepción. No podía presentarme en su despacho sin más. Lo más probable era que alguno de sus compañeros me detuviera antes de hacerlo y me interrogara por saltarme el procedimiento. No quería que me ficharan al poner un pie en Montana. Había mucho ajetreo ese mediodía y casi nadie reparó en mi presencia. Casi nadie porque el agente Cooper me indicó que me sentara en una de esas sillas de plástico y esperara a que me llamara la agente que estaba en la recepción y que no conocía. Cuando me hizo un ademán con la

mano para que me acercara, me levanté sin abandonar la maleta y ella me miró con extrañeza. Me dijo algo que no comprendí del todo, algo sobre una denuncia y yo le respondí negando con la cabeza.

—Josh Adams, please?[3] *—le dije con timidez. La mujer arrugó la nariz y creo que me preguntó para qué lo necesitaba y con mi inglés de pacotilla y mi acento forzado traté de preguntarle por el asesino—: OK, es sobre el asesino en serie, el del tarot o zodíaco. ¡Joder, no lo sé!*

Ni siquiera sé si dije la frase bien o mal, porque ella me miró con cara de pocos amigos y se fue mientras mis colores iban calentando mi rostro entero. Tampoco sé por qué demonios le dije que quería hablar sobre un asesino en serie, quizá debía haber utilizado algo más sutil, pero pensé que así le daría una pista a Josh sobre quién estaba deseando verlo y la urgencia del tema. ¡Tonta de mí!

De pronto, se presentó de nuevo el agente Cooper y, tras decirme que Josh tenía el día libre, me animó a hablar sobre ese asesino. Pensé que todo era una broma. Derek Jones debía estar muerto y enterrado, ¿o no? Había dado por sentado que había muerto tras los disparos de Scott, o quizá cuando se estrelló contra el porche y rebotó hasta caer en el suelo, pero ahora ese policía me estaba haciendo dudar.

Escuché las cuestiones que el agente Cooper me formulaba mientras arrugaba la frente confundida. ¿Por qué demonios me preguntaba si quería denunciar un caso de asesinato? En ningún momento había afirmado tal cosa, ¿o sí? Estaba expresándome como el culo y me puse muy nerviosa.

El policía me miró como si estuviera drogada y añadió:

—Señora, ¿hay alguien peligro? —O eso es lo que pudo traducir mi cerebro encogido.

No, no, no había nadie en peligro. Yo solo quería saber si Derek estaba muerto de verdad o se había fugado de nuevo, e intenté preguntarlo de la mejor manera que podía:

—A rancher is missing or dead?

¡Joder! La que estaba liando. Lo vi en su cara. Mi frase tuvo que sonar a otra cosa que nada tenía que ver con mis intenciones. O sea, que iba a quedarme sin saber si el maldito Derek estaba bien enterrado.

Entonces me callé. No quise pronunciar el nombre de Derek Jones por si me consideraban cómplice de algo, cualquier cosa, y me puse a temblar de arriba abajo.

El agente Cooper me habló más despacio pidiéndome que me tranquilizara y me lanzó una nueva pregunta por si quería presentar una denuncia sobre un familiar desaparecido o algo así.

Lo único que pude hacer fue encogerme de hombros y rezar para salir de ese mal trago.

Entonces, me pasó un formulario para que lo rellanara. Lo acepté por educación mientras él escudriñaba en mi mirada asustadiza. Intuía que yo no había presenciado nada fuera de lo normal, al menos en los días anteriores, pero continuaba observándome como si de verdad ocultara algo.

—*Are you a clairvoyant?*

¿Vidente? ¿De verdad me preguntaba si era una vidente? Solo quería conocer a Josh. ¡Por Dios! ¿Por qué me lo estaban poniendo tan difícil?

Esa pregunta me cogió fuera de juego. No era una vidente, solo quería conocer a Josh. Al ver que no respondía, se dio media vuelta y fue a hablar con otro compañero. Tuve miedo, miedo de verdad, así que, en cuanto se despistó, agarré mi maleta y salí corriendo de allí.

Llegué al hotel tiritando de frío y no eran solo los nervios, las temperaturas gélidas en ese mes lograron que mi respiración se cortara. Me di una ducha caliente, me puse una camisa térmica debajo de mis dos suéteres, un chaquetón, un gorro que me cubría hasta las cejas y dos pares de guantes. El termómetro marcaba dos grados y, a pesar de haber consultado las previsiones meteorológicas antes de dejar mi cálida ciudad, aquel clima era

insufrible. El otoño era mucho más suave en Cullera. En cambio, allí parecía estar viviendo en el ártico, rodeada de bloques de nieve y de personas con cuatro kilos más de ropa encima.

Me miré en el espejo y solté un resoplido optimista después del ridículo que había hecho en la comisaría. Eso no me achantó y, en cuanto me abrigué mejor, pedí un taxi para que me llevara a la casa de Josh. Recorrí el camino que me separaba hasta su hogar mientras admiraba por la ventanilla los pinos salvajes coronados con las primeras nieves, aquellos que tantas veces había visto a través de sus ojos miel y me sobrecogí. El paisaje era aún más increíble si lo contemplaba con mi propia mirada, como la de una turista que había visto esas montañas en postales o en documentales de la tele.

Atravesé el jardín húmedo con convicción, pero por dentro mis sentimientos eran los de una montaña rusa que bajaba y ascendía a toda velocidad. Me prometí a mí misma que no vomitaría, no era la primera impresión que quería darle. Toqué el timbre de la puerta y me retiré unos pasos atrás en el porche para no parecer una desesperada que se moría por entrar y abrazarlo.

Me abrió Cliff y una profunda sonrisa se dibujó en mis labios. Él me miró con desconcierto y pronto me di cuenta de que jamás me había visto en persona y que la mayor parte de mi cara permanecía oculta entre el gorro de lana y la bufanda que me mantenía la barbilla caliente. Le pregunté por Josh, y fue en su busca sin mucha dilación. Di unas cuantas palmadas para favorecer que la circulación llegara a mis dedos y entretenerme con algo antes de que sufriera un desmayo por la emoción.

Esperé unos segundos más que se me hicieron eternos y entonces lo vi. Sonreía mientras le susurraba algo a alguien que estaba en el pasillo. Pude ver los hoyuelos marcar las comisuras de sus labios mientras avanzaba hacia la puerta, su mirada desprendiendo un brillo insólito que pocos habían tenido la fortuna de ver, pero que yo había podido apreciar en mis viajes. Su rostro irradiaba felicidad y mi corazón comenzó a latir a un ritmo desbocado sin saber si debía abalanzarme sobre él o aguardar a que me reconociera.

Sin embargo, se quedó plantado en el umbral con medio cuerpo en

la casa y sin intenciones de salir a recibirme. Mis ojos impactaron con los de él y ese brillo se fue difuminando hasta quedar en él la confusión. Me quité el gorro muy despacio y aflojé la bufanda del cuello para que pudiera observar mi rostro mejor, pero él parecía no reconocerme. Su mente trabajaba a mil por hora para intentar saludarme de alguna manera; no obstante, no lo conseguía, pues no tenía ni idea de quién era.

—¿Nos conocemos? —Eso deduje de sus palabras frías pero educadas. Me preguntaba si nos conocíamos y, aunque quería sacudirlo y hacerlo despertar de su ensoñación, me quedé muda. No dije una palabra.

Entonces vi salir a Jenny a la puerta, lo rodeó con uno de sus brazos por la cintura y me fijé en su barriga. Enorme. Demasiado enorme para que hubiera engordado tanto a base de dulces en unos meses. Quise llorar allí mismo, pero me contuve por orgullo, a pesar de que mi corazón se había estrellado contra el porche y era incapaz de recoger todos los pedacitos.

—¿Quién es? —le preguntó—. Estamos en una baby shower, ¿quieres entrar?

No, no quería entrar a su estúpida fiesta. Me disculpé con mi inglés macarrónico y me largué de allí sin mirar atrás.

Le pedí al taxista que me dejara en Downtown, pues recordaba el ambiente festivo de sus calles, el alboroto de los turistas, la música de los artistas que demostraban su talento en cada esquina y me zambullí en él para perderme, para olvidarme de mi existencia. Tras caminar unas horas por las calles de Bozeman sin saber qué hacer, llamé a Raquel.

—¿Sabes qué hora es aquí? —me regañó, pero no me importó una mierda.

—No sabe quién soy. No me reconoció y Jenny está embarazada —le solté sin disculparme por la llamada a deshoras ni interesarme por si estaba acompañada o no.

—¡¿Qué?! —La oí caminar por el piso y abrir la puerta de la

terraza. Sí que tenía compañía.

—¿Cómo puede ser posible?, ¿es que todo esto me lo he inventado?, ¿es que nunca sucedió y me estoy volviendo loca?

—No, no estás loca —trató de consolarme—. Yo también hablé con Josh, ¿recuerdas? A tu hija la secuestró una zumbada y fue él quien la convenció para que la soltara. Todo ha sido muy real.

—¿Y qué ocurre? —Hizo una pausa en la que me pareció escuchar sus pensamientos, le estaba dando vueltas al asunto y no sé por qué me dio mal fario.

—Podrían tratarse de universos paralelos —me soltó como si tal cosa—. Pero yo no tengo ni idea de esas cosas. Esto es más de ciencia ficción y no de temas espirituales. Tendrías que consultarlo con un friki y no conmigo. Pero podríamos valorar el hecho de que quizá conociste al Josh de otra realidad y por eso este no se acuerda de ti. El tiempo y el espacio son relativos, solo tiene sentido en nuestro mundo y ahí fuera, en este nudo de galaxias en el que existimos, todo puede ser posible.

—¿Estás hablando en serio?, ¿un Josh distinto? ¡Pues no me vale! ¡No quiero!

—Da igual lo que tú quieras o no. Tú no puedes cambiar las leyes. —Comencé a gimotear como una niña pequeña y a enjugar mi llanto para que nadie me viera—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Qué quieres que haga? No existen cohetes que me lleven a ese otro mundo, así que me vuelvo a casa en cuanto pueda. Tú tenías razón. No debí venir.

Rompí a llorar por primera vez en mucho tiempo y le colgué. Mis lágrimas empapaban mi rostro herido y angustiado por ese revés tan propio de la mierda de destino a la que habíamos estado jugando. Raquel no podía hacer nada por mí, nadie podía hacerlo, así que acepté mi derrota y continué caminando por las calles como si fuera un zombi. No podía creer que eso me estuviera pasando a mí. No daba crédito a las palabras de mi amiga. No me gustaban las series de ciencia ficción. Las odiaba porque no comprendía las

reglas pseudocientíficas que operaban en ellas. ¿Por qué iba a creer que Josh, mi Josh, estaba en otro mundo de una realidad extraña? Yo había hablado con él, había sido él muchas veces en los últimos meses. Entonces, ¿por qué iba a pensar que todo había sucedido en una especie de conexión de realidades paralelas? ¡Era de locos!

Después de vagar por las calles como una desquiciada histérica que se cubrió aún más la cara con el gorro para que nadie la viera llorar, me detuve en una cafetería. Más bien era uno de esos locales americanos donde se podía comer de todo y que contaba con unos desayunos copiosos para gente sin complejos. Reconocí el lugar porque había estado con Cliff cuando patrullaba con él y recordé que tenían un exquisito pastel de manzana. Me entró hambre nada más pensar en los diminutos trocitos de fruta envueltos en una cremosa masa compacta. Así que, dispuesta a satisfacer mis impulsos en un día horrible, me senté en la mesa más alejada de la puerta y le pedí a la camarera una buena taza de café con leche acompañada de un delicioso trozo de ese pastel. No tardó mucho en servirlo y yo, casi nada en devorarlo. Me concentré en su sabor, en las ganas de sentir algo placentero en el día de mierda que estaba teniendo y en hacerme la fuerte de nuevo.

De reojo, observé el periódico que se encontraba a mi izquierda. No le había prestado mucho interés, puesto que era incapaz de traducir bien el titular principal; sin embargo, no fue este el que me llamó la atención ni que hablaba sobre un accidente, sino una foto pequeña casi a pie de página que te emplazaban a verla mejor en el interior. Cogí el periódico, lo desdoblé con una curiosidad infinita y pasé las hojas hasta encontrar la foto.

De repente, mi corazón dio un vuelco y el pastel de manzana que debía estar digerido me volvió a subir hasta la garganta. ¡La foto! La maldita foto era la que había estudiado con Cliff en la redacción local meses atrás, esa que Scott había presentado como prueba. Agitada, comencé a traducir las palabras que se encontraban debajo de ella mientras mi mente se preguntaba por qué habían publicado de nuevo esa foto en el periódico. ¿Es que había noticias nuevas sobre el edificio que querían construir? ¡Nada más lejos de la realidad! Si mis ojos no me traicionaban y mi inglés no me jugaba una mala pasada, esa foto había sido sacada el día anterior.

La congresista Wilmore había iniciado su campaña con el anuncio sobre la construcción del centro social junto al señor Stevens. ¡Los dos estaban en la foto! ¿Cómo podía ser posible? Recordaba que Scott había hecho hincapié en que ese acto se había producido cuatro años atrás. ¿Qué demonios estaba pasando allí?

Con los nervios a flor de piel, no me di cuenta, hasta que fue demasiado tarde, de que le había dado un codazo al servilletero y este se había caído de la mesa. Me agaché a recogerlo al mismo tiempo que una mujer debía de salir del baño en ese momento.

—¿Estás bien?

Elevé la barbilla y me topé con un uniforme de policía. Mis ojos continuaron subiendo e impactaron con una mirada azul transparente. Di un respingo y mis músculos se engarrotaron hasta hacerme sentir pequeñita. Tuve que haber encogido unos centímetros allí sentada.

—Sí, sí...

Dudé de mí misma. Aquello no podía ser posible. Estaba ante Sandra Miller, compañera de Josh y víctima de Leo. ¿Cómo podía estar viva? Tenía el cabello más largo y parecía que se había quitado de encima diez años. No, no eran diez años, sino cuatro. Pero ¿en qué pensaba ahora? ¿En viajes en el tiempo? ¡Era ridículo! Sandra colocó el servilletero en la mesa, me sonrió y, a continuación, se dirigió a la mesa donde estaba sentado su compañero: Nick Scott.

Ahora sí que me asaltaron un sinfín de dudas, tantas que casi me mareé. Descarté la posibilidad de que todo hubiera ocurrido en una realidad paralela adelantada y me concentré en una nueva teoría. Si la foto no había sido publicada hasta hoy, es que el asesino todavía no había matado a nadie. La prueba era que Sandra Miller estaba vivita y coleando y también el hecho de que ni Raquel ni yo encontramos nada en los periódicos digitales ni en los canales de noticia sobre el asesino del tarot. «El tiempo y el espacio son términos inventados por nosotros mismos, pero no existen más allá de este mundo», recordé las palabras de Dalia y contuve un grito ante el giro de los acontecimientos.

Tenía muchas preguntas que responderme a mí misma, pero la posibilidad de que yo me encontrara con un Josh futuro se hacía más palpable. Por eso no me había reconocido. Básicamente todavía para él yo no existía en su vida. ¡Dios mío! Y Jenny estaba embarazada de su hijo pequeño, Luke, que, en realidad, tenía cuatro años cuando yo lo conocí. No había habido infidelidad ni asesinatos ni Josh había sufrido un accidente de tráfico. ¿Y entonces qué tenía que hacer con esta información?, ¿debía alertarlo de un asesino en serie en potencia que todavía no vivía en Bozeman? ¡Joder, no! Eso ya lo había hecho. Se lo había dicho al agente Cooper hoy mismo.

Él había supuesto que yo era una vidente y que había visto algo que estaba por ocurrir, por eso Moreno nos había hablado de alguien que había entrado en la comisaría años atrás para denunciar algo sobre un ranchero y un asesino múltiple. Cooper debió de terminar de rellenar el expediente que había abierto sin una firma, sin mi nombre y una dirección que ellos pudieran rastrear en el futuro.

¿Cómo ni Josh ni yo nos habíamos dado cuenta de esa brecha temporal? Él no tenía calendarios en la nevera ni en ninguna parte de la casa que yo recordara. En el trabajo sí que había uno en su mesa y nunca le presté mucha atención. En cambio, yo tenía uno grande en casa y recordaba haber aparecido ante él en uno de mis regresos a casa. ¿Cómo no se había percatado del número? Estábamos en el 2025, aunque él viviera en el 2029. Después, pensé en el crimen de Cáncer, la maldita luna. Habíamos deducido que el asesino iría tras una anciana porque la luna estaba menguando, pero no en su tiempo. En el de Josh, la luna estaba creciendo y, de hecho, Derek Jones había matado a Melissa Parker, una jovencita. ¡Por Dios! ¿Cómo no me di cuenta antes? Incluso a mí me extrañó que la víctima no fuera una persona mayor, pero pensé que nos habíamos equivocado en nuestras deducciones. De todas formas, yo no era ninguna Sherlock Holmes.

Empecé a anotar todos los datos que se me venían a la cabeza mientras volvía a telefonear a Raquel.

—¿Estás mejor? Voy de camino al trabajo.

Sin responder a su pregunta le solté sin anestesia la teoría delirante que había llegado a mi cabeza. Ella me escuchó sin interrumpirme,

aunque de vez en cuando se le escapaba un bufido que no lograba interpretar. Ignoraba si compartía mis impresiones o, por el contrario, pensaba que era un caso perdido.

—¿Tú qué crees?, ¿puede ser posible? —Esperé con ansia su respuesta.

—Dentro de la locura que estás viviendo, todo puede ser posible. Y sí, tal vez tengas razón. En ese caso no estaríamos hablando de universos paralelos, sino de líneas temporales diferentes. Además, estoy consultando la IA y buscando información sobre esto mientras hablo contigo para certificar algunas cosas. —Raquel había puesto en funcionamiento su mente prodigiosa.

—Pero existirán muchas teorías absurdas que no van a ayudarme en nada —me lamenté.

—Escúchame, en un universo paralelo te encontrarías con otro Josh sometido a otras reglas y leyes físicas diferentes. Es decir, Josh podría haber sido ranchero, su padre podría estar vivo y no tener hijos. Sin embargo, un viaje en el tiempo implica un desplazamiento en la misma realidad. Así que, tiene que ser esto. Estáis viviendo en dos tiempos distintos.

—Entonces, ¿lo crees? ¿Mi alma pudo viajar hacia el futuro cuando morí?

—Sí, y también se pueden hacer viajes astrales hacia el pasado o hacia el futuro. De esto estoy completamente segura. Los espíritus no están sometidos ni al tiempo ni al espacio. Pueden ir a donde les dé la gana.

—Vale, he estado yendo al 2029 y el Josh del futuro venía al pasado de 2025 cuando venía a verme o intercambiábamos nuestros cuerpos —añadí todavía atónita por lo que estaba viviendo—. Por eso no recibía los mensajes que le envié y en las llamadas se escuchaban interferencias y ruidos extraños.

—De ahí a que este asunto me oliese a chamusquina. —Bufó y sé maldijo por no haber sido más avispada—. Lo que no comprendo es cómo Josh no se dio cuenta con el calendario tan bonito que tienes

en casa. ¿Es que pasó por alto las fechas y el hecho de que los días estén cambiados? Es imposible que sus miércoles sean nuestros miércoles.

—¡Joder, es verdad! También tienen que estarlo las entradas del sol en las distintas constelaciones. Tú misma me lo explicaste. El día que comienza Aries a reinar es diferente dependiendo del año.

—Sí y no. —Me respondió, creándome más dudas—. Cada cuatro años se repiten las fechas de entrada. Si Virgo empezó el veintidós de agosto de 2025, lo hará también el veintidós de agosto de 2029. ¿Lo entiendes? Además... —Hizo una pausa que me generó una taquicardia—: Es verdad que los anglosajones comienzan la semana contándola desde el domingo, así que sus calendarios son diferentes a los nuestros. Josh podría haberse confundido con los números y los días porque nosotros empezamos la semana con los lunes. Puede que, aunque viera que los números no estaban posicionados como los de su calendario, no le diera mucha importancia. También están los calendarios verticales y ahí la cosa se vuelve más liosa. ¡Qué sé yo!

—¿Entonces sí que puede ser posible? Quizá no se diera cuenta de ese detalle y eso significa que de verdad nos encontrábamos en tiempos diferentes cuando comenzamos nuestros viajes. El tiempo y el espacio —reflexioné para mí misma—. Josh todavía no ha sufrido el accidente de tráfico porque su mujer no se la ha pegado con otro...

—No empieces por ahí. No puedes cambiar los acontecimientos —me interrumpió sin contemplaciones—. Te conozco y sé que estás pensando en advertirlo para que ese día conduzca con más cuidado o coja el coche Cliff, pero escúchame, ¡con el tiempo no se juega! ¿Me has entendido?

—Salvaría un montón de vidas que ese canalla arrebató —continué sin hacer mucho caso a la advertencia de mi amiga—. Son víctimas inocentes.

—¡No, no, no! Lo estoy leyendo en este instante: si originas un cambio sustancial en su pasado, podrías desviar el curso de los eventos porque así se crean las malditas líneas temporales. Imagina

que eres tú la viajera en el tiempo, que has aterrizado en el pasado de Josh, cualquier movimiento que hagas originaría un flujo de acontecimientos impredecibles. Cambiarías el futuro que él tiene que vivir. Puede que esas personas estén destinadas a morir como lo hizo la hija de Miriam, y que las cosas tengan que ser así por alguna razón que desconocemos. —Trató de explicarme muy agitada—. Si las salvas, podría ser que, en un futuro, una de ellas o uno de sus descendientes inventara algo peor que la bomba nuclear, o que fuera un dictador que pusiera el país patas arriba. Además, jamás conocerías a Josh.

Ese fue el momento en el que un enorme cuchillo me atravesó el pecho. Raquel tenía razón. Si deshacía algo en este tiempo, jamás sucedería en el futuro y no era Dios para jugar con el destino. Podía salvar esas vidas, incluso evitar que Josh tuviese ese accidente que lo había marcado y lo había conducido hasta mí. Me sobrevino un ataque de pánico. No quería que toda esa gente muriera, pero tampoco impedir que Josh me conociera. ¡Joder! Era una maldita egoísta. No podía pensar solo en mí. No podía pensar solo en mi felicidad, en mis ganas de abrazarlo, de besarlo y de decirle cuánto lo había echado de menos.

Elevé la mirada y observé a Sandra Miller riendo mientras se tomaba una taza de café. ¿Cómo podría permitir que ella muriera?, ¿cómo conseguiría dormir por las noches y no sentirme culpable? Si tenía razón, su vida estaba en mis manos. Cogí una servilleta limpia y anoté una fecha en ella: el veintidós de agosto de 2029, Leo, el día de su asesinato. Era lo mínimo que podía hacer por la agente Miller. Era consciente de que si trataba de explicarle la situación, me llevaría a comisaría, me interrogaría para saber cómo, por qué y cuándo, y no podía desvelarles todos esos detalles sin contar la alocada historia de mi vida y de cómo me tropecé con Josh y Derek. ¿Quién iba a creerme?, ¿serían capaces de encerrarme en un psiquiátrico y no dejarme volver a España? No quería averiguarlo. No quería ni suponerlo porque había alguien que estaba esperándome con los brazos abiertos en casa: Vega.

—Adriana, Adriana... ¿Sigues ahí? —escuché la voz de Raquel al otro lado del aparato. Me había olvidado de ella por completo—. Por favor, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte. Deja que las

cosas sigan su cauce y que pase lo que tenga que pasar.

—Josh no me reconoció. No podía hacerlo porque todavía no se ha convertido en mi Josh y puede que nunca lo haga—musité abatida y descorazonada. Y, de pronto, me di cuenta de que no tenía nada que perder—. Hay algo que no has tenido en cuenta, Raquel. Ya he cambiado la línea temporal. Lo hice en el momento en el que desperté por primera vez su cuerpo. Nuestros viajes lo han alterado todo. ¡Todo!

—No lo sabemos con seguridad. Por favor, te lo suplico. Lo que se te está pasando por la cabeza, no lo hagas.

Yo no apartaba la mirada de Sandra y, después de despedirme de mi amiga, me levanté y me dirigí con cautela hacia la mesa donde los dos agentes disfrutaban de su momento de descanso. Antes de llegar hasta ella, los dos abandonaron sus asientos y se dirigieron a la salida. Apresuré mis pasos y, cuando estuve lo suficientemente cerca de Sandra, le introduje la servilleta en uno de los bolsillos de su enorme chaqueta invernal. Con la frente arrugada, me dedicó una última mirada antes de salir.

La vi alejarse al tiempo que intercambiaba unas palabras con Scott. A continuación, me acerqué a uno de los ventanales del local al advertir que introducía la mano derecha en el bolsillo. Con el pulso acelerado y la angustia reflejada en mi mirada, contemplé cómo abría el papel y leía su contenido. Para mi gran decepción, lo arrugó hasta hacer una bola con él y lo lanzó a una papelera.

Lo había intentado.

Había querido salvarla.

Epílogo

Cuatro años después

El tiempo había transcurrido casi inadvertido en mi alma debido a todos los cambios que se presentaron en mi vida casi sin avisar. Conseguí finalizar mis estudios de psicología por la UNED, en la que me había matriculado después de aterrizar de Bozeman mientras ejercía de administrativa en una empresa que suministraba calzado a toda España. Así obtuve el dinero que necesitaba para ser más independiente y cumplir mis sueños.

Podía estudiar cuando Vega me lo permitía, aprovechaba las horas en las que ella estaba en la guardería y más tarde en el cole para ir al trabajo, también lo hacía mientras dormía para ponerme al día con las asignaturas. No fue fácil ejercer de madre soltera trabajadora, a pesar de que, por fin, después de un juicio justo, comencé a recibir la pensión que mi hija se merecía. Su padre había rehecho su vida y tenía dos hijos más con otra mujer pero no podía eludir su responsabilidad económica. Nunca le pedí que se comportara como el padre que debía ser, y él nunca lo hizo. En esos años jamás me preguntó por la niña, para él era como si no existiera cuando para mí se había convertido en mi mundo.

Había conseguido mudarme a un pequeño apartamento cerca de la playa con Vega, y había logrado mi libertad. Estaba orgullosa de mi nueva vida, de haberme licenciado y haberme especializado en realizar perfiles psicológicos. Todo eso no lo hubiera hecho sin la ayuda que Josh me brindó en el momento justo. Apareció en mi vida como si fuese un ángel dispuesto a revolverla y salvarme del infierno en el que me encontraba. Me hizo valorar la vida y desear convertirme en una persona mejor. ¡Y lo había conseguido!

Muchas noches me preguntaba qué sería de él: si era feliz, si continuaba durmiendo en el porche bajo el manto de las estrellas en verano, y si se refugiaba del invierno grueso detrás de las ventanas para continuar admirando sus queridas montañas. Fue difícil olvidarme de él, de hecho, nunca llegué a hacerlo del todo.

En el verano del año veintinueve, mientras preparaba la mesa para una cena donde había reunido a unos cuantos amigos, me quedé plantada ante el televisor que estaba encendido. Hablaban de un asesino en serie que sembraba el caos en Montana y había obligado a la población a encerrarse en casa cada vez que se producía un cambio de signo zodiacal. Ese día estuve tentada de llamar a la policía o enviarles un correo y comunicarles que la persona que buscaban se llamaba Derek Jones. Después llegaba Raquel y me ponía los pies en la tierra, desvelándome todas las consecuencias que podría tener mi acto imprudente, desde que apareciera en mi casa el FBI para interrogarme sobre cómo conocía la identidad del psicópata, hasta hacer que el asesino, al verse acorralado tras mi llamada de teléfono, decidiese matar a muchos policías. Sinceramente, ahora lo que más valoraba era la tranquilidad de mi casa y el sosiego de las noches escuchando el vaivén de las olas como la nueva banda sonora de mi vida.

Durante esas noches revueltas, volví a soñar con Josh, pero jamás hice un intercambio de cuerpos como esperaba. Había imaginado que, en ese año, tal vez mis experiencias se repitieran dado que era el momento en el que Josh estaba viviéndolas por primera vez. Sin embargo, mis esperanzas se vieron frustradas al comprobar que no era capaz de viajar y que él no estaba visitando mi casa, o al menos yo no lo veía. Quizá las cosas debían suceder de aquella manera. Sin nuevas alteraciones ni encuentros duplicados.

Visité a Dalia muchas veces después de mi infructuoso viaje a Bozeman, y tampoco supo darme una respuesta que me convenciera. Puede que el misterio quedara sepultado en el enmarañado cósmico que resultaban ser las constelaciones, o quizá había sido absorbido por ese vínculo inescrutable que existía entre el espacio-tiempo. ¿Quién lo sabía?

El veintidós de agosto de 2029, una noticia rompió mi monotonía y desmoronó todo el muro que había creado en torno al caso del

asesino del tarot. ¡Habían detenido a Derek Jones! Subí el volumen de las noticias y me quedé pasmada ante lo que estaba escuchando. Tras seguir una pista fiable, tres agentes de la policía de Bozeman habían acorralado al asesino en un club de voluntarios de la ciudad: el Lions Club. Una agente había resultado herida tras haber sido secuestrada cuando salía de su casa y de inmediato pusieron su foto en la pantalla. No tardé ni medio segundo en reconocerla. Se trataba de Sandra Miller.

Ahogué un grito de asombro al descubrir que estaba viva y que ahora se encontraba en el hospital fuera de peligro. Los acontecimientos no sucedieron tal y como yo los recordaba. En mi presente, Derek llegó a asesinar a sus escogidos para Leo y Virgo, y murió cuando trató de matarme en el tejado de la casa de Josh. No obstante, lo habían apresado antes de lo previsto. ¿Por qué?, ¿qué era lo que había cambiado la sucesión de eventos?, ¿acaso mi urgencia en visitar Bozeman había cambiado el curso de los acontecimientos? Lo ignoraba. Y aunque lo debatí con Raquel ese mismo día, ella tampoco tenía una idea brillante que me esclareciera los hechos y me dejara más tranquila. Lo dejé pasar. Lo importante, al fin y al cabo, era que lo habían detenido y que la pesadilla había terminado. Probablemente Josh podía continuar con su vida acompañado de su mujer y sus hijos sin ser acosado por un maníaco.

El día de mi treinta y seis cumpleaños, organicé una fiesta en mi casa para mis amigos y algunos compañeros de trabajo. Nada exagerado, solo un picoteo tranquilo con un par de birras y refrescos para los niños. Ya había almorzado con mis padres, así que sería un día de música buena, de conversaciones gratas y de muchas risas.

Sobre las cinco de la tarde escuché el timbre y de mala gana fui a abrirle a Raquel, quien como siempre llegaba tarde. No comprendía cómo era la persona más puntual y quisquillosa del mundo en el trabajo y, sin embargo, cuando se trataba de reuniones sociales o de mi propio cumpleaños, era capaz de olvidarse del reloj.

Al abrir la puerta, di un brinco. Supe que mi piel cambió de color y tuve que agarrarme al pomo para no desmayarme. Josh estaba allí. ¡Josh! ¡Mi Josh! No supe qué decir y comencé a tartamudear al

tiempo que entornaba la puerta para que ninguno de los invitados husmeara más de la cuenta. Me había transformado en un flan andante: el cuerpo me temblaba de arriba abajo y mis labios tiritaban de frío, a pesar del ingenioso sol que acompañaba esa tarde.

—Has venido —logré balbucear.

—Te prometí que vendría el día de tu cumpleaños —me respondió en mi idioma con un acento exagerado.

—¿Cómo puede ser?

Se me humedecieron los ojos y me ruboricé pensando que me echaría a llorar delante de él. Josh me sonrió de medio lado y, cuando quiso acercarse a mí, la puerta se abrió de par en par. Un alegre Eduardo me rodeó con sus musculosos brazos y me invitó a entrar.

—Tienes que soplar las velas —me susurró al oído, ignorando la presencia del hombre que se había presentado en mi casa—. Si Raquel no ha llegado, que le den. —Se dignó a mirar al forastero, quien aguantaba estoicamente en la misma postura y, con el ceño fruncido, le tendió la mano—. Soy Eduardo. ¿Eres un compañero de trabajo?

—Es Josh... —murmuré mientras me sorbía la nariz.

—¡Oh! Me han hablado mucho de ti —continuó Eduardo mientras le apretaba la mano—. ¿Quieres pasar?

—No —se disculpó él—. Solo quería... No hay problema. Está bien. —Se dio media vuelta y comenzó a alejarse de la casa, cabizbajo.

—¡Espera! No te vayas. —Conseguí que se detuviera y alcancé su posición con paso acelerado—. Deberíamos hablar. Demos un paseo hasta la playa.

Enganché mi brazo al suyo y lo obligué a andar. Él no se atrevió a mirarme, a pesar de que yo buscaba con intensidad sus ojos miel. Le pregunté:

—¿Cómo has dado con mi nueva dirección?

—Fui a casa de tus padres y ellos me la dieron. —añadió con timidez y algo avergonzado. Muy listo. Era la dirección que conocía. Respiré hondo y me sentí muy orgullosa de mis clases de inglés. Después de hacer el ridículo en Montana, quise apuntarme a clases particulares y por fin daban sus frutos al ser capaz de traducir todo lo que él me decía—. ¿Él y tú...?

—No, no —le dejé claro antes de que terminara la pregunta—. Tuvimos una relación hace años, después de que yo volviera de Bozeman. Creo que quería olvidarte y Eduardo me ofrecía una estabilidad que ansiaba en ese momento. Estuvimos unos meses juntos. Yo no lograba asimilar todo lo que había sucedido, y él se merecía a alguien mejor. No era capaz de darle todo lo que quería y... Bueno, al final está saliendo con Rocío, una de las chicas de rehabilitación que, por lo visto, estaba loquita por sus huesos. No sé si te acuerdas de ella. La verdad es que no tengo ni idea de si recuerdas algo, porque estás aquí y algo tienes que saber, pero...

—Shhh.

Colocó su dedo índice en mis labios y estos vibraron al sentir el roce de su piel. Después, sin decir nada, entreabrió su boca y la acercó a la mía. Me besó. ¡Dios mío, me besó en carne y hueso! Recordé aquellos donde miles de centellas nos rodeaban y creaban un escudo para que nadie se entrometiera entre nosotros. Un escudo mágico. Cósmico. En ese momento, durante nuestro paseo por la playa, volvimos a estar solos bajo un cielo azulado que comenzaba a teñirse de naranja. No existía nadie más que nosotros en la tierra, nadie que pudiera detenernos, nadie que se atreviera a separarnos.

De repente, con cada caricia, con cada roce de su lengua con la mía, desfilaron recuerdos por mi mente que me animaron a abrazarlo aún más. No eran mis recuerdos, sino los suyos los que apenas había vivido hacía unos meses. Lo vi quedarse atrapado en el accidente de coche, en el hospital y un sinfín de imágenes donde siempre estaba yo. De alguna manera, todas esas centellas que ascendían en espiral por nuestros cuerpos y nos cubrían hasta sentirnos únicos estaban cosiendo la brecha abismal que nos había mantenido separados cuatro años. La estaban convirtiendo en una

única línea temporal.

—¡Joder! ¿Qué acaba de suceder? —le pregunté alarmada.

—Creo que es la manera en la que el tiempo se quiere reconciliar con nosotros.

—Tienes que contármelo todo. Yo esperaba comenzar con los intercambios de nuevo cuando tuvieras el accidente de tráfico, pero no pasó. No ocurrió nada.

—Cuando me desperté en el hospital, pensé que me estaba volviendo loco. La imagen de Jenny se superponía con la de otra mujer que en ese momento no conocía: tu madre. Como estaba hasta arriba de analgésicos pensé que estaba... ¿Cómo se dice? ¡Alucinando! —Se echó a reír y pude contemplar otra vez los dos hoyuelos graciosos que continuaban haciéndome suspirar—. Empecé con sueños en los que yo no era yo, sino tú. Lo que sucedía es que todavía no lo sabía y me despertaba bañado en sudor.

—¿Lo viviste todo a través de sueños? —le pregunté desconcertada.

—No eran sueños. Eran recuerdos vívidos, aunque esto también lo supe más tarde, en cuanto esas imágenes comenzaron a sobresaltarme despierto. Estaba en la comisaría y ¡bum! Mi mente se colapsaba y me veía sentado en la arena de la playa, después manteniendo conversaciones que yo no había tenido jamás. Pensé que estaba volviéndome loco. —Negó con la cabeza de forma divertida—. Vivía las ausencias a mi manera.

—Claro, no eran tus recuerdos, sino los del Josh del futuro. Cuando él viajó al pasado, ya fuera haciendo astrales o los mismos intercambios, alteró muchas cosas. —Sonreí para mis adentros. ¡Y yo preocupada cuando fui a Bozeman porque solo mi presencia podría modificar ciertos acontecimientos!

—Ese Josh cambió el rumbo de lo que iba a ser mi futuro, porque con sus visitas dejó huella en el que era mi presente, pero sobre todo en el tuyo. —Se encogió de hombros como si todavía existiesen flecos que nuestras mentes cortas no llegaban a comprender—. Yo no podía vivir esos intercambios como los había

vivido él porque ya habían sucedido en el pasado. En su pasado y en el tuyo. Creo que la manera que tuvo el tiempo de arreglar todo este embrollo fue bombardeando mi memoria con esos recuerdos.

Fruncí el ceño todavía perpleja y me llevé la mano a la frente para aliviar la tensión.

—Sí, cuando le planteé la cuestión a Raquel varios días después de llegar de Bozeman, porque estaba preocupada por lo que sucedería en el futuro, me puso un ejemplo muy simple. Me dijo que, si yo viajaba al pasado y besaba a un chico en ese tiempo, automáticamente ese chico en el futuro crearía un recuerdo de ese beso, a pesar de no haberlo vivido. Lo sentiría como si lo hubiera experimentado en su propia piel.

—Son las paradojas temporales —afirmó él—. Hay muchísimas y la mayoría escapan a mi comprensión.

—Lo importante es que estás aquí. A mí me da igual si ha sido el tiempo, el más allá o el destino lo que te ha traído hasta aquí.

Volvió a rozar mi boca con sus labios y yo lo dejé hacer. Sus manos apretaban mis mejillas al tiempo que sus ojos iluminados me contemplaban con un amor con el que nadie me había mirado jamás. Todavía no me creía que hubiera cumplido su promesa de visitarme el día de mi cumpleaños.

—Fue todo una locura —prosiguió él mientras remataba su beso con una caricia—. ¿Por qué veía a una mujer que me hablaba de horóscopos y del asesino? Te juro que pensé que eras un fantasma, una de las víctimas anteriores de Jones. A veces te aparecías como una especie de nebulosa en los momentos más delicados y me susurrabas al oído. Me dabas detalles de la investigación, pistas que debía seguir... y luego llegó tu amor. Me abrazabas por las noches cuando más frías sentía las sábanas y me acompañabas en la tristeza de mis días. Todo era un maldito déjà vu que estaba convencido de no haber vivido, pero que, sin embargo, había hecho.

—Y por eso no supiste de Derek Jones hasta casi el final, porque todo estaba dándose en un orden cronológico bastante marcado —deduje mientras lo invitaba a caminar sobre la arena y sentarnos en

un lugar cómodo en la orilla del mar—. Pero, entonces, ¿por qué cambió la historia?, ¿por qué Sandra no murió como sí lo hizo cuando yo viví el momento?

—Por ti —me respondió firme y con una sonrisa radiante—. Melissa Parker fue la víctima de Cáncer, y esa noche yo corrí hasta el negocio de Jenny para ver la primera nota que me dejaba Jones. La vi yo, pero también tú. Observé que una nebulosa corría detrás del asesino por el callejón y te reconocí.

»En ese instante, tuve uno de esos déjá vu y recordé despertarme en el hospital cuando todavía no había sucedido. Por ese motivo, en lugar de seguirte e ir tras el asesino, me quedé plantado en la calle, observando cómo una especie de sombra te derribaba y parecía golpearte. ¡Una sombra! —resopló y me miró todavía sorprendido—. El verdadero Jones consiguió huir. ¡El mismísimo pasado se superponía al presente y yo estaba siendo testigo de aquello! Me culpé por no haber continuado con la carrera y haber detenido a Jones, pero, al mismo tiempo, algo muy dentro de mí me decía que no lo hiciera. Y allí fue cuando decidí que tenía que buscarte. Tenía que encontrar a la mujer que se aparecía casi todas las noches para velar por mí. Aunque al principio creía que era un fantasma, fui atando cabos hasta descubrir que no lo eras.

—¿Cómo lo supiste? —le pregunté con los ojos bien abiertos y con una curiosidad que hizo que se disparasen los latidos de mi corazón.

—Recordé que Cooper había dicho que una mujer algo alterada había venido cuatro años antes para hablar de un asesino en serie. Él creyó que se trataba de una vidente porque tenemos algunas en la zona que a veces colaboran con nosotros en ciertos casos de desaparición. Pero a ti no te había visto jamás. Le dije que te describiera y a duras penas lo hizo, pero sí que recordaba que llevaba un gorro de lana verde y una bufanda del mismo color.

»Además, habías preguntado por mí. Me vino a la mente la extraña visita que había tenido por esas fechas en mi casa. La misma mujer, o sea tú, había tocado en la puerta y no fui incapaz de decir nada en ese momento. Sin embargo, me resultaste muy familiar. Tuve la sensación de que te conocía de algo y me estrujé el cerebro para intentar averiguar de qué. —Hizo una pausa en la que se entretuvo inspirando el perfume marino que nos rodeaba. Su rostro irradiaba

la felicidad de un chiquillo que por primera vez contemplaba el azul intenso del agua—. No puedo creer que esté aquí, frente a este mar que muchas veces vi en mis sueños. Tenía miedo a encontrarte y descubrir que ya me hubieras olvidado.

—¿Cómo podría hacerlo? Tú me salvaste. Me diste otra razón por la que vivir y, gracias a todo eso, quise aprender a hacer perfiles psicológicos.

—¿En serio? —Me miró con extrañeza—. ¿Como la doctora Cameron?

—Sí, más o menos. —Me eché a reír y no pude evitar sonrojarme.

Él estiró las comisuras de los labios para luego fruncirlos de manera divertida.

—¿Sabes lo más increíble de todo? —Negué con la cabeza—. Que cuando le conté a Cliff lo que me estaba pasando, él tenía la sensación de que ya se lo había dicho, de que ya había vivido también ese momento. Fue cuando quise hablar con Sandra. Siempre fue mucho más receptiva que Scott. Le conté cómo sabía lo de los horóscopos y la extraña aparición de una mujer con gorro y bufanda verde que parecía tener información sobre el caso, cuatro años antes de que sucediera. Ella se acordó de ti porque le habías metido una servilleta en el bolsillo de su chaqueta. Dice que llorabas y que quiso ayudarte, pero luego pensó que estabas zumbada y tiró el papel que le habías dado. Sin embargo, memorizó lo que habías escrito en él. Se le quedó grabado porque era el día de su cumpleaños con su signo zodiacal y no comprendía cómo sabías eso de ella. ¡Y todo cobró sentido! ¡La estabas avisando! Sandra era la víctima de Leo.

—¡Madre mía! Entonces leyó la nota. —Me llevé las manos a la nuca, todavía sorprendida porque ese pequeño acto impulsivo que había cometido en la cafetería hubiera cambiado el final—. Sandra Miller se acordaba de mí.

—Tú le salvaste la vida y no solo a ella, sino a las víctimas posteriores. —Se mordisqueó el labio inferior mientras accedía a sus recuerdos para él no tan lejanos—. Ese día estuvimos vigilándola.

Ella insistió en que quería hacer de cebo y organizamos un dispositivo con el beneplácito de Moreno. Funcionó.

Lancé un resoplido sonoro que se confundió con el rumor de las olas del mar. Mi cabeza seguía dándole vueltas al hecho de que Josh había vivido la historia como un sueño vívido y atropellado en ciertos momentos.

—¿Y Derek Jones recordaba algo? —Él asintió con unas facciones que delataban su satisfacción personal.

—Fui a visitarlo una semana después a la cárcel. Estaba obsesionado con los sueños, pesadillas como él las llamaba y creía que era el diablo el que le susurraba cosas y lo hacía viajar a España. No supo gestionarlo bien y aquello lo hizo ser más imprudente. Comenzó a experimentar esas pesadillas en el preciso momento en el que tenía a la pareja de novios atada. Me dijo que le dio un fuerte dolor de cabeza y que casi se desmaya. No hizo bien los deberes con Géminis, y todo empezó a írsele de las manos.

—No me da ninguna pena.

—Nombraba mucho a una mujer: Miriam.

Solté un bufido resignada. Todavía me escocía su nombre y me asaltaban las imágenes de cuando ella se había llevado a la niña. Me sangraba el corazón. Hubo muchas noches en las que no conseguí conciliar el sueño imaginando que volvería a meterse en casa para hacerle daño a Vega.

—Está recluida en un psiquiátrico. Insistió tanto en que era un hombre el que le daba las órdenes que pensaron que estaba chiflada.

—Tengo vagos recuerdos de ella y muchos de la niña, de tu hija Vega.

—Uf, está hecha un terremoto. Ya tiene cinco años y habla por los codos. ¿Y qué tal tus niños?, ¿y Jenny? —le pregunté con mucha delicadeza.

—Bueno, mis hijos están bien y, en cuanto a Jenny, lo hemos

dejado —admitió algo apenado—. Ella me confesó que se había enamorado de ese hombre y que había intentado quedarse conmigo por los niños, pero que lloró mucho durante el tiempo que tuvo que irse con sus padres a vivir por culpa de Jones. No era porque me echara de menos a mí, era porque no podía verlo a él ni abrazarlo ni...

—Lo siento mucho —lo interrumpí.

—No, no. No tienes que sentir nada. Le dije que la entendía, puesto que llevaba enamorado de una mujer que todavía no conocía desde hacía cuatro años, de la mujer de mis sueños.

Se rio de su propia gracia y sus ojos impactaron de nuevo con los míos. Su mirada hizo que me derritiera y que deseara sentirlo todavía más cerca. Apoyé mi cabeza en su hombro.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le pregunté algo asustada por el camino misterioso que se abría para los dos.

—¿Qué más da lo que hagamos si estamos juntos? No solo hemos saltado un gran océano para terminar reencontrándonos, sino que hemos vencido al tiempo. ¿Qué más da lo que quiera el futuro de nosotros? Preocupémonos de vivir el presente como se merece.

Lo miré divertida y me atreví a besarlo de nuevo. Tenía razón. Ya no nos interesaba el destino. Le habíamos ganado a la muerte en esa partida que nunca pensé terminar. Ahora lo que importaba era que esas constelaciones que poco a poco comenzaban a despuntar sobre nuestras cabezas fueran testigos de nuestro amor, ese que empezó en un mundo lejano para viajar entre galaxias y hacerse patente en el presente, en nuestro pequeño universo donde él y yo éramos los amantes que una vez desafiaron todas las leyes existentes sobre el espacio y el tiempo.

No importaba el dónde ni el cuándo, sino el quién.

Agradecimientos

Como siempre quiero agradecerle a mi familia el apoyo incondicional que me brindan, a mis amigos por continuar a mi lado en esta aventura, a Entre Libros Editorial por seguir confiando en mis historias y, desde luego, a mis lectores que no se cansan de mi imaginación.

He querido jugar con el Zodíaco para darles las gracias a la infinidad de personas que se esconden detrás de este libro. Un juego divertido donde he resaltado las características positivas de los horóscopos, ya que, para la ejecución de este argumento, he tenido que empaparme de muchos libros de astrología.

A los aries, por ser una fuente de energía inagotable, por su dinamismo y porque jamás se dan por vencidos.

A los tauro, por amar la vida, por su carácter directo, y a veces bonachón, y encontrar en las cosas más sencillas la llave de la felicidad.

A los géminis, por vivir el momento, por su desenvoltura y por adaptarse con facilidad a todas las circunstancias con las que se encuentran.

A los cáncer, por ser los soñadores del Zodíaco, por su enorme sensibilidad y porque viven intensamente sus sentimientos.

A los leo, por su idealismo, por su notable resistencia y porque poseen un profundo sentido de la justicia.

A los virgo, por su altruismo y entrega, su curiosidad intelectual y porque son dignos de confianza cuando se hacen cargo de una situación.

A los libra, por su espíritu conciliador, su gran sentido de la

equidad y porque su curiosidad les permite seguir avanzando en el camino.

A los escorpio, por su gran perspicacia, por su afán de superarse a sí mismo y porque pueden ver más allá de las apariencias.

A los sagitario, por su elegancia y gran personalidad y porque en la vida es un jugador aventurero y osado.

A los capricornio, por su sentido de la responsabilidad y su solidez, por creer en la sinceridad y hacer del humor un estilo de vida.

A los acuario, por la originalidad de sus ideas, su gusto por las experiencias nuevas y por tener el valor de mantener sus opiniones.

A los piscis, por dejarse llevar por su intuición, su optimismo y buena voluntad y ser los más místicos del Zodíaco.

Biografía de la autora

Nacida en la isla de Tenerife, licenciada en Artes Escénicas y displomada en Turismo. Desde el año 2018 publicó bajo el pseudónimo de Sara Maher, con Entre Libros Editorial, casi una decena de libros.

Entre ellos, los títulos más destacados son: La tienda de los cuentos de hadas, del género juvenil fantasía y El despertar de la bruja de hielo, con tintes paranormales, destacado a un público new adult. Ambas trilogías fueron finalistas del evento cinematográfico Ciif Market Canary Island, para su posible producción audiovisual.

Tras su última novela paranormal: La casa de las cien ventanas, ahora nos presenta a un thriller con realismo mágico: El mapa de las constelaciones.

Gracias por leer este libro

En entrelibroseditorial.es encontrarás más lecturas recomendadas.

No te pierdas todas nuestras noticias, y síguenos en las redes sociales.

Recuerda que tu opinión es muy importante para nosotros. Si has disfrutado de esta lectura, déjanos una opinión. Gracias.

www.entrelibroseditorial.es

Entre Libros
Editorial
@entrelibroseditorial

Notas

[←1]

¡Oh, cariño!

[←2]

Hola, mi nombre es Adriana, en inglés.

[←3]

¿Josh Adams por favor? en inglés.